
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00901623 9

LEOPOLDO LUGONES



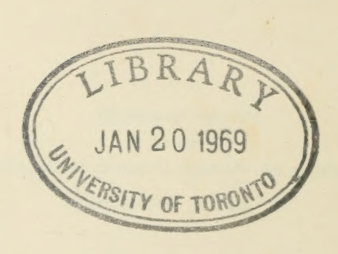
# HISTORIA

DE

# SARMIENTO

Estudio Encargado
por el
Presidente del Consejo Nacional de Educación
Dr. José M. Ramos Mejía

2.ª EDICION
Hecha por el Consejo Nacional de Educación



# PREFACIO

La biografía de Sarmiento, está hecha en su doble carácter narrativo y pintoresco.

El señor J. Guillermo Guerra, por extenso, y el señor Whérfield A. Salinas, en resumen, han realizado lo primero con sus libros: *Sarmiento, su Vida y sus Obras;* y *Sarmiento.* Lo segundo corresponde al ya popular *Sarmiento Anecdótico* del señor Augusto Belín, nieto del prócer.

Mi propósito es hacer un estudio del personaje, apreciando en su magnífica multiplicidad, semejante caso único del hombre de genio en nuestro país.

La biografía propiamente dicha, pasa, pues, á segundo término. En cambio, adquieren grande importancia los detalles concernientes al hombre íntimo, más persistente, desde luego, que el hombre público, y fundamento sustantivo de este último á la vez. Y ello no sólo en lo que se refiere á sus rasgos personales, sino á sus cosas. Las cosas de los grandes hombres, son, con frecuencia, tan interesantes como sus actos; y muchas veces el uso peculiar de una, revela interesantes detalles idiosincrásicos. Por lo demás, ello constituye una lección complementaria de la alta enseñanza que son esas vidas.

También la fisonomía, las actitudes, los gestos típicos, requieren una mención detallada; porque son contribuciones al estudio todavía inconcluso del genio como fenómeno superior.

Después, parece que el centenario señala el momento de analizar esa obra enorme y variada, para determinar con criterio exacto su interesante unidad. Hacer, si se permite la expresión, la filosofía de Sarmiento.

Mi pretensión es vasta, como se vé; mas si no lo desconozco, tengo la fe de mi entusiasmo. Este elemento esencialmente luminoso, ha de suplir las deficiencias de mi penetración.

Porque se trata, ante todo, de glorificar á Sarmiento. Es éste el objeto del encargo que me ha dado el señor Presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor don José María Ramos Mexía, á cuya distinción quiero corresponder.

Y ello no excluye el estudio, naturalmente. Conviene al metal noble la trituración y la fusión de su ganga.

Así, pues, resumo mi propósito. Lo que he querido, es contar á Sarmiento, más que narrar su vida. A este propósito, he hecho también un poco de historia; porque Sarmiento, más que un hombre, es una época. Cuando el tiempo superponga en una sola perspectiva los diversos planos históricos, aquel fenómeno genial denominará una era.

Réstame tan sólo manifestar mi gratitud á las personas que me han ayudado en la penosa tarea previa del informe y de la documentación.

Es el primero de todos, mi buen amigo don Augusto Belín Sarmiento, quien con una cortesía y una paciencia verdaderamente admirables, ha sabido sobrellevar en el colega al cargoso personaje que es el historiador así atareado. Débole, primero, mi gratitud de estudioso por su excelente recopilación de las obras completas de Sarmiento, que ha sido, como es natural, mi fuente más proficua. Después, la estimación del amigo á cuyo servicio puso con el mayor desinterés su copioso archivo documental, iconográfico y misceláneo de Sarmiento, que es más bien interesante museo. Dedicado por tantos años al laborioso culto del grande hombre, dijérase que

éste habíale preparado como nieto predilecto, para que fuese el albacea de su gloria.

Debo también una mención especial al doctor don Lorenzo Anadón, ministro argentino en Chile; al doctor don Florentino Ameghino, director del Museo Nacional; al señor don Agustín Pendola, bibliotecario de la misma institución; al doctor don Adolfo Saldías; al senador nacional, ingeniero don Valentín Virasoro; al señor don Alejandro Sorondo, secretario de la cámara de diputados nacionales; al señor don Baltasar Moreno, que fué uno de los albaceas de doña Benita Martínez de Sarmiento; al doctor don Manuel Gorostiaga, al doctor don Marco M. Avellaneda, al señor don Ramón Cordeiro, al doctor don J. Isaac Arriola y también al doctor don José María Ramos Mexía, quien, fuera de haberme encargado esta obra, ayudóme como historiador.

La elección de este escritor, es, por lo demás, un honroso franqueo ante el público; y para decirlo en pertinente latín de Horacio, creo por mi parte que tengo en él un juez sincero de mis letras:

... *nostrum sermonum candide judex.*

---

## CAPITULO I

### El hombre

La naturaleza hizo en grande á Sarmiento. Dióle la unidad de la montaña que consiste en irse hacia arriba, de punta; mas fuera de esa circunscripción al triángulo proyectivo que también perfila el remonte de la llama, hizo de su estructura una aglomeración pintorescamente compuesta de piedra, abismo, bosque y agua. Así son de cerca esos caos donde parece expresar una especie de antiguo dolor ceñudo el desorden del granito. Su fortaleza manifiéstase en una ruda fealdad, como la carne del pobre. La breña negruzca, la desmirriada paja de la grieta, erízanle una pelambre de lobo. Persiste la quemadura plutónica en el costillar de traquito, en la hacheadura de gneis que forman la grieta oblicua. En vano la náyade montañesa vertióle, por siglos, compasiva, su escurridura de aleuza. Sobre vuestras cabezas, en torno, reina la tempestad inmóvil de la piedra, más imponente todavía en su silencio. Desde la inmensidad en que se abisman las distancias sobre campos indefinidos, desde la inmensidad donde no hay más que luz, el aire convertido en tela de viento, agrava la soledad con intermitencias de lejano aullido. No es alegre, por cierto, esa primera confrontación con la montaña. Su pedregal bruto, sus leñas torcidas, sus

ramajes acamados, sus farallones agresivos, sus pendientes en que la fuerza de la mole parece empujaros hacia atrás, nada tienen de amistoso. Todo cuanto notáis en ella, es brutal y despedazado.

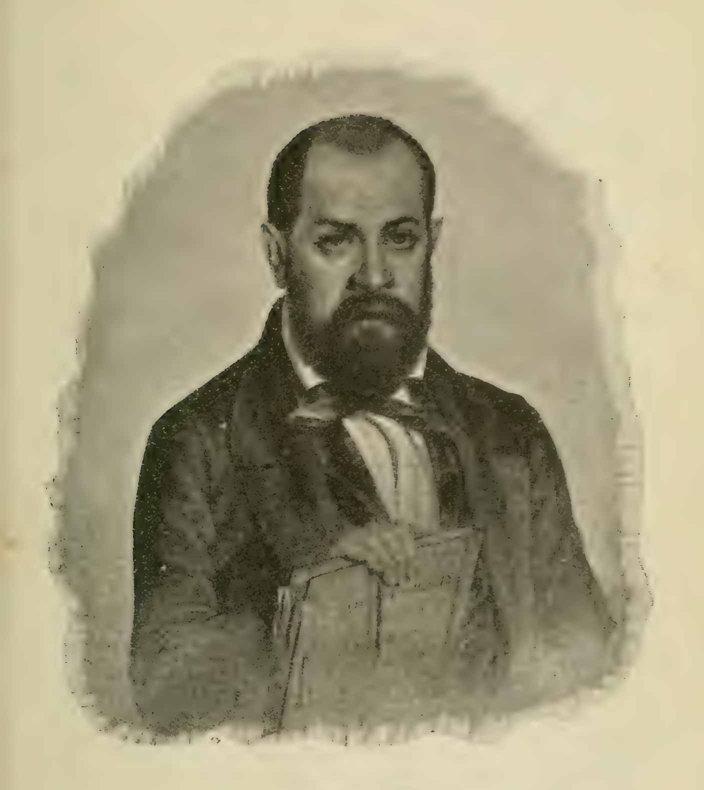
Pero tomad distancia. El aire luminoso aclara la masa obscura que, poco á poco, divinízase en azul. Condensando el violeta difuso del ambiente, la montaña así traslucida constituye el paisaje con su espectáculo poético. Hay en aquella sublimidad, algo de pensamiento y de música. Y el cielo integrado con ella, no es más que la disolución ligera de aquel terrón de añil cuya punta va humedeciendo la nieve. Así el hombre material, convertido ahora en el pensamiento que emanó de sí mismo.

La naturaleza hizo en grande á Sarmiento. Dotó de fuerza membruda, desbordada con abundancia animal, su espíritu, como para que la robustez del leño exaltara la viveza de la brasa. Y aquella energía estuvo siempre despierta, como el fuego. Al igual de este elemento, su condición de vivir fué que estuviera siempre despierta.

Estas líneas evocan naturalmente la fisonomía definitiva con que el pueblo le ha incorporado á la inmortalidad, bajo una denominación familiar que registra un abolengo ilustre: *el viejo Sarmiento*. Fué, efectivamente, el gran viejo de la patria, orgulloso de ella y regañón como ante una nubilidad demasiado ardiente.

Nadie le recuerda ya sino bajo aquel aspecto de peñasco rugoso en que le habían anticipado carne de estatua, con una especie de saña genial, los azares de su vida violenta.

Formaba parte de su entidad aquella fisonomía de combate cuya fealdad de bronce pronunciaba la tenacidad de un tipo. Dijérasela su máscara guerrera, remachada á martillazo de dolor y atormentada por la escultura de la cólera. Sarmiento, sereno, es imponente. El reposo de su bloque de batallador aviva el perfil severo. La categórica seguridad que forma su estática, así como el aplomo de la cornamenta, revela una latente violencia de agresión. Una vivacidad curiosa y múlti-



SARMIENTO EN CHILE

ple le electriza, trayéndole instantáneamente las ideas á flor de piel como el redopelo de un espinazo felino. Tiene mucho de numen elemental de la tierra, especie de cabir en su antiguo socavón minero; algo de monje fogoso y de viejo almirante sajón; no poco de labriego, rudo como la gleba familiar y nudoso como las cepas tutoras á las cuales vinculábase de nombre y de calidad. Y así nos queda su catadura de transeunte formidable, caminando á paso macizo las aceras, aquí y allá lanzaba la malicia brusca del ojo que nada pierde; su mandíbula removiendo de través el belfo, con un gesto peculiar que trocaba la mamulla senil en característica acción de befar el freno; recios los brazos de cavador que el bastón prolonga con vivacidad táctil, ó con autoritarias interpelaciones á redoble de contera; peculiar la gruesa oreja sorda bajo la galera (1) prócer ó el hongo de paja; anchamente encuadernada en el saco vulgar ó la levita suntuosa su agachada solidez de toro lento; y la espalda potente, como apuntalando una mole habitual, cargada hacia la cerviz en una ímproba acumulación de lomo.

Por lo demás, es el suyo, con harta frecuencia, ese papel de telamón en la asendereada arquitectura constitucional; así como en su fisonomía, los aspectos señalados designan el hombre múltiple: constructor premioso hasta ser desequilibrado; obrero utilísimo, arrebatado por flameantes alas de fiebre, más allá de su propio afán; combatiente y director de naves aventadas de trapo hasta la quimera; apóstol con frecuencia inspirado hasta la adivinación. Su faz glabra, desordenada por aquel violento equilibrio de energías, parece haberse desfachatado en la desnudez para manifestarlo con mayor audacia. Pues la línea preponderante de su tipo, declara con fiereza la lealtad. Sabe que todo han de sacarle al rostro, menos vergüenza ó miedo. Y las

(1) Nuestra acepción de la palabra *galera*, que el diccionario académico no registra, viene de *galerum*, *galerus*, morrión de cuero y también peluca. Precisamente el sombrero de copa tiene la estructura fundamental del morrión. *Galeritus*, significaba ensombrerado, y la cogujada recibía el nombre de *galerita*, por su copete.

distintas personalidades que lleva en sí, animan con sorprendentes alteraciones aquella como marítima superficie de su espíritu. Nada más militar, más magistrado, más misionero, más orador, más abuelo, según los casos; pues claro es que la sencillez fundamental de toda grandeza, llevábale á complacerse en ser buen viejo para compensarse de haber sido anciano sublime. Por aquellas arrugas terribles, despeñaba con frecuencia su risa abundante, de formidable salud optimista, ó despatarraba como un alacrán la mueca de su malicia provinciana. Esas diferentes personalidades no caracterizaron tan sólo su fisonomía. Su instintiva facilidad de desdoblamiento, que luego definiré como saliente peculiaridad, provenía también de allí. Pero continuemos la descripción física, tan interesante como la intelectual misma, dada la singularidad del fenómeno que Sarmiento constituye. Su cabeza única en nuestra craneología célebre, es tan fuera de molde como su entidad espiritual.

Nada más curioso que ver cómo fué formándose entre las vicisitudes.

Es primero, en Chile, durante la ruda juventud del emigrado, la figura del romanticismo reinante, con sus cogitabundas melenas que hubo de adoptar, á favor de una fugaz peluca, su prematura calvicie; con la barba unitaria de plácida redondez enteriza y los correspondientes ojos melancólicos, caros á su recóndito sentimentalismo, como que á la tristeza de su mirar atribuye, en página famosa, el bien de haber sido amado. Una arruga atraviesa ya la frente como signo de vocación á la tempestad.

Poco á poco va engestándose su energía. Lastarria recuerda en el mozo de treinta años, la imperiosa cejijuntura, las mejillas caedizas de dogo. El oficial de Caseros no conserva ya sino las patillas á la Palmerston, la "pata de cabra" integrada con el bigote á modo de barboquejo marcial. La arruga frontal se ha multiplicado. Las cejas que empiezan á encresparse, divididas por autoritario pliegue, afieran la mirada. Su conjunto manifiesta el gesto antipático que acentuaba

con alarde feroz aquel militarismo calaverón y tigrero (1). El gobernador de San Juan, con su pera fluyente y entrecana, acércase al tipo del ciudadano pudiente que pobló con su provecta importancia los senados de la época. La misión diplomática al Pacífico y á los Estados Unidos, señala la transformación definitiva. Sospecho que en ello hubo algo así como la adopción del tipo yankee, si bien la rasura data de su legación en Lima, y obedeció en parte á suprimir en el vigoroso fumador, el desaseo de su bigote ahumado. Entonces, como un caso de exhibición leonina, aparece en la historia nacional la cabeza de Sarmiento.

Bien examinada, ella es un resumen de su carácter. Su espíritu esencialmente positivo, su tendencia absoluta á la acción, su concepto materialista de la utilidad, su sensualismo, su panteísmo, su vivacidad, su curiosidad, su impetuosidad colérica, dimanan visiblemente del conflicto de espíritu y materia que aquella cabeza manifestaba, y de donde provenía su fealdad casi cruel.

El cráneo, de irregularidad dolicocéfala, comporta una aproximación animal, acto continuo compensada por la frente notoria. Pero esta facción ofrece á su vez un resultado opuesto. La *norma frontalis* de Sarmiento, ó sea el aspecto anterior de su cráneo, manifiesta la tendencia piramidal, comúnmente desventajosa, de los individuos llamados por Vogt *tectocéfalos*. Es, en efecto, un techo formado por la convergencia ascendente de los parietales; una conformación de vileza gentilicia. Por no sé qué circunstancia paradojal, á Sarmiento le resultaba hermosa. En la arquitectura de aquella cabeza tan peculiar, formaba una especie de miembro estético, que defendía de la bestialidad posterior con la nobleza de una torre de combate. Preponderaba otra vez la tendencia inferior, al determinar la proyección de la quijada prógnata, característica en él hasta hacer

(1) El vocablo criollo es irreemplazable, como que resulta la fórmula simultánea de un tipo nacional cuyo carácter resume la hazaña campesina por excelencia, el coraje del soldado. Por lo demás, nuestra cinegética paisana, denomina, con lógica castiza, perro tigrero al amaestrado para la caza del tigre.

de su labio un belfo. Aquello, en virtud de la conocida relación facial, presentábale ñato (1), aun cuando no lo era (2); si bien la prominencia superciliar muy desarrollada, acentuaba todavía aquella impresión.

Mas la cara chica con relación á la cabeza, y sobre todo á la frente, restablece la superioridad psíquica; constituyendo el rasgo capital de la estructura humana, que el rostro sea un apéndice del cráneo. Así, resultando éste á vista de pájaro *(norma verticalis)* y en su proyección mandibular, un verdadero cráneo de negro, la frente y el rostro vienen á determinar una fisonomía declaradamente caucásica.

Nada más ennoblecido, en efecto, de energía espiritual.

Desde la cúspide encalvecida, dilátase entre los lejanos aladares el inmenso campo frontal, arado de pensamiento á triple surco (3). Adviértese en su prominencia de marmórea luminosidad, el empuje de las ideas que componen la cimbra de aquella bóveda. Cae sobre las cejas hirsutas, tras cuya prominencia contráctil como un áspid avizor, está emboscada la tremenda voluntad. De allá adentro, la mirada que fatigaron desmesuradas lecturas, prolonga con un magnetismo impávido la remota arrogancia inherente á la pupila diurna del león. Al reflejo diverso de su alma, aquellos ojos, como las espadas, tienen una doble luz. Serenos, tiran á un

(1) Esta denominación criolla del individuo de nariz roma y sentada, no figura en el diccionario académico. Su etimología debe corresponder sin embargo á *gnathos*, rostro en griego: de donde *pró-gnato*. Si bien la construcción de esta palabra exige la pronunciación prógnato, es probable que la g nasal, por estar unida á la n, engendró la ñ; y así, digamos también *[illegible]*. Hay, pues, buenas razones para usar aquel vocablo.

(2) Sus retratos barbados no manifiestan ya ese detalle, al disimular la quijada prominente. Por el contrario, su perfil lampiño, exagera el rostro de [illegible]. Allí estriba con toda probabilidad la equivocación de [illegible], cuyo Sarmiento es exacto en su morfología exclusivamente craneana, pero deficiente en su *norma frontalis*. Y si ha existido fisonomía frontal, fué sin duda la de Sarmiento.

(3) *[illegible]* Virgilio, *[illegible]*.

viso amarillento sobre el fondo pardo claro (1). Furiosos, obscurécense hasta la lobreguez, profundizados por la congestión interna. Constrúyese la nariz robusta y ancha como una pata de braco. Los surcos que limitan la zona cigomática y prolongan las comisuras labiales con una profundidad de devastación, destacan la vasta boca cuyo desborde traza compulsivo neuma. Y ¡cosa extraña! en la energía atroz de semejante rostro, aquellas arrugas parecen definir una especie de prolongación lagrimal, comunicando á la escabrosa fisonomía la fiera tristeza de los pájaros de cumbre. Es, diríamos así, el Prometeo encarcelado que padece en aquella estructura de hombre de las cavernas, forzada á reproducir la cueva originaria en plena roca primordial (2). Pero también ello ratifica aquella solidez que la naturaleza había puesto al servicio de una tarea ciclópea. La fealdad del Sarmiento facial, va con el Sarmiento espíritu como un moloso con su amo. Realza su escultura esa curtida palidez que es el color de la salud anciana, ligeramente descaecido por taciturna hez biliar. Pero éste es, si se permite la expresión, el elemento en reposo. Ya he mencionado su extraordinaria movilidad. Es tan sensible al medio, como eficaz para transformarlo. A semejanza del río que ahonda el cauce con todo su cuerpo, la hoja más leve altera su cristal, el más pequeño guijarro le llega al fondo.

Como el rizo del agua así turbada, la jovialidad es, entonces, su movimiento natural. Ella forma, por decirlo así, el sonroseo de la salud en su alma. Es también el nativo don de volar que le mantiene sin esfuerzo en las regiones puras. Hace del buen humor su pájaro familiar, el agente alado de su generosidad comunicativa. Para las damas, predilectas de su conversación,

(1) En familia decían «ojos de moscatel».

(2) Así, en Sarmiento, eran notablemente recios los parietales y desarrolladas las prominencias occipital y superciliar: lo que podríamos llamar el primitivo cuadrilátero de osificación craneana, que empieza por esos puntos entre los 40 y 55 días de la vida intrauterina. Por lo demás, en el discurso de la candidatura, el 80, se habla de la calvicie como de «la roca viva que ha quedado á la vista».

pónele una guinda maliciosa en el pico; y se divierte en excitar la gárrula animación su charla fina, en la cual hace mueca á ratos, con maestría señoril, la pulgarada de rapé volteriano. Sus mismas grandes indignaciones suelen estar atravesadas por un cohete de risa. Sólo que entonces, el pájaro pónese á tañer su oro marcial, como un gallo de pelea, arqueando en el epigrama la arrogancia del espolón. La cualidad dominante de ese batallador, es la alegría de vivir que iluminaba al heroísmo griego. Abandona la comunicación con su numen genial, para charlar con su loro tucumano. En la conversación familiar, es habitualmente irónico y fértil en ocurrencias risueñas; pero también sencillo y comedido con las opiniones más insignificantes: lo cual es el fondo caritativo de la jovialidad. Esta virtud, es también inquebrantablemente sincera. Así, el Sarmiento grande y burlón, acogerá con respeto el raciocinio de un niño y se inclinará ante él si lo encuentra justo. La conciencia de la superioridad no le solemniza. Su franqueza tiene el don de la alegría, que es el timbre natural de ese oro pródigo. Su elogio de la risa formula un verdadero concepto estético: "Los grandes maestros son inmortalmente risueños. El buen reir, educa y forma el gusto".

De aquí su odio implacable á la hipocresía de los bribones, al entono de los necios, á la crueldad de los engreídos, á la fatuidad de los pedantes; en una palabra, á la farsa triunfal de este mundo modernísimo, dominado por el cartel de anuncios que es el blasón de las plutocracias: al resoplante *bluff* que envida en dólares contra las estrellas, paseando por el firmamento su montgolfiera baladí. ¡Y todavía que le toquen los insolentes!

Ahí lo de acabarse la jovialidad del viejo delicioso, el confitado gengibre de su anécdota verde, la picardía cariñosa de su requiebro.

El héroe insultado, siente que en su magnanimidad de león palpita la índole.

Entonces el sarcasmo vuélvesele careta feroz. Cierta fulguración de estrabismo trastórnale un instante los

ojos con oblicuidad de puñalada. El chapaleo desdeñoso y enfático de su palabra, exagérase todavía para el epigrama brutal, el cuento obsceno, el terno frecuente en que suele complacerse su desasosegada exterioridad. Masca los vocablos de través con su habitual mueca herbívora, abunda en ademanes, borbolla de risa, siempre más próximo de la sátira que de la ironía, transformando aquel cinismo de viejo malo, en una pintoresca insolencia iluminada de pensamiento, que es decir exaltada á cosa superior como las blasfemias de un condenado dantesco. O monta en una de sus ya célebres cóleras por la justicia, por el progreso, por la libertad, por la verdad, por la razón, por la debilidad desvalida, por el derecho inerme, como un descomunal paladín en su corcel pura llama. Hay que verle, entonces, bajo las cejas revueltas que debía recortar para que no se le metieran por los ojos, aquella mirada enfurecida de espíritu. El no sabe de la ira pálida, de la sórdida aheleación que trae á la lengua su hedor amargo. La suya es la buena cólera que se le hincha en congestiva cresta: la franca violencia que viene relumbrando como un arma desnuda: el furor leal, hermano del pulcro rubor, como flores de la misma sangre pura. Aquello ármale en guerra con las fuerzas que le saca de adentro, dijérase que por condensación eléctrica. Las ideas vánsele erizando como una crin. Inmediatamente, á la manera del monte similar, hélo aquí embellecido de fuego. Empenacha su genio con enorme jactancia, sabiéndose por ello lapidante é insultante, y gozando el peligro implícito con una como dentera feroz. Herido, injuriado, calumniado como nadie lo fué más, hasta en esos secretos cuya violación equivale á profanar tumbas, es cierto que nunca emporcó la garra en escarbaduras de hiena. Su atlética cogedura levantaba para ahogar. Pero también qué acierto en dar con la coyuntura del ridículo, con la vena de la farsa en la cual hubo de hartarse hasta lo soez, implacable para el defecto afligente que le ofrecía una verdadera malacia de carne cruda. El peligro es su costumbre, y la cólera su belleza. Engrandécese como un numen en el ambiente

relampagueado, cruzando la tempestad con su nube á la cintura y su trueno al hombro. La trayectoria zurda ó irregular de su pensamiento así agitado, no excluye una integridad anómala que constituye el secreto de su eficacia. Como la línea del relámpago, es quebrado pero continuo. Tronando y huracanando fecunda la tierra asolada por las montoneras y la ignorancia. También así es de revuelto y de recargado; pero recordando una de sus parábolas famosas, no hemos de buscar transparencia en las aguas de borrasca. Retardadas por veinte años de tiranía, necesita precipitarlas en torrente. Y como esos caudales son substancia suya, de la más noble, allá van en la masa heterogénea sus valiosas aglomeraciones de elemento colector, chispeadas á cada instante por el oro nativo. De repente una penosa aridez, descorazona como el manto de arena en la excavación del pozo. Es un repliegue de su topografía. Su bloque sintético no es una cristalización, sujeta á normas geométricas. La impaciencia le devora, y no teniendo tiempo de elegir, carga con todo lo que encuentra al paso. Si ha calzado las botas de nueve leguas, es natural que levante polvo en la ruta. Puesto que se divierte en ser el señor Huracán, echa ese polvo á la cara. También esto le da el dominio de los trabajos prodigiosos. Escribe *Argirópolis* de una sentada, día y noche, consumiendo varias veces la vela lucubratoria convertida en ascua de su volcán. Compone el discurso de la bandera en el despacho presidencial, en una hora. Manda á los diarios su colaboración de editorialista en cuatro ó seis artículos por junto. Posee el don divino de andar más rápido que el tiempo. Excede su propia grandeza con su entusiasmo.

A pesar de sus recomendaciones para el buen trato de los libros, sacrifica los suyos á la urgencia de su tarea. Anótalos con lápiz ó con tinta, al azar; quiébralos por el lomo, sin miramientos; apaga la vela con ellos, á despecho de la buena encuadernación. Sus lecturas participan de análogo desparpajo. Son inmensas, pero desordenadas. Sólo que él las clasifica á su modo. Hace allá en su horno, que no fora interno, con la mezcla peculiar, su bronce corintio.

Si esto perjudica al escritor, quitando la cualidad fundamental de la proporción á la estética de su palabra, constituye en cambio la eficacia del orador. En la elocuencia oratoria, todo es cuestión de relieve. He ahí el éxito de ese hombre montañoso. Luego, posee los dos principales estímulos de la atención: la concepción original y la gallardía; el prestigio viril sobre las muchedumbres, en su incomparable audacia; la ocurrencia fulminante, en su agudísima sensibilidad. Así, su célebre discurso en el Senado cuando la intervención á Corrientes (1878) después de un debate de tres días en la otra Cámara y cuando se creía agotada la cuestión, asombró por la novedad de la doctrina y del estilo. Su famoso apóstrofe en la Convención revisora de Buenos Aires, tiene la teatralidad de una arenga girondina. Su desafío al pueblo enfurecido, cuando el famoso discurso de oposición á la amnistía para los revolucionarios de 1874, cuenta entre las páginas más valientes del Congreso. Su actitud personal ratificó aquel coraje de los principios, pocas veces exhibido con tanta desventaja de situación. Acababa, en efecto, de terminar la presidencia, donde había vencido aquel movimiento, muy popular en Buenos Aires; siendo tradicional, además, la amnistía en casos análogos. Sólo Sarmiento ha sido capaz de esas superiores inflexibilidades que nuestra molicie política hace mérito de eludir, disfrazando de clemencia la desidia y de tolerancia la cobardía moral. De aquí, entre otras razones, aquella originalidad intelectual y física. De aquí que ese entusiasmo se parezca tanto á una magnífica iracundia. Las impertinencias casi inevitables de su palabra en tales momentos, son apremios sin mala intención, como los latigazos que uno descarga á la acémila. Por eso, apenas iniciado el discurso ó el desarrollo temático de gran facilidad interlocutoria, pues el cualquiera con quien dialoga no es sino la tabla sonora de su cordaje, el orador que siempre habló desdeñando las situaciones retóricas, se manifiesta completo. El oleaje interno encrépase en sus mechones y sus cejas con una espuma de canas. La mirada perentoria, habla antes que la voz, como en el

relámpago está la alarma del trueno. Sarmiento tiene el ceño romano, aquel gesto de los duros senadores que inspiró, sin duda, á Ovidio este verso adulto:

*Verba superciliis sine voce loquentia dicam*

Efectivamente: su fealdad tenaz, su porfiada boca, su terca rugosidad, comunicaban una impresión de elocuencia. Ya está, por decirlo así, en batalla. Todo él, espíritu y materia, viene de frente. Su profusa gesticulación habitual, la tendencia descriptiva de los ademanes, insiste en el movimiento, también peculiar, del sembrador. Su mano roma y rolliza que recuerda la pesadez del guante felino, acaba de aventar á los surcos el puñado de mies. O si fué caso de audacia, describe el movimiento del discóbolo que lanza de cupitel su tejo: exactamente como él solía tirar el argumento á la cabeza del adversario. O todavía, si es lance de combate, propone con su pulgar, profundamente partido de la palma como para individualizarse en su raigón, los enganches del pugilato. La mano de Sarmiento era tan contradictoria como su cráneo. Su expresión aparece formada por la misma adición desconcertante de elementos. Por su corta grosura lampiña, es una mano de banquero, un instrumento de administración. Mas el pulgar, con su sección tan pronunciada que resultaba característica, da el rasgo típico de la prodigalidad: la proverbial "mano abierta". La longitud consiguiente de ese tallo de vigor, que en chirognomonía es elemento fundamental, manifiesta el orgullo voluntarioso. El conjunto macizo, expresión de un ánimo sintético, pertenece también á un pedagogo, es decir, á un ser minucioso y persuasivo; pero el pulgar despegado, caracteriza otra vez la mano simiesca. Manopla correspondiente á esa careta, forma con ella una dotación bélica, una verdadera armadura cuya urgente eficacia conserva las contusiones de la forja. Por eso el movimiento que la caracteriza, es una impulsión elemental.

Nadie ignora tampoco que es ése un ademán de predicador. He aquí otra de las actitudes habituales de Sar-

miento. Cuando su estilo se pone espeso, adquiere un fastidio de sermón. Es que, como veremos después, su autodidáctica tiene un fundamento de doctrina catecúmena; el sacerdocio es en él una inclinación de familia. Pero nunca fué untuosa su plática. Aquella mano que era la expresión constructiva de su genio, no esparce la suavidad cursiva de la palma clerical que acaricia como lamiendo. Su vigor amistoso, infunde la afabilidad. La franqueza de su contacto, es expresiva como una palabra. Mano cordial por excelencia, pues su cálida blancura parecía carne de corazón, probablemente de tanto llevarlo en ella, conforme al buen refrán, como se lleva un pan colectivo. La mano es la segunda fisonomía, y por lo tanto, una expresión del espíritu. Su conjunto encarece todavía una visible benevolencia en las arrugas dorsales de la vejez sentimental. Así, la ternura de su dueño, manifiesta una puerilidad gruñona de viejo soldado que manda cargas á los chicos, machete en mano, contra la masiega de Carapachay; ó endilga prolijo la perseverancia infantil por los pacientes silabarios; ó cuenta cosas de su vida aventurera, como un antiguo contramaestre; ó enseña á su jilguero regalón la esgrima descrita en página inmortal, ó se pasa enternecido las horas, oyendo á su pájaro norteamericano (1) las balbuceadas nostálgicas quejumbres del lejano Mississipí.

Como todos los voluptuosos, tiene fáciles las lágrimas. Porque sensual, lo es sin duda aquel apasionado. Confiesa que es propenso á llorar, lo que podría tomarse como un rasgo de debilidad á primera vista. Nada menos cierto. Es un caso análogo al de Lamadrid, que se descomponía con la vista de la sangre. Entre sus condiciones de héroe, está el amor de la mujer, guía estelar, dice, de su ruda existencia. Su finura con las damas es notable. Para cortejarlas y merecer-

(1) Era, dice, un *mocking bird;* el Burlón ó calandria norteamericana que imita á todos los demás pájaros. Esta circunstancia tornaría más melancólica su cantinela de ausente.

las, alisa con delicada sensualidad de artista, el forro de terciopelo de su garra. Su temperamento amoroso consérvase vivaz hasta los últimos años. Si lamenta la vejez, es porque le aleja del amor. Entonces lo sueña. Es, en consecuencia, exagerado para los asuntos de honor. A los setenta y siete años nombra padrinos para un lance. Preocúpase de bien vestir; ama los grados militares en cuya suntuosidad materializa talvez su amor á la gloria. Mas, á pesar de las descomunales charreteras que le cuelga la caricatura, mantiene con democrática austeridad la sencillez de su pobreza. Su lujo no es otra cosa que el aseo del *gentleman*. Jamás ha usado perfumes, ni siquiera en el jabón. Sus prendas ordinarias redúcense al sencillo reloj norteamericano de oro (1) con cadena trenzada. Conserva, sin usarlos casi nunca, los gemelos de brillantes que le regaló Urquiza. Es también de regalo una perla de corbata que el habitual moño de cinta negra no permite lucir. Lo propio ocurre con un pasador que su nieto Augusto le ha traído de Europa, y que le interesa por el camafeo de Catón que lo adorna. Cuando se viste para asistir á algún solemne debate del Senado, suele reclamar la pieza con énfasis sardónico: "¡Tráiganme mi Catón!" Y estas son todas las alhajas de Sarmiento.

Eso sí, lleva siempre pulcra la camisa de cuello abierto á la papada toruna; no le falta el guante decoroso, el bastón hurguete (2) y descriptivo de sus largas caminatas: una caña amarilla sin nudos, de cabeza marfileña que forma un puño de berbiquí (3).

(1) Es un *american watch* á llave, cuya marca fué famosa: *Appleton Tracy y C. Waltham Mass.* Máquina 175.882. En el interior de la tapa núm. 15.693, está grabado: *D. F. Sarmiento, N. York 1866.* No presenta señal de compostura ni de golpes, lo cual demuestra una notable prolijidad en veintidós años de uso. El cuidado de los relojes, es un [illegible].

(2) [illegible] derivado de hurgar: el que hurga.

(3) Muy anciano ya, usó, bien que sin constancia, un curioso bastón-[illegible] que le permitía disimular en parte su sordera, evitando la [illegible] trompetilla. Pero entiendo que el aparato, á pesar de aquella [illegible], contrariaba sus ideas de elegancia personal.

Voraz y carnívoro, poco le interesa el refinamiento culinario. Come rápidamente, y apura de un solo trago su no imprescindible copa de vino. Si en punto á bebidas tiene alguna moderada predilección, es por la cerveza, recordada en un símil magistral que transcribo más adelante.

A pesar de su perpetua agitación, de su viveza nativa, la salud de cuerpo y de alma que constituye, por decirlo así, su cimiento, asegúrale el sueño tranquilo y corto, sin pesadillas. Duerme de costado con la cabecera baja, es decir, en la postura de la fortaleza juvenil.

Jactancioso de su fuerza diestra, gústale alardearla en la doma bravía á estilo cuyano, ó en el dominio del agua partida á pleno pecho de nadador, ó en el manejo puntual de la carabina. Tiene fe en sus puños, como quien dice forjados, y aunque los tiempos son de trifulca permanente en el comicio y en el club, desdeña las armas. Algunos revólveres y pistolas de mérito que le han regalado, tiénelos por ahí en desuso. Sólo cuando barrunta algún lance personal que puede comprometer sus canas, suele armarse con un par de cachorrillos californianos.

Sus únicas deficiencias orgánicas son la dentadura que lleva postiza, porque el trabajo cerebral, con su gran consumo de fosfatos, ha atacado sin tasa el depósito más cercano; la vista cansada que le obliga á usar anteojos para escribir, y la sordera contraída en los trabajos excesivos del gobierno, á los sesenta años.

El conjunto designa, en suma, la alta tensión vital de un organismo verdaderamente formado para domiciliar un genio constructor. Y puesto que no conoce mezcla, que su fibra de bronce arraiga en la carne genuina de nuestra raza, representa para el tipo argentino la más aventajada prueba, el derecho á la vida de los mejores, certificado por tan grande éxito humano.

Esto no significa que podamos reproducir el tipo como un semental ó una cepa. Sarmiento constituye el fenómeno disímil del genio. Son las reacciones de su ser interior ante las vicisitudes, las que soliviantaron de adentro, como el fuego volcánico á la roca que lo con-

tiene, aquella substancia original puesta á su servicio por la naturaleza. De aquí que esta descripción haya abandado un poco, forzada por su contradictoria singularidad. Y es que la teoría determinista del genio experimenta en éste una vez más, el irremediable fracaso. Después de tanta labor positivista, sólo queda al respecto en pie el concepto del viejo espiritualismo: el genio es un enviado. Detrás de él, en el inmenso misterio de los orígenes, hay una causa inteligente que él percibe durante su misión terrenal, bajo una impresión de ayuda vigilante y una clara certidumbre de destino. Así, carece de miedo, porque sabe. La ignorancia depresiva que constituye aquella afección, no la conoce. El tiempo que es nuestro muro limítrofe, él no lo cuenta. Su inexplicable multiplicidad, su infalible acierto, presumen direcciones superiores. Algo que no es la memoria, ábrele á tiempo la página precisa, tráele la noción que no ha recibido, inspírale, para usar el verbo específico, la ocurrencia dirimente en la situación imprevisible. Moción subconsciente, se dirá; pero es que ese estado de la subconciencia, constituye la zona de otra entidad determinante, al representar el socorrido desdoblamiento con que pretendiendo explicar sólo complican el fenómeno, la dualidad inevitable del ambo.

Sarmiento sentía esta influencia. Su realismo positivista no escapaba á aquellos fenómenos, siendo, por otra parte, el primer sorprendido de ellos. "Es mi demonio familiar", solía decir (1). También él tuvo inquebrantable la confianza de su destino. En 1848, á su regreso de Europa, precisamente cuando el poderío de Rosas estaba en el apogeo, envía secretamente desde Chile una circular á los gobernadores argentinos, en la

(1) Tal fe le tenía, que fiaba en él hasta los detalles de su vida cotidiana. Cierta vez, debe pagar una visita al General D. Donato Alvarez, cuyo domicilio ignora. Sabe solamente que vive para el lado de Balvanera. Este vago detalle le basta, y sale á la calle. Su demonio le guiará. Llegado á la iglesia de aquel nombre, hállala abierta y entra para preguntar, dirigiéndose á la sacristía donde escriben la partida de un bautizo reciente. Lo primero con que tropiezan sus ojos, es el nombre del padrino: General Alvarez, domiciliado en

cual se declara ya "futuro presidente de la República". Sus conocimientos de autodidacta sin distribución metódica ni desarrollo lógico, bien que auxiliados por una memoria colosal, autorizarían, quizá, á presumir como un resultado de la inherente confusión, las ocurrencias mencionadas. Pero Kepler, el legislador del universo; Bacon, el creador de la disciplina científica; Descartes, el fundador de la disciplina racional, creían en esas direcciones misteriosas.

Por lo demás, el genio como producto de un medio físico, social ó étnico, es hasta hoy una hipótesis que por falta de verificación no ha llegado á teoría. No puede establecérsele siquiera una determinación general en medios críticos ó normales. Su situación circunstancial es contradictoria. Trátase, cada vez, de un caso sin precedentes apreciables, como no sea una evidente necesidad de que ocurra; pero á menos de ensayar una paradoja, es difícil concebir que la necesidad sea la protogénesis del genio. Por el contrario, esa relación causal, indica apreciaciones inteligentes, previas al fenómeno.

No hay un tipo regional que se parezca al de Sarmiento en todo el suelo argentino. El de su tierra cuyana, es más bien opuesto. Aquellas fisonomías españolas, ligeramente atenuadas por una melancólica suavidad, carecen más bien de relieve. La fealdad, que suele ser en ellas un accidente esporádico, no es común y jamás se manifiesta poderosa. En el pueblo, mestizo de indígena, el *huarpe,* menos tosco que las otras "naciones" dominadas por la conquista, dejó un pizmiento más ligero, tirando á bayo de teja, una menor oblicuidad del ojo, que entonces lo atribula en vez de taimarlo. El conjunto resulta más bien humilde en la corriente enjutez rural. En la holgazanería mejor nutrida de las ciudades, el individuo blanco tiende á cierta abotagada desidia. Sus pasiones políticas, particularmente violentas, tienen poca exterioridad. Es que no provienen de ideales ó de principios, sino de intereses y afectos personales, con frecuencia vinculados á los siempre acérrimos enconos de parentela. Su elocuencia es escasa, y su cordura muy sólida. Nada más distante, como se ve, de la

potente carnadura y la arrebatada genialidad de Sarmiento. Ante aquellas perezas cazurras, su impaciencia representa un escándalo de audacia. Hasta su blancura glabra su excepcional entre la palidez velluda de la raza española. Allá, donde el sentimentalismo de igual procedencia abunda en canciones, hasta convertir la guitarra en utensilio indispensable, él es refractario al verso y á la música. Su eficaz empirismo representa lo contrario de los rigores lógicos, otro legado colonial que nos desvanece de falacia formalista. Todos los fanatismos congéneres estrelláronse en su razón. El desdén proverbial hacia el maestro de escuela, que hoy mismo exhiben muchas personas cultas, preséntasele en toda su insolente estupidez; y declarándose maestro, de preferencia á cualquier otro título, establece su diferencia más profunda, quizá, con el resto de sus paisanos. En Lima, durante la solemne inauguración de la primera escuela de artes y oficios, abandona su puesto de ministro argentino entre los diplomáticos, para colocarse entre los profesores.

Si fuera producto de su medio social, conservaría alguna relación con sus tendencias y sus preocupaciones; si del medio étnico, algunos rasgos típicos. Sus genealogías son meras imaginaciones. Poco interesa y menos demuestra la socorrida vinculación con los Sarmiento, hijosdalgo de Lima, ó con los moros mucho más parecidos á aquellos cuyanos tan distintos de él. En uno y otro caso, trátase de una información circunstancial para satisfacer los puntillos aristocráticos de la juventud chilena entre la cual figuraba, ó de un alarde romántico. El moro constituía un elemento esencial del romanticismo; y como nunca tuvo la literatura tanta influencia sobre las costumbres, al extremo de constituir aquella tendencia suya un estado colectivo de alma, un misticismo laico que todo lo invadió, su tipo predilecto hubo de adquirir realidad ante las imaginaciones en crisis, explicándose, así, como llegan á concebirlo del mismo modo, á prendarse de él con idéntica inclinación, la religiosidad solemne de Chateaubriand y el pesimismo agridulce de Enrique Heine.

Por lo demás, Sarmiento conocía en el sublime vizconde tanto como en su frecuentado Lamartine, aquel teatral orientalismo de Palestinas y de Arabias. Su gusto literario, casi tan voraz como su apetito, consumía al mismo tiempo la Mme. Cottin, cuyo Malek Adhel (1) alborotaba las contemporáneas guedejas de los mancebos trasandinos. Ya veremos estas relaciones al tratar del *Facundo*. Continuemos determinando el aislamiento significativo del genio.

La naturaleza local no aparece menos extraña á su formación.

Aquella árida cordillera que amoratan cárdenos visos de escoria, ó desolan los ocres de calcinada amarillez, tapa medio cielo como una pared hostil. La impresión de su mole es depresiva. En vez de encaminar la mirada á lo alto, aplasta. El mismo violeta crepuscular, lejos de suavizarla, vuélvese torvo en las polvorientas lejanías. Las noches enfríanse en una pureza desapacible de páramo. El sol destaca en aquellos paisajes la grandeza brillante y lúgubre de las regiones mineras. Completa ese aspecto la derruída incoherencia de los médanos donde sólo prospera resinoso jarillal, y hasta el agua del río epónimo, turbiamente rojiza, parece contribuir á la sed, tornando indispensable el lloroso filtro excavado á la rústica en los asperones comarcanos. La sequedad reina en el suelo y en el ambiente. Un velo de polvo casi perenne cubre la ciudad, acentuando todavía aquella aridez, la profusión de tapiales. El famoso viento *Zonda*, cuya maléfica electricidad descoyunta como la fiebre, sofoca con remolinos frenéticos, en que á semejanza de los griegos con sus harpías, la superstición local ve los demonios del polvo. La caliginosa polvareda denuncia que "anda el diablo suelto". Es aquella una región de soledades. Cuatro muy vastas la caracterizan. Sarmiento las tiene tan presentes, que empieza el episodio capital de su *Facundo* con la descripción de una. Entre sus variadas ocurrencias de adelanto, tuvo la de introducir allá camellos: tal son de

(1) El protagonista de *Matilde ó las Cruzadas*.

análogas al desierto africano. Pero están, naturalmente, lejos de resultarle simpáticas. Por el contrario, las detesta como causas de montonera y de esterilidad. Asimismo, la cordillera familiar, poco figura en sus descripciones. Percíbela rebelde á la civilización, que es, ante todo, un asunto de tráfico. Así, su gobierno contó dos concesiones prematuras para aplanarla con el carril y con el riel. De ella suele salir una que otra ocasión, allá en los sedientos veranos, inopinada como una montonera de antes, tal cual tormenta en que la compensadora ráfaga del Sur precipita las saturaciones del Zonda. Pero su chubasco de flagelante violencia apenas pasa de riego superficial. La captación de las aguas manantiales asegura tan sólo á las fincas su precario suministro. Así, éste constituye la más delicada de las funciones fiscales, el más odioso procedimiento de extorsión, ó la regla típica de la equidad, como quien dice tasada en el marco hidráulico.

Tales comarcas sólo producen contemplativos y ascetas, quizá exaltados estos últimos hasta el rudo pesimismo de la predicación contra las glorias mundanas, pero nunca esos robustos campeones del bienestar, de la salud, de la ciencia; ó engendran al caudillo específicamente antagónico en su miseria bravía, en su tendencia nómada que le hace vivir como clavado al caballo por el fierro de la espuela, en su orgullo primitivo que desdeña la industria como una afeminación y las artes como una mendicidad. En nuestra Palestina gaucha, los ciegos monopolizan la profesión de la música. Las Tebaidas jamás fueron propicias á las letras. Son ésas regiones de aislamiento. La montaña que empareda, el arenal, el sol implacable, la tormenta fulgurante y rara, concentran el sér en una especie de híspido repliegue sobre sí mismo, como la vegetación regional que es pura aspereza de pinchos y de taninos. Obsérvese, en efecto, la flora montaraz de aquellos Andes. El chañar rotoso, denominador de toda la zona fitográfica, es, específicamente, un descamisado: *Gourliea decorticans*. La retama de los desiertos medra en una coriácea desnudez, fugazmente alegrada apenas por el oro gayo de su flor.

La jarilla barnizada, de aspecto agreste, exhala su astringencia fumaria que dijérase el olor de la aridez. Los algarrobos preséntanse con su corteza ruda como una jerga penitencial. Uno de ellos, particularmente tortuoso, hasta imponer su clasificación *(prosopis flexuosa)* no es más que un verrugón de leña subterránea, que echa hacia afuera tres ó cuatro rudas varas. Casi ninguna planta carece de espinas, pero sí muchas de hojas. Así los cactos peculiares con sus cascos erizados de púas como los antiguos flagelos de pelea. Y la vegetación sativa no es menos característica, al hallarse principalmente representada por las plantas del suelo bíblico: la vid, el olivo y la higuera. ¿Es un Juan Bautista lo que ha salido de aquella tierra á propalar espantos y sumisiones ascéticas, demacrado por la zamarra de camello y la dieta de langostas y miel silvestre? No por cierto. Aquel árbol de sensibilidad, con su abundante vida en la que son gajos profundos el talento y el vigor, lo que pregona es la salud enérgica, la alegría, la dicha, la libertad. Es un escéptico, en el sentido eficaz que daba á esta palabra la antigua filosofía; es decir, lo que hoy llamamos un hombre práctico. Esta condición va acompañada por un agudo racionalismo. Las cosas del cielo no le preocupan, aunque á fuer de genial, posee también, y á veces con intensidad desconcertante, la penetración del misterio. El sólido positivismo democrático, arrástrale á la obra material que promete á su impaciencia por el bien, á su predicación de las cosas hechas, logro inmediato. Las ideas y aún los ideales, no son para él sino recursos: armas ó instrumentos de su acción. También aquella preocupación por los negocios terrenales, tenía como propulsor el más soberbio desinterés. El entendió como un caso de heroísmo la milicia de la vida (1). Ensanchóse el corazón hasta fal-

(1) Así el gran discurso de 1880, cuando la proclamación de su candidatura presidencial, registra este concepto tan sentido y tan varonil, de viejo soldado que ve en la misma muerte un detalle del servicio: «El cuartel de inválidos me aguarda, á no ser que el Comandante General haga echar la última retreta para llamarme á silencio eterno».

searlo en la hipertrofia mortal, para darse como los ríos cuyo sér consiste en derramarse perpetuamente. Vida privada no la tuvo, pues hasta la más íntima se la sacaron, como si no bastando aquel caudal, hubieran debido también remover el fondo.

No hay, como se ve, cosa más distinta del producto humano que á su región corresponde. El es más que distinto; es el antagonista físico y moral del montonero contemporáneo, que reproduce en pintoresco mimetismo al arbusto desarrapado y acerbo de la región, con su inmovilidad tenaz mordida al suelo por la raigambre leñosa, y su fosca sobriedad que ahorra sed espinándose. Su vida, para no salir del símil ya esbozado más arriba, era el grande árbol feliz, amigo del agua regadía que aumenta la generosidad del follaje y civiliza en primor frutal la áspera baya del desierto. Y mientras la especie alada escasea en la región, singularizando una poesía salvaje en el jilguero negro que habita la soledad de las nieves, sobre aquella copa vienen á cantar todos los pájaros del sentimiento y de la esperanza.

El antecedente familiar tampoco nos indica nada.

Trátase de un matrimonio provinciano de gente decente y pobre, cuya tranquilidad no turba la estrechez, compensada por el goce de la buena fama. Algo ayuda el trabajo lento del padre, resignado en su precaria fidalguía, y sólo movido á la acción intensa por el patriotismo ó por la política. En cambio, la madre dedícase con valentía industriosa al sostén del hogar, complicado por la provisión doméstica de casi todas las necesidades corrientes, y por el pequeño comercio suplementario que las relaciones más pudientes estimulan á título de compasiva clientela. Y así pasa sus días laboriosos en urdir la frazada ó cardar la catalufa de colores que adobó la tintorería casera; ó en disponer los lizos del telar fino para la untuosa vicuña; ó en historiar la randa cuyos pájaros y flores tipifica una tosca, pero expresiva estilización; ó en acendrar al fuego reposado de la paila, los alfajores y almíbares cuyo punto aromatiza la canela. En la señora, que así viene á ser el personaje central de la familia, concéntranse la

energía y el relieve. Situación ventajosa, á no dudarlo, pues lo cierto es que nunca formó la madre argentina mejores hombres.

Claro es también que semejante influencia, dió á aquella vida semi-aldeana los tres rasgos característicos del predominio femenil: el quietismo, la devoción y la rencilla. Era la vida lenta, de conformidad sumisa en la posición heredada, de aspectos automáticos á fuerza de ser invariables, de aburrimiento ya habitual en su monótona timidez. Esta profundizaba la intolerancia como una defensa. El dominio sacerdotal, aprovechando aquella situación, proscribía como pecado toda diversión mundana. La pobreza dominaba como resultado en aquella paralización, sobre todo para los más linajudos, naturalmente más afectados por ella.

Parece que don José Clemente Sarmiento aceptaba aquella situación con la indiferencia habitual; así como que la energía de mi señora doña Paula Albarracín no era sino la actividad, también corriente, de una matrona animosa.

La pareja es complementaria; vale decir, equilibrada en el matrimonio más regular. Al optimismo inerte del blando marido, reune la mujer una fibrosa energía que obstina la frente con protuberancia tenaz.

Aquel hogar no fué, asimismo, sino una de las casas pobres de la época: la construcción cuadrilonga de adobe y tejado en capucha, con sus ventanitas trepadas á los muros de cabecera, sus cuatro árboles, contados á la manera de la Odisea en los *Recuerdos de Provincia*, y al frente, escoltando la puerta, la fragante higuera que daba sombra al telar.

La instrucción era casi nula, y durante los siglos de la conquista, abandonada á los conventos como una obra de caridad. San Juan no debe al fisco español sino una escuela, creada bajo dirección sacerdotal sólo trece años antes de la Revolución. Es esa la *Escuela del Rey*, que transformada por aquel movimiento en *Escuela de la Patria*, con un programa elemental muy razonable ciertamente, ve figurar en sus aulas al alumno Sarmiento, quien, casi de entrada, conquista y conserva sin desfa-

lleer el rango de *primer ciudadano*, creado como premio insigne por la patriótica pedagogía de su director, el porteño Ignacio Rodríguez. Aquella es, á no dudarlo, su primera simpatía con la después bien amada Buenos Aires. Verdad es que desde los cinco años habíanle enseñado á leer en familia como privilegio especial de único varón sobreviviente.

Repetidos una y otra vez los cursos, á falta de otros superiores, fracasaron los proyectos de enviarle al colegio de Loreto en Córdoba, y al de Buenos Aires, en 1821 y 1823; la primera ocasión, por falta de recursos; la segunda, por azar adverso en el sorteo de las becas. Parece que tales contrastes produjeron la mayor desolación al padre apático y á la madre iletrada, si bien aspirante en su energía directriz.

Para completar este esbozo del medio, recordaré que el gobierno adolecía de la misma inercia patriarcal. Como la mayor parte de los caudillos mediterráneos, Benavídez, el gobernador vitalicio que en San Juan los tipifica, y cuyo mando transcurre paralelo á la existencia por decirlo así interandina de Sarmiento, es un criollo bonachón de natural, taimado de facha, que exagera un poco para mayor solemnidad gubernativa. General de milicias caseras, apaisanado sin llegar á gaucho, su gobierno representa una de esas incrustaciones al terruño, que siendo de la misma substancia, se connaturalizan con él hasta volverse vitalicias. Si hay, pues, un medio preparado para producir y mantener la vida mediocre, todavía rebajada por la indiferencia, ó cuando más la exaltación contemplativa, es aquella San Juan de Sarmiento. Nada menos propicio á la eclosión, no ya del genio, sino del talento. Aquél ratifica con todo ello su procedencia anómala, su infrecuencia original, y por algo los devotos de "la ley", objetaron ya á Jesús que no salían profetas de Galilea...

Si aquel tipo presenta alguna analogía, es con los hombres de la Revolución Francesa, por su devorador espíritu de acción y su amor terrible á la libertad. Si su aspecto rocalloso le aproxima á Mirabeau y á Dantón, su espíritu presenta una recóndita analogía con Robespierre, tan diverso, sin embargo, á primera vista.

Descollaba en Sarmiento el mismo odio inmenso á la tiranía, la misma severidad implacable, el mismo concepto de exterminio peculiar á los espíritus absolutos, contra el sistema y sus agentes. Así la guerra sin piedad á la montonera, bajo un estado de ánimo manifiesto en aquel proyecto de ley que ponía á precio la cabeza del rebelde López Jordán (1). Todo lo cual no excluye la vasta capacidad gubernativa, en aparente contradicción con la potencia destructora, puesta á la zapa del despotismo. Ese equilibrio de cualidades tan diversas, es principalmente un don genial; pues claro está que para comparar á Sarmiento, busqué los más grandes hombres de la Revolución.

Naturalmente que con guillotina y todo, pues tan ásperas eminencias no admiten el esmeril. Vaya uno á disimular en semejante cima de vociferación como Sarmiento, entregada á todas las responsabilidades con jactancia casi brutal, el exterminio de la montonera á sangre y fuego. Si él mismo lo alardeaba con bravía provocación: "Todos los caudillos llevan mi marca".

La verdad es que hubo de imponérselas á fierro cortante y candente, sin que en aquella represión tengan disculpa muchas crueldades; pues como los relieves de su personalidad correspondían á depresiones equivalentes, sus equivocaciones eran tan grandes como sus aciertos. Una vez disparado su proyectil, no había ya obstáculo que lo detuviese. Su propia integridad quedaba comprometida por chocantes contradicciones, lo que si demuestra la sinceridad de la convicción, también prueba la ceguera del absolutismo. Así las ideas revolucionarias, inspiradas en el amor del género humano, dieron en la crueldad suicida que ocasionó el episodio eternamente lamentable de Termidor. He ahí el desastre de la democracia jacobina, ó sea el más profundo experimento humano de organización sin autoridad, al sólo imperio de la disciplina filosófica.

(1) Esto en plena vigencia de la Constitución que él mismo había contribuído á fundar, y que prohibe los tribunales de excepción, las leyes *ad hoc* contra determinadas personas, y la pena de muerte por delitos políticos.

Las ideas eran también para Sarmiento el origen de toda civilización y de toda libertad. Por esto consagró lo mejor de su vida á fundar escuelas para difundirlas y en predicar para enseñarlas. Predicar, es la palabra exacta. Por singular que sea su estructura, no excluye ciertas inclinaciones secundarias de familia y de localidad, como la tonada, por otra parte casi imperceptible en él; sobre todo cuando aquellas se acomodan á su idiosincrasia. Así, su genealogía revela en los varones de la familia materna, una tendencia sacerdotal, bastante difundida para significar algo más que el habitual recurso deparado al hidalgo pobre por las costumbres coloniales. Casi todos son domínicos, es decir, de la "orden de predicadores"; entre ellos fray Justo de Santa María de Oro. Otro pariente más lejano, fray Miguel Albarracín, fué escritor y parece que arriesgado teólogo en reparos con la inquisición limeña. Pero el más interesante por la influencia que ejerció sobre Sarmiento adolescente, fué su tío fray José de Oro, hermano del ya citado fray Justo, y como él inclinado á cierta especie de democracia bíblica que no excluía un ardoroso fanatismo.

Figura, así, en la oposición conservadora, ó mejor dicho antiliberal, luego transformada en el partido federal del Interior, que hacía sus armas por entonces (1825) contra el gobernador de la provincia, don Salvador María del Carril, uno de los futuros prohombres unitarios. Joven de veintitrés años apenas, é imbuído en las ideas rivadavianas, había éste ensayado desde luego la reforma liberal, suscitando pronto con ella una sedición que tuvo á nuestro fraile por uno de sus caudillos.

Tratábase, efectivamente, de uno de esos capellanes tunantes y batalladores, que habían dejado como rezago los ejércitos de la independencia, en el más famoso de los cuales pasó, el mencionado, los Andes con San Martín. Habíasele pegado de la vida militar la inclinación al fandango mujeriego; la mano pronta y la esgrima vivaz de la pendencia congénere; la proeza domadora á corcovo de mulo andino, y el desembarazo va-

lentón de aquella altanería granadera con que acuñaba el libertador la faz de sus sableadores. A falta de mostacho anticanónico que empinar en su cara frentuda é inteligente, encrespaba de insolencia el labio irónico, y con su voz militar, resonada por el bronce barítono, hacía de la verdad peligrosa ó del comentario á cercén, su jactancia caballeresca.

Vencida la revolución contra del Carril, y repuesto éste en el mando, el fraile Oro partió desterrado de la provincia á una próxima aldea de San Luis, llevándose á su sobrino.

Sarmiento atribuye á aquella convivencia de un año, una impresión profunda sobre su vida, y esto parece evidente. La naturaleza del tío, era como la suya, contradictoria y violenta; pues el fraile bigardo, no excluía en él al fanático de la religión y del patriotismo, así como la desenvoltura pintoresca del trato y de la narrativa adquiridos en sus campañas, con el variado vivir y el turbulento pecar, conciliábase á la seriedad del estudio y á los dones de una no escasa ilustración.

El sobrino le sacó íntegros su amor casi impertinente á la libertad, su coraje romántico, su anecdotario de la patria, su civismo, su religión exaltada, su voz y sus ademanes. Reproducíase una vez más ese caso del tío de grande hombre que la vida de Mirabeau presenta en forma tan parecida. Veremos á su tiempo que el espíritu proselitista del catecúmeno se le pegó también, suscitándole la vocación de la enseñanza.

Preparado así á los quince años, á los dieciseis sufre su primera persecución por la dignidad exagerada hasta la impertinencia. Nada más animado que su propia descripción de esta escena típica:

"Era yo tendero de profesión en 1827, y no sé si Cicerón, Franklin ó Temístocles, según el libro que leía en el momento de la catástrofe, cuando me intimaron por tercera vez á cerrar mi tienda é ir á montar guardia en el carácter de alférez de milicias, á cuyo rango había sido elevado no hacía mucho tiempo. Contrariábame aquella guardia, y al dar parte al gobierno de haberme recibido del principal sin novedad, añadí una reclama-

ción en la que me quejaba de aquel servicio, diciendo: "con que se nos *oprime* sin necesidad". Fuí relevado de la guardia y llamado á la presencia del coronel del ejército de Chile, don Manuel Quiroga, gobernador de San Juan, que á la sazón tomaba el solcito, sentado en el patio de la casa de gobierno. Esta circunstancia y mi extremada juventud, autorizaban naturalmente el que, al hablarme, conservase el gobernador su asiento y su sombrero. Pero era la primera vez que yo iba á presentarme ante una autoridad, joven, ignorante de la vida y altivo por educación, y acaso por mi contacto diario con César, Cicerón y mis personajes favoritos; y como no respondiese el gobernador á mi respetuoso saludo, antes de contestar yo á su pregunta ¿es ésta, señor, su firma? levanté precipitadamente mi sombrero, calémelo con intención, y contesté resueltamente: sí, señor. La escena muda que pasó en seguida, habría dejado perplejo al espectador, dudando quién era el jefe ó el subalterno, quién á quién desafiaba con sus miradas, los ojos clavados el uno en el otro, el gobernador empeñado en hacérmelos bajar á mí por los rayos de cólera que partían de los suyos, yo con los míos fijos, sin pestañear, para hacerle comprender que su rabia venía á estrellarse contra una alma parapetada contra toda intimidación. Lo vencí, y enajenado de cólera, llamó á su edecán y me envió á la cárcel."

Probó así su altivez indómita, á la manera de un temple siempre intacto, ora en la posesión de su investidura presidencial, que como es sabido no perdonaba el *Excelencia*, ora en su pobreza ejemplar, más inconquistable aún, como que, á su propio decir, constituía un desembarazo de combatiente; y ejercitó también aquellos ojos de magnetismo terrible, que más de una vez contuvo materialmente, como una fulminación, perradas y populachos. Todo el Sarmiento batallador está en ese lance de miradas. Cuando chiquillo, había sido capitán de uno de los bandos azota-calles que dirimían con encarnizadas pedreas, como un aprendizaje de la guerra civil, rencores de barrio: y tenía su proeza de Bayardo pillete en la defensa desigual de cierta alcantarilla, donde forjaron su constancia nutridas magulladuras.

Su situación de coadjutor al lado del tío, en aquella pintoresca soledad de la sierra puntana, había exaltado á religiosidad las vinculaciones misteriosas de su predestinación. Precisamente el recuerdo de cierta escena religiosa presenciada entonces, inspira una de sus más genuinas páginas poéticas: el rosario vespertino rezado por el estanciero, patriarca numeroso de hijos y de domésticos, al balido de los rebaños que vuelven como místicos de sencillez montañesa. Su sensibilidad casi bravía ha florecido con la primer temperie (el destierro de Oro fué á mediados de Septiembre) como la mota humilde del aromo serrano, cuyo perfume cálido y seco parece un olor de sol.

Allá se le despierta la inclinación á la trascendencia de las cosas sencillas, que mencionó en su curioso discurso sobre el cultivo isleño del mimbre. Precisamente es otro don genial el de descubrir relaciones ocultas en los seres y las cosas: el don mismo de la poesía. Por eso él cree también en la educación que hace maravillas con elementos simples; y aunque es siempre el positivo, el utilitario, de donde se ha formado el político, en este mismo género de actividad halla trascendencias augurales:

Urquiza, vencedor de Caseros, no será jefe de la República. Los hechos y la lógica parecen demostrar lo contrario; mas "esto me parece que está escrito ya allá arriba, y *siento de ello esa intuición indefinible* pero firme, incontrastable, que he sentido siempre por *los hechos fatales*, que las causas conocidas traen aparejados".

Y pocas veces se ha dicho en tan breves líneas algo más bello, más preñado de inmortalidad, que esta consideración como quien dice aguas abajo del párrafo, á propósito de la estatua del dolor que vela en la Recoleta la tumba de Facundo:

"El Dante puede mostrar á Virgilio este león encadenado convertido en mármol de Paros y en estatua griega, *porque del otro lado de la tumba todo lo que sobrevive debe ser bello y arreglado á los tipos divinos cuyas formas revestirá el hombre que viene*".

La colocación de estas líneas, cuyo desarrollo pudiera ser un tratado de filosofía trascendental ó un poema; mejor dicho, su abandono en el párrafo cualquiera de un artículo sobre el día de difuntos, indica la creación inconsciente del genio que sabe más de lo que piensa y lo que dice. Así también alguna línea, maravillosa de profundidad y de alcance, á la vez que breve como una ley científica: "la electricidad, alma del mundo". Y esto mucho antes de las ondas hertzianas, de los neurones y de las nuevas hipótesis sobre la vida. Muy superior también á todo eso en penetración filosófica.

Aquella situación intermitente en la zona de la gran tiniebla lúcida que sólo por instantes nos dejan entrever esas ocurrencias de los genios, como postigos abiertos á medias sobre el misterio causal; su originalidad orgullosa; sus contradicciones de categórico desparpajo; sus proyectos grandiosos hasta rayar en lo quimérico, su diversidad desconcertante, en fin, engendran la sentencia vulgar: *el loco.* Estaba, en efecto, loco de luz como todos los que se desmesuran hacia arriba. La situación polar en la vida de la República cuyas perturbaciones corrigió tantas veces su talento como una función axil, dábanle con la perpetuidad del día, el insomnio luminoso que es de por sí una superioridad visionaria. Pero el dicho corriente provenía, además, de un hecho. En 1836, agobiado en Chile por las tareas de peón minero, que duplicaba ahorrándose la reparación del sueño para enseñar, estudiar y escribir, la cabeza le falló. Pasó por ese horror de los abismos hostiles que parece definir en el genio una especie de sombría pubertad, desvaneciendo el espíritu en la demencia como un agujero en el agua: tuvo, por decirlo así, su crisis de precipicio. Y aquel desvarío, acentuado por el desgaire de la vestimenta jornalera, con su bombacha azul y su boina colorada, aumentaría la impresión luego apegada en sobrenombre.

Su abundancia mímica, la exterioridad de sus entusiasmos, su frecuente grito, que es un don de combate en los héroes homéricos, contribuían también. Su ademán descriptivo, adquiría á veces una curiosa minucio-

sidad, y recordaba á muchos oficiales las anécdotas del viejo ejército, con motivo de igual costumbre degenerada á manía en el viejo coronel Chenaut que había sido su jefe. En Chile llegó á alarmarse su hospedera, con otra peculiaridad análoga. En efecto, cuando le poseía la exaltación de escribir, comentaba su artículo en alta voz mientras lo iba redactando; y aquella agitación no se detenía en las expresiones de feroz contento al hallazgo de una eficacia polémica, de un dato que con misteriosa frecuencia el libro consultado le presentaba abriéndose precisamente por la página puntual; ni en el terno que suprimía á duras penas del escrito, por compostura literaria, sino que traducía la pasión con puñetazos, desasosegados paseos leoninos, y ademanes de amenaza que hacheaban á lo lejos, por encima de los Andes... (1)

La silla volcada, el libro tirado al suelo en la premura, el paso brusco, el juramento estentóreo é intempestivo en el habitual silencio del trabajo de pluma, componían á veces un estruendo de pelea. La patrona de Sarmiento también le creía loco. ¿No le había sorprendido en las madrugadas todavía turbias de tiniebla y de sueño, paseándose por el cuarto como un fantasma, con su camisón y su gorro blanco, relumbrando los espejuelos en sus ojos cansados, con redonda luz de buho miope, mientras desbordaban de la mesa, sudando tinta aún, sus grandes carillas sin margen? ¡Qué sorpresa si hubiera visto las fieras con que estaba luchando! ¡Qué admiración para aquel coraje de paladín, encarada sólo su alma contra la ignorancia, la superstición, la tiranía, el desaliento, el terror, mientras todavía le tarascaban á traición la miseria y la calumnia! Pero de ver cosas así en Puerto Lápice y en Yanguas, Sancho había llegado á saber que el sublime andante estaba loco...

(1) En cierto artículo polémico de respuesta á los señores Gutiérrez, periodistas opositores á su política, interrumpe de repente una enumeración de las grandes amistades con que se honraba, jactancia habitual en él, para intercalar este apóstrofe: «¡Sáquenme de ahí á los Gutiérrez que me están haciendo pitos!» (burlas).

En cambio, su letra idéntica desde la juventud hasta los años extremos, con una constancia de carácter y de rasgo que designa la más perfecta integridad vital, conserva en esas crisis toda su regularidad aguda y clara, demostrando el recóndito imperio de la razón. Es tan pareja en el borrador como en la copia, en la carta familiar como en el trozo polémico. Su examen presenta el más bello resumen de cualidades varoniles.

Caligrafía grande y alta, que está expresando desde luego la generosidad y la confianza de sí mismo, su angulosa energía declara el coraje rayano en temeridad aventurera. Este aspecto agudo, que es lo más característico, pronuncia en el conjunto la firmeza que puede llegar hasta el despotismo, equilibrada, no obstante, por la sobriedad del rasgo con una evidencia de sencillez.

El examen particular de las letras lo confirma, empezando por las de su nombre.

La *D,* letra de gran importancia en grafología, es *tajante* para emplear el término específico: expresión de ímpetu y de violencia. La *F*, poco significativa por lo demás, denota inelegancia y cargazón con su aspecto simplificado y feo. Recuerda su fisonomía cuando era gobernador de San Juan y usaba pera. La *S*, sencilla y netamente cortada, manifiesta fortaleza y cultura.

Después, entre sus mayúsculas, la *A* alta y aguda, indica perseverancia y elevación de ánimo. La *E*, fea y con lazada interna, presunción. La *V*, con el segundo vástago muy ascendente y cortado en ángulo, energía y tendencia al ideal. Entre las minúsculas más importantes, la *t* ligada, sin barra transversal, representa tenacidad y lógica. La *m* expansiva y angulosa, firmeza: el rasgo más explícito de aquella caligrafía. La *i* con fuerte tilde en forma de acento, vivacidad autoritaria. Quién iba á poner con mayor nitidez los puntos sobre las *íes*...

Por docenas y docenas quedaban las colillas como cartuchos quemados de su combate; pues aquel nervioso necesitaba que su exceso de entusiasmo se dispersase á lo menos en las alas de humo de la quimera. "Fué mi cuerda desde niño, dice, el entusiasmo exuberante, y to-

el caracter de la arquitectura italiana que embellece las moradas particulares y siento que no tengais tiempo de remontar nuestros rios, para que oyeseis los gritos del marinero de Genova i de Venecia, que animan los numerosos canales de los grandes vias fluviales con su cantos, su bandera, y su trabajo.

Habeis hecho bien, os repito Señor Duque en visitar esta parte de America. La aristocracia inglesa al dejar la Universidad de Oxford o Cambridge y antes de sentarse en el Parlamento viaja por el continente europeo, afin de adquirir las nociones practicas de la vida que dan solidez y oportunidad al pensamiento del hombre de Estado. Los antiguos buscaban la luz en el Oriente. Las ~~[illegible]~~ civilizacion modernas por fortuna no teniendo centro hoy no hai para nadie oriente ni occidente ni norte. Hai algo mas grande i mas completo, el mundo; y V. Alteza ha seguido la derrota que al Principe de Wales llevó a California y los E. Unidos. Los intereses de las naciones estan en su propio seno, y desparramados

SALUTACIÓN AL DUQUE DE GÉNOVA

(Autógrafo de Sarmiento)

davía se derrama en mi alma, no obstante los años (1) esta generosa espuma de la vieja cerveza". Así el símil de original gallardía, que parece reir la espuma virilmente amarga de lúpulo y desbordada de fermento, en la barba de un noble burgrave, comentaba su pasión característica.

Con la misma violencia deprimíanle las ingratitudes de la vida, envejeciéndole en horas, desastrándole durante días la barba en retoño y el traje, encorvando de tristeza su vasto cuerpo; y como á todas sus afecciones idiosincrásicas correspondía un hueco ó un relieve exterior, aquella delicadeza para la ingratitud, duplicábase en una excesiva sensibilidad al frío.

Semejante desnivel llegaba en ocasiones al eclipse de la personalidad en crisis de exasperada demencia. No en vano los frenólogos han dicho que el perfil sintetiza el carácter en su línea reveladora. El antropoide selvático preponderaba en tales accesos, acentuando á dentellada el trismo pasional, esbozando un paroxismo en el desbaratamiento apoplético de la camisa.

El mismo había bromeado alguna vez con su locura, rematando una descripción sintética de su vida, por cierto vibrada á lo hondo, de orgullo sano y de emoción varonil, en estos términos de noble humorismo:

"Aquí concluye mi cuento, contado de una pieza: y recordando los versos de Shakespeare, de que en verdad no me acuerdo, pero que vienen de perlas:

*Es un cuento contado por un loco*
*con grandes aspavientos y gesticulaciones*
*y que nada significa...*» (2)

(1) A los setenta y seis, uno antes de morir. Obsérvese la firmeza nerviosa de la expresión, el soplo juvenil en la metáfora jovial. Alberdi, que fué su antagonista natural, creía exactamente lo contrario. «El entusiasmo es atraso político, resto de despotismo militar, que ha podido ser útil en un momento de guerra, que es funesto como *la borrachera* habitual durante la vida ordinaria y definitiva». Quizá tenga más razón el analista en su eficaz perspicacia. Pero el artista posee más nobleza. Y he aquí por qué habían decididamente nacido para no entenderse.

(2) A la verdad, recordábalos bastante bien, como va á verse, salvo

No tardaba en encarnizarse de nuevo con otro motivo de combate, para volver á sus desmesuradas escrituras, suspendida por ellas la vida animal hasta olvidar su impaciente apetito, y sostener, cuando venían á anunciarle el almuerzo después de veinte ó treinta horas, que su noche laboriosa no había acabado aún.

Una profunda afectuosidad emana también de ese entusiasmo, hasta volver famosas sus grandes amistades, dignas por cierto de un estudio especial sobre "los amigos de Sarmiento". Así su condiscípulo Aberastain á quien inmortalizó en una de esas "vidas" tan peculiares de su literatura. Aquella amistad ligábase á su época más triste de enfermedad y desencanto. Habían dejado de verse desde la escuela primaria, ausente Aberastain en Buenos Aires, adonde viniera para ingresar al colegio de Ciencias Morales, con una de aquellas becas que Sarmiento no pudo obtener; y volvieron á encontrarse en San Juan, cuando el estudiante regresaba hecho hombre, respetado por su honorable capacidad hasta nombrarle juez de alzada el gobierno enemigo, mientras el indomable recaía en el nido deshecho, con su pobre gran cabeza bamboleada en la enajenación, lleno de tragedia y de ensueños, de miseria y de enormidad, como un verdadero vagabundo de los Andes.

la sustitución de «idiota» del texto original por «loco»; pues esto convenía mejor al sentido de su párrafo. Los versos, que son de la escena V del acto V de Macbeth, dicen en efecto:

> .........*it is a tale*
> *Told by an idiot, full of sound and fury,*
> *Signifying nothing.*

Lo curioso es que este mismo fragmento se halla mal citado y atribuido en los *Recuerdos de Provincia*, donde sirve de epígrafe. En vez de *an idiot*, dice *a fool*, confusión evidente con el *full of sound* del texto original, deformado consecutivamente en *with sound*; lo cual prueba á la vez que Sarmiento citaba de memoria y que no percibía el ritmo del verso inglés, aunque se trata de un endecasílabo cortado por un adónico á la manera sáfica. La cita está hecha, además, de corrido, en forma de prosa, que es como queda, efectivamente, así deformada. Además, dícesela tomada del Hamlet, tanto en la transcripción inglesa como en la traducción. Lo que es inexacto.

Aberastain le tendió la mano amiga, hízole comisionar contador provisorio de la administración para que compusiera cierto enredo de teneduría fiscal; y con esa gratitud sin límites, que es la madera de explotar en todas las grandes almas, Sarmiento guardó al amigo con delicada preferencia, dado que era una primicia de dolor, aquella lealtad cuya genuina arrogancia determinaba su expresión viril, como resalta en la veta tenaz el maduro corazón de la caoba.

Otro entre tantos fué Montt, su noble protector chileno, á cuyo interés atribuye, con la gratitud habitual, el útil desenlace de su existencia. Bella exageración de amistad, sin duda, pero exacta como apreciación inicial. Montt le ayudó eficazmente á ser periodista, como se ayuda á un inventor, pues lo cierto es que el argentino fundó la prensa de Chile, al crearle con el diario su órgano expansivo por excelencia: el ala de papel en constante acción de volar. Mientras el periódico no es diario, continúa limitado á folleto. Es el cotidiano apremio lo que viene á convertirlo en sér alado. He ahí el potente secreto de "aviación" que Sarmiento llevaba en su alforja de peregrino.

El joven estadista y ministro chileno, enseñóle también con su ejemplo la rudimentaria lección política que por aquel entonces presentaba su país, como un modelo de organización bastante análoga á la pedagogía contemporánea enteramente compuesta de magister y de dogma, en contraste con el sangriento desorden argentino, mucho más rico, sin embargo, de vigor potencial y de posibilidades. Las mismas personas de Sarmiento y de Montt, presentaban ese contraste; mas era, sin duda, imposible apreciarlo entonces, dada la inmediación de los acontecimientos, sino bajo un concepto enteramente desfavorable para nosotros. La inmensa fe patriótica del emigrado, revela, sin embargo, una instintiva apreciación genial, que le hizo desdeñar siempre la buena posición en Chile por la azarosa aventura del regreso libertador. Montt mismo habíaselo reprochado alguna vez, diciéndole que nunca asentaría la cabeza.

Sin embargo, Sarmiento aprendió del gubernismo

chileno la organización constitucional, como había de hacerlo Alberdi prácticamente hablando; pero la influencia de Montt sobre su vida, es mucho más importante. Representa la ayuda indispensable en otra de las crisis también peculiares al genio: el desencanto de la soledad que le producen su propio distanciamiento y diferencia con los hombres. Llega un momento en que todo á su alrededor es hostilidad y fracaso. Quizá la predestinación impulsora no fué sino quimera de la propia vanidad. Talvez el sentido común tiene razón: la razón de su inercia descorazonadora. Acaso es definitivo el desdén de los hombres y de la suerte...

Entonces la pena duele en el sollozo estrangulado, la injusticia desola como una despedida sin remedio, el pesimismo insinúa dolorosas delicias de soledad; y el corazón, sólo en su angustia, no siente ni la correspondencia de los dolores ajenos que asumiera su caridad, como el cordal de la vihuela es precisamente el único punto donde no vibran las cuerdas, atadas sin embargo á él.

Sarmiento, desesperado por los contrastes, por los años de tiranía inexorablemente sucedidos en la victoria, concibió el ostracismo, el hundimiento, como un desenlace en tierras lejanas donde ni siquiera se volviese á oir su nombre. Y el amigo le salvó. El oligarca discreto y fino, comprendía á aquel formidable demócrata, con una superioridad de espíritu ciertamente bella. Encargóle una misión á Europa con el fin de que estudiara instituciones docentes.

Debemos con este motivo á Chile y al grande hombre chileno, la adultez del Sarmiento estadista y educador; pues aquel contacto con los vientos marinos, aquella dilatación de horizontes, acabaron de emplumarle las alas. El gobernante quedó completo en potencia de actuación, no bien le llevase arriba el aparente azar de su existencia predestinada.

Su carácter labrado en material andino, á mordedura y percusión de fierro, allá hubo de equilibrarse y convertir en filo de arista, es decir en elemento de estética lineal, sus asperezas primitivas. Así vino á resultar más

inflexible y penetrante. Aquella punta que se sacó en la rotación mordiente de la vida, no se desmocharía jamás, conservada por la misma integridad de su agudeza. El alférez niño que se batía á miradas con su gobernador y coronel, continúa con la rectitud ideal de la espada, en el viejo general de setenta y cinco años, que contesta la prohibición oficial á los militares, de criticar actos gubernativos, fundando *El Censor,* última trompeta de sus campañas. El gobierno tenía razón, y él, en igual caso, habría hecho lo propio; pero ante el supremo derecho á la libertad del pensamiento y de la palabra, su insubordinación contradictoria comporta una ratificación de su vida. Lo cierto es que entonces, como en la San Juan de 1827, se batió á fuerza de luz espiritual y se salió con la suya. Habíase formado con el ejercicio de la libertad, cultivada por dentro, al modo estoico, una de esas situaciones inexpugnables á todo poder terrestre. Su fortaleza, como la de los árboles que progresan lo mismo, estaba en el invisible corazón, es decir, allá precisamente donde el común de los mortales alberga las cobardías y las miserias. Por eso también todas sus debilidades fueron exteriores: la gula, el elogio, el terno fácil, el cuento verde...

La brisa más leve arruga la superficie del Océano; pero es inaccesible al huracán la serenidad donde duermen las perlas.

En vano el gobernante cuya candidatura oficializada había combatido con aquella su última tempestad de editoriales, ofreció á su vieja pobreza comisiones y honores en capitulación. Imposible reducirla. Era en él una prenda de nobleza, el reverso visible de su generosidad.

La ineptitud para la economía personal y el negocio, tan característica del héroe, asume en él un desenfado infantil. Aquel general tan concupiscente de entorchados según las calumnias de la época, no tiene uniforme. Nunca ha usado tricornio. Cuando el famoso padrinazgo de la bandera del regimiento 11.º, á pesar de que su presentación con uniforme ante la turba prevenida para burlarse de su generalato, es un desafío, no lleva

sino el ordinario kepí con palmas comprado en lo de Claret (1). Aquel sembrador del progreso y de la riqueza, aquel propagandista del trabajo productivo, aquel genio utilitario, no sabe lo que es el dinero cuando se trata de él. Jefe de la nación, recomienda á su ministro del interior, cuando ya llevaba dos años de gobierno, que solicite en el presupuesto de la presidencia una partida para gastos de etiqueta, pues no tiene cómo cumplir con los agasajos debidos á sus visitas. La partida existe, pero no lo ha advertido, y otro la está cobrando indebidamente. Para dar una comida diplomática, sus ministros deben prestarle vajilla y muebles hasta que pueda hacerse de los que necesita. Y esto no sucede sino al fin de la presidencia, en 1874, con economías particulares. Los mismos funcionarios, reunidos en acuerdo, tasan sus gastos presidenciales para inaugurar la exposición de Córdoba, en ocho mil pesos, con transporte de comitiva, residencia y todo. Parécele aquello una chocante mezquindad, y así lo manifiesta privadamente á un amigo; pero acata lo resuelto con espartana dignidad. Eran los tiempos en que la oposición clamaba contra el presidente pomposo y autoritario. Su apoderado amistoso, don Manuel Ocampo, es quien percibe y distribuye sus sueldos y sus dietas. El nada sabe de esto. Como gobernante, vive exclusivamente para su país. Las economías que aquel amigo le ha hecho, alcanzan para comprar una casa. Naturalmente, él sigue ignorando todo.

Tal desinterés proviene de la confianza en la propia fuerza, que es un resultado del entusiasmo, del noble romanticismo del ideal. ¿Dónde has visto, dice al buen Panza Don Quijote, autoridad competente, si las hay, en materia de caballería; dónde has visto que los andantes paguen su posada, ni alcabalas, ni pontazgos?

Su primer lance polémico de periodista, fué precisamente en defensa de Hugo y los románticos en *El Mer-*

(1) Este complemento circunstancial de lugar, es castizo y útil, pues remedia una deficiencia sensible, al substituir la frase «en casa de», que resulta con frecuencia inadecuada.

*curio* de Chile. Había estado estimulando tácticamente á los puristas, con elogios y falsas timideces, para que se atrevieran. Este encogimiento felino, era una peculiaridad de su polémica. "Ah, pícaros, decía yo, mientras escribía estos cumplidos: ¡ya me la pagarán!" Y luego, á través de los años, vuelve á hervirle la vieja cólera generosa:

"¡Ira de Dios! Todavía siento sabrosa la mano que movió aquella vengadora pluma."

Su justicia era impersonal como un elemento. Ante los grandes principios, tenía la implacabilidad de un antiguo republicano de Roma. Por eso no escatimaba el vocablo ni la violencia, vengadora del bien. Por cauteloso que fuera, el paso del pícaro encontraba un eco delator en su conciencia sonora como una bóveda. Pertenecía, según el mismo, á "las naturalezas eléctricas". El instinto de la predestinación genial, manifestábase por el desdoblamiento en tercera persona cuando escribía y hasta cuando hablaba: "Sarmiento afirma" tal ó cual cosa; "he oído decir al general Sarmiento"...

Es que el hombre múltiple, al aparecer según los casos, había llegado á advertirse; sin contar con que esa forma de expresión, es característica de la jactancia:

*Aquí está Don Juan Tenorio*
*Para quien quiera algo de él.*

Su originalidad no temía la difusión previa en conversaciones abundantes y entusiastas con cualquier interlocutor, á veces en la calle, sin atención á que se tratara de un chico ó de un insignificante. Parece, por el contrario, que esto era un modo de penetrarse y descubrirse. En todo caso, una manifestación más de su ser irradiante, en perpetua situación de docencia. El misterio de la vida intelectual, llevábalo él visible, como la bujía su pábilo. Y solían ser aquellos sus grandes momentos de improvisador, chisporroteados hasta la quemarropa por la ocurrencia satírica. Estaba, como dije ya, más próximo á la sátira que á la ironía. Es que para él, formidable pedagogo, grandioso predicador, habíase

formulado el *castigat ridendo*. Y la ironía es, en el fondo, una desdeñosa compasión ó una elegante perversidad pesimista. La sátira tiene, por el contrario, fe robusta; es la indignación escupida en sarcasmo. Donde la otra roe con su sonrisa, ella masca con su carcajada. El espíritu de aquélla, es el luquete que acidula el ponche; el de ésta una cálida generosidad de vino. *Eironeia* es griega y miente: *greco mendax*. *Satira* es romana y muerde con el fierro de la ruda verdad latina: *ferrum mordax*. Mientras la una incurre á veces en un ligero afeite de pedantería, la otra es puro aseo de sinceridad. En el ingenio de aquélla, hay una sutil oblicuidad de felonía; en la elocuencia de ésta, una rectitud de pilar. Es que toda ironía tiene su punta de sofisma, como toda sátira su partícula de dogma. Si la primera es más peligrosa por ser gata, la segunda es más terrible por ser leona. En una sociedad refinada, la eficacia de la ironía es mayor, porque la civilización mima á los gatos y enjaula á los leones. Contribuye á esto la voluptuosidad implícita en lo agridulce de la ironía. Luego, es más difícil y complicado ser irónico. La ironía es un arte. La sátira una moral. Pero ante la salud genuina del espíritu, resulta esta última superior. La ironía, al fin de cuentas, es la aristocracia de la maldad, y no entra por ello en el plan de los grandes bienhechores. El Evangelio no registra una sola ironía.

Así, Sarmiento y su fiera, no constituían un espectáculo ingenioso. Aquélla ignoraba la fina esgrima que esconde en el mitón reticente las uñas de la mundana. La nudosa desnudez de su brazo enarbolado para azotar, representaba la escultura de la fuerza. Por esto no concebía ese espíritu la traición ajena, y fué tantas veces engañado. Antes que manchar una reputación con la sospecha, prefería equivocarse tristemente. A semejanza de todos cuantos han padecido y trabajado mucho, comprendía que nada hay tan respetable como las debilidades de los hombres. Poseía esa fundamental nobleza del caballero, que en la excelencia de su calidad, valoriza la mentira del vil haciéndola verdad suya. Ignoraba el rencor, esa mengua febriciente que imprime

al alma una siniestra puerilidad de pigmeo, como la torcedura del vino repite la acerbidad del agraz. Tuvo para sus peores enemistades, aquel sublime don del olvido que es el perdón de los dioses. Mas por otra parte, su concepto de la justicia sobrepuesto á toda consideración y á todo afecto, jamás cultivó amigos para tener séquito ó para tener cómplices, siquiera lo fuesen en el afecto común. Y de aquí su respuesta á un polemista clerical que le motejaba de díscolo y de voltario:

"Le prevendremos que Sarmiento no ha sido fiel á nadie, porque nunca ha estado al servicio de nadie".

Consideraría inepto quitar al lector el saboreo genuino de esta soberbia paradoja. Todo Sarmiento está en esa frase como el león en su rastro (1).

Y sabía que le odiaban por esto, y dejábase odiar ese afectivo, tan fácil para las lágrimas de la ternura. Comprendía que, después de todo, era una consecuencia de su superioridad; pero ésta le hacía falta para su grande obra y la celaba hasta preferir el odio.

También es verdad que amaba la gloria, esa anticipación de inmortalidad, que comporta por lo tanto el goce de la justicia superior, la venida de los cielos á la tierra. Nadie le ha atribuído con mayor claridad su benéfica trascendencia. Llámala "la más noble, la más grande y la más útil pasión humana". "La ciencia difícil, porque no se explican sus principios". "Arte durísima de practicar porque impone privaciones, dolores, martirios". Excelencia que "conduce á vivir siglos en despecho de la muerte, á ser ciudadano y conquistador de gran número de naciones". Así, no es extraño que conserve como un escollo de las tempestades su ofensiva superioridad.

Sabe, por lo demás, que en ella estriba su arte de ser gran viejo. La gente que cultiva su inteligencia, tiene

(1) Recuérdese, no obstante, su gratitud inagotable, que ni la enemistad de aquellos á quienes la debía, quebrantó. Así, por ejemplo, el comandante Ramírez, su salvador en Mendoza, con quien no se creyó desobligado, aunque le llamara después en una indebida publicación de correspondencia privada, salvaje, loco y «judío»...

la vida más larga que los ignorantes. Con todo el enorme trabajo que demanda, la sabiduría es un fundamento de longevidad. Así lo asienta al celebrar *El Centenario de Burmeister*. Así al encomiar los méritos de su octogenaria amiga Mary Mann. Y á propósito de aquellas amistades, otra vez el *útil* amor á la gloria. Recuerda que es el número 51 entre los 53 hombres célebres de cierta fotografía americana donde figuran intelectuales y políticos de nota como Longfellow y como Grant; si bien disimulando con caballeresca modestia su satisfación, en la campechanía de una broma.

"¡¡¡Yo soy el número cincuenta y uno!!! ¿Y por qué nó? ¿No soy el número ochenta entre los argentinos? Saquen bien la cuenta y verán. Principien por el presidente y acaben por el portero del Senado. Cabalitos, ochenta".

Esta era comúnmente su expresión humorística cuando hablaba de sí mismo; y nada menos vanidoso como se ve. Pues bien, no se lo perdonaron nunca—porque era cierto.

Aquí donde el auto-bombo es una regla infalible de éxito para el mediocre, no le perdonaron la verdad de su gloria. La envidia es una enfermedad de las democracias, y su primer diagnóstico pertenece á Aristóteles; mas por lo mismo que llevan tantos siglos de sufrirla, parece haberles llegado con algún exceso la oportunidad de emprender su cura. Nada perdona menos la opinión pública, que los pequeños defectos. De ahí esa animadversión injusta contra la debilidad, por otra parte, honrada del grande hombre.

¿No ha dicho él mismo, en efecto, que sus triunfos de muchacho inteligente habían impreso á sus maneras "cierto carácter de fatuidad, de que me han hecho apercibirme más tarde?" La apreciación del defecto no puede ser más imparcial.

De esa rectitud en la fuerza provenía un odio innato al sofisma, que le sacó de quicio en más de una polémica con los escritores católicos.

Campeón de la libertad de conciencia y de pensamiento, que era su estado de salud moral; experimen-

tado hasta la amargura por la sórdida perpetua alianza entre los despotismos y la iglesia; constructor de su razón á costa de tareas gigantescas, hasta alzarla en fuerza y en claridad, como un pilar de mármol, claro es que el molusco clerical no tardó en prendérsele con su corrosiva gazmoñería.

Esta fué otra de sus grandes luchas. Llamaba ''pensamiento vegetal'' al que informa las creencias tradicionales; pues siendo su espíritu religioso como el de todos los trascendentes, el racionalismo resultante de una experiencia sin tregua de hombre de acción, salvábale de la inercia contemplativa. Como todos los genios creadores, era panteísta, veneraba en la Naturaleza el Gran Ser sin realidad personal, cuya ley suprema formada por la consecuencia inevitable de toda acción en un efecto correspondiente, llevamos en nosotros y es nuestra conciencia, ó sea la norma de justicia.

Su habitual honradez, mantuvo hasta el fin la integridad de los principios racionalistas que defendiera con inquebrantable constancia. Su postrer recomendación á la hija amada que cuidó sus últimos días, es un testamento estoico:

''Yo les he respetado sus creencias sin violentarlas jamás. Devuélvanme ahora ese respeto. Que no haya sacerdotes junto á mi lecho de muerte. No quiero que una debilidad pueda comprometer la integridad de mi vida.''

Su indignación contra las supersticiones, participa de cierta compasiva guasa ante la pobreza de espíritu en ellas implícita, sugiriéndole alguna de aquellas gruesas bromas cuya brutalidad era un exceso de vida indócil. Siendo gobernador de San Juan, un cura le denuncia masón en el púlpito, añadiendo la consabida patraña del sermón para pobres diablos: los masones tienen cola. Encuéntrase luego con Sarmiento, quien sin más ni más le invita á ratificarse, tocando el sitio impertinente. ''Toque, padre, toque''. Y se palmea ruidosamente el molledo, poniendo á la vez dos ojazos terribles.

Su jovialidad era tan pródiga como todas sus cualidades nobles. En la mesa, en la tertulia casera ó parla-

mentaria, gustábale habitualmente estar de broma. Tenía predilección por la tertulia de jovenzuelos que visitaban á su nieto Augusto, y solía llamar á la puerta del cuarto estudiantil, declarando con irónica solemnidad cuando de adentro preguntaban quién era: ¡El general Sarmiento! Su familiaridad, á veces brusca, de viejo que se entretiene en jugar asustando con su grandeza, es la superficie sonriente de su ternura. Decía comentando su bella página sobre la muerte de Rosarito Vélez: "Sentí que debía haber escrito algo bueno, porque al terminar me ví bañado en lágrimas". La vocación de enseñar despiértasele con la pena de haber visto la ignorancia en que yacían sumidos los montoneros sus enemigos y los mocetones analfabetos de la sierra puntana. Llega, á propósito, el momento de que le examinemos bajo su aspecto más noble y característico: la utilidad.

La colosal impulsión de su vida, su vasto ensueño de patria, provienen de la pasión de ser útil. El, tan combatido, tan desamparado, tan solo, asume hasta el sacrificio el noble anhelo de ayudar. Pásase la vida aprendiendo para enseñar, y buscando cosas útiles para su país. En su caridad humana, al uso estoico, vale tanto la compasión como la dádiva. Su decente pobreza la blasona como una garantía de integridad, no como un ejemplo. Para todos los demás quiere la opulencia. Cuando viaja, no pierde detalle que pueda luego traerse de trasplante. Pásase las horas pegado á la ventanilla del vagón, mientras los otros leen, conversan ó duermen. Su observación se desarrolla, así, con extraordinaria agudeza; su memoria, ya enorme, se ensancha y se carga de imágenes, de ideas, de informaciones, pintoresca en su valiosa plenitud como un buque aventurero. Nada le es indiferente, desde la inauguración de la mansarda en la arquitectura metropolitana, hasta el progreso de la elegancia en el pueblo. Su satisfacción mayor durante las fiestas patrias, consiste en verlo decente y satisfecho. Acepta y conserva como un documento probatorio de haber sido él quien introdujo los corsos carnavalescos, á título de regocijada sociabilidad, la medalla de estaño con su caricatura simbólica: *Sarmiento, Empera-*

*dor de las Máscaras,* que le obsequió la famosa comparsa *Habitantes de Carapachay,* dejándose bromear así, un poco á la desvergonzada, por su buen Caliban inocentón y analfabeto. Como la alegría y la risa son para él valores sociales, pues entiende con evidencia griega el goce rejuvenecedor de la libertad, las fiestas populares figuran en sus programas de gobierno; regocíjale su propia caricatura en el periódico y en la máscara. Hormiguea en ello la robusta sensualidad de la risa rabelesiana, y á la vez una ingenua cosquilla rústica de fauno que ríe su propia fealdad en la fuente. Bien haya también el defecto mismo, si á la manera de un avinagrado antiguo cuero báquico, ha de fermentar en la alegría del pobre pueblo que tanto acaba de padecer, y que bien puede estimular su vino con esa burla, fogosa de sabor, como la similar cebolla de Arcadia (1). Lo que lamenta su mismo dolor, es el fracaso de actividades útiles implícito en la desgracia ó en la muerte. "Estaba seguro, dice llorando á Dominguito, de ver continuada cuarenta años más la obra de regenerar nuestra sociedad por la palabra, la inteligencia y acaso el talento". Y en otra parte, refiriéndose al mismo hijo bien amado: "Mr. Laboulaye había atribuído por la aparente igualdad de nombre, aquella sesuda introducción á su obra (era la traducción de *París en América,* por Dominguito) al padre, conocido como escritor". Por último, siempre en el tema de aquel noble dolor estoico: "¿Y no será disculpable su anciano padre, ensordecido ya por el fragor de instituciones que se derrumban, perdida la voz á fuerza de predicar en desierto sesenta años sin tregua, si quiere recoger todavía al borde de su propia tumba, los fragmentos del rico vaso á que pensó trasegar su pensamiento para que continuara la obra otros tantos, y que cayendo de las manos del sacerdote que lo presentaba al pueblo, ante el altar de la patria se rompió?"

(1) Sabido es que los campesinos griegos estimulábanse á beber comiendo cebollas. La Atenas del Plata pudo hacerlo sin mengua; pero no olvide que en Egipto llegaron á adorarlas. Los toros convertidos en «campeones» nacionales, ó sea ilustres columnas de la patria *(bellico laude insignis,* decían en Roma) valen ciertamente una cebolla divinizada.



MEDALLA BURLESCA DE SARMIENTO



REVERSO DE LA MEDALLA BURLESCA

Desde esas venerables alturas del dolor humano, que la página anterior alcanza con una espontaneidad hasta desgarbada, como un hábito casero de la cumbre, evocando á modo de conmovedora escena antigua, ese anciano que se lamenta, por fúnebre decoro en honor de la heroica sombra, con el bello símil del vaso roto ante el joven muerto por la patria; desde esos como resúmenes en la luz que le sugiere la contemplación de su vida, desciende con minucioso acierto á la propaganda de la espartería, á la aclimatación de los peces útiles, de los pájaros y del gusano de seda. En su viaje á Francia, había estudiado la educación del insecto, prácticamente, trasladándose al parque de Senart (Fontainebleau) donde conoció á Mr. Belin que luego fué su impresor y su yerno. Solicita el nombramiento de juez de paz de Junín, cuatro años antes de su muerte, cuando ya era el Gran Sarmiento, y la misma presidencia habría resultado horma estrecha de su zapato, para cuidar personalmente de las aves lacustres entregadas á insensata destrucción. Formula planes de dasonomía, la noble ciencia civilizadora del bosque artificial, por medio de croquis, modelos construídos con plumas sobre planchas de corcho, consejos, ideas y semillas. Asignaba tal mérito á estas iniciativas, que dejó constancia en acta atestiguada, de haber sido el introductor del eucalipto (1). Con la exageración peculiar de todas sus tendencias, aquella alcanza la agudeza de una manía. Sin embargo, es torpe para la pequeña policía de sí mismo, y las ocupaciones caseras. No sabe afeitarse ni cortarse las uñas; ni sacar punta al lápiz con el cual escribe, por otra parte, rara vez. Debe á su torpeza para la navaja, la cicatriz que corta su labio superior derecho y que la fotografía suprime regularmente. Toda su labor doméstica, consiste en podar con desacierto las plantas; en cuidar alguna, como la hiedra que cubre ahora su tum-

(1) Interesa á nuestros botánicos saber que se trataba del *eucaliptus globulus* cuya semilla proporcionó en 1858 al jardinero de Lezama que firma la atestación. Fuera curioso averiguar si el parque de ese nombre conserva algún árbol producido por la mencionada semilla.

ba de la Recoleta; en enseñar á leer á la gente de servicio y en limpiar por su propia mano la pajarera, donde solían columbrarle sus vecinos de la calle Cuyo en mangas de camisa y con su gorro negro, de borla. Para sacar partido de todo, hacía que sus nietos le refiriesen á diario "la crónica de la pajarera", con lo cual los habituaba á la observación. Cuando se trata de ser útil, no pierde un solo detalle.

Escribiendo la necrología de Longfellow, recuerda el trágico fin de la esposa del poeta que murió abrasada por el incendio casual de su propio vestido. Iba narrando las circunstancias de la amistad que con Longfellow tuvo "el señor Sarmiento" en los Estados Unidos, para llegar cuanto antes, según acostumbra, es decir, precipitando sus recuerdos y sus opiniones con una rectitud de lista, cuando aquel episodio le sugiere esta digresión:

"Bueno es aprovechar este recuerdo para prevenir á las mujeres que enseñen á sus hijas el medio de preservarse de una muerte horrible, que es, al menor indicio de llamas en el vestido, echarse por tierra, mantenerse siempre horizontales y revolcarse y volver sobre sí mismas en aquella postura. Si no se apaga instantáneamente, la llama desaparece no pudiendo elevarse, y en todo caso nunca sobre el busto, pues es la brasa que hace el fuego en las pretinas, lo que da la muerte, asando el estómago."

Esta minuciosa lección de economía doméstica, en la cual despunta el pedagogo nato que á los veinticinco años formulaba ya en San Juan, como primicia docente, el plan de estudios del colegio de Santa Rosa "para Señoras", según la fórmula solemne del liberalismo rivadaviano, choca con el resto de la composición hasta ser pegote literario y literal; mas ya veremos que la literatura, para Sarmiento, fué ante todo un órgano de relación. Aunque apreciaba su arte, como que era un escritor de alta estirpe, todo lo subordinó á aquel carácter de instrumento comunicativo, á aquel instinto de la utilidad que no era, en su personal desinterés, sino la sed del bien ajeno.

Y no ha llegado todavía el momento de estudiar bajo esta faz su grande obra de educador: ese prodigio de abnegación en hombre tan motejado de egoísta por vanidoso. Pueden, efectivamente, aquellas lecciones anacrónicas, constituir meros casos de mal gusto literario; no ser aquella posesión de la investidura gubernativa y de la graduación militar, sino un relieve de orgullo; pero en lo que no cabe conjetura adversa, en lo que su genio manifiesta la integridad de una luz, es en aquel amor suyo por el niño que le acercó á la santidad, como para que no le fuese extraña ninguna cima del espíritu.

Santo, en efecto, á la manera de aquellos varones formidables y coléricos que iniciaron los grandes movimientos cristianos é islamitas; santo, no por la perfección de su virtud, por la altura de su misticismo, conducentes á la *vía unitiva* de los teólogos en estado de contemplación inefable; sino por la abnegación valerosa que superaba todas sus imperfecciones, así como el cerro parecido saca de entre matorrales, derrumbaderos y cavernas, luminosa en la inmensidad, su punta blanca.

Y no es esto una ocurrencia literaria. Don Félix Frías, el elocuente católico, autoridad respetabilísima en el caso, hasta por su fogosa intransigencia, solía decir á Sarmiento "con toda el alma" no hallando reparo qué ponerle:

—Sólo le falta ser católico. Hágase católico.

El viejo estoico debía sonreir enternecido ante aquel consejo de buena fe y de amistad, recordando sus grandes palabras á otro amigo suyo, el obispo Achával, que le inducía á ponerse bien con Dios:

—Mire todos los templos que he edificado en América (las escuelas), y diga si cultivar la inteligencia, no es acercar la criatura al creador.

Su intento de hacer arzobispo á Esquiú, demuestra que sabía discernir el estado de santidad en los humildes, lo cual supone analogía de condición: *similia similibus quaeritur.*

El amor á los seres inferiores, que le lleva á fundar la sociedad protectora de los animales, es otro rasgo;

pues nadie ignora que San Francisco de Asís, la más inflamada santidad del Occidente, interpelaba de hermano y hermana al lobo y la golondrina. En la ternura por el pájaro y el niño, tórnase bondad suprema su coraje de gigante, como el amargo océano se evapora en agua dulce. El gran contraste sentimental de su vida, le anticipa la soledad y la viudez, pero no disminuye su optimismo de la inocencia. La esposa muerta en vida, es ola que al retirarse deja al descubierto los tesoros del fondo. Su misma pena, llorando la interna substancia en perfume útil, como el árbol del incienso, produce aquellas nobles páginas que se llaman la *Vida de Dominguito*.

Y no existe en la literatura americana, por no decir española, página más conmovida y más bella sobre el austero encanto de la vida provechosa, que aquel folio de álbum en el cual sintetizó así la nobleza de la suya:

"He labrado, pues, como las orugas mi tosco capullo, y sin llegar á ser mariposa, me sobreviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me sigan."

"Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía de mi patria, endurecido á todas las fatigas, acometiendo todo lo que creía bueno, y coronada la perseverancia con el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra y toda la escala de los honores humanos, en la modesta proporción de mi país y de mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito algo bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna, que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que me vendrá en política es la que yo esperé y no deseé mejor que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas el territorio, como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, de que yo gocé solo á hurtadillas."

Esa serenidad griega ante la muerte ("espero una buena muerte corporal") es la prenda más bella de su

espíritu. Ella resume la noble lección pagana que el miedo al infierno nos había hecho olvidar, y que constituyó la dignidad del mundo antiguo: saber morir satisfecho. Acabar la jornada contento de la vida, por haberla empleado en todos los casos del mejor modo posible, lo cual constituye el fundamento de la perfección Así, Sarmiento minero, maestro de escuela ó gobernante, es decir, siempre dichoso con su satisfecha honradez de trabajador. En su casa sencilla, él mismo cultivaba una hiedra para su tumba. (1). A pesar de esto, nunca pensó en el suicidio, ni siquiera cuando la suerte se encarnizó con su existencia hasta la tortura. Es que necesitaba la vida como un instrumento para hacer el bien; y quizá, recordando su propio consejo de dominar hasta la misma muerte con el ejercicio de la voluntad, llegó á sobrevivirse por suprema decisión.

Como ya en 1876 la hipertrofia cardíaca de que murió le atormentara mucho, hubo de sometérsele á un examen médico, buscando como pretexto el estudio que algunos facultativos de su amistad fingieron querer practicar respecto de su poderoso organismo. No hay para qué decir cuánto le halagaba esa coyuntura de ser útil á la ciencia. El diagnóstico fué terminante: dos años escasos de vida á condición de un perfecto reposo. Duró todavía doce años, los más accidentados quizá de su batalla de ideas, aunque en aquella conclusión había intervenido la ciencia de Pirovano.

Y esto no excluye que sintiera morirse, por lo útil que podía ser aún. Como le desearan pronta mejoría cuando se dirigió al Paraguay la última vez, tuvo una salida llena de trascendencia en su aparente humorismo:

—Si quieren verme sano, háganme otra vez presidente...

Había asumido la responsabilidad del país, considerándose un perpetuo representante suyo, con esa fogosidad absorbente de los grandes amores. Por eso se

(1) Sus deudos cumplieron este noble propósito. Ya he dicho que esa hiedra cubre su sepulcro en la Recoleta.

encolerizaba con sus deficiencias y sus retardos, aplicándole hasta hacerle sangre la vara desnuda de la verdad. Nadie ha dicho peores cosas de los argentinos; entre otras, la que para él era suprema injuria: "*argentino* es el anagrama de *ignorante*". Pero también nadie ha hecho tanto por ellos. Vivió acarreando menesteres de civilizar, en el olvido más absoluto de su conveniencia propia, que es decir desnudo y valeroso como la hormiga. Así, metiéndose por la ciencia como un hacheador; arrancando al arte, sin detenerse, una pluma de volar; pidiendo á la misma criptografía burlesca sus epigramas y dilogías para excitar con aquel benéfico sarpullido la superficialidad necia ó inerte; trabajando para el éxito del comercio y de la industria, con el provecho doble de la alcotana, que es hacha por un lado y azuela por el otro; removiendo la política con su palo temible; sembrando á boleo como un sublime y á veces desatentado labrador, sus escuelas, sus bibliotecas, sus observatorios, sus facultades universitarias, sus artículos que son flor y fruto á la vez como los higos de la higuera inolvidable, llega á tener la irradiación circular de la lámpara que limita por todos lados con la sombra. De ahí su familiaridad con el inmenso desconocido que es la inagotable mina del saber humano. Está en todo, pues lo que no sabe, lo adivina. Su actividad excita al pueblo, indúcelo á andar más de prisa, aunque sea burla burlando, como los niños á la par del coche que pasa. Y cuando se ha reasumido en lo infinito, cuando ya no es más que azul de inmensidad su grande alma, sobre la tierra florecida y fructificada por su vasta fatiga, siguen cruzando aún nubes ubérrimas preñadas de lluvia y de aurora, sus ideas, sus doctrinas, sus páginas que exaltan nuestros espíritus, como al proyectarse sobre el área campal, la sombra del cóndor hace levantar las frentes.

## CAPITULO II

### La vida

Abreviemos la descripción gráfica de esa vida, ya que para su doble formación plutónica y neptuniana, podemos ver en trabajo al elemento mismo. Además, Sarmiento la ha contado varias veces, comprendiendo que era su mejor lección; de manera que nos bastará completarla con algunos detalles.

Hasta aquel ''destierro'' de 1825 con su tío el capellán, Sarmiento ha sido uno de los tantos chicos de aquellas semi-aldeas provincianas constituídas en ciudades por la nobleza colonial, tanto más celosa de sus privilegios gubernativos y militares, cuanto era más tronada, y segundona, y hasta tiznada de morería y judaísmo por la sospechosa inmigración de polizones. Capitán de cuadrillas pedreras, ya arrojado y reflexivo, fácil es concebir al rapaz, hecho una ricura de simpatía como todos los ñatitos, y una suavidad de gracia con sus grandes ojos obscuros; la cabezota motilona al rape de la tijera maternal que acentuó sus protuberancias atolondradas de escaleras y ocurrencias; cruzado sobre la camisa de lienzo casero el tirante de orillo de sus calzones de bayeta, con alzapón para economizar hormillas; y allá por los inviernos muy crudos, como suplemento de tan somero traje, los zapatos de cordobán claveteados con estaquillas, á real y medio el par, y el capuchón impotente

para impedir que la congelada naricilla requiriese á cada rato el consabido limpión desde el codo á la muñeca.

El muchachillo es listo en la lectura, que le vale por las casas amigas cariños y regalitos. Su veracidad llama la atención. Su gravedad es notable hasta el extremo de que ignora todos los juegos infantiles (1). Grande su espíritu de justicia. Su reflexión inclinada al aislamiento superior de los grandes vuelos.

Ya he dicho que acompañando al capellán en su retiro de la sierra puntana (aquel desviado San Francisco del Monte que fuera cruel dejar á trasmano de la historia) se le despertó la vocación de ser útil, con lo que hubo de iniciarse maestro por pura bondad de corazón. Esto, y las lecciones, por decirlo así, de hombría, que tomó en las narraciones y charlas de su revoltoso mentor, habían hecho un tragavirotes del adolescente que tornaba á la ciudad natal, con el objeto de arreglarse para partir al Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires, donde el gobierno sanjuanino decidía enviarle al fin.

Malogrado aquel intento por la invasión de Quiroga á Cuyo en 1826, cuando la sublevación federal contra la presidencia de Rivadavia movió al terrible caudillo en guerra contra los gobiernos unitarios del interior, su bozo de rapagón era ya lo bastante serio para autorizar la habilitación de un negocito de tienda, que entregó al aprovechado sobrino su tía y madrina doña Angela de Oro.

Allá había empezado á instruirse por cuenta propia, á despecho del siempre infausto azar, leyendo los pocos y con frecuencia truncos libros que le caían á la mano, cuando llamado á prestar servicios militares con el grado de alférez en la fuerza provincial, tuvo con el gobernador coronel Quiroga el incidente más arriba relatado.

Así, dice, se inició en la política, bien que alternando todavía su solemne mimetismo de Temístocles ó Cicerón.

(1) Esta ineptitud para conseguir el dinero sin trabajar, ó si quieren los viciosos sentimentales, para las emociones estériles, es notable en un hombre de vida tan agitada, y sobre todo en un militar de aquella época. Sólo cuando fué presidente, aprendió el único juego que sabía: la malilla, prescripta por los médicos á título de descanso cerebral!

UNA PÁGINA DEL CUADERNO PRIMARIO DE SARMIENTO

con la burla infantil de sacarle la lengua al sumariante, ó de lanzar un buscapiés á las patas de los caballos montados por el coronel Quiroga y su séquito. Aquello condújole naturalmente á la oposición unitaria, donde hubo de tomar definido rol, abandonando su pasajero comercio para alistarse en las fuerzas sublevadas contra el dominio de Facundo, á quien el gobernador sanjuanino respondía.

Derrotadas por los federales aquellas fuerzas, reunióse á las que, en combinación, habíanse alzado en Mendoza, y que no tuvieron mejor suerte; salvándole en esta circunstancia, del fusilamiento ó degüello que solían suceder á aquellas derrotas, un comandante Ramírez, lo propio que á otros jóvenes unitarios sus amigos; con lo que regresó á San Juan y pudo juntarse con su padre, también sublevado y en idéntico peligro.

Las turbulencias que se sucedieron sin interrupción desde entonces, ocuparon sus días, tornándole conspirador y revolucionario casi permanente; pues lo cierto es que el partido unitario iba de infortunio en derrota.

Destruída la unidad puramente imaginaria del gobierno instituído en 1826, por la sublevación de las provincias contra el gobierno de Rivadavia, los caudillos que la dominaban bajo el doble patrocinio de Quiroga en el interior y Rosas en el litoral, habían emprendido la unificación federal del país, á sangre y fuego como era costumbre entonces. Esas unificaciones, en las cuales el régimen pregonado sólo figuraba á título de divisa, sin convencer como doctrina ni obligar como principio, pues la intención real consistía en la conquista del país por un partido con absoluta exclusión del otro: esas unificaciones, constituían toda la política. Y como eran mutuamente intolerantes hasta el odio; como estaban regularmente formadas y capitaneadas por militares que no habían hecho sino guerrear, asegurando la independencia á fuerza de combatir; como no tenían fe alguna en las decisiones electorales que aseguran la paz y el equilibrio de las democracias, ni por qué tenerla tampoco, dado el atraso del pueblo servible únicamente para carne de cañón—toda la política era también una bélica aventura.

Así, los unitarios que pretendían representar el civismo en las formas regulares de la República, habían intentado recuperar el gobierno perdido con la renuncia de Rivadavia, sublevando las tropas regresadas del Brasil, bajo el mando de Lavalle; enviándolas en seguida de ocupar Buenos Aires por este medio, á derrocar los gobiernos del interior para reemplazarlos con hombres de su partido; y fusilando al gobernador Dorrego, jefe del federalismo litoral.

Los federales respondieron con una resistencia militar que llevó la mejor parte; y Facundo Quiroga, su jefe en el interior, realizaba la unificación ó liga de los diversos gobiernos sometidos á su influencia, fortificándolos por su intervención allá donde los unitarios amenazaban levantar cabeza con probabilidades de éxito, ó restableciendo el dominio federal do quier habían conseguido levantarla.

Este plan hubo de consumarse en 1831 con el combate de Chacón, que aseguró á Quiroga la sumisión de todo Cuyo, robustecida por persecuciones implacables. Los Sarmiento, demasiado comprometidos en la fracción unitaria, emigraron para Chile.

Dió hospedaje á nuestro héroe y á su padre un pariente y tocayo que residía en Putaendo; pero muy luego, para no ser cargosos en casa pobre, y buscar trabajo, ambos trasladáronse á Los Andes, donde tenían algunas relaciones. Allí el maestro espontáneo de la sierra de San Luis obtuvo la dirección de la escuelita municipal, instalada en un rancho y rentada con trece pesos mensuales. Su enseñanza, compuesta ya, en principio, por una mezcla del mutualismo lancasteriano, entonces en boga, y por el sistema concéntrico que en el posterior *Método Gradual de Lectura,* formularía su clarovidente empirismo; la novedad instrumental del silabeo y el cariz racionalista de las explicaciones, alarmaron á aquellos montañeses. Sobrevino el conflicto fiscal, y Sarmiento dejó la escuela en homenaje á sus principios.

Si el sueldo perdido nos parece hoy despreciable, conviene reflexionar que, en la situación del emigrado, y dada la pobreza de aquella región, constituía un caso

alarmante. El indomable define acto continuo su situación. La familia le ha enviado una corta suma, y con ella se instala tabernero en Pocuro. Los vecinos aprovechan sus conocimientos para agregarle la dirección de una mísera escuela que fundan con ese fin. Pero ni el despacho ni la pedagogía prosperan. Entonces diríjese á Valparaíso, donde entra sin mayor éxito como dependiente de un negocio. Hostigado siempre por la vida, tiéntale, como á otros muchos emigrados, el mineral de plata del Chañarcillo, recién descubierto cerca de Copiapó. Allá se dirige, ingresando como peón de la mina "La Colorada", para ascender á mayordomo (1) en tres años de labor rudísima, que unida á estudios no menos duros por falta de profesores y de tiempo, le extenúa hasta producirle aquel ataque cerebral cuyo aspecto de catástrofe suprema determina su regreso á la patria.

La vuelta en cuestión obedecía, también, á una circunstancia de política internacional. El gobierno de Chile, enemistado de hecho con el de Rosas, desde que seis años antes reconoció como nacional al que Paz organizara militarmente en Córdoba, confederando con tal motivo las provincias interiores en liga naturalmente hostil á la federación litoral, acababa de entenderse con el tirano para una acción conjunta contra el general Santa Cruz, autor y presidente de la famosa Confederación Perú-Boliviana. La guerra declarada por Chile en aquel mismo año 1836, lo fué por nuestro país en el siguiente; si bien Santa Cruz, estimulado por la emigración unitaria, había ocupado ya territorio argentino hasta Humahuaca. Los resultados indecisos ó adversos de los combates de Iruya y de Montenegro y el decisivo triunfo alcanzado por el general Heredia en Santa Bárbara sobre las tropas invasoras, desvanecieron aquella amenaza; aunque los disturbios unitarios impidieron que se recogiera el fruto natural de la victoria, ó sea la reincorporación de Tarija. Chile tornábase, pues, pa-

(1) «Mayordomo indigno de la Colorada», se llama él mismo. Andaba más atento, efectivamente, á la mina de su cerebro.

ra Sarmiento, un refugio menos cómodo, sino imposible á poco andar, dada la tenacidad rencorosa de la tiranía.

Por intercesión de Aberastain y algunos parientes, llega á bienquistarse con el gobernador Benavídez, que recién recibido del mando, inauguraba una especie de tácita amnistía para los emigrados de 1831, inofensivos al parecer ante la consolidación definitiva del *statu quo* interprovincial, llamado federación provisionalmente.

Sarmiento, como otros muchos jóvenes de su partido y de su clase, había aprovechado la coyuntura; é insinuándose en el ánimo del gobernador, ciertamente accesible al orgullo local de tener en su provincia mozos tan instruídos, aquel grupo inició una serie de trabajos civilizadores. Constituyeron desde luego, bajo el nombre de *Sociedad Literaria,* una sucursal de la *Asociación de Mayo,* fundada en Buenos Aires por Echeverría: especie de logia romántica que aunaba los generosos amores de la literatura y de la libertad, confiriendo á la juventud adherente algo así como un bachillerato de civismo. Fundaron después el colegio de pensionistas de Santa Rosa, para mujeres, y el semanario *El Zonda,* ocurrencias de Sarmiento á no dudarlo; pues fué el autor de la "constitución" de aquel instituto y lo dirigió en compañía de dos personas de su familia; así como el director visible del periódico, en el conflicto que todo lo echó á perder.

La *Sociedad Literaria* cuyos principios había formulado también Sarmiento en unas *Bases para la Unión de la Juventud Americana,* bastante alusivas en su liberalismo, á la tiranía que Rosas acababa de consolidar, fué señalada indudablemente desde Buenos Aires, al demasiado benévolo gobernador; quien, por medio de una de esas "agachadas" peculiares á nuestra política, levantó con arbitrariedad el precio de publicación del periódico, en la única imprenta existente, ó sea la oficial, ocasionando su desaparición.

Sarmiento, que con este motivo, hizo una de sus habituales cuestiones de principios, insolentándose gallardamente en las barbas del mandatario, imputa á temor de éste por la luz que el periódico difundía, aquel epi-

sodio. Benavídez era lo bastante filosofacho para no hacerlo, y por otra parte, hay datos evidentes sobre la intervención que en el asunto atribuyo á Rosas. La policía del tirano vigilaba á la asociación matriz de Buenos Aires, algunos de cuyos miembros emigraron á Montevideo para publicar allá el famoso "Dogma Socialista" ó credo cívico, y enrolarse en la revolución que encabezaría Lavalle el año siguiente (1840). Las advertencias sobre las sucursales de dicha asociación á los gobiernos amigos, valían, pues, la pena. Luego, Benavídez, servía estrictamente los intereses de Rosas en esta y otras materias. El ejemplar del *Facundo* que Sarmiento le envió dedicado desde Chile, apareció, después de Caseros, en la biblioteca del tirano.

Lo cierto es que desaparecido *El Zonda,* la sociedad reveló su verdadero carácter, conspirando de acuerdo con Brizuela, gobernador de La Rioja que se había entendido con los unitarios, contra el mismo Benavídez. Fué aquello la repercusión en San Juan, del movimiento de 1840. Benavídez descubrió la conjuración, arrestó á Sarmiento que se había quedado para cubrir con su presencia ostensible la fuga de sus compañeros, y siempre afable con él, no hizo sino desterrarle á Chile.

Pasó los Andes otra vez, rumiando su propia médula libertaria y romántica, con tal urgencia de producir, que antes de los tres meses había publicado en Chile bajo seudónimo, con ocasión del aniversario de Chacabuco, un sonoro artículo patriótico, que le valió el cargo de redactor en *El Mercurio* de Valparaíso, órgano de aquella publicidad, y dos meses después el de fundador y director de *El Nacional,* primer periódico de Santiago. Cincuenta días escasos le bastan para poner en moción y dominar el campo de la prensa trasandina.

Un trimestre más, y la noticia de que Lamadrid ha tomado San Juan para los unitarios, llévale de nuevo á la frontera argentina; pero antes de trasmontar los Andes, anotícianle la derrota de aquel jefe en Rodeo del Medio, quedándole por todo concurso la organización de socorros á las tropas derrotadas.

Hasta 1845, actúa en Chile con su habitual decisión y

amplitud, como educador, periodista y literato, sin que sus grandes labores le induzcan á interrumpir por un instante su campaña contra la tiranía, que produce el violento y corto ciclo polémico de *El Heraldo Argentino* en colaboración con el Doctor V. F. López, la doble redacción de *El Progreso* y las vidas de Aldao y de Facundo. Al mismo tiempo, ha fundado por encargo del ministro Montt la primera escuela normal de Sud América; ha debatido victoriosamente con Bello y los puristas sobre la reforma literaria del romanticismo; ha simplificado la ortografía y ha traducido diversas obras de enseñanza. En los años de 1846 y 1847, viaja por Europa, Argelia y los Estados Unidos, relacionándose con los principales políticos y escritores, y quedando incorporado al *Instituto Histórico* de Francia.

En 1848 regresa á Chile y se casa con doña Benita Martínez Pastoriza, viuda de don Domingo Castro y Calvo.

Aquella unión no fué feliz y constituyó á mi entender un desacierto de ambos contrayentes. Entiendo no avanzar con esto ninguna aserción excesiva; siendo un hecho notorio y hasta publicado por la crónica escandalosa de la época, con grosera insistencia de todo pelo y señal, esa separación de treinta años.

Trátase, por otra parte, de personas tan inmediatas á nosotros, que no han pasado todavía á ser puramente históricas; constituyendo esta circunstancia una desautorización para proceder á investigar su vida privada con el rigor necesario, si ello fuere menester.

Apresúrome á declarar que no lo es tampoco. La desunión mencionada, que conceptúo inevitable estudiar para reconstituir debidamente al hombre completo, si se tiene en cuenta la importancia del matrimonio y de sus consecuencias en la vida de todo individuo, no presenta ningún escándalo interesante, ninguna peripecia novelesca ó sensacional.

Los historiadores de Sarmiento han eludido esta página de su vida sentimental con una estrictez que redunda en perjuicio del grande hombre, al autorizar sospechas desfavorables, como todo exceso de precaución.

El lector verá que si ello establece la defectuosa afectuosidad de Sarmiento, no redunda en su desdoro. Aquel desastre conyugal no es más que el caso vulgarísimo y frecuente de la incompatibilidad de caracteres.

Doña Benita Martínez Pastoriza, perteneciente á una modesta pero distinguida familia de San Juan, fué enviada de niña á Chile para que se educase, pues ya se sabe que la república trasandina aventajábanos entonces en instrucción, tanto como en estabilidad social y política. Años más ó menos, era la misma época en que Sarmiento veía malograda por la guerra civil su intención de estudiar en los colegios de Córdoba y Buenos Aires.

La señorita Martínez hospedóse en la casa del minero y hombre de negocios don Domingo Castro y Calvo, de cuya mujer era sobrina. Viudo á poco el mencionado, enamoróse, como suele suceder, de su huéspeda, que le era intelectualmente superior, y que sin ser bonita, presentaba al sentimentalismo del hombre maduro una atrayente gallardía natural en la primeriza frescura de su juventud trigueña.

Es de creer que no se casó enamorada, imputación baladí tratándose de una mujer; pues sabido es que para ellas el matrimonio constituye regularmente la seguridad de una situación razonable, más que un episodio sentimental. La prueba es que al año escaso de viudez contrajo segundas nupcias con Sarmiento. Su haber al casarse la primera vez consistió en mil setecientos pesos, por herencia paterna, y un legado de dos mil que le mandó su tía, la primera mujer de Calvo; mientras éste aportó una fortuna de setenta mil pesos, bastante sólida para aquella época. La niña pobre había hecho una buena suerte.

Viuda, pues, con un solo hijo, el después bien amado Dominguito de Sarmiento, su posición era considerable en la sociedad chilena cuando aquél regresó de su viaje por Europa, ya con fama de literato, pero sin posición pecuniaria ni social, no obstante la amistad de Montt; ó sea en situación de andar devorando, por decirlo así, esa condescendencia protectora del despacho y del salón, que tanto lastima los legítimos orgullos.

La argentina volvió á encontrarse con el comprovinciano, ya de su relación en vida del marido que la compartía también, por aquellas tertulias que los emigrados frecuentaban al noble amparo de la hospitalidad chilena, conspirando un poco excesivamente, sin duda, hasta justificar ciertas reclamaciones de Rosas, cuya forma desgraciada no excluía el justo recuerdo de la neutralidad al país amigo, bajo las habituales torpezas del epíteto federal.

Paisanos en tierra extraña, y enemigos de la tiranía que dominaba la propia, aquella situación, romántica de por sí, contaba, para definirse más aún, con la literatura de la época que el flamante viajero se traía de bagage y lucía al azar pintoresco de su elocuencia original.

El considerarla exaltada contra Rosas, debía ya comportar una inclinación simpática para el fogoso emigrado, en quien, por otra parte, revivía tal vez un antiguo deseo de mujer ajena. Teníanselo sospechado, bien antes que ella enviudara, y era muy natural en un mozo pobre y apasionado, ante el desigual matrimonio del rentista.

Fea más bien por entonces, si bien dábale positivo encanto la sombra poética de sus grandes ojos criollos, la viuda hallábase en ese momento exigente de la afectuosidad, que define, al pronunciarse en madurez, la segunda juventud de las mujeres que no han amado. Realzaba esa lánguida crisis, perceptible á los sensitivos por simpatía sensual, la elegancia, más atrayente que la misma hermosura para el adulto y el delicado; y fácil es concebirla en aquellos nobles salones, donde ilustres damas placíanse en conservar la fraternidad heroica de los tiempos de la independencia, convirtiéndola en bello deber señoril hacia los proscriptos; ó en su propia quinta de Yungay, donde alardeaba de esbelta amazona sobre uno de aquellos pisadores del país, blanditos de boca como una seda, vibrantes de raza que fulgura en el ojo bravo y resuella en el ollar fogoso, y cuyo trote parece dilatar en olas de brío las líneas de la mujer; ó en la arquería del costado Sur de la plaza de Santiago, donde paseaba por la noche la sociedad elegante: edificación

parecida á la de nuestra antigua recova de la Plaza de Mayo, y á la semejante que conserva el Paseo de Julio.

Precisamente, Sarmiento había vivido en aquella galería famosa que concentraba el comercio y la andanza mundana de la ciudad, con sus veinticinco joyerías y tiendas de lujo y sus setenta baratillos instalados en los pilares del soportal. Durante el día, aquello hormigueaba de populacho: "Rotos" sombrerudos y bebedores, albergando taimadas perezas bajo el poncho de pobre. Chinitas de canela, cuya redondez donosa pronto convertía en tosquedad de coriácea mujer, el repunte de la sangre araucana. Chiquillos cerdudos, provocando á ladrar tal cual perrejo de lanas que una vieja defendía. Algún domador que pasaba en su mula arisca, repicándole al flanco las tremebundas espuelas. Y dominándolo todo, con desconcertada locuacidad de mujeres, piropos y regateos, aquella tonada caediza, de *eses* comidas en un resbaloso dejo andaluz, que acentuaba todavía con su pregón quejumbroso el *tortiyero,* ó con su copla algún haragán de vihuela:

*Ejoj tu rubioj cabeoj*
*Grioj y caena jon*
*Pué...* (1)

Al frente, formando el costado Norte, estaba el palacio de gobierno, "las cajas" y la cárcel, en un cuerpo corrido de edificio á la española, coronado por dos torres y no sin cierto carácter monumental, al que hacían ventajoso contraste las de Santo Domingo que asomaban por detrás. La vida judicial y administrativa reconcentrábase allá, como al lado opuesto la popular y la distinguida. Así, solía interesar gozosamente al populacho, la carroza presidencial con doble yunta y escolta; ó cruzarlo, zangoloteándose en sus dos ruedas, el verde calesín de plaza, tirado á las varas por un mulo

(1) Esos tus rubios cabellos
Grillos y cadenas son
Pues...

en el cual montaba emponchado postillón, seguramente al servicio de tal cual canónigo pura teja y mofletes, ó de aquese *cabayero* cuya respetable chistera y entallado gabán, llevaban como pegados el vuecencia y el usía.

En el medio de la plaza, había asombrado más de una vez la estética ingenua del cuyano, una pila de mármol con su pedestal esculpido á bajos relieves que representaban un combate naval, la entrada del ejército de los Andes y la batalla de Maipo; sus cuatro cocodrilos que arrojaban agua en el tazón, y su trofeo central compuesto también en mármol por una india que acababa de romper sus cadenas, mientras la ayudaba á levantarse el genio de la libertad.

Allá en aquellas reuniones, es donde imaginamos á la elegante viuda: si en el salón, susurrada de seda entre el rigor de la cotilla y la grandilocuencia del falbalá bajo el cual asomaban los mimosos pies cruzados en postura de abandono, correspondiente á las manos melancólicas y á la cabeza lánguida que prescribían las maneras de la época; si en la calle, adoptado ya por su misma situación civil el ardiente recato de la chilena, que suavizaba con la ternura de un vago dolor poético, muy de circunstancias también, la expresión cándida de la moda reinante—en aquel tiempo "se llevaba" el rostro inocente—bajo el peinado sentimental, liso por la frente, "á la virgen", y derramado sobre las mejillas en tirabuzones de sencillez infantil. Afinaban la placidez del rostro, aquellas capotas que iban pronunciando á gorrito de nene la puerilidad del ala en forma de diadema virginal, conservada por el figurín más de quince años. Las bridas que las ceñían bajo la garganta desnuda á su caricia, junto con la pluma ó la guirnalda pendientes desde la copa Directorio, entre la oreja y la nuca, quedaban flotando sobre el chal de cachemira azul de acero ó verde obscuro forrado de seda grancé, y cuyas puntas que adornaban una rosa de este mismo color, caían á su vez, pesadas de sedeño rapacejo, sobre la falda de serio gró, progresivamente amplificada en campana de miriñaque.

La mayoría, más sencilla y salada, fiaba su gracia al

sugestivo calado en negro, desde la mantilla de chapa hasta el canesú donde fallecía poéticamente una diamela, y desde el mitón de malla hasta el zapato picado sobre la media blanquísima.

Iluminadas por los quinqués de reverbero, exhibíanse bajo los arcos, en la mano el pañuelo de encaje pronto á caer sensitivamente, ó el labio púdico al borde del abanico hablador, ante la escolta de "futres" (1) elegantemente lúgubres, á rigor de moda, con sus bucles y sus perillas, sus sombreretes de copa y sus redingotes de faldón volado; al pecho, que se suponía lleno de dolor sin esperanza, la mano enguantada de baldés color limón.

Tal era el medio en que Sarmiento y la viuda de Castro se encontraron.

Ambos estaban en situación de interesarse y convenirse, sin que resulte grosera esta última expresión; pues románticos y todo, habían pasado ya la edad de las ilusiones juveniles. Próximos á la cuarentena, su amor naciente no excluía la reflexión. Así, los móviles atribuídos á Sarmiento por el comentario social fueron la posesión de una fortuna que le permitiría amplificar su campaña contra Rosas, y el ingreso más íntimo en la alta sociedad, hasta entonces esquiva para con él. Esto último preocupábale, en efecto; pues los *Recuerdos de Provincia,* publicados dos años después del matrimonio, tuvieron por objeto capital la prueba de su limpieza de sangre, en la que no faltó ni el árbol genealógico á guisa de foja inicial. En cuanto al otro dicho, provenía quizá de la pobreza de Sarmiento, á quien habían conocido en un tabuco de aquel *Portal* de la plaza, con dos sillas y dos cajones que le servían de cama, por todo mueble; pero lo cierto es que la señora dejó al morir una fortuna que excedía de los cien mil pesos, inclusive su casa de la calle Córdoba número 924 (actual). Su hijuela, como viuda de Calvo, había alcanzado á 26.074 pesos de 46 peniques.

Estas diferencias de fortuna son escollo casi inevita-

(1) Designación popular de lechuguino.

ble de la paz matrimonial, tan cierto es que al hombre incumbe el sostén de la familia. Luego, es seguro que el amor, á bien decirlo, fatal de la afinidad electiva, el sentimiento heroico en que se funda la estabilidad monógama, por esto mismo de perfección tan difícil, no promovió aquella unión. Ello dimanó en la mujer, de la admiración literaria, ó sea una cosa que no es amor de por sí, al constituir la apropiación vanidosa de un pretexto para brillar. En el hombre, de cierta inclinación física, que el estado de viudez femenina estimula en muchos, como una sospecha de misteriosa inquietud. Y fué él quien se desencantó primero, sin disimularlo apenas en su frecuente distracción de luchador y el ímpetu de su lealtad nativa. Inclinado á las mujeres, sin ser calavera, la falta de encanto físico en la suya, indújole á la satisfacción clandestina que le volvía indiferente en el hogar; siendo casi seguro que la separación definitiva para no volver á verse, tuvo de causa inmediata la publicidad de ciertos amores de Sarmiento con tal señora de alcurnia, á quien consagraba, por lo menos, su simpatía intelectual.

Contribuía á separarlos, la circunstancia de no haber dado frutos aquella unión, si bien cada cual tenía un hijo antes de efectuarla: el grande hombre á la que fué doña Faustina Sarmiento de Belín; y la señora á Dominguito. Mucho lamentaba ella en su retiro aquella circunstancia que habíala privado del vínculo esencial á la mayor parte de los matrimonios. La muerte prematura del entenado á quien tanto amaba Sarmiento, consumó ciertamente la separación; si bien como biógrafo del joven héroe, aquél tuvo después para la madre dolorida nobles páginas de ternura y de heroísmo.

Todo conspiraba, pues, para desunirlos. La desigualdad de fortuna, humillante al cabo para el hombre pobre y altivo, ante el fatal reproche de haberla malgastado, que le sacará alguna vez la rencilla casera no menos inevitable; la incompatibilidad mental casi segura con un hombre de genio, aunque la señora era culta é inteligente; la inclinación superficial de ambos; el exceso de originalidad en el varón. El matrimonio es, en

efecto, una situación normal para el término medio de los hombres; mas, en el individuo de genio representa lo contrario, y de aquí que los geniales sean por lo común desgraciados en su existencia conyugal.

No es, pues, de extrañar el caso en un hombre como Sarmiento, ni precisa buscarle otra causa que la incompatibilidad citada.

En cambio, y como prueba abundante de la irregularidad afectiva en cuestión, aquel hombre concentró en su hijastro el amor que hacia la madre había perdido; y si bien el fenómeno es común cuando las segundas nupcias son estériles, alcanzó en Sarmiento tal intensidad, que durante muchos años se tuvo á Dominguito por hijo suyo.

Dejábalo él decir complacido, pues todo robustecía aquella ficción: la tierna edad del mozo cuando cayó bajo su potestad; el nombre de Domingo que llevaba por su padre don Domingo Castro y Calvo, y que vino á coincidir, como se ve, con el del padrastro cuyo apellido adoptó (1); su viva inteligencia; hasta la circunstancia de las segundas nupcias de la madre en tierra extraña, lo cual suprimía detalles y antecedentes.

Cuando al escribir su vida, después de perderle en la guerra del Paraguay, publicó su verdadero nombre, la sospecha maligna que acompaña siempre á las esposas separadas, dió en decir que la de Sarmiento habíalo tenido con éste en vida del primer marido. Nada hay que autorice á sospecharlo, siendo la prueba imposible, como es obvio. La conducta de la señora, integérrima en su retiro, tanto como su vida modesta, inclinan á favor suyo la conjetura ya obligada por deber de hidalguía, si la veracidad del historiador es también una prenda de caballero.

Imposible, por último, juzgar la conducta privada de aquellos hombres con arreglo á nuestra situación estable. Su vida áspera y aventurera, llevaba ínsita la des-

(1) Hasta en la inicial de su segundo nombre, pues se llamaba Domingo Fidel; de manera que la identidad de firma era perfecta: Domingo F. Sarmiento.

preocupación; y semejantes á los cóndores de igual destino en su huracanada zona de presa, aparejaban á la aptitud del vuelo colosal, la inhabilidad del nido.

Desde aquel año 48 hasta el 51, en cuyo Septiembre se embarcó para incorporarse á la campaña contra Rosas, su propaganda política y pedagógica aumenta al par que su producción literaria. En 1850 había casado á su hija con Mr. Jules Belin, venido con él de Francia, y á quien se asoció para el negocio de imprenta.

Vencido el tirano, disgústase con Urquiza y regresa á Chile donde sigue publicando y combatiendo su batalla política. Pero ya es una figura descollante en su país; y así, el mismo año 52, Buenos Aires elígele diputado. Renuncia este cargo, y electo otra vez por San Juan, Benavídez que se sostenía en el gobierno, adherido á la política de Urquiza, anula dicho acto por influencia de este último.

A principios de 1855, repasa definitivamente la cordillera, no sin un incidente desagradable con el gobierno de San Juan que quiso desterrarle de nuevo; renuncia una diputación por Tucumán para no incorporarse al gobierno de la Confederación, y asume en Buenos Aires la dirección de *El Nacional.* Desempeñando puestos de fecunda labor en la municipalidad y en la enseñanza de esta provincia, trabaja hasta 1857, cuando es electo senador por San Nicolás. Dos años de intensa vida legislativa que estudiaré en capítulo especial, prepáranle para la convención de la provincia de Buenos Aires encargada de revisar la constitución nacional, y para el congreso de igual carácter que sancionó las reformas introducidas por aquella, sancionando la carta vigente.

1860, hállale ministro de Buenos Aires; y poco después, separado nuevamente de la Confederación con esta provincia, para lo cual hubo de renunciar una plenipotencia en los Estados Unidos, ya decretada por el presidente Derqui.

Rehecha la unidad nacional con el triunfo de Pavón, marcha á San Juan como auditor de guerra de las

tropas federales enviadas á intervenir las provincias de Cuyo; y su pueblo natal, suprimido al fin el inveterado dominio de Benavídez, le elige gobernador.

Dos años se desempeñó con su característica fecundidad de ocurrencias para la instrucción y las obras públicas, sosteniendo ruda lucha contra la montonera y el clero que batían sin cesar aquel baluarte de liberalismo; pero el esfuerzo excedió á la capacidad económica de la provincia, la reacción conservadora prevalióse de ello para volverse contra el audaz, y Sarmiento, bajo la impopularidad proverbial de los profetas en su tierra, renunció el gobierno, aceptando la representación diplomática del país ante los de Chile y Estados Unidos.

Su discurso de recepción en el primero de estos países, dióle inmensa popularidad, dilatada por todo el Pacífico cuyas costas amenazaba entonces España, conforme á la política de recolonización amparada por el imperio francés (1863-64); pues tratábase de una pieza ardientemente americanista y tan poco diplomática, que el gobierno argentino la desaprobó en forma confidencial. Lo mismo debió hacer con la adhesión de Sarmiento al congreso americano que se celebraba para concertar una liga antieuropea en respuesta á la flamante reconstitución de la Santa Alianza.

El gobierno de Mitre, habíase negado con acierto á comprometer la República en este panamericanismo bélico, pues consideraba imposible el intento recolonizador, ante los mismos intereses europeos creados en América por la independencia. Opinaba, al contrario, que estrechar las relaciones con Europa, era garantir del mejor modo la independencia misma; y reconocía con alto coraje de verdad, que comportando las relaciones de los pueblos, fenómenos positivos, no declaraciones sentimentales, nuestro país tenía más vínculos con Europa que con muchas naciones americanas.

Reviste doble mérito esta afirmación, por la singularidad sospechosa y la nota de duro egoísmo que parecía contener, ante los demás países, todos adherentes, con excepción del Brasil, á la liga panamericana; así como

por la exactitud de sus previsiones. El ministro Elizalde que la firmaba, ligó con ello su nombre á una página histórica tan honrosa como difícil; pero, naturalmente, no faltaron los reproches por parte de los que se consideraban desairados.

La cancillería boliviana encargóse de la réplica, tan elocuente y sentida como insubstancial; sobre todo ante la confirmación que los hechos dieron á la teoría argentina. Díjose también por entonces, en la diplomacia, que la doble negativa del Brasil y de nuestro país, provenía de encontrarse ya concertada virtualmente entre ambos la alianza contra el Paraguay, excluyente por cierto de la liga proyectada; y es de creer que así lo fuera. Pero ello realzaría la política de Mitre con un doble acierto, demostrando una vez más la longitud luminosa de su visión serena. Nada más fácil que turbarse ante la necesidad ya prevista de la guerra contra el Paraguay, y la amenaza de recolonización que España ejecutaba contra Santo Domingo, Perú y Chile, y Francia contra México simultáneamente. La actitud de Mitre fué, por decirlo así, crítica, al requerir el acierto infalible en dos asuntos tan difíciles de apreciar como las verdaderas intenciones de Europa ante aquellos actos de violencia, y la fatalidad bélica que contenía la política paraguaya; puesto que un solo error habría comprometido de una manera gravísima el prestigio continental del país. De ahí que fuera necesario desautorizar á Sarmiento sin contemplaciones, á riesgo de cargar, como sucedió, con la mortificante imputación de egoísmo. El acatamiento de aquél demostraría, quizá, que algo se le hizo saber luego para atenuar su fogoso americanismo.

Todo esto habíale dado, sin embargo, una sonora notoriedad que llenó de manifestaciones simpáticas el tránsito del diplomático, hasta el extremo de que, para su recepción en Lima, las hijas del presidente concurrieron vestidas de celeste y blanco.

La misión en los Estados Unidos contribuyó á propiciarle figuración continental. Trabó en aquel país relaciones con sabios como Agassiz y Gould, pedagogos como Mann, filósofos como Emerson y poetas como Long-

fellow; el gobierno concedióle el honor insigne de que presidiera durante algunos minutos el Senado nacional; fué miembro de cinco congresos pedagógicos en las ciudades más importantes de la Unión, y con ello popularizado hasta una especie de ciudadanía intelectual, que tituló, por decirlo así, el doctorado de Michigan (1).

Al mismo tiempo, el gobierno de México consultábale un difícil caso de derecho constitucional. En el Uruguay, sus teorías pedagógicas encarnaban con éxito en la persona del gran educador Varela. Otro propagandista de aquella doctrina á la cual dió el nombre de "idea Sarmiento", fué el general Leopoldo Terreros, de Venezuela, donde un edificio escolar recibió el nombre del ya ilustre argentino.

Su conocimiento de los Estados Unidos modificóle las ideas en cuanto al régimen formal del gobierno republicano, transformando en federal de principios al que hasta entonces no lo fué sino de oportunidad, y robusteciendo sus ideas democráticas.

En 1866, una bala de Curupaytí le lleva á Dominguito, señalando aquel suceso uno de los grandes dolores de su existencia. Biografiado por él mismo en la famosa *Vida,* fuera irreverente ensayar la silueta del lindo capitán de veintiún años, á quien no faltó ni la muerte heroica y temprana, considerada don divino por los griegos, para constituir un dechado de aquella juventud cuya desaparición es desgracia de la patria, porque en su noble sencillez la vida le representó una arriesgada jovial, y la muerte el supremo romanticismo.

Electo presidente de la República durante aquella misión, desempeña completo el período constitucional de su gobierno cuya obra estudiaré en capítulo aparte.

Desde entonces fué definitiva su instalación en Buenos Aires, si bien no pudo tener casa, hasta que, acabada la presidencia, su apoderado, como dije ya, le compró una con economías de sueldos.

(1) Sabido es que Sarmiento fué doctor *honoris causa.* La burla política mordió anchamente en el diploma, y la designación de «Doctor de Michigan», constituyó un sobrenombre habitual.

Al recibirse del mando, ocupó en la calle Belgrano la que hoy lleva el número 553 y conserva su fachada de entonces: el recio portón de artesonas y herrajes; el mirador propicio al disfrute de la brisa fluvial; el balcón corrido, el parapeto de reja. Después fué huésped de la familia de Carrié, cuya casa de la calle Maipú 631 (actual) conserva también la fisonomía de la noble mansión española, que el hogar argentino continuabá con sus claros patios entoldados por el parral y la glicina, como en una opulencia de salud y de sol. Por último, alquiló en la calle Artes (hoy Pellegrini) casi esquina á Temple (hoy Viamonte) otra casa cuyo número correspondía al actual 685, y cuya planta alta hállase como era por la parte exterior, conservando adentro el mirador habitual entonces. Allí hizo venir de San Juan á su hermana doña Rosario y á su nieta Elena, con quienes reunióse luego el predilecto Augusto que llegaba de Francia.

Sarmiento no llevó vida familiar mientras fué presidente. Creía, talvez, que separado de su esposa, cualquier otro hogar resultaba incompatible con el ejercicio del gobierno, cuyo concepto social ponía tan alto. O era que su pobreza no le permitía tener la casa adecuada al rango, con la relativamente numerosa familia de su adopción. O todavía que ese aislamiento comportaba la absoluta independencia. Las dos últimas razones, son obvias á mi entender.

Era, por otra parte, tan severo su concepto de la auteridad gubernativa, que mientras fué presidente, su hija única y bien amada ganábase la vida como maestra en San Juan.

La instalación en la calle Cuyo número 1251 (actual) iba á proporcionarle el goce tranquilo de la familia, suprimido para él desde la adolescencia por cincuenta años de lucha.

Muerto Dominguito, sus predilecciones paternas reconcentráronse en su hija y los seis nietos que ella le había dado de su matrimonio con Mr. Jules Belin.

Había conocido á éste durante el viaje por Francia, en el parque sérico de Senart, donde se preparaba para

la industria consiguiente que Sarmiento quería conocer desde el comienzo.

Los Belin eran impresores desde el final del siglo XVII, y su casa editora existe todavía en París, calle de Vaugirard 52, bajo la razón *Belin fréres;* teniendo la imprenta en Saint-Cloud. Parece que aquel inmueble, propiedad de la familia desde muchos años ha, perteneció á Madame de Maintenon, con los muebles que conservaba aún, y que Sarmiento mandaría reproducir para su sala.

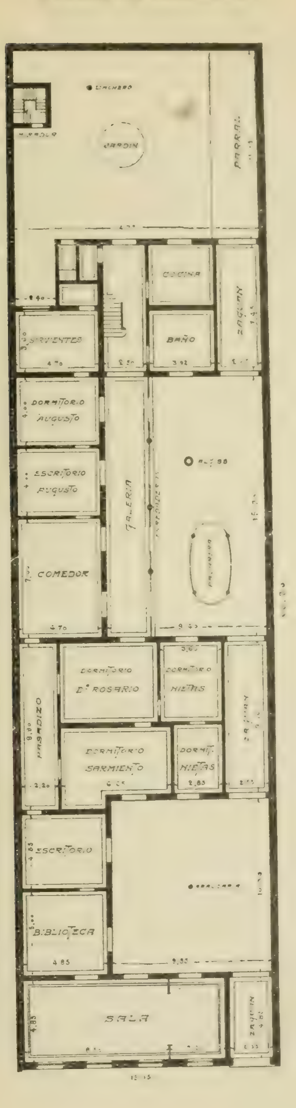
Cuando la relación mencionada hubo de hacerse en Senart, los Belin eran tres, el segundo de los cuales, Julio, conoció á Sarmiento quien le indujo á trasladarse con él á Chile. Queda dicho en otro lugar, que allá se asociaron para el negocio de imprenta en el cual Belin era, naturalmente, práctico. Tratábase, por lo demás, de un hombre instruído é inteligente, bien relacionado con los escritores de su tiempo, entre otros Hugo y Balzac á quien se parecía de cara. La hija de Sarmiento, era por entonces una suave y dulce joven, la habitual flor sencilla del árbol formidable.

Viuda desde 1866, había llevado la vida de obscura virtud que la pobreza determina en aquel estado, sin que Sarmiento, ausente en Norte América, hubiera podido ayudarla como deseaba.

La casa de la calle Cuyo donde aquel se instaló para la vida familiar, era un cómodo edificio de una sola planta, conforme lo detalla el plano, ligeramente distinto del que corresponde á la escuela actualmente ubicada allí; pues este nuevo destino ha ocasionado algunas modificaciones.

El amplio zaguán estaba decorado al fresco por el mismo Sarmiento, con una copia del vestíbulo de la casa de Livia en Roma, sobre fondo rosa de ladrillo, y algunas figuras pompeyanas. Aquella decoración hizo moda en varios zaguanes de la época. Sarmiento habíala tomado de una lámina de la grande *Historia Romana* de Duruy (1) y de diversas estampas en colores. Desgra-

(1) Primera edición francesa, tomo IV, pág. 118.




CASA DE SARMIENTO

*Cuyo 1251 (actual)*

ciadamente, la pintura actual, suprimió aquellos frescos tan interesantes, pues siendo al óleo, ha exigido raspaduras previas.

Dábase acto continuo con el patio, que era un damero cuadrilongo de mármol. En el centro había una araucaria y los dos jarrones que hoy adornan la tumba de la Recoleta. Inmediatamente, á la izquierda, quedaba la sala, dividida en dos por una mampara siempre abierta. En el primero y más pequeño de esos departamentos, había un cuadro que el dueño de casa estimaba mucho, y cuya luz había arreglado él mismo por medio de un mechero de gas: *Galileo ante la Inquisición.*

Era la pintura el arte que más impresionaba á Sarmiento. Así, su hermana Procesa, fué en Chile discípula de Monvoisin, cuya gloria secundaria proyectó alguna luz de academia á ambos lados de los Andes. Su nieta Eugenia tomó de aquélla las primeras lecciones que él estimuló y vigiló cuanto pudo. Pero su sensibilidad respondía generalmente al encanto de la obra de arte, único deseo de opulencia que la fortuna no le permitió satisfacer.

Así, para continuar la descripción emprendida, la sala contenía seis bustos de mármol: Wáshington, Franklin, Lincoln, Mann, Montt y Dominguito. Un bronce de Barbedienne, *La Meditación,* regalo de los amigos. Una copa etrusca de plata. Un cuadro de Ruguendas que representaba tropas del sitio de Montevideo; otro de escuela española, que atribuía á Murillo, compuesto por dos niños nimbados, uno de los cuales acaba de picarse con una espina; otro de Albano, *Diana y Endimión,* que había pertenecido á la familia Belín. Por alfombra había un tripe común.

El moblaje era copia, según dije, del que la familia Belin conservaba en París, atribuyéndolo á Mme. de Maintenon: un juego de terciopelo granate, "embozado", como dicen los tapiceros, es decir, sin madera visible; seis sillas doradas, una consola, una mesa de centro y otra de juego, y dos brazos de bronce y cristal para luces: veintisiete piezas suministradas por la casa *Deville fréres*, de París (1) en 7.166 francos.

(1) Rue Gaillon, 12.

Cuadrando el patio, seguía la biblioteca, muy sencilla y con pocos libros. Después el escritorio, amueblado por un bufete de roble y una silla tapizada, con respaldo semicircular. Destacábase sobre aquél, entre las grandes carillas siempre aprovechadas hasta el fin, aun para la correspondencia epistolar, el grueso tintero verde, cuyo peso evitaba las volcaduras durante el arrebato de inspiración polémica. Por allá solía verse, avizora y vagabunda, cuando no acurrucada sobre la mesa como los gatos familiares, una chuña (1), ave preferida de Sarmiento por su despejada alegría. Tenía la habilidad de ponerse en pie cuando entraba gente...

Tres esculturas adornaban aquella habitación: un busto de Longfellow, una Venus de yeso que Sarmiento había bronceado, y una estatuita yacente de niño herido en la pierna, que le representaba á Dominguito. En las paredes, dos calcografías del Louvre: la *Antiope* del Correggio, y la *Comunión de San Jerónimo*, del Dominichino, y dos grabados: la *Transfiguración* de Rafael, que enviara á su madre desde Roma, y la escena del Evangelio, *Sinite Parvulos*, en un marco á la rústica, diseñado por él. Completaban aquella iconografía los retratos de sus primeros ministros y un álbum de estampas coleccionadas durante sus viajes.

En el tercer costado hallábase su dormitorio, donde se destacaba una vulgar cama de madera, una colcha tejida por su madre, que decía en letras negras sobre fondo blanco floreado: *Paula Albarracín á su hijo D. F. Sarmiento, trabajo de sus manos á los 84 años de edad*: (2) dulce memoria del telar, casi diría cantado en los *Recuerdos de Provincia*. Detrás quedaba la habitación de su hermana doña Rosario. Seguía los dos cuartos de sus nietas, corridos también hacia el fondo, de manera que el más lejano daba por una ventana sobre el segundo patio.

Conducía á éste otro zaguán donde había una cole-

(1) Zancudo del primer sub-orden, ó alectórido. Abunda en los bosques del interior, donde su canto, semejante á una clara carcajada, anuncia la lluvia.

(2) Es decir en 1861, pues la señora había nacido en 1777.

ción de mapas. En aquella área estaba la pajarera; y más allá, inmediato á la galería corrida que cobijaba las piezas, un algibe con brocal de piedra. Sobre la indicada galería hallábase el comedor amueblado de roble sencillo y dos cristaleros con la vajilla lujosa: una porcelana blanca con orla azul de rey, filetes y monograma dorados. La cristalería era medio cortada y también con cifra. La argentería igualmente cifrada, componíase de un juego de te, estilo griego, y de fabricación norteamericana *(Gorham M. F. G. C. D. 0.60)*. Dos cuartos de su nieto Augusto, una pieza de servicio, el baño y la cocina enteramente enlozada, completaban la edificación. Entre los dos últimos cuartos y el de servicio había un pequeño vestíbulo de donde arrancaba una escalera conducente á un desván que era el taller de su nieta Eugenia.

Un tercer zaguán conducía al último patio, donde había un parral que era la prolongación de aquél, un pequeño jardín dominado por un limonero, y un mirador. Las noches cálidas Sarmiento escribía en ese zaguán, alumbrándose con dos velas defendidas del viento por dos altos fanales que habían pertenecido al general Lavalle. Al fondo del patio, él mismo había pintado, para amplificar la perspectiva, dos palmeras: reminiscencia quizá de aquellas cuya descripción comienza los *Recuerdos de Provincia.*

Las reuniones de familia, que presidía satisfecho y alegraba con su verba bromista ó con sus narraciones inagotables, efectuábanse en el comedor, comunicado con su escritorio por un pasadizo que corría sobre el muro del fondo.

Sentábase en un costado de la mesa, mirando al patio y á la pajarera, por entre las hojas de plantas trepadoras que encortinaban la galería. Doña Rosario, que era quien servía, á la provinciana, ocupaba una cabecera. La otra quedaba libre para asentar la vajilla. La comida era criolla, con pocas especialidades, salvo las gruesas aceitunas cuyanas preparadas conforme á la receta local, con cebolla y zumo de naranjas; los pepinos predilectos, y una que otra vez las espinosas truchas

de Guanacache. Después, dulces de San Juan, á lo que era muy afecto su sensualismo de viejo, y que solía convidar á sus tertulianos, con la copita de mistela habitual entonces en las provincias.

Jactábase también de haber inventado un plato que denominaba burlonamente *Tête de Veau á la Sarmiento*: especie de pastel enorme, consistente en una cabeza de ternera, que previamente adobada, debía asarse al horno envuelta en masa, hasta la carbonización de la cubierta. Porque todos sus cariños familiares, poco expresivos de palabra, manifestábanse en esas minuciosidades de economía doméstica: el cuidado de la pajarera; la poda de su limonero y de su parra; la pintura del zaguán y del patio; la enseñanza del indiecillo colocado por Roca después de la expedición al desierto; el servicio al barrio con el agua de su algibe, ante cuyo brocal hubieron de hallarle un día ayudando á cierta criadita de la vecindad que no podía con el cubo; y sobre todo, su complacido desvelo por el estudio de la pintura que su nieta efectuaba en el desván, donde solía pasarse las horas animándola con sus consejos de perseverancia; porque el arte era duro—ya se sabe—y más de una vez hubo de arrancar lágrimas á la discípula, que levantando el rostro lloroso, hallábalas duplicadas en las viejas mejillas, enternecido también, el buen hombre, en su formidable madera de Hércules trabajador...

Hacía poca tertulia fuera de casa, pero daba largos paseos á pie, algunas veces alternados con vectaciones y cabalgatas en carruajes y caballos que le prestaban sus amigos. Su paseo predilecto, era la isla de Carapachay, cuya descripción hago más adelante y donde solía manejar el remo con vigorosa maestría.

La vida pública continuaba, entretanto, vasta y aplastadora.

Su provincia elígele senador en 1875 al mismo tiempo que la de Buenos Aires le nombra director general de sus escuelas; y así en el parlamento como en la prensa, lleva su habitual existencia de batalla hasta 1879, cuando desempeñó por treinta y seis días el Ministerio del Interior acabado en catástrofe política. 1880, año

de renovación presidencial, ve levantarse fugazmente su candidatura. En 1881, nómbrale el gobierno nacional Superintendente de Educación, y hasta 1887 sigue luchando con la misma incansable abundancia, fundando diarios, escribiendo libros. No había secretario que le diera abasto. Su turbulencia, su jovialidad, su claridad de ideas, su agilidad polémica, conservábanse intactas. Leía como nunca, conservando por un esfuerzo de sensibilidad que habría sido estupendo en un joven, contacto simultáneo con todas las ideas y los acontecimientos.

Pero el corazón empezaba á fallar, destemplado por la antigua hipertrofia. La dolencia causante, fatigaba al fin aquel organismo con su petrificadora inercia. Evidente es que se trataba de una arterio-esclerosis, previsible por lo demás en aquel carnívoro de vida tan agitada. Algunos dolores vesicales de que solía padecer, constituyen otro indicio, pues los afectados de rigidez arterial, son regularmente prostáticos. Salvo el ataque cerebral sufrido en Chile en 1836, á consecuencia de una tifoidea, aquellas incomodidades y una que otra angustia cardíaca, forman toda la historia patológica de Sarmiento. La verdad es que jamás estuvo enfermo, y que abusando tanto del trabajo intelectual, nunca sintió un dolor de cabeza (1). Es que, diría ensayando una de sus digresiones utilitarias, no son las ideas sino el estómago lo que daña al cerebro. El astro vive, por el contrario, de brillar; y cuando deja de hacerlo, abandona su condición de astro por la obscuridad de la roca.

Fué al Paraguay, buscando temperie y reposo en la mórbida mansedumbre de la naturaleza tropical. Pero antes gozó por primera vez, en la Buenos Aires amada y esquiva, su único gran triunfo popular al cabo de sesenta años de lucha. Con motivo de su 76.º aniversa-

(1) Lo cual pudo, sin embargo, acontecer como consecuencia de su hipertrofia. La calvicie es también un síntoma de arterio-esclerosis. La pérdida de la dentadura y la vista cansada que requería anteojos cuando se trataba de escribir, eran estigmas profesionales del trabajo intelectual; lo propio que la sordera producida por las fatigas del gobierno.

rio, la juventud fué á saludarle en numerosa manifestación. ¡Lamentable ligereza de las democracias! Su igualitarismo egoísta, sólo perdona á los grandes hombres el carácter poderoso, la idea propia, la incorruptible integridad del principio, ante la ceniza inane de la senectud ó el silencio sin eco de la muerte.

Menos mal que siquiera á la orilla de la tumba, el pueblo le deparase aquella satisfacción, tan noble para deseada, como imposible para pedida. Y no que se hubiera muerto aquel enamorado de la gloria, aquel sediento de justicia ajena, sin alcanzar como tantos á conseguir la propia, dejando al país, ingrato deudo, cual supremo tributo de abnegación, sus tristezas irreparables.

Irreparable, efectivamente, ese dolor de los pobres grandes muertos, quienes ni la salva de cañón, ni el féretro en la cureña, ni la calle denominada, ni la estatua que los embalsama en bronce, van á quitar un solo minuto de las miserias que pasaron, de la ingratitud que devoraron, de la soledad que padecieron; porque de ver los dignos é incapaces de pedir, juzgáronlos indiferentes á las satisfacciones de la vida, ó castigaron su altivez á ver si la quebraban so pretexto de probarle el temple, ó disfrazaron de indiferencia la envidia, silenciosos como el veneno, ó transformaron en ostracismo risible el recato de la dignidad, ó hicieron del orgullo noble, pretexto para sus diatribas y epigramas, como se alberga la sabandija en la melena del león; ó tomaron el sudor de sangre de la angustia para grana de teñir y la modestia para lana de esquilar, los grandes canallas, anónimos y evidentes, impersonales y todos; y ahora vienen con su efigie de bronce hueco, sus tiros de vana pólvora, sus calles con nombre, sus discursos más cuidados que la perra vida del célebre infeliz, en cuyo mismo despojo hallan causa para untarse del talento ajeno, exhibiéndose justos á destiempo, escandalosos de luto nacional, estos gusanos de la gloria; como si no

supieran cuán sedientos viven esos grandes por lo mucho que trabajan, y cuán dura carga es el genio, y cuán sensible á la ternura pueril, al mimo fútil la verdadera grandeza; pues si ésta califica al hombre superior, es el hombre lo que permanece sustantivo en la miseria de su carne dolorosa, hasta no quedarle por todo consuelo de la contemporánea ingratitud, sino esa convicción de ser espíritu inmortal que dulcifica todas las tristezas de este mundo, como basta á la poesía crepuscular la presencia de una estrella...

Su grande alma no llevó á la vecina república, en aquel organismo que se rendía, el despojo de un huésped inútil. Acto continuo empezó á trabajar para ella una serie de artículos sobre su renacimiento industrial contrariado por las históricas tiranías; y porque execró la del Dr. Francia en el aniversario fúnebre de este dictador, un pariente hubo de ofenderle por carta que contestó nombrando padrinos para batirse, como es deber de todo hombre mientras ejerce vida pública, y le debe en el resguardo del honor personal la integridad del colectivo. La protesta popular revistió tal carácter, que costó al ofensor un ministerio, pues era persona de figuración política; y ante la decisión unánime contra aquella demasía, el asunto personal quedó eliminado.

La última residencia de Sarmiento en Buenos Aires señalóse por una larga serie de artículos sobre naturalización de extranjeros, en la cual hay también su parte de polémica vigorosa.

Continuó escribiendo desde la capital paraguaya, á donde volvió en 1888, para emprender acto continuo en su quinta del barrio suburbano de la Recoleta (avenida Morra), que le había regalado el vecindario asunceño, los habituales trabajos de instrucción pública y mejoramiento agrícola. La creación de una biblioteca nacional y la reforma de las escuelas, contaron entre aquéllos. La misma casa que se llevó consigo, el *chalet* belga de fierro, constituía un experimento de importancia regio-

nal, pues se trataba de una construcción de las llamadas isotérmicas. Su último trabajo fué la perforación de un pozo para buscar agua entre las arenas movedizas, con la cual dió por fin, prestando á toda la ciudad un señalado servicio de higiene, al reportar aquello en las capas freáticas siempre sospechosas de una población tropical, el alumbramiento del manto indemne.

Y Sarmiento murió así, de la más bella muerte; eslabonada con límpida integridad á la lógica de la más fecunda vida. Murió alumbrando aguas útiles para la gente, en país extraño, como queriendo caracterizar mejor con ello su ideal del bien humano, sin compensación y sin patria. Al mismo tiempo rendía el último esfuerzo á la suya. Aquella pluma tan fulgurada por todas las electricidades combatientes y creadoras, quedó suspensa para siempre en la línea inconclusa de una traducción sobre la manera de corregir los vicios oficiales que constituyen la corrupción electoral (1). La letra de esa carilla describe un estremecimiento senil, como si en la mano redactora hubiese tiritado el frío de la muerte. O dijérase la línea del seismógrafo perturbada por el terremoto que se acerca...

La misma causa de aquella muerte es como simbólica de aquella vida. De habérsele agrandado el corazón, murió Sarmiento. Es decir, de lucha, de vigilia, de entusiasmo. Sus últimas palabras formularon un deseo de luz. Dijo á su nieto Julio Belin que habíale sentido despierto, pues ya casi no dormía: "Ponme en el sillón para ver amanecer". Al acomodarle en su poltrona de leer, frente á la ventana todavía llena de noche, expiró sin que lo notaran. Es el silencio de morir que tienen los

(1) La frase, correspondiente al parágrafo II del artículo en cuestión, titulado *Reforma del Servicio Federal* (*Political Science Quarterly-New York*) se corta diciendo: «que un quinto de los votantes del país se acerca á las urnas electorales con un interés pecuniario...»

Dijérase, á la verdad, el epitafio trunco de la democracia, escrito por ese ilustre moribundo.

árboles, dejando caer sus últimas hojas útiles. Aquel fecundo había engendrado aún en la última ancianidad, podría decirse que árido ya de muerte, el agua de su pozo. Y con ese ojo profundo, que sensibilizaba en cristal el obscuro seno pronto á servirle de almohada, la tierra parecía significarle su gratitud.

Aquel *Poema del Agua Dulce* abocetado por él veinte años antes, para describir el Hudson cubierto de naves en su transcurso por las tierras labrantías que constituyen la ubérrima poligamia de los dioses fluviales, redondeaba su última estrofa con esa linfa surgida de la profundidad, dijérase que para sonreírle al morir, fresca y pura como una doncella.

---

## CAPITULO III

### El medio histórico

Los historiadores argentinos han exagerado la importancia de los elementos políticos que formaron nuestra nacionalidad durante el primer trentenio de vida independiente, con el noble afán, sin duda, de elevar la categoría de su país entre los demás, descubriéndole antecedentes análogos á los de aquellos más antiguos y más ilustres.

Este caso de patriotismo trascendental, que ante todo lleva inherente la respetabilidad de su móvil, indújolos á olvidar el hecho más importante de la evolución descrita por ellos, ó sea la doble raza habitante del país que iba á constituirse sobre ese fundamento de intrínseca desigualdad.

Los hijos sin mezcla del conquistador blanco dominaron como herederos de la superioridad de aquél, al indio y al mestizo, evitando mezclarse con ellos para conservar esa condición; y la independencia no modificó dicho estado social, sino en la letra de leyes inaplicables, puesto que contrariaban un hecho natural, indiferente á las declaraciones políticas.

El mestizo inferior de raza, ó gaucho, aceptaba su situación con la continuidad sumisa del indio, su antecesor inmediato y preponderante en el tipo, sin que sus

intermitentes rebeliones tuvieran nunca un designio igualitario: fueron siempre alzamientos provocados por el exceso de arbitrariedad ó por la miseria, es decir, reacciones instintivas sin ningún concepto ulterior.

Instrumento convencido del blanco, su aspiración suprema es servirle de elemento leal, por no decir pasivo, en el trabajo, en la milicia y en la política. Hasta la riqueza que asegura la consideración más sólida en las democracias, considérala privilegio inherente al blanco. Este es, por definición, el "rico", el "hijo de rico". Es también el "decente", lo cual supone en la condición del mestizo la aceptada mancha original. Sabe que ha nacido peón, capataz á lo sumo, ó *milico,* ascendido á sargento cuando más. Barcala, negro y coronel, es la única excepción en cien años de vida militar. Falucho, conmemorado en un barrio "aristocrático", si bien con excelentes razones históricas, (1) acabó por salir expulso al suburbio compatible con su clase. Es que hasta el heroísmo tiene color en los países habitados por razas diversas. Así, cuando el mestizo llega á conseguir un galón de alférez, su primer paso es casarse con "niña", aunque sea solterona y pobre; que lo importante es entrar á la clase superior. La instrucción constituye otro privilegio. El blanco es también específicamente "doctor". En política, el mestizo sabe que los cargos electivos no le tocan. El no es más que votante. La pasión india del puesto público y del uniforme, la satisface con llegar á subcomisario cuando se destaca en su clase, y á gendarme regularmente. La policía de la capital es un ejemplo al respecto. Su gendarmería causa la impresión de una tribu entre la población blanca. El tipo indígena se halla representado por el vigilante. Está ahí el mestizo en su eterno puesto de subordinación y de fidelidad al decente, dijérase que atado por la fatalidad de su inferior condición antropológica. Desalojado del ejército por el servicio obligatorio, y del trabajo por la inmigración europea, adopta el papel más próximo.

(1) Como soldado de San Martín, cuya estatua está en el mismo sitio, donde también se halló situado el cuartel de los granaderos á caballo.

siempre al servicio del hombre blanco que no sabría abandonar por incapacidad nativa para la vida completa de la civilización. En el campo como en la ciudad, es sumiso por instinto. Apenas ve un hombre decente, aunque no le conozca, le hablará con el sombrero en la mano.

Es pues, el elemento natural del caudillo, heredero del antiguo conquistador. Por esto, nunca ha habido un caudillo gaucho. Todos fueron hombres decentes agauchados. Y, detalle significativo: regularmente eran rubios y de ojos azules. El pelo rubio representa para el gaucho tal condición de nobleza, que equivale á hermosura en la mujer. "Es rubia", dice, para designar que es bella. Rosas, que representa el prototipo del caudillo, tiene ojos azules. El último de esos jefes, y el más campesino también, el Chacho, pertenece á una de las primeras familias de La Rioja. La misma provincia había presentado otra corroboración en el *zarco* Brizuela, como Entre Ríos en Ramírez. Quiroga es pelinegro, pero de excelente cuna, lo propio que Güemes y que Ibarra (1). Heredia, el caudillo tucumano, es doctor en teología: Alberdi le dedica, agradecido á su protección, el *Fragmento Preliminar* á su estudio del derecho. Ya dije que Sarmiento hizo lo propio con un ejemplar de su *Facundo*, enviado á Benavídez. El fraile Aldao aparejaba á la relativa instrucción de su estado sacerdotal, el buen linaje. Bustos, el cordobés, educaba á su hijo en la escuela militar de Saint-Cyr. El Tigre de los Llanos, tenía la letra torpe, una verdadera grafología criminal; pero su ortografía y su redacción eran buenas. Ya veremos que, por otra parte, el federalismo de los caudillos representaba la tradición del dominio colonial, consistiendo toda su democracia en una habilidad mayor para fomentar las pasiones instintivas de la multitud mestiza, con la cual jamás pensó igualarse.

Porque democracia á la moderna, conforme con los dos tipos latino y sajón, respectivamente caracterizados

(1) Los indios, en sus malones, cautivaban de preferencia mujeres blancas cuyo rescate era muy difícil, pues con ellas «refinaban la cría». Los mestizos resultantes, llegaban con facilidad á caciques.

por Francia y por los Estados Unidos, nunca la hubo ni podía haberla.

La igualdad política y aun social, puede declararse allá donde existe previamente la igualdad de raza, porque de ésta proviene como ideal de justicia, al tornar sensible la iniquidad que comporta el dominio original del hombre por el hombre. Y esto es tan evidente, que la manumisión legal de los negros en los Estados Unidos y en el Brasil, no ha alterado su inferior condición social.

La democracia representativa, con el sufragio universal por fundamento, era imposible en la realidad; debiendo resolverse todos sus proyectos en inevitable oligarquía, al hallarse formada la mayoría electoral por los mestizos irremediablemente inferiores.

Una vez emancipado el país, la lucha política había de trabarse entre los blancos, para quienes aquel fenómeno representaba la posesión del gobierno que la corona les había negado á título de súbditos coloniales: distinción ficticia por no ser antropológica, como lo prueba el mismo éxito de la libertadora rebelión. Para la mayoría mestiza, aquello nada significaba política y socialmente hablando; pues sus relaciones no pasaban de la burocracia inferior que permaneció intacta, al ser puramente político el interés de los blancos iniciadores. Los diputados que habrían podido cambiar la faz de las cosas por ampliación transformadora de su mandato, como sucedió con los estados generales franceses, no salían de su seno; ni aquella masa podía tener en su condición servil, la idea de soberanía originaria que produjo ese fenómeno, y que fué el resultado natural de haberse puesto en evidencia la fundamental igualdad antropológica.

En cuanto á la capacidad electiva, fuera inútil mencionarla. Basta ver las elecciones de hoy, para comprender lo que serían aquéllas. Por otra parte, lo sabemos. El triunfo correspondió siempre al que tenía la fuerza; si bien ésta, perteneciente á una época en que la revolución era un mérito heroico al haber constituído el paso inicial de la libertad, no estaba siempre con el gobierno. De aquí que las elecciones, base de toda democracia y solución de todo conflicto allá donde existe en

realidad aquel estado político, acá nunca resolvieron nada. El sentimentalismo pesimista que considera siempre mejor lo pasado, suele hablar de nuestra antigua democracia como de un estado superior al presente. Conforme á esta paradoja, resultaría con mejor conciencia el pueblo de ayer, más servil, inculto y miserable. Pero no hay tal cosa. Aquello era mucho peor. Las elecciones resultaban peleas, sin ser por ello menos fraudulentas; y ahora es inconcebible que un general de la nación, cubierto de recientes laureles en guerra nacional, atropelle los comicios como Lavalle á su regreso de la campaña del Brasil, ahuyentando á chaquetazos los electores contrarios. Sería asimismo imposible restaurar en ninguna parte la legislatura de Rosas.

Aquel fenómeno primordial de la desigualdad irremediable, engendró la política que podríamos llamar constituyente, con la cual van á mezclarse dos factores de importancia: la peculiaridad geográfica y el interés local.

Los hombres de Buenos Aires, que habían iniciado la revolución libertadora, dándole por fundamento la franquicia comercial, contaban con algo más que la mayoría servil de mestizos, para pretender la posesión del gobierno. Este algo, era el puerto y la aduana que entregaba á la ciudad las rentas más importantes para la administración de un estado, al paso que la convertía en el órgano natural de las relaciones exteriores, cuyo carácter comercial y diplomático influye directamente sobre el progreso de aquellas entradas. La tradición de capital, y la circunstancia de ser á la vez metrópoli, robustecían esas pretensiones. Además, la libertad de comercio, y las relaciones directas con Europa, tornaban necesarias á la prosperidad, las garantías fundamentales que el extranjero civilizado reclama, empezando por las de conciencia (1) y tendiendo hacia

(1) Así el primer tratado argentino celebrado con Inglaterra, por Rivadavia y Canning como plenipotenciarios: la libertad de conciencia y de comercio, fueron sus bases; y ése es el origen del futuro liberalismo constitucional. El odio al protestante, era una enseñanza de la colonia, que los caudillos conservaron con su intransigente catolicismo.

el librecambio, que es una aspiración más ó menos recóndita de toda ciudad porteña. Buenos Aires podía ser y lo fué, mucho menos celosa de la libertad política que de la civil y comercial; por supuesto que refiriéndome siempre á los decentes, único factor apreciable en el asunto.

En cambio, las campañas de la independencia suprimieron la autonomía comercial de las provincias, para algunas de las cuales era muy vasta, impidiéndoles por el Norte y por el Oeste, incendiados de guerra fronteriza durante diez años, las valiosas exportaciones de la época colonial, que habían hecho de Cuyo una región tan floreciente como lo demostró la formación del ejército de los Andes, y de Salta el rico emporio proveedor de las partidas de Güemes. La salida por el Este y por el Sur, daba necesariamente en Buenos Aires, que así venía á constituir la única puerta.

No quedaba, entonces, á los blancos ó "decentes" de las provincias, otra importancia que la política representada por el número de sus mestizos convertidos en votantes ó soldados; siendo natural que se empeñaran en valorar este único elemento. La ambición de gobernar que los había arrastrado á la guerra de la independencia con tan irreparables sacrificios económicos—ambición muy justa, pues representa el derecho de todo país á manejarse por su cuenta—no se satisfaría si predominaba Buenos Aires; pues los empleos del estado naciente, eran tan escasos y precarios, que no habrían alcanzado para los hombres de las provincias. Tan fundamental era este asunto, que apenas iniciada la revolución, ya queda planteado en el seno de la Junta. La organización política, preocupó antes que la libertad y la independencia. Todos se declaraban súbditos de Fernando, bajo la bandera real y las leyes sustantivas de España; pero ya había porteños y provincianos.

Estos últimos, necesitaban aprovechar sus masas populares, dándoles la capacidad política que no podían ellas apreciar, pero que así redundaban en mayor beneficio de los caudillos; y robustecer su situación con

el aislamiento que les aseguraba la perpetuidad de tal disfrute. Con esto, propendieron á la democracia, si bien puramente formal, como lo prueba el hecho de que las provincias más autonomistas estuvieron reeligiendo los mismos mandatarios durante cuatro y cinco lustros, para revelar así, á las claras, la verdadera residencia de la soberanía; pero tornaron también irrevocable la asociación de sufragio universal y democracia, que es el principio justo, dando con ello un concepto á las futuras aspiraciones populares.

Al mismo tiempo, el aislamiento autonómico significaba la permanencia en el estado social de la colonia; no sólo para mantener así, con el atraso, la sumisión del pueblo, sino porque la importancia puramente política de aquellos gobiernos, volvíalos naturalmente adversos á toda evolución. El celo conservador está en razón directa de la debilidad, porque es una defensa.

Natural es que los caudillos no procedían así por maquiavelismo bárbaro, sino por tendencia instintiva resultante de su situación. Muchos tuvieron ideas y hasta iniciativas notables de progreso; pero siempre viciadas por el absolutismo oficial que constituía la deficiencia orgánica.

Contribuía á esto, otro elemento de importancia. El verdadero patriciado argentino, era provinciano del interior. La nobleza y la fortuna de la colonia tendían, como es sabido, hacia el Perú, y de allá procedían, explicándose con esto que en dichas provincias hubiera universidad y estrados antes que en Buenos Aires. Esta ciudad había quedado por muchos años á trasmano de la conquista litoral, cuya sede se radicó en la Asunción, siguiendo la ya enunciada tendencia hacia el Perú. Al iniciarse la Revolución, su importancia era reciente, y desde luego comercial ó plebeya, según las ideas coloniales, no obstante la residencia del virrey.

Por lo mismo fué revolucionaria, y más inclinada á las garantías positivas de la libertad, que á las formas de gobierno; mientras las provincias dominadas por sus caudillos, todos de familia decente, que es decir tradicionalista, tendían á conservar las instituciones y cos-

tumbres coloniales, empezando por la intolerancia religiosa inscripta en la lúgubre bandera negra de Facundo: *Religión ó Muerte.*

Precisamente, la educación religiosa, vale decir el móvil primordial de la conducta, pues lo cierto es que, con todo, las ideas gobiernan, basábase en el concepto de la salvación personal, ó sea lo contrario de la solidaridad, al constituir el egoísmo supremo; pues la adquisición de la gloria eterna es un negocio privado que tiene su mejor comentario en el aislamiento de los ascetas. Y entonces como ahora, la religión era un timbre de aristocracia.

Las dos personalidades más conspicuas de los partidos federal y unitario, tipifican la diferencia. Rosas es de pura cepa aristocrática y alardea un exaltado clericalismo. Rivadavia es liberal y mulato: condición social que los federales le motejan por antífrasis, llamándole socarronamente "el señor Rivadavia".

Ahora bien, provincianos y porteños necesitaban respectivamente de Buenos Aires y de las provincias para que la entidad nacional fuera un hecho dentro de las fronteras naturales á que ha llegado por inevitable gravitación; pues aquéllas procuraban la salida al mar, si no habían de caer en la miserable condición de los países puramente mediterráneos; y ésta no podía constituirse con un perpetuo enemigo á su espalda desguarnecida de obstáculos naturales, para vivir en constante zozobra de alianza ofensiva entre el enemigo aquél y los poderosos rivales Chile y el Brasil, así estimulados á la conquista de la Patagonia y del Plata con la Colonia del Sacramento y con Martín García; sin contar lo que habríala empequeñecido la separación. Ya veremos que estas consideraciones no son meras conjeturas.

La mala política dimanó de que, en vez de entenderse, quisieron subyugarse; porque al carecer de elecciones conscientes, la cuestión quedaba subordinada á la fuerza. Fué necesario el escarmiento de la tiranía para que lo comprendiesen, y el progreso de las comunicaciones para que lo realizasen, federalizando á Buenos Aires contra su propia voluntad. Porque el caudillaje porteño

aspiró también al aislamiento como su congénere provinciano, cuando dicho fenómeno lo engendró á su vez, relegando indefinidamente la constitución del país, pero robusteciendo con aquella federación provisional, de hecho, no de derecho, el vínculo irrevocable de la nacionalidad y del principio republicano. La tiranía fué, así, un triunfo de la política provinciana, cuya base consistía en el aislamiento de las entidades locales, la dificultad de comunicaciones que lo garantía contra todo propósito centralizador, y la inamovilidad social y política, ó sea la conservación del estado colonial en todo cuanto á la libertad y al progreso concernía.

La independencia de toda dominación extranjera, de todo gobierno que no fuese netamente criollo, era indispensable á la conservación de esos predominios fundados en el prestigio local; y así, los provincianos fueron también más nacionalistas. Con esto se ganaban la simpatía de los militares, sobre todo si provenían de la independencia; y en efecto, las mejores espadas estuvieron con ellos.

En cambio, Buenos Aires representaba el liberalismo, y debió tener, como tuvo, la clientela de las mejores inteligencias. Era, á la larga, la seguridad del triunfo, pues sabido es que las ideas acaban siempre por predominar. Este liberalismo llegaría hasta concebir la constitución de una monarquía con príncipe extranjero, si ella había de asegurar los derechos fundamentales del hombre y la seguridad del progreso, autorizando con esto á sus rivales la imputación, sobre todas terrible, de traición á la patria.

Si fuera un principio político aceptable el posibilismo, en cuya virtud tanto se ha achacado á Rivadavia su desacierto presidencial, los monárquicos habrían tenido, entonces, mejores razones que los republicanos: la tradición, la incultura del pueblo, el reciente fracaso de la democracia jacobina y el consiguiente auge de la reacción monárquica en los países latinos. Lo que aseguró aquí la república, fué el egoísmo provinciano, organizado en partido federal, como lo que salvó las libertades esenciales á la vida civilizada, fué el egoísmo porteño organizado en partido unitario.

Pues llega el momento de atenerse á estas denominaciones que no comportan principios, sino el doble empirismo al cual debemos nuestra constitución, por consecuencia de la desigualdad antropológica. Lejos de reconocerla, las leyes mentían igualdad ficticia, desdeñando el hecho casual de toda la evolución que se operaba.

La geografía contribuyó luego á robustecer ese empirismo extraño al disfraz formalista de los sistemas políticos. Muy luego la intermediación del Plata facilitó el separatismo de la provincia Oriental; hecho inevitable que Artigas no causó, porque nunca un hombre solo llega á fundar una nación, sino que se limitó á encarnarlo como caudillo. De este modo, si para su pueblo representa la idea de nacionalidad, con la exageración personal que constituye esos "cultos" patrióticos, no merece las solemnes condenas de nuestros historiadores.

Nuestra historia, rígidamente partidaria ó científica por exceso de inmediación á los acontecimientos y de exaltación patriótica, poco ha atendido al conjunto geográfico, que, sin embargo, determina dos terceras partes del fenómeno histórico, al representar el medio, ó sea el continente anterior y constante de la evolución, engendrando con el clima, los productos y las comunicaciones naturales, la índole peculiar de las costumbres y de la riqueza circulante ó raíz; y estableciendo con la situación y condiciones topográficas, la unidad nacional, tanto más subordinada á ellas, cuanto el habitante sea menos civilizado, es decir, menos capaz de sobreponerse al medio.

Así, el separatismo de la provincia oriental, era una fatalidad histórica determinada por la situación geográfica al otro lado de un río inmenso; porque si las aguas fluviales constituyen regularmente un vínculo entre las riberas, desunen también, cuando la dificultad de comunicaciones imposibilita la constancia y la efectividad de ese mismo vínculo. De ello puede prescindirse si las márgenes están á la vista, ó una se halla ocupada por poblaciones importantes y la otra no; pero en nuestro caso, faltaban precisamente todas esas condiciones.

Montevideo había nacido rival de Buenos Aires, siendo por entonces mucho menor la diferencia actual de magnitud entre ambas, y existiendo á favor de la primera la circunstancia de que los buques europeos tocan primero allá: durante el dominio colonial, fué para España el puerto ultramarino y militar de mayor categoría en el Plata; las costas de este río no pueden verse mutuamente, además, y el gobierno argentino carecía de la fuerza y de la movilidad naval requeridas para hacer efectiva con la necesaria rapidez su preponderancia sobre la banda oriental. Hasta los primeros buques de vapor, echaban tres días regularmente para trasladarse de Buenos Aires á Montevideo.

Esto es tan evidente, tan superior á la voluntad de los hombres, que ni la federación propuesta por Artigas habría evitado la separación absoluta. La provincia oriental constituía una verdadera nación desde que se emancipó, puesto que había nacido dotada con el elemento esencial, en su capital marítima, y naturalmente separada de la nuestra por el río. Su peligro estaba realmente hacia el lado del Brasil, y de aquí que sólo para evitarlo, se acordase de ser argentina. En cambio, el gobierno de esta banda, no tenía por qué asignar á ese asunto una importancia tan capital, desde que en el peor de los casos, ó sea la ocupación de la provincia por los portugueses, quedábale el río intermedio como garantía de seguridad; y lo cierto es que así como aquélla sólo pensaba realmente en separarse, dicho gobierno hubo de sacrificarla por su parte á las ambiciones portuguesas, á fin de asegurarse un límite profundo y natural con el Brasil, en el río, precisamente. De tal modo, éste venía á constituir para las dos bandas una causa recíproca de separación, que con Artigas ó cualquier otro como agente, habría producido idénticos resultados.

Tuvo, pues, el federalismo aquél una base de operaciones muy poderosa al ser natural, y lo cierto es, para mejor prueba, que no constituyó el único fenómeno. La *República Entrerriana* de Ramírez, sucesora en el género, designa también un estado de separación fluvial:

*entre ríos* por definición. Comprendía, como se recordará, las actuales subdivisiones de Entre Ríos, Corrientes y Misiones, ó sea nuestra Mesopotamia: una ínsula en tierra firme; y así como Artigas fracasó en la suya por haberse salido de aquellos límites naturales, Ramírez sufrió por parecida razón, igual contraste. El Paraguay separatista y nacionalista del doctor Francia, presenta el mismo fenómeno; y sus tentativas para apoderarse de Corrientes, análogas á las de Portugal y el Brasil sobre la, para éstos, *Provincia Cisplatina*, obedecieron á igual causa. La política paraguaya buscaba el dominio completo del Paraná cuyas márgenes están á la vista, siendo también, por entonces, más poblada la de aquel lado; pretendía convertirlo en río nacional, dilatando su dominio hasta el Uruguay paralelo, y por el Sur, probablemente, hasta el Guayquiraró y el Mocoretá. Por lo demás, es de tal modo imperiosa esa definición geográfica, que la misma Entre Ríos de Urquiza se entendía asaz bien con el Paraguay, de cuyo sistema fluvial forma parte como Corrientes; al paso que esta última provincia, era, respecto al Paraguay, una presa, y respecto á la influencia entrerriana una zona de prolongación, ó sea dos condiciones amenazadoras para su autonomía que debió salvar adhiriéndose al liberalismo porteño, adversario de una y otra, y determinando con esto su política tradicional. Es significativo, en fin, que el límite ya famoso entre Buenos Aires y las provincias, constituyéralo durante la guerra civil, el Arroyo del Medio.

Las posteriores alianzas y tentativas internacionales de los unitarios contra Rosas, invocarían por causa principal la libertad de navegación de los ríos interiores; pues entraba en los dominios de cada feudo de caudillo, la posesión exclusiva de las aguas fluviales, que con las respectivas aduanas constituían el principal recurso. Este era, por otra parte, un motivo más de atraso, ó sea de permanencia en el estado colonial, puesto que cada aduana indica frontera; y frontera en los países atrasados, significa, regularmente, enemistad.

En el primer congreso constituyente, el de 1816, pues

nadie ignora que el del año 13 se disolvió sin constituir, á pesar de ser éste su objeto, quedó patente el separatismo litoral. Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Misiones y Banda Oriental, ó sea el dominio y la zona de influencia fluvial de Artigas, no enviaron diputados; dejando, así, de concurrir á la declaración de la independencia que, sin embargo, habían exigido desde el comienzo de la Revolución.

Por lo demás, este detalle es un indicio revelador de otros acontecimientos sucesivos: representa la primera unión de Buenos Aires con las provincias mediterráneas, fenómeno que volvería á repetirse en 1826; pues la influencia porteña les reportaba la seguridad de la autonomía sin amenaza territorial, al no ser limítrofe con ellas el poderoso estado. La política correntina, antes mencionada, es típica á este respecto.

Donde no existía el agua separatriz, estaba la distancia como en Cuyo, ó la montaña como en Tarija, ó la salina desierta como en Santiago; pues á la República de Entre Ríos, correspondió la *República Tucumana* en el norte y el separatismo de la región del Alto Perú, entre cuyas ocho provincias, sólo tres mandaron representantes al citado congreso de 1816 (1). La supresión de aquellos focos de atraso colonial, iba á depender del progreso de comunicaciones que constituye toda la civilización. Esto era lo que á Buenos Aires interesaba fomentar, como ya he dicho, junto con los derechos inherentes á la condición de hombre civilizado, y de aquí su cualidad tan involuntaria como el defecto recíproco. Puro asunto de condiciones geográficas.

Pero no se infiera de ello que me parezca aceptable la ya clásica división de Sarmiento; desde que su mismo Facundo, por la graduación militar y el linaje, no era un bárbaro.

Aludiendo evidentemente á esto en sus *Bases*, Alberdi

(1) Las ocho provincias del Alto Perú eran La Paz, Cochabamba, Mizque, Charcas, Potosí, Santa Cruz, Tupiza y Tarija. Más que á la ocupación de aquella comarca por las tropas españolas, su falta de representación obedeció á una causa regional: era la montaña separatriz que hacía su efecto.

ha dicho con mayor acierto: "La única subdivisión que admite el hombre americano español, (1) es *en hombre del litoral y hombre de tierra adentro* ó mediterráneo. Esta división es real y profunda". Pero entonces, la clasificación mencionada depende de una situación inconstante, en cuanto el hombre del litoral puede volverse mediterráneo y recíprocamente, pasando, entonces, á ser unitario ó federal; lo que prueba que no existen entre uno y otro diferencias sensibles.

Era, en efecto, lo que ocurría. Belgrano, al partir en su misión diplomática á Europa, era republicano entusiasta. Volvió de Europa completamente monárquico. Había cambiado hasta su modo de vestir, lo cual es típico entre nosotros. Los generales Rodríguez y Balcarce empezaron siendo federales y luego volviéronse unitarios. Los doctores Elizalde y Vélez Sársfield fueron unitarios antes de Rosas, después federales con éste; luego, unitarios otra vez. Lamadrid, con su habitual inconsciencia, presenta el caso más típico. Unitario, se entiende con Rosas que le reconoce sus grados y le confía una misión político-militar, para la cual el entusiasta guerrero ha compuesto hasta vidalitas federales:

*Perros unitarios,*
*Vidalita*
*Nada han respetado...*

A pocas leguas de Buenos Aires, ya es unitario otra vez, y vuelve contra Rosas la fuerza que éste le confiara.

El único argentino que se interesa por Rivadavia, cuando va á abandonar el país, desterrado y pobre, es Facundo Quiroga, que ofrece su fianza para salvarle del ostracismo, y arriesga por despedirle, un chapuzón en el río.

Consultadas las provincias en 1826, sobre el régimen de gobierno que debía sancionar el congreso constituyente, seis votaron por la federación, cuatro por la

(1) Porque un poco más arriba sólo ha admitido al salvaje y al europeo: «nosotros», dice, ó sea los blancos. Olvida al mestizo ó gaucho, mucho más importante que el indio como elemento político.

unidad y seis por lo que el congreso resolviera: lo cual daba mayoría á los federales. El congreso adoptó una constitución unitaria, con las consecuencias que era fácil prever: la disolución nacional, cuya primera crisis, en 1820, obedeció á causas análogas. (1)

La primera confederación que existe en el país, es obra de un jefe unitario, el general Paz, quien la organiza en 1830 con nueve provincias, ó sea todo el interior, bajo la hegemonía de Córdoba y el aspecto de un gobierno militar interino, que no excluyó, sin embargo, hasta el desempeño de relaciones exteriores. (2)

El federalismo litoral había alzado por bandera nacionalista la declaración de independencia, imputando á los unitarios, lo que era cierto, el propósito de convertir el país en un anexo monárquico de varias potencias europeas. En el congreso que declaró la independencia, no estuvo representado aquel partido por su propia voluntad.

Lo más parecido que existe á un federal, es un unitario...

Miembros de una clase formada por escaso número de familias, casi todos emparentados entre sí al cabo de dos siglos de permanencia, no había tales bárbaros ni tales civilizados. Sus diferencias son meras situaciones accidentales, que, al variar, los cambian también de partido. Los dos tipos que Sarmiento pretende establecer en su Facundo, no han existido nunca. El argentino decente, sea mediterráneo ó litoral, no se diferencia sino en el acento. Es que, sobre todo en los primeros tiempos, se trata de un hidalgo español, tipo característico y uniforme si los hay. Ahí están su filiación y

(1) De las veinticinco provincias que formaban entonces la nación, sólo catorce estuvieron representadas en el congreso que declaró la independencia é instituyó el régimen unitario. Compréndese que bastaba el bloque interfluvial de Artigas, ó sea la región federalista, para determinar el fracaso de aquél.

(2) La tentativa abortada de Bustos para reunir en Córdoba, nueve años antes (1821) un congreso con propósitos análogos, es significativa como antecedente. El caudillo unitario y el federal, resultan queriendo y haciendo lo mismo, no bien se hallan en análoga situación.

su carácter. El general Mitre ha dicho propiamente que Carvajal, el "nervio militar de la rebelión de Pizarro" en el Perú, fué el "tipo de los crueles caudillos sudamericanos que vendrían después".

Descreído de la ley, porque su individualismo de señor feudal se ha reconcentrado en soledad feroz con la conquista; creyente de una religión que subordinaba todos sus actos al caso egoísta de la salvación personal; despiadado por esto mismo; materialista por el hábito adquirido de las fórmulas religiosas y de la sumisión al sacerdote, que son las condiciones de éxito en aquel supremo negocio de la gloria eterna; explotador del latifundio (1) que constituye la "merced" hereditaria del conquistador, y la riqueza estática asegurada por la tierra extensa, ó sea un valor de especulación, no por el cultivo intenso que representa el esfuerzo avalorado; generoso por ostentación; inclinado al heroísmo, que es lucimiento de coraje, y desapegado del deber que no brilla; manso por indolencia en la vida normal y cruel por fanatismo cuando se exalta; irregular en su conducta, porque es caprichoso, y de consiguiente poco sumiso á las sanciones sociales que son las leyes sin cláusulas de la decencia; impresionable y por lo mismo inconstante; iluso y por lo tanto predispuesto al pesimismo; vanidoso, es decir, intolerante para la razón y la verdad ajenas cuyo acatamiento apreciará como derrota: en suma, el pequeño tirano formado por la conjunción de todas las tiranías que constituyeron la sociedad peninsular, y por todas las virtudes que ellas excitaron para asegurarse: el coraje, elevado á cualidad insuperable; la generosidad, exagerada en menosprecio del dinero; la lealtad ciega á la persona, no á los principios.

Bajo este concepto, fueron todos monárquicos, dando á la palabra nuestra acepción de "personalismo" (2). Y así como para hundir al mandatario odiado, todo recurso les parecería bueno, no habría atribución despó-

(1) Del latín *latifundium*: heredad extensa.

(2) Este vocablo no figura en el diccionario académico.

tica que reputaran excesiva para el predilecto. Es que el gobierno legal constituye un estado de equilibrio, alcanzado solamente después de largas oscilaciones; siendo éstas á su vez tanto más bruscas, cuanto el impulso instintivo se halla menos refrenado por los intereses complejos y la cultura de la civilización.

El mismo concepto de nacionalidad vacilaba en ambos. Los unitarios achacaban al federalismo la separación de la provincia oriental y la constitución de la república entrerriana.

Para combatir á Rosas, ellos intentarían lo propio: anexar á Chile las provincias de San Juan y Mendoza, con el fin de obtener la alianza de aquel país; y constituir en república las de Corrientes y Entre Ríos, bajo el protectorado de Francia y de Inglaterra, minando así por la base la federación litoral.

Parecería que el republicanismo formal de los federales, comportaba un anhelo de democracia. No era sino el estímulo á las venganzas y depredaciones del gaucho, ó sea una situación de licencia en perjuicio de la provincia enemiga, que hizo de la montonera una industria como el malón para los indios; ó cuando eso faltaba, el despojo del enemigo político; pero todo ello bajo la subordinación más estrecha y cruel de esos mismos gauchos á su cacique. Así, las provincias más pobres cuyo prototipo era La Rioja, fueron las más temibles por sus montoneras y las que engendraron los más porfiados caudillos. La guerra contra las otras, ó los atentados contra la oposición, constituyeron su única industria y su único escarceo de libertad. Los caudillos federales llamábanse significativamente protectores de "los pobres". La guerra interprovincial fué así, en el fondo, un caso de correría política que llegó hasta el tratado con indemnizaciones y "socorros" por tantos ó cuantos millares de vacas, repartidas luego entre los montoneros.

El unitarismo dió á su vez en monárquico. Hasta la presidencia de Rivadavia, y después que ésta fracasó, durante mucho tiempo todavía, su designio fundamental fué constituir al país en un principado. Era la legi-

timación de lo que sus antagonistas efectuaban en la práctica: el privilegio del blanco sobre el mestizo; porque si querían la libertad para todos, en el decir, obraban como si no fuera más que para ellos. En las circunstancias de su presente, ellos tenían la razón doctrinaria; como los otros tenían la razón práctica. Por eso el federalismo fué más apto en el gobierno. Poseía el sentido político que busca el éxito inmediato por adaptación á la actualidad.

Las evoluciones políticas de las fuerzas militares y de los congresos inseguros, revelan una ausencia constante de control popular sobre los intereses egoístas de la clase privilegiada, que tenía al fraude electoral consiguiente como instrumento. Por eso nuestras elecciones efectuáronse siempre bajo este principio: el adversario no tiene derecho de votar, á título de enemigo del país. Las ideas monárquicas y teológicas, informaban el mismo concepto de la herejía política.

Aquel personalismo despótico, no podía producir sino resultados extremos: el gobernante superior y genial, ó el tirano; pero siempre el gobierno de carácter monárquico. En esto también recayeron todos. Si resultaban grotescos el principillo de Luca y el Inca de los unitarios, no lo fué menos el proyecto federal de constituir á la familia de Rosas en dinastía, declarando hereditario el gobierno para su hija Manuela: ocurrencias que contaron por corifeos á conspicuos representantes de los dos partidos. Si de los primeros salió en don Francisco Ramos Mexía, el fundador de una nueva religión para los indios á quienes evangelizaba con extraño ritual místico, los segundos tuvieron como apóstol de la canalla al famoso padre Castañeda, aquel energúmeno delirante que aparejaba la grafomanía del manicomio á una negra entraña de *Fra Diavolo* del pasquín. La ignorancia y la desesperación del peligro, creaban estas excentricidades enfermizas.

Rivadavia encarnó el tipo del gobernante superior. La verdad es que, hasta él, los unitarios no habían realizado nada de provecho. El fué el verdadero autor del programa liberal, y representó su concepto de gobierno.

el ideal predestinado á la derrota inmediata, pero también al éxito futuro. Las constituciones propuestas desde el año 13, fueron meras expresiones políticas; y en tal carácter resultaron mejores, al ser más democráticas, las federales, como el proyecto de Agrelo en la asamblea del año citado, y el Estatuto Provisorio. Pero fué Rivadavia el primero que *hizo* democracia en el gobierno, aunque era monárquico á su vez. Con ello demostró que no asignaba á las instituciones políticas sino una importancia circunstancial, concibiendo la democracia como algo superior á ellas: á la inglesa. Cosa verdaderamente genial para una época en que no se concebía la democracia separada de la república (1822 á 1827). Reducida su labor á fórmula, ésta resulta sencilla. Todo consistió en *hacer* accesibles la educación y la riqueza, por medio del progreso, á los ciudadanos: *hacer*, no proyectar. Es que, lo repito, la evolución progresista tenía que ser y fué, aquí, obra de hombres geniales. Lo que Sarmiento llamaba "la imitación del genio". Esto dimanó principalmente de que no había pueblo, y la oligarquía "decente" si no llegaba á entenderse como en Chile para la explotación pacífica, tenía que ir dando en el personalismo bueno y malo como única solución. Ya se ha visto que las peculiaridades geográficas excluían el primer término del dilema. Chile, país sin profundidad territorial ni divisiones naturales como las nuestras, era exactamente lo contrario.

Así, pues, el concepto comprensivo de la historia argentina es fácil y sencillo. Toda la trascendencia y complicación que se ha atribuído á sus diversos factores, proviene de una imitación del estudio histórico requerido por las naciones del viejo mundo, cuya formación milenaria es, naturalmente, de una diversidad tan vasta como significativa.

Así fué preparándose la tiranía, que al pronunciarse en el gobierno de Rosas encontró dispuesto el terreno por sus mismos adversarios. El otorgamiento de facultades extraordinarias por las legislaturas á los poderes ejecutivos, era medida corriente en Buenos Aires y las provincias desde el comienzo de la Revolución. La opre-

sión de la prensa opositora y consiguientes desaguisados de la oficial; la *clasificación* de los enemigos políticos en verdaderas listas de proscripción, ó por lo menos de sospecha ofensiva; la perversión de los comicios fueron prácticas corrientes de los gobiernos unitarios, con excepción de la presidencia de Rivadavia. Pero éste mismo, en 1823, como gobernador delegado de Buenos Aires, había ofrecido dos mil pesos por decreto á quien aprehendiese al doctor Tagle, ex ministro de Pueyrredón y jefe de la revolución clerical federalista estallada el 19 de Marzo de aquel año, más doscientos al que hiciese lo mismo con otros nueve cabecillas; sometiendo á la justicia ordinaria reos de delitos políticos que fueron condenados á muerte (1). Igual cosa habíase ejecutado con Dorrego, y el partido federal contaba entre sus muertos ilustres á los generales Latorre y Quiroga, víctimas del asesinato político.

La tiranía representaba, además, para los suyos, ciertas tendencias inherentes á la democracia, como el fuerte amor á la nacionalidad territorial, ó sea el concepto materialista de la patria, que no excluye, y hasta estimula al despotismo; la animadversión al impuesto y la violencia de la conquista, que no pudiendo satisfacerse sobre el enemigo exterior, lo hace sobre el adversario político, ampliando con su haber el consabido latifundio. Por lo demás, es evidente que Rosas sentía algo de la protección á "los pobres" que exageraba como expresión de gauchismo (el decente es para el gaucho, "el rico") si bien esa pasión generosa revestía carácter de animosidad hacia su propia clase: fenómeno peculiar á todo oligarca que se vuelve jefe demócrata. De aquí que fomentara con tan terrible pasión el odio contra el decente.

Revistió también la tiranía otro carácter típico, al ser plebiscitaria, si bien esa ratificación de sus facultades provino de una de aquellas elecciones de falsificación ó de recua; como que sobre 9320 ciudadanos, sólo *ocho* votaron en contra. La legislatura hízolo á su vez por

(1) Todavía en 1856 hubo uno de estos horribles episodios.

treinta y seis votos contra cuatro. Y no faltó á aquel fenómeno ninguno de sus caracteres nativos, al ser el único espontáneo, como resultado de lo que podríamos llamar nuestra evolución centrípeta: el sistema colonial afianzado en gobierno nacionalista. De aquí su popularidad irrefragable y única, que permitió á Rosas dormir veinte años con las puertas abiertas, suprimida toda vigilancia, y con un pueblo tan levantisco, armado; pues todo guardia nacional tenía su rifle en casa. Pero esa popularidad del despotismo y del atraso es una justificación de la minoría liberal, ó unitaria, para darle su nombre más histórico que propio. El hombre de civilización, de progreso, de ideal, es forzosamente impopular en el pueblo inculto.

La reacción contra el liberalismo de Rivadavia, es una mancha indeleble para el partido federal; y como prueba de que no había tal conflicto orgánico de civilización y barbarie, los dos gobiernos que la iniciaron, corresponden á dos militares cultos y de principalísimas familias. Fué el primero Dorrego, quien en un mensaje á la legislatura de 1827, inició la reacción clerical, enteramente incompatible con su federalismo norteamericano. Viamonte á su vez, suprimió el departamento de ingenieros hidráulicos, (1) redujo los correos, sin los cuales no hay comercio internacional posible, y mandó regresar de Europa á los pensionistas que se educaban allá. Rosas debía extremar estos imperdonables procederes. Para devolver á los frailes los conventos que Rivadavia secularizó y convirtió en escuelas, hubo de amontonarse en los desvanes de los mismos y en los más apartados recovecos de la Fortaleza, los laboratorios costeados de Europa con enorme sacrificio. El tirano llamó á los jesuítas, para entregarles la enseñanza, que al año de su llegada asegurábales ya trescientos niños en la capital: población escolar enorme

(1) Esta sola institución prueba la eficacia gubernativa—no se confunda con política—y el patriotismo práctico de Rivadavia. En un país tan seco, aquellos trabajos habrían adelantado en treinta años la [illegible]zación del agua, que es nuestro principal problema agrario.

en aquellos tiempos. En 1842 las escuelas fiscales pasaron á depender de la policía. Los estudios universitarios quedaron suprimidos de hecho. El clericalismo federal superó todos los límites de lo grotesco y de lo repugnante. Rosas y sus federales, sin ser bárbaros, que de haberlo sido, se explicaría por lo menos semejante coducta, hicieron la barbarie por sistema; de aquí que ese crimen contra el espíritu, sea para ellos irremisible.

Sus adversarios, tan inescrupulosos como él, en otro sentido, cometieron el doble error que iba á afianzar la tiranía de una manera irrevocable.

Los asesinatos de Quiroga y de Latorre, robustecieron ante los gobernadores el dilema de vida ó muerte que los había unido ya en poderosa liga cuando el fusilamiento de Dorrego. Tal era el abismo de intolerancia feroz cavado entre unos y otros por veinte años de guerra civil, en la cual nadie había quedado sin su lote de agravios y de venganzas, que la opinión pública reclamaba como prenda de seguridad, al exterminio de un bando por el otro. El mismo general San Martín, opinaba así desde su retiro.

Aquellos asesinatos coincidieron con una debilidad sospechosa de Heredia en Tucumán y de López en Santa Fe, denunciados, por otra parte, de inteligencia con los unitarios de Montevideo que preparaban la invasión de Lavalle en combinación con Francia y con Inglaterra.

Ante la amenaza de una intervención extranjera complicada con un partido nacional, la situación se volvió imponente. Las ideas de exterminio político viéronse como autorizadas por la traición. Para los unitarios, que habían propugnado por la institución de una monarquía extranjera, el caso era menos grave; y después de todo, presentaba la tendencia peculiar á las emigraciones políticas. Los otros, en cambio, exaltaron en la masa el odio al extranjero, que tan hondo le venía de la sangre española y de la indígena, anti-europea por instinto; y la amenaza gravísima, exagerando por todos lados sospechas de traición, convirtióse en ferocidad exterminadora. De aquí los degüellos populares y el

odio contra el unitario "vendido al oro inmundo de los franceses".

Las tentativas unitarias llevaron aparejados planes imperdonables: la segregación de Entre Ríos y de Corrientes, para constituirlas en república "protegida" por el extranjero; y el reconocimiento de la soberanía chilena sobre Mendoza y San Juan. No era extraño que los federales perdieran la cabeza en equivalentes desvaríos sanguinarios.

Para comprender el alcance de aquella torpeza, basta apreciar sus consecuencias evidentes. La anexión de Mendoza y San Juan á Chile, fuera de la pérdida territorial que comportaba, equivalía á meternos en casa un rival, naturalmente separado por la Cordillera de los Andes. La segregación de Entre Ríos y Corrientes, aseguraba los designios del Paraguay, antes enunciados, y después evitados á costa de una larga guerra, al paso que nos creaba para siempre otro enemigo poderoso (1).

Mas la intervención extranjera aparejaba también una aspiración civilizadora: la libertad de navegar los ríos interiores que, substraídos al beneficio común, eran bienes parciales y con frecuencia antagónicos de los caudillos. Rosas hacía esto con el Plata, llave del sistema, y por consiguiente de la federación que constituía su dominio político; pagando como indemnización un subsidio á las provincias litorales, con la excepción significativa de Corrientes, cuya peculiar tendencia autonómica tiene otra confirmación en este hecho, y que así vino á constituir una base natural de operaciones para la acción conjunta del alzamiento unitario y de la intervención anglo-francesa.

El tirano comprendía, con su habitual sagacidad, los

(1) Para mayor extravío, la prensa unitaria de Montevideo sostuvo los derechos de Bolivia al Pilcomayo, con lo cual habríamos quedado completamente en seco, ó sea tributarios por todas partes de un sistema fluvial cuyo dominio nos pertenece en justicia. Los emigrados unitarios en Bolivia, fomentaban las pretensiones del general Santa Cruz sobre gran parte de lo que hoy es la provincia de Jujuy, y motivaron la guerra de nuestro país con aquél en 1838.

propósitos paraguayos, y los contenía con su negativa constante á reconocer la independencia de aquel país, que para él fué siempre la "Provincia del Paraguay"; lo cual significaba, diplomáticamente considerado, un perpetuo derecho de intervención por nuestra parte.

Lo que no podía percibir su política quietista, era el resultado final de la libertad de navegación, ó sea la subordinación natural de aquel país mediterráneo, á la boca oceánica del sistema fluvial que lo comprende; lo cual reemplazaría el estado de violencia por la acción espontánea de un progreso más conveniente para todos. La inhabilidad de los unitarios, comprometió la buena causa, consiguiendo asegurar tan sólo la popularidad de la tiranía.

El origen de la intervención francesa, era también ocasionado á enconar el patriotismo. Tratábase de una ley del año 21, que imponía el servicio militar á todos los residentes extranjeros, lo cual parecía muy justo entonces, como lo prueba el hecho de pertenecer aquélla al ilustrado gobierno unitario del general Rodríguez. Francia reclamó quince años después, pretendiendo para sus nacionales la exención de que por tratado especial disfrutaban los ingleses. De aquí las complicaciones y la guerra. El lapso transcurrido sin reclamación, así como el origen unitario de la ley, daban al incidente un carácter de provocación sospechosa, que exasperó más todavía.

Ahora bien, si es verdad que sólo merece respeto lo respetable, el país apenas lo merecía entonces. De esto, mucho más que de la tentativa unitaria, provino la intervención. El concepto de patria, formula un estado de civilización que positivamente no habíamos alcanzado: como sucede actualmente con ciertas naciones americanas, donde esa situación produce análogos efectos.

El mismo Rosas, no obstante la exaltación de sus documentos y de su prensa, hacía política con la inter

vención. Los denuestos particularizábanse con Francia, aunque Inglaterra cometía el mismo atentado. Comprendía que este último país, ligado al nuestro por importantes intereses rurales (1) así como por los económicos que el empréstito de 1825 había iniciado, no tardaría en abandonar la lucha, como en efecto sucedió; al paso que Francia, comprometida con los unitarios solamente, no presentaba coyuntura para entenderse con el gobierno establecido. Su misma indignación patriótica, era calculadora como se ve.

Por lo demás, la alianza con extranjeros para resolver cuestiones de política interna, así como la intervención de aquellos en ésta, fueron hechos corrientes. Brasileños y uruguayos pelearon en Caseros contra Rosas, bajo sus respectivos pabellones. Cuando la revolución de Lagos, el gobierno de Buenos Aires negoció el desembarco de fuerzas de cuatro naciones extranjeras, hasta con artillería, para que ayudasen á las suyas. La creación de legiones extranjeras, voluntarias ó por enganche, duró hasta 1880. La compra de la escuadra de la Confederación por cinco mil onzas de oro que el gobierno de Buenos Aires entregó al almirante Coe, extranjero, pero enlazado á familia argentina, es otro hecho significativo. Lo evidente es que los federales hicieron lo propio, siempre que les convino. Oribe, presidente de la República del Uruguay, mandó las tropas de Rosas, como es sabido, y ejecutó centenares de argentinos, por unitarios. Los federales derrotados en Caseros, conspiraban hasta 1860 en Montevideo, exactamente como los unitarios de 1840. (2)

La montonera de Varela, último repelón del caudi-

(1) El inglés Newton introdujo en 1845 el alambre para cercos.

(2) Todavía bajo el gobierno del general Mitre, debió rechazarse un conato de intervención de los ministros de Inglaterra, Francia, Italia y Portugal, que pretendían imponer al presidente una declaración de neutralidad en las cuestiones uruguayas.

llaje federal, operó con milicias y hasta con fuerzas regulares de Chile. Por último, el pacto litoral 1831, base política y territorial de la tiranía, fué casi una copia del que se concertó en 1822 bajo la influencia unitaria del gobierno de Rodríguez en Buenos Aires. Si aquel contó entre sus objetos principales el desbaratamiento del congreso unitario reunido en Córdoba por Paz, este otro había hecho lo propio con el congreso federal convocado en la misma ciudad por Bustos...

Esto no quiere decir que la alianza unitaria con los franceses, tenga justificación. Aquello fué, efectivamente, una amenaza nacional, y así lo sintió la opinión pública de los Estados Unidos, por cierto inaccesible á Rosas, cuando reclamó la intervención de aquel país á favor nuestro, hasta con manifestaciones públicas.

Mientras tanto, la tiranía así afianzada representaba, fuera de la sistemática incultura, otros dos elementos de atraso: el localismo exaltado por Rosas en Buenos Aires á un verdadero "imperialismo porteño", para emplear la acertada designación de Ramos Mexía, y la explotación del pueblo por medio de los latifundios concedidos en tierras unitarias á los "federales netos y de rango", así como de la mala moneda en su doble carácter metálico y fiduciario.

Pero aquello dimanaba, á su vez, del exceso de importancia dado á Buenos Aires por la administración Rodríguez-Rivadavia-García, que aprovechó el dominio natural de las relaciones exteriores y de la aduana, para hacer de la provincia una verdadera nación, convirtiendo así la legítima y benéfica primacía de la capital sobre todo el país, en un privilegio localista.

El desastre monetario provenía también de lejos, al tener por causa los arbitrios de los primeros gobiernos patrios para impedir la exportación de moneda, en coincidencia singular con el fomento de la minería que especialmente los preocupaba, y á cuyo servicio pusieron el habitual estímulo de suprimir derechos y patentes. El

espíritu liberal manifestado al respecto por la asamblea del año 13 sufrió el 15 su primer contraste, con un decreto prohibitivo de la exportación mencionada; pero aunque Pueyrredón restableció la buena doctrina, el principio de extorsión fiscal, heredado de la colonia, siguió imperando en el hecho; y la creación de la "Caja Nacional de Fondos de Sud América" decretada por aquel gobierno, comportó, en dos palabras, la maquinación legal de los empréstitos forzosos.

La disolución nacional del año 20, puso en manos de los caudillos el régimen monetario de sus provincias, ó sea la llave misma de toda explotación, dimanando de esto aquellas acuñaciones despreciables cuyo curso forzoso á sangre y fuego dió ruinosa y temible fama á la "plata federal".

Aquella crisis señala un hecho importante: la emisión de papel moneda de Buenos Aires, donde la escasez de medio circulante era tal, que el comercio al menudeo llegó á manejarse por medio de contraseñas de lata (1820). Dos años después, el gobierno provincial fundó el *Banco de Buenos Aires,* primera institución verdaderamente bancaria que tuvo el país, y origen del futuro banco nacional, que el último de los estadistas citados crearía. Esto constituyó uno de los principales temas del congreso, desde las vísperas de su instalación, y muy luego uno de sus principales trabajos; pero también, casi inmediatamente, se empezó á tocar la dificultad que convertiría aquella útil creación en el principal fracaso de la presidencia.

El localismo presentó la primera dificultad en la misma Buenos Aires, cuyo banco se negaba á nacionalizarse, no obstante la garantía ofrecida por un empréstito de quince millones que había votado el congreso (1). Ape-

(1) Hoy no percibimos la dificultad que había en fundar el Banco Nacional, dejando subsistente el de Buenos Aires. Entonces la unidad bancaria era un dogma económico. El sistema actual que conocemos, prependeró casi medio siglo después. Y luego, es difícil que hubiera país para dos bancos.

mas vencida esta dificultad, presentóse otra más ardua. La fundación del banco hubo de decretarse en el congreso como un propósito de política oficial, que lo tornaba sospechoso á la oposición. Tanto es así, que el directorio creado por la ley carecía de toda atribución autónoma, constituyendo un pasivo instrumento del gobierno nacional.

Semejante exceso de nacionalización, por no decir "oficialismo", chocó todavía con las obligaciones de la casa de moneda de La Rioja, uno de los monopolios de Facundo, que el congreso unitario quiso refundir en su banco, sin la compensación equitativa reclamada por el diputado de aquella provincia. Con esto, Facundo, que talvez habría acatado el gobierno nacional, á cuyo jefe profesaba admiración sincera, quedó de hecho sublevado. Los demás caudillos hicieron lo propio, pues obedecían á móviles semejantes, y la guerra con el Brasil contribuyó al fracaso económico del gobierno, obligado á forzar su crédito de una manera desastrosa.

Caída la presidencia y reasumida otra vez por las provincias la soberanía local, los federales de Buenos Aires emprendieron con éxito y sabiduría la restauración del crédito. Datan de aquellas administraciones muchos de los principios más honrosos y adelantados que constituyen nuestra doctrina en la materia. El pago estricto y espontáneo de la deuda externa, cualquiera que hubiese sido el lapso y la causa para no hacerlo, fué un principio de Rosas; la repudiación del privilegio feudal, en cuya virtud los gobiernos podían alegar la "lesión enormísima" para desentenderse de sus obligaciones, constituyó una doctrina de la legislatura federal de 1834; la teoría de que la opinión pública es el vehículo del crédito, puesto que es ella quien acerca el valor del medio circulante á la realidad, y de que, entonces, el retiro gradual de aquél induce á la opinión en el mencionado sentido, es una idea de Dorrego que no desdeñaría un buen hacendista actual.

El establecimiento del crédito público, creación unitaria á su vez, constituía entretanto la base económica sobre la cual no tardaron en apoyarse los abusos monetarios de la tiranía, mientras los caudillos restantes aseguraban por una vez más su despotismo de moneda á feble.

La desgraciada revolución de 1828, agravó aún la crisis que el país imputaba á los unitarios, y que Rosas, desde su primer gobierno, se encargó de achacarles oficialmente con terrible, si bien justa severidad. Al recibirse de su primer gobierno, el oro se cotizaba al seiscientos por ciento, y los impuestos eran intolerables. El presupuesto de la provincia alcanzaba á nueve millones; pero Rosas, en un año de gobierno, pudo cerrar el ejercicio con un superávit de tres. Mas, no obstante el pulso federal, que constituía la superioridad política de ese partido; su popularidad entre los propietarios y hacendados, creadores del gobierno de Rosas, y la escrupulosidad administrativa, (1) la guerra civil, convertida por la intolerancia en un recurso desesperado, las persecuciones, la incultura y el aislamiento, sometieron aquel gobierno á crisis perpetua. El mismo Rosas que había considerado crimen de lesa patria aumentar las emisiones del banco, haría de ellas su recurso habitual año por año, á pesar de lo cual viviría en el déficit progresivo: funesta lección, que iba á autorizar indefinidamente las malas finanzas con tal que sea honrado su gestor.

Lo que hace más imperdonable el desastre financiero de la tiranía, es que sus presupuestos no consagraban un céntimo á la higiene, la beneficencia ni la instrucción. Entretanto, el déficit cubierto con emisiones, ascendía á 25 millones sobre 60 de presupuesto en 1843. En 1846,

(1) En 1828, un proyecto del diputado Anchorena, que facilitaba al gobierno provincial 400.000 pesos papel (8.000 pesos oro) requirió para su sanción cuatro laboriosas sesiones, aunque dicho gobierno contaba con enorme mayoría y las circunstancias eran críticas hasta lo angustioso.

fué de casi 54 millones sobre 60. Sólo durante el bloqueo francés, la Casa de Moneda emitió 75 millones.

El gobierno, entretanto, no modificó un detalle de su sistema administrativo, ni suprimió un gasto, ni recurrió al impuesto que procuraba suplir por medio de confiscaciones, ni estimuló una sola industria. Su crédito, era un caso más de tiranía; su método sintetizábase en la fórmula gaucha de comprometerlo todo mientras "dé el cuero", y "que los de atrás arreen". Las emisiones del gobierno que las consideró crimen mientras fueron unitarias, alcanzaron á 110 millones en números redondos. La tiranía es el triunfo de la política á costa del progreso y del ideal.

## CAPITULO IV

### La doctrina y la lucha

En 1837, la consolidación de la tiranía y la impotencia del partido unitario, son hechos consumados. Entonces nace en un grupo de jóvenes, encabezados por un escritor, la idea de conciliar la política con el progreso y con el ideal, para que así terminara aquella sistemática interinidad llamada federación, cuyo éxito era la prórroga del quietismo colonial en la *República Gaucha*. Tratábase de poner en práctica, corregido y aumentado por la experiencia, el programa liberal de Rivadavia, malogrado á porfía por unitarios y federales; de constituir la democracia como hecho social, antes que como fórmula política, asegurando, así, el éxito trascendental de la independencia.

Débese la ocurrencia inicial, al jefe de ese movimiento que dió luego constitución al país, don Esteban Echeverría, joven argentino educado en Francia y contagiado allá de ese bello romanticismo que propagó por el mundo, como un estado de alma, la libertad y la poesía.

El simpático iniciador, no era, sin embargo, poeta, aunque hizo versos. El mismo lo ha dicho en sus rasgos autobiográficos. A los veintitrés años, ignoraba todavía la métrica, y en sus esfuerzos para dominarla, "se dormía con el libro en la mano". El manejo del verso, fué

para él un caso de "dominio sobre sí mismo", lo cual excluía el don nativo, que por definición estética y proverbial constituye esencialmente al poeta: "el poeta nace". Como Rivera Indarte su coetáneo, él se propuso hacerse poeta. No hizo sino versos, bien que muy superiores á los de aquél. Era un espíritu sensible, adolescente de cierta tristeza mórbida que reflejaba los padecimientos de su organismo enfermizo. Pero aquel débil, aquel prosaico rimador, aquel lánguido prosista que nunca llegó al concepto definido de sus propios ideales, trajo consigo el verbo de la democracia filosófica. Bastóle un poco de dolor sincero y de letras, para fecundizar un germen superior con la humedad de su lágrima romántica, escurrida en gota de aroma por la cisura de su espíritu herido. Pues ¡cosa extraña! aquí donde siempre se consideró á los escritores como parias de la política, nunca hubo grandes resultados políticos que no tuvieran alguno por iniciador.

Moreno, el prologuista genial, sino el genio de la Revolución, es un escritor. No le falta ni la deficiencia, que es un rasgo de superioridad gremial, para el intríngulis habilidoso de las camarillas. Pero su lógica de alcance futuro, sus artículos llenos de trascendencia, contienen la seguridad del acontecimiento en toda su proyección. No hay más que ver cómo cambia la *Gaceta* cuando pasa á las manos del deán Funes. Este no hace otra cosa que ponerse en la luz irradiada por el otro, y brilla sin rayo, transformada en lustre superficial la emanación profunda del foco ausente. Echeverría, el iniciador de nuestra democracia constitucional, es un literato: *genus* despicabile *vatum*. Alberdi, el autor de la fórmula imperativa, otro literato que también hacía versos y hasta los ponía en música. Mitre y Sarmiento, los dos grandes presidentes, literatos. Ante todo, literatos. (El lector tendrá la cortesía de creer que no defiendo mi causa).

Echeverría fundó la *Asociación de Mayo*, especie de logia político-literaria según dije más arriba, con el fin de socializar la democracia, políticamente fracasada. De aquí el credo de la institución ó "dogma *socialista*".

La campaña, puramente intelectual desde luego, le

cual realza su mérito y su pureza, en un medio donde acababa de triunfar con semejante absolutismo la fuerza bruta, tuvo por fundamento la crítica contra unitarios y federales. Era, efectivamente, el principio de la cuestión.

El error de Rivadavia y de los unitarios presentábase visible. "Consistió, ha dicho Alberdi, ó sea el más caracterizado compañero de Echeverría en la famosa asociación, no en las instituciones inadecuadas que dió á la provincia, sino en que empezó por atribuirle los poderes y rentas de la nación. Cuando más tarde quiso retirárselos para entregarlos á su dueño, que es el pueblo argentino, ya no pudo, etc." (1) Y Sarmiento: "Artigas ha tenido al fin razón sobre Rivadavia y sus correligionarios".

Porque Sarmiento perteneció á la asociación cuya rama correspondiente de San Juan había fundado su amigo el doctor Quiroga Rosas (2). El éxito de aquélla fué, efectivamente, grande entre la juventud ilustrada de toda la nación, lo cual prueba que llegaba en el momento propicio; y aunque esa juventud era comunmente unitaria por espíritu de oposición á la tiranía, apreciaba perfectamente las deficiencias de su partido ocasional.

Así, la crítica del unitarismo por Echeverría fué concluyente y notable como argumentación positiva, según es habitual en los cultores del verso cuando desarrollan temas semejantes; pues nada predispone tanto á la precisión como el manejo de ese instrumento que sujeta la idea y la palabra al triple rigor matemático del metro, el ritmo y la rima (3).

La crítica en cuestión empezó por el libre cambio que

(1) Recuérdese lo dicho sobre el Banco de Buenos Aires y su resistencia á transformarse en Banco Nacional: punto de partida del fracaso unitario.

(2) Detalle significativo de los tiempos: Quiroga Rosas, por odio al tirano, llegó á cambiarse el apellido escribiéndolo junto: *Quirogarrosas*. Lo interesante de esta puerilidad es que podía costar la cabeza.

(3) Ante los resultados de un siglo de instituciones, cabe preguntarse, por lo demás, si no habría salido más benéfico al país el gobierno de sus poetas que el de sus políticos...

los unitarios no habían sabido combinar con el proteccionismo, para conciliar los intereses de la capital y del interior. Achacóles el fomento exclusivo del comercio de Buenos Aires, ó sea el resultado natural de la predilección librecambista. Reprochóles la fundación del banco, con nombre, pero sin criterio nacional, porque nació subordinado á aquel comercio; y si talvez no pudo ser de otro modo, por tratarse de la única entidad económica apreciable, en cambio no tuvo disculpa el abandono en que dejaron los intereses rurales, siempre afectos á la federación. Eso tuvo por desgraciado complemento la desatención correlativa de la campaña, y la falta de policía que el hacendado considera como el rasgo más típico del mal gobierno. Con sólo suplir esa deficiencia, Rosas aseguró la mitad de su éxito.

Fué también motivo de la crítica el estímulo exagerado que el gobierno de Rivadavia acordó á las profesiones liberales y á las artes de adorno en la enseñanza de la mujer, concepto por demás generoso, puesto que procedía de un grupo de abogados y de literatos ciertamente predilectos en el foro y en el salón. Luego, en lo que concernía directamente á la política unitaria, imputó al anacronismo el fracaso de sus reformas; su impopularidad, al desconocimiento del país y de su estado, al extranjerismo sistemático, y al olvido de la tradición democrática revolucionaria. Por último, veía en su doctrina un círculo vicioso: la persecución del ideal por el ideal mismo.

Claro se ve que tomaba al federalismo triunfante todos sus argumentos válidos, lo cual era honrado y hábil á la vez; pero también sacaba la consecuencia justa: eso no autoriza el atraso y el quietismo, representados por el caudillaje. Hay que buscar otra organización de la democracia, no renunciar á su progreso. El caudillo indefinidamente reelecto, representa según la expresión de Alberdi, el poder personal ó dinástico: la contrarevolución. Los jóvenes sectarios del dogma formularon esta lección de progreso, aprendida á sangre y fuego en veinticinco años de guerra civil: que ni los unitarios ni los federales tenían razón, porque todos eran monárqui-

cos, y que el país necesitaba la democracia como un elemento de compatibilidad indispensable con la civilización moderna. Dados los tiempos y el estado del país, ese concepto refleja sobre sus autores un honor singularísimo.

Alberdi, el más capaz de todos, sabía ya en 1837 que la democracia, antes que forma de gobierno, es un estado humano característico del moderno ciclo histórico. Consideraba la soberanía popular como el poder colectivo de practicar el bien público, bajo regla inviolable de justicia. "El pueblo no es soberano sino de lo justo". Por esto, su soberanía consiste en impedir que se atente contra la libertad individual, de la cual *no es soberano.*

Estos principios, destinados á fundar el estudio del derecho, en el *Fragmento Preliminar,* demuestran la aventajada madurez de aquel espíritu; así como su fidelidad á ellos, casi medio siglo después, revela una solidísima convicción. El peligro representado por las comarcas pobres á las industriosas con las cuales limitan, ó sea la fórmula radical de la montonera y sus operaciones, es nn tema de los comentaristas del *Dogma,* en 1838, de Sarmiento en 1845, de Alberdi en 1873. Este último sostendrá en 1880, al tratar de *La Omnipotencia del Estado,* el mismo concepto de patria que el *Dogma;* en 1871, la misma fórmula de civilización política: la libertad interior es lo más importante. Un pueblo puede depender del extranjero y ser libre en su hogar.

Si me detengo en las ideas de Alberdi es porque fué el talento más poderoso de aquel grupo en Buenos Aires, y porque su larga vida permitióle pasar por mayor número y diversidad de situaciones, en una permanente confrontación con sus principios.

La *Asociación de Mayo* constituía una logia política, cuyo credo formado de "palabras simbólicas" conforme á las designaciones de la masonería, aparejaba una explicación de las mismas; formando todo ello el *Dogma* en cuestión.

Pero veamos lo que era el Dogma mismo.

Constaba su fórmula de cuarenta y dos versículos,

cinco "glorias" y seis "anatemas", ó sea otras tantas cláusulas enfáticas y vacías sobre la libertad, la democracia, el progreso...

Echeverría fué su autor ineficaz; pues lo cierto es que la mezcla de su retórica vocativa á frío, como que la poesía constituyó para él un trabajo de preceptismo, con aquella evangelización fuertemente afecta á la pedantería universitaria, trocó en reglamento fastidioso el ideal. Era el defecto de aquel escritor cuando evangelizaba. Así, nada hay más vacío que sus discursos sobre "la enseñanza popular en el Plata"; no contienen una idea precisa; y lo mismo sucede cuando intenta preceptuar el asunto en su *Manual de Enseñanza Moral.*

La explicación de las palabras simbólicas preconizaba, si bien bajo las mismas formas de grandilocuente vaguedad, el estado laico y la supresión de los privilegios del clero. La libertad de pensamiento. La libertad individual superior á la misma soberanía del pueblo, hasta el extremo de autorizar la resistencia del individuo contra ésta. La originalidad de la constitución, ó sea la adaptación de las instituciones al pueblo: principio fundamental de las *Bases* de Alberdi, quince años después, é indirecto reproche, entonces, á las fracasadas constituciones unitarias.

Por singular que parezca, el *socialismo* del Dogma era algo más que un mero derivado verbal; lo cual prueba que Echeverría hizo en Francia serios estudios políticos, y que la lógica de la democracia conduce necesariamente á la modificación del régimen social.

Así, el dogma declaraba que el dominio de la clase rica es contrario á la igualdad; si bien lo hacía, más por efectismo retórico que por doctrina. Adoptaba el famoso principio sansimoniano: "á cada uno según sus obras". Sostenía que "el género humano es una sola familia"; que "nadie es extranjero en la patria universal"; que la humanidad tiene por patria el universo; que para propagar la civilización "hay alianza virtual entre todos los pueblos cristianos".

Natural es que con estas creencias, y ante los delitos de lesa civilización cometidos por el gobierno de

Rosas, aquellos hombres aceptaran como un bien la alianza de los unitarios con Francia y con Inglaterra, para la extirpación de la tiranía. Así llegaron á entenderse con aquéllos, si no á hacerles entender las fórmulas mencionadas; pues lo cierto es que no los acogieron sino como elementos de guerra contra el tirano. Pero esa noble doctrina determinó con el transcurso del tiempo, el ideal político expreso en el preámbulo de la constitución y en las enmiendas de la convención de Buenos Aires, que instituyeron la libertad como fundamento de la nacionalidad argentina.

Este principio de civilización superior, que subordina el hecho territorial á la satisfacción del espíritu, provenía también de una experiencia terrible en la cual muchos pueblos han fracasado hasta sucumbir. La patria puede tornarse odiosa á sus propios hijos cuando reina en ella la iniquidad (1) porque el objeto y el fundamento de toda patria, es la seguridad de la justicia; ó engendrar por desesperación el sacrificio de todo cuanto en ella es material, á la libertad imprescindible para el espíritu. Nada remedia el inmenso territorio á quien vive en él oprimido; pero se puede ser libre en el más pequeño país. Y por esto era mejor ser de Atenas que de Persia...

Así se explica la alianza con el Brasil y con el Uruguay para derrocar á Rosas. Así el apoyo que con igual fin prestaron á Chile los publicistas unitarios para que reivindicara por suyo el Estrecho de Magallanes, y á Bolivia en sus pretensiones sobre el Pilcomayo. Así la alianza ya citada con Francia y con Inglaterra.

El autor del dogma había formulado precisamente este problema moral en su *Manual de Enseñanza:* La independencia no consiste solamente en la emancipación material del dominio extranjero, ó en el derecho de gobernarse por sí mismo, sino en la conquista de la civilización y de la riqueza, cuya fórmula es la democracia. La libertad política no es más que un medio para orga-

(1) Y de aquí el famoso epitafio de Escipión: *Ingrata patria, no guardarás mis huesos.*

nizar esta última. Alberdi había de recoger tales ideas en sus *Bases* al criticar el espíritu constitucional del Congreso de 1826, y señalar á la carta por dictarse en 1853, el concepto práctico que transforma los principios de palabras en hechos. Sarmiento conservaría intacto ese artículo del "credo socialista", hasta su muerte, y sería su campeón contra el mismo Alberdi en la Buenos Aires separada de la Confederación.

Imposible justificar, por lo demás, la apelación al extranjero para dirimir cuestiones internas; pero puede explicársela. Y sobre todo, la tiranía es injustificable á su vez. La razón de tiempo y de medio que se ha invocado para atenuarla, corresponde también á los yerros de sus opositores.

Precisamente, esto era lo que invocaban Echeverría y sus amigos para declararse distintos de unitarios y federales, considerando tan esencial esta condición, que una de las quince palabras del *Dogma* está dedicada á establecerlo. Los dogmáticos son puramente liberales: jueces políticos que darán á cada cual según sus obras. El objeto de la *Ojeada Retrospectiva* que Echeverría puso de introducción al *Dogma*, es ese mismo. "El gran pensamiento de la Revolución no se ha realizado: somos independientes, pero no libres." Ellos se proponían hacerlo, organizando la democracia en el hecho, puesto que como teoría constitucional, figuraba en la política desde el año 13.

No obstante, el dogma se extraviaba al proyectar la organización, desde que la basaba en el sufragio de los instruídos y de los propietarios solamente; pues lo que es soberano, decía, es la razón del pueblo, no su voluntad; enredándose, á propósito, en disquisiciones metafísicas. Tampoco querían constituir el país, "hasta tanto el pueblo no estuviese preparado"; sin advertir que, así, concordaban con Rosas en el sofisma esencial de todas las tiranías. De aquí la esterilidad del grupo, puesto que el tirano le llevaba de ventaja, en su propia doctrina, la realidad del gobierno.

En esto, eran políticamente más prácticos los unitarios con su idealismo difuso. El pueblo que podía enten-

derlos, había de pronunciarse en su favor; pues así como en sus desgracias personales levanta su espíritu y se consuela con plegarias á la divinidad invisible, en sus miserias colectivas pide principios y no pan. Comprende instintivamente que la salud esencial está en el espíritu, y la necesidad le infunde anhelos de derecho. No en vano aproxima como términos análogos el lirismo y el hambre. Los dogmáticos, al exagerar su propaganda en sentido práctico, se equivocaron. Alberdi fué el único que en el párrafo XIII del *Dogma* (palabra 15.ª) esbozó un fundamento de constitución, al enumerar los antecedentes unitarios y federales del país; los mismos que, quince años después, reproduciría con igual objeto en sus *Bases*.

La belleza de aquella campaña, está en la fe de patria republicana y libre que representa; en su noble desinterés que no excluía ni la inteligencia con el mismo Rosas, para Alberdi, conforme lo preconizó en Chile; ó con la federación de los caudillos según lo propuso casi por la misma época Sarmiento (1). Generosas quimeras, puesto que el tirano tenía exactamente la razón inversa del egoísmo para no entenderlos. Representante de una época de sedimentación rudimentaria, en la cual figuraba como elemento de fortaleza y respetabilidad la ratificación definitiva de la independencia por medio de la República, así refundidas en un solo concepto, gravitaba sobre él, irrevocable, la fatalidad del pasado. El principio contrario, ó sea la democracia expansiva, como estado social de libertad, más que como forma política, tenía que resultarle aborrecible; así es que persiguió desde luego á aquellos jóvenes, imponiéndoles el mote ignominioso de "salvajes unitarios". Ya se ha visto que no lo eran, sino á título de coincidencia con aquellos en la misma oposición. Lo que representaron fué el liberalismo, es decir, la organización de la libertad, el principio progresivo, desde que la independencia, una

(1) *La República Argentina treinta y siete años después de la Revolución de Mayo*, folleto anónimo de Alberdi, publicado en Valparaíso. *Arjirópolis*, de Sarmiento.

vez conseguida y ratificada, no constituía ya un ideal. Su mérito consistió en no detenerse ante ninguna consecuencia de la democracia, hasta superar á los publicistas europeos más avanzados entonces.

Ellos constituyeron aquella emigración argentina que se esparció por toda la América en demanda de una hospitalidad, retribuída con creces, justo es decirlo, por la más noble propaganda de civilización y de justicia. Esto sólo, demostraba que la anarquía argentina estaba llena de posibilidades fecundas. Aquel grupo representó la segunda expansión proselitista de nuestra influencia, impulsado como la hueste anterior de los libertadores, por la hostil resistencia del espíritu colonial. Llevó consigo la fe en la eficacia de las ideas, la simpatía de su pobreza romántica, el valor cívico, sustituto ya oportuno del coraje militar, la indomable energía de la vida y del trabajo. Es que la guerra civil civilizaba, para decir como Sarmiento, al ser el proceso destructivo del coloniaje residual. Había empezado por hacer la unidad política de los pueblos geográficamente aislados, con los contactos y alianzas robustecidos y multiplicados por tan largo conflicto, hasta convertir la posesión del puerto bonaerense, ó sea la puerta abierta hacia la civilización europea, en el objeto de todas las aspiraciones. Por otra parte, si la tiranía fué una fatalidad, como lo demuestra el hecho de que toda la América española pasó entonces por un estado análogo, con un sincronismo tan significativo como el de la revolución libertadora, la guerra civil había suscitado aquella ocurrencia del dogma socialista, cuya consecuencia fué la constitución del país en la libertad.

Nada más útil que esa emigración de argentinos. Alberdi que la inicia por el Plata, es el publicista de sus ideas constitucionales y económicas. Todo lo que después iba á significar algo en la República, tuvo su duro noviciado en aquella persecución al ideal. La minúscula *Nueva Troya* de los unitarios, contó en su recinto más de media docena de argentinos notables en las letras y la guerra. Chile, una quincena; profesores y publicistas todos. Este detalle es notable, y revela que el espíritu

argentino residía entonces fuera de la patria: imputación mortal á la tiranía cuya fatalidad no justifica aquella acción funesta. La emigración argentina dirigió la enseñanza de los países limítrofes; lo que prueba que si Rosas aprovecha aquellos elementos de civilización, la obra de Rivadavia continúa bajo su concepto más fecundo. Y es eso lo que no puede perdonarse á Rosas: la esterilidad de veinte años en un país que á los cien ha progresado como vemos. Si el adelanto de la cultura y de las obras públicas, compatible con todo gobierno, inclusive la misma tiranía, sigue asegurado desde 1826, tendríamos veinte millones de habitantes blancos y habríamos realizado la democracia.

Precisamente es aquí donde empieza á destacarse, única, la figura de Sarmiento: el eterno hombre decisivo de nuestro eterno personalismo. Rivadavia, Rosas, Urquiza, Mitre. He ahí, cada cual á su modo y en su instante, nuestros superhombres.

Todos aquellos emigrados señalábanse por algún mérito particular. Aquél representa el hombre completo, y á todos los comprende en su asombrosa multiplicidad. Así, el más notable como escritor, Alberdi, ha llegado á una fórmula que recuerda sus predilecciones "dogmáticas": *gobernar es poblar*. Y desde luego, poblar con blancos. Pero este fundamento es erróneo al no contar con el mestizo, el eterno elemento electoral, negativo de toda democracia, que puede tardar siglos en dejarse absorber por la raza blanca del inmigrante. Después, está el hecho, más positivo que todas las fórmulas: España, con veinte millones de habitantes blancos, exporta menos que nosotros con seis, comprendidos los mestizos.

Sarmiento no formula máximas, pero finca la obra del estadista en educar. Porque la educación es lo único que iguala, á despecho de todos los accidentes biológicos y sociales. La inmigración, ó sea el segundo elemento transformador, requiere un pueblo educado para que no llegue á constituir un peligro, colonizando el país incapaz de asimilarla. El propósito de Sarmiento, es más espiritual, y como siempre sucede, más exacto por lo mismo. Alberdi, era ante todo un crítico; vale decir, un

talento negativo. Lo más valioso de su obra es el análisis de las instituciones coloniales, verdaderamente magistral cuando trata los asuntos económicos. Como prosista correcto y eficaz, aventaja sin duda al otro; pero faltóle el don de crear, la condición genial por excelencia. Y esto era lo que necesitaba el país, retardado por veinte años de tiranía.

El lector debe abandonar toda idea de paralelo entre ambos grandes hombres. Esta socorrida reproducción del retablo de maese Pedro, es una traición á la exactitud histórica: un retórico ejercicio de antítesis, á costa de los muertos ilustres. Si he citado á Alberdi es porque se trata del más alto pensador producido por la famosa *Asociación de Mayo,* lo cual le constituye también en el más respetable intérprete de sus doctrinas; ó sea lo que, como se ha visto, me interesaba establecer. Alberdi es superior á Sarmiento como publicista, como economista y como crítico. En todo lo demás, es decir, en lo que hace de Sarmiento un genio, no hay comparación posible, porque Alberdi fué sólo un hombre de talento, ó careció por completo de los dones recíprocos. Tanto valdría confrontar una columna con un cerro por ser de piedra los dos.

La civilización es una cuestión de ideas. El hombre civilizado necesita más de ideas que de pan; porque en el estado de civilización, las ideas suministran pan, pero nunca el pan produce ideas. La doctrina de Sarmiento, muchas veces contradicha por él mismo como lo vamos á ver, consiste en esto. De ahí dimana su lucha, que no concluirá jamás, contra la tiranía, así desaparezca Rozas, su encarnación temporal; porque el verdadero tirano es la ignorancia, que desigualando irremediablemente á los hombres, impide el triunfo de la libertad, y los entrega inermes á todos los males del espíritu y del cuerpo.

El estudio que sigue sobre el Sarmiento escritor, educador, político, legislador, gobernante, innovador y militar, será la descripción de esa lucha. Para ello, al reasumir en sí aquel Dogma de Mayo, formulado como doctrina por Echeverría y por Alberdi, entrega sus po-

tencias á una triple acción: la propaganda espiritual de la democracia; su realización social; la recolección de todos los elementos materiales que hacen efectivo y ventajoso su imperio.

Por esto quiso dar á su país las instituciones norteamericanas cuyo ejercicio había visto, atribuyendo, erróneamente según creo, la potencia de la Gran República á sus instituciones políticas. Aquella observación directa convirtióle al federalismo que esas instituciones representan como ensayo único, es decir, insuficiente para constituir una demostración; pero también es verdad que al no existir otro, resulta imperativo como dechado. Abandona, pues, su liberalismo á la francesa, para propagar el americano cuyo otro campeón, Alberdi, continuaba en esto las ideas de Echeverría, también de espíritu políticamente sajón. Los partidos tradicionales, unitario y federal, repetían á primera vista el doble impulso centrífugo y centrípeto del republicano y el demócrata en la Unión Americana; lo que acercaba ambos problemas por analogía puramente externa, pero no menos eficaz en lo concerniente á la fórmula definitiva del problema constitucional. Lo que verdaderamente representaron fué el espíritu español los federales, y el francés los unitarios, mientras la juventud del Dogma tendió á la democracia angloamericana. Aquí está otra de sus profundas vinculaciones con el liberalismo rivadaviano, cuyos verdaderos continuadores son.

Los dos pensadores creían que la democracia de los Estados Unidos podía prosperar aquí; que no éramos ineptos para la libertad; lo cual, en época de tan terrible desengaño como la tiranía, hace honor á su robusto patriotismo. He aquí una de las más bellas lecciones que con su historia nos han dejado. ¡Cuánta elevación y desinterés de amor representa esa constancia para seguir queriendo á la pobre tierra tiranizada, que negaba hasta el sepulcro, y cuya misma redención era promesa de nuevos trabajos, de nuevas penas!

No es la libertad para Sarmiento el patrimonio exclusivo de la raza sajona. El resto de los hombres no tiene ninguna falla original que lo obligue á resignarse ante

la iniquidad y la violencia. Los niños de los Estados Unidos nacen tan desprovistos de educación como cualesquiera otros. Y de la educación depende la libertad.

En esto es más optimista Alberdi, para quien "la ley inglesa es libre, porque el inglés es libre. No copiéis su ley, copiad la persona del inglés, es decir, sus costumbres, su modo de ser, *si la vida puede ser copiada*".

Pero ambos se equivocaron rotundamente en la excesiva importancia atribuída á la prosperidad material, para el éxito de la libertad que es un estado de espíritu.

Tal error es explicable, y constituye otro resultado de la tiranía, siempre fatal á los pueblos.

El atraso en que se encontraba el país era tan grande respecto á Chile y al Brasil, sus más dignos émulos, que fué necesario exagerar el impulso progresista en proporción al tiempo perdido; sacudir como á la desesperada la parálisis nacional compuesta de ignorancia y de terrorismo; imprimir con demasiada energía la lección de cosas en aquel embotamiento sin visos de reacción; deslumbrar con una visión de riqueza brutalmente sobredorada, aquel ascetismo sin ilusiones ni esperanzas.

Las mismas naturalezas de Sarmiento y Alberdi, pre disponíanlos, con ser tan distintas, á extremar la propaganda.

El primero, endurecido desde temprano por la existencia, que le obligó á labrar con pena titánica la roca prometeana de su miseria, había encontrado su apóstol en Franklin. Pero si la cordura económica del *Buen Ricardo* resultó imposible para sus grandes alas, que llevaban en su específica cualidad la embriaguez del cielo azul, la doctrina cuáquera cuyo fundamento está en el examen cotidiano de las obras, prescripto en la antigüedad por el preceptismo pitagórico, informó casi desde niño su conducta y le predispuso al materialismo utilitario, donde va siempre á escollar, cuando no se concilia aquel procedimiento con la iluminación espiritual del examen de conciencia. Reducida á esto último por el cristianismo, la sistematización antigua que ambos métodos conciliaba, aquél dió á su vez en el ascetismo

estéril, sobre el cual reacciona excesivamente el negociante actual cuya biblia es el famoso *Almanaque* de Filadelfia (1).

Alberdi constituye el tipo de esos canijos puro talento, á quienes reporta una especie de venganza superior sobre la vida injusta, la acción ajena que predican. Así el *Jordán* de Zola, en *Travail*, producto á su vez de un hombre tímido y dispéptico. En proporción de su impotencia física, exageran el mérito del esfuerzo material, y por ello el tucumano ha podido estampar estas enormidades:

"La guerra de la independencia nos ha dejado la manía ridícula y aciaga del heroísmo. Aspiramos á ser héroes, y nadie se contenta con ser hombre."

"No hay más medio de ser libre que ser rico".

"La fe no ha muerto en este siglo: ha cambiado de objeto y de domicilio. La fe está en la Bolsa, no en la Iglesia."

Por supuesto que siendo falsos tales principios, ambos campeones se encargaron de probar lo contrario con sus vidas ejemplares. No necesitaron ser ricos para ser libres hasta el heroísmo, ni para ejercer la más vasta influencia positiva sobre su país; porque la verdadera riqueza consiste en los dones del espíritu, simbolizados por el lirio evangélico que no hila ni teje y está más bien vestido que los reyes.

"La gente decente, á cuyo número y corporación tengo el honor de pertenecer, salvo que no tengo estancia." Estas palabras de Sarmiento, son profundas en su iro-

(1) El antecedente antiguo, hállase neto en Horacio. La epístola I *A Mecenas* contiene con un intervalo de diez versos, las dos máximas fundamentales del egoísmo mercantil: «Hay que buscar ante todo el dinero: la virtud vendrá después».

*...quaerenda pecunia primum est;*
*Virtus post nummos.*

«Hazte rico honradamente si puedes; y si no, hazte rico.»

*...qui ut rem facias, rem;*
*Si possis, recte; si non, quocumque modo rem.*

nía. Nuestro gobierno fué mejor cuando los gobernantes no tuvieron estancia. Rosas fué el más rico de los estancieros. Desde que siguiendo las funestas, aunque bien intencionadas máximas de Sarmiento y de Alberdi, nuestros gobernantes fueron hombres de negocios, la política bajó de nivel. Luego constituyó un negocio á su vez. Luego el pueblo acabó por negociar su voto.

Alberdi tenía que ser también más exagerado que Sarmiento, por su inclinación á las ideas económicas. En esto consiste su principal superioridad, dado que aquél poco sabía en la materia, habiendo consistido su deficiencia fundamental de gobernante, en su inhabilidad financiera. Su gobernación de San Juan y su presidencia de la República, acabaron en sendas crisis.

Pero ambos representaron la libertad del Dogma, que sin ser librecambista, declaróse adverso al proteccionismo, convertido ya entonces en tributo del litoral productor al interior incapaz.

Ante la pura doctrina, la aduana y el derecho prohibitivo son, sin disputa, inicuos. La libertad de comprar y vender, queda reducida á este último detalle por culpa de aquellas instituciones: sólo hay libertad para vender. La igualdad económica y la libertad de trabajo, quedan violadas. Los impuestos prohibitivos, son una odiosa incrustación del pasado. El contrabando vive de ellos. La carestía interior es su consecuencia. La empleomanía es su parásito específico, porque el impuesto injusto es un negocio de estado, y nunca puede disminuir, en cuanto la voracidad burocrática será siempre superior á toda entrada.

Pero el proteccionismo era condición vital para las provincias, arruinadas como dije más arriba por la guerra de la independencia.

Aquellos centros de población, organismos lógicos en el sistema colonial, volviéronse anómalos en el revolucionario. Por eso constituyeron la federación que representó la prórroga de la colonia. Y así, el problema queda planteado desde el primer momento. Es curioso ver con qué lucidez lo proponían ya en 1820. En 1830, el tratado litoral, base de la federación integrada con Buenos

Aires, hubo de fracasar ante el antagonismo de los intereses representados por esta provincia, y los que defendían las otras. Todos los argumentos conocidos proveen esos debates. No falta ni la reclamación por los alcoholes de Cuyo...

Y he aquí también por qué la tiranía hallábase condenada á la esterilidad. El progreso comportaba la destrucción del sistema que representó.

La riqueza colonial circulaba por el camino, prolongación de la calle urbana conforme al sistema de los romanos; pues había sido principalmente una comunicación militar entre poblaciones, á través de los campos estériles. La vía de la civilización es el ferrocarril que va á buscar el producto de los campos en expansión centrífuga, continuada por el puerto, su imprescindible término. Pero nuestra riqueza rural no coincide con la población mediterránea, ni con las condiciones de sus campos secos y pobres por lo común; de manera que el ferrocarril tendrá que ser ilógico, vale decir muy costoso, para ligar artificialmente las capitales improductivas de las provincias, con las regiones fecundas. El proteccionismo es la regadera de los cultivos precarios, colmada sin compensación por el litoral; pero las provincias del interior tienen que vivir...

Así, mientras la fundación de nuevas ciudades, requeridas por la moderna circulación de la riqueza, no determine la traslación de las entidades políticas actuales, la solidaridad patriótica será la ley de su existencia.

Ya veremos cómo supo conciliar Sarmiento sus principios de libertad con estas tristes realidades.

La lucha contra la tiranía, fué, pues, simultáneamente, la campaña del progreso.

¡Y qué lucha!

A ella hubo de sacrificarse todo con abnegaciones rayanas en fanatismo.

La circulación de papeles subversivos en los dominios del tirano, adopta todas las formas del contrabando ingenioso. Van aquellos como encomiendas de golosinas á destinatarios que ignoran el envío, y que de golpe se

encuentran con el incendiario matute. La masonería ayuda con sus misterios, continuando la honrosa tradición iniciada en América por la Logia Lautaro. Los "hermanos" Angelis, Mansilla, el general, y Roque Pérez, que años después uniría en "tenida" solemne á Urquiza, Mitre y Sarmiento, por medio del abrazo fraternal, símbolo de la unión de la República, introducen el *Facundo* en la misma Buenos Aires. Bonpland se encarga de traspapelar *Argirópolis* á la sordina entre sus efectos de naturalista. Esa vinculación humanitaria del liberalismo, en un ideal más alto que la patria, puesto que la circunscribe á la libertad, convertida, así, en razón fundamental de la patria misma, tenía que resultar odiosa al patriotismo materialista de la tiranía, tanto como á su espíritu clerical. La *Logia Lautaro,* había sido monárquica, lo cual suministraba el pretexto; pero la eficacia de la propaganda masónica contra la tiranía, está patente en una de las injurias oficiales que ésta usaba: "salvaje unitario logista". La "Asociación de Mayo", con su *dogma,* era una logia á su vez.

Rosas percibe el estrago de aquella artillería sorda é invisible, sobre su fortaleza, y aprovechando una exageración infeliz de la propaganda liberal en Chile, manda para allá, de comisionado especial, á don Baldomero García.

La propaganda en cuestión, alcanzaba mayor eficacia en la república trasandina, porque allá casi no había unitarios propiamente dichos. Montevideo era su sede; pero lo cierto es que fuera de la conspiración y de la diatriba, aquellos personajes demostraban una lamentable ineptitud. Una famosa polémica de Rivera Indarte con Echeverría, reveló el abismo que mediaba entre ellos y la juventud del *Dogma.* Es que ésta representaba la patria futura en la democracia, mientras unitarios y federales continuaban con su viejo ideal monárquico, encarnado en príncipes de intriga diplomática ó en caudillos de montonera.

El mismo fervor de la propaganda contra Rosas, inducía á exageraciones condenables.

Así, para propiciarse la alianza de Chile, los emigra-

dos sostuvieron las pretensiones de ese país al dominio del Estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego, que la provincia de Buenos Aires reivindicaba por suyo; habiéndole ofrecido, además, la anexión de las provincias de San Juan y de Mendoza. Sarmiento escribió con abundancia para sostener los pretendidos derechos de Chile; pero en esas cuestiones de dominio territorial, Rosas era de una admirable energía. El vecino país había aprovechado las graves complicaciones suscitadas al gobierno del tirano por la guerra extranjera aliada á la guerra civil, para iniciar la ocupación de aquellos territorios. Explotaba también, como es muy natural, las pasiones de los emigrados, para realizar aquel intento de expansión.

La reclamación, tanto como las ideas antichilenas de Rosas, tenían un antecedente de la mayor importancia.

El partido conservador que gobernaba á la república vecina desde 1830, habíase apresurado á reconocer este mismo año la confederación militar de las provincias interiores organizada por el general Paz bajo la hegemonía de Córdoba; aceptando á aquél como jefe de gobierno nacional, acreditando ante su gobierno un ministro plenipotenciario, y facilitándole la adquisición de armas, naturalmente destinadas á combatir la federación litoral que Rosas encabezaba. Todo esto con tal premura, que vencedores á fines de abril de 1830 en el combate de Lircay, los conservadores chilenos acreditaron el mencionado ministro plenipotenciario en junio, y ajustaron al mes siguiente un tratado de amistad con nuestra curiosa confederación mediterránea.

Un mes todavía, y el famoso ministro Portales inicia una mediación ante los gobiernos de Paz y de Rosas, que este último rechazó como era de esperarse; no sólo en vista del reconocimiento antes mencionado, sino porque ese mismo acto de Chile, revelaba la debilidad del gobierno reconocido. Tratábase, visiblemente, de un plan fracasado, que la mediación intentaba restablecer, proponiendo la reunión de un congreso de agentes de las provincias, en el cual las litorales habrían tenido cuatro votos contra nueve de las interiores congregadas bajo la hegemonía cordobesa.

Por lo demás, ello era claro. Chile tenía que inclinarse hacia las provincias interiores, contra Buenos Aires, cuyo dominio territorial comprendía las codiciadas tierras de Magallanes. Así, la misma acción conjunta contra la confederación Perú-Boliviana en 1836-38, resultó un episodio aislado y sin consecuencias ante aquel interés permanente y capital para Chile.

Otro motivo de enemistad formábanlo los malones de indios que aquel país fomentaba con detrimento de los ganaderos argentinos; y así, comprometido á la acción conjunta contra las tribus cuando la campaña de Rosas en 1833, eludió mañosamente su colaboración, so pretexto de disturbios internos; y desde entonces sucédense las expediciones de fuerzas de Buenos Aires contra "los indios chilenos enemigos", según la clasificación oficial.

La misión García tuvo dos objetos que revelan la importancia de la propaganda dirigida por Sarmiento contra Rosas: la cuestión territorial y la represión de aquél.

Tanto como en la primera fué acertada la argumentación de la cancillería argentina, resultó rebajada en la segunda por miserables rencores.

El gobierno de Chile negóse con rectitud plausible y obvia dignidad á tamaña pretensión; si bien hubo de comprender que aquel feroz vocabulario enderezado contra Sarmiento insinuaba la decisión de proceder con energía en el otro asunto. Era indudablemente excesiva para la neutralidad aquella propaganda, sobre todo cuando se ventilaba entre los dos países tan delicada cuestión. La energía de Rosas, apoyada por medidas que significaban un apronte para la guerra, así como su actitud ante la intervención europea, contuvieron á Chile. La comisión que el gobierno de este país confió en Europa á Sarmiento, cuya situación era delicada como se infiere, provino también de ahí.

Lo que salva, sin embargo, á los emigrados, no del error evidente é intolerable, sino de la imputación de sórdido interés contra la patria, es la sinceridad con que la habían amado sin esperanza, sacrificando toda conveniencia al honor de llevar su nombre. "Todo, menos

presidente, puede ser usted aquí si se naturaliza chileno", había dicho Montt á Sarmiento. Este prefirió continuar argentino—aun sin patria.

Toda idea de traición desaparece, pues; y luego, él mismo reconocería como gobernante de su patria aquel error, contrariando á Chile sin vacilaciones en el mismo asunto precisamente. Entonces sufrió á rigor las consecuencias de aquel extravío, tanto más grande cuanto que era suyo: en Chile también le llamaron traidor...

No se olvide, asimismo, que la tiranía engendra por desesperación en sus perseguidos, ideas desesperadas. La patria reniega con ella su fundamento moral, puesto que suprime la libertad y la justicia. Y estos dos bienes eran para la juventud del *Dogma Socialista*, más necesarios que la misma patria.

He aquí lo que se perseguía y detestaba á la verdad en Sarmiento.

¿Cuál era, en efecto, el contenido de sus encomiendas subversivas?

El mismo lo dice en su circular á los gobernadores, motivada por la reclamación de Rosas á Chile.

Primeramente es el deber de conspirar contra toda tiranía:

"Desde que principié á escribir en Chile, me he manifestado opuesto á la dominación personal del general Santa Cruz en Bolivia, como á la del general Flores en el Ecuador, como al general Rosas en Buenos Aires, como al general Rivera en Montevideo."

Y luego, el programa heroico:

"Si aquellas manifestaciones de mi vida me constituyen en conspirador á los ojos de su excelencia, en tal caso puedo asegurar que la conspiración, tal como la establecen mis antecedentes públicos y privados; la conspiración por la palabra, por la prensa, por el estudio de las necesidades de nuestro pueblo, la conspiración por el ejemplo y por la persuasión; la conspiración por los principios y las ideas difundidas por la prensa y por la enseñanza: esta nueva clase de conspiración, será, excelentísimo señor, de mi parte, eterna, constante, infatigable, de todos los instantes, mientras una gota de san-

gre bulla en mis venas, mientras un sentimiento moral viva sin relajarse en mi conciencia, mientras la libertad de pensar y de emitir el pensamiento exista en algún ángulo de la tierra.''

O es el preámbulo de la futura constitución argentina, formulado sintéticamente en *Argirópolis*:

''Infundid á los pueblos del Río de la Plata, que están destinados á ser una grande nación, *que es argentino el hombre que llega á sus playas, que su patria es de todos los hombres de la tierra...*''

Era el ideal del liberalismo, la verdadera pesadilla, como lo prueban estos calificativos de la reclamación á Chile: ''el traidor D. F. Sarmiento, *perteneciente á una logia* sanguinaria é infame''.

Pero los expedientes ingeniosos de la lucha, no se limitaron á la encomienda clandestina. Sarmiento, famoso ya por sus polémicas, sus libros y sus viajes, llegó á recorrer las calles de Santiago, disfrazado de turco grotesco que mendigaba en un carrito los ochavos de la multitud para la cruzada contra Rosas. Imagínese lo que arriesgaba con un reconocimiento siempre posible, dada su posición en aquella sociedad. Dijérase á primera vista una extravagancia de anormal. Pero no. Era la eficacia de su acción, siempre al acecho de la oportunidad útil. El bajo pueblo de Chile adoptaba con frecuencia la profesión de volatín (1), lo cual prueba su inclinación al género funambulesco. Por otra parte, aquella payasada sublime era un sacrificio por la patria pobrecita y triste.

Ah, cómo le hacía falta esa patria, puesto que su buen hijo era, para hacerla dichosa con sus grandes proyectos de libertad. Y de aquí esta entrañable deprecación, dos años antes de Caseros:

''Denme patria donde me sea dado obrar, y les prometo convertir en hechos cada sílaba, en poquísimos años.''

Y el destino iba á dársela.

(1) He conocido hasta hace poco tiempo, compañías de acróbatas chilenos que recorrían nuestras campañas.

Necesitaba la patria, ó sea el hecho histórico necesario para realizar la libertad que es el principio permanente y determinativo: la patria que había abandonado en busca de la libertad esencial á la vida del espíritu. Porque sin patria se puede vivir, pero sin libertad no.

El destino iba á convertirle en maestro de esta gran lección espiritualista: que la patria y la civilización, son ideas. El demostraría con hechos, pues los hechos, á su vez, son ideas materializadas, la determinación trascendente de la patria por la libertad. (1)

Tales fueron su doctrina y su lucha.

(1) «La libertad, dice en un artículo sobre la independencia de los Estados Unidos, está creando allá una nueva raza humana, más perfectible que todas las razas actuales.»

## CAPITULO V

## El escritor

Sarmiento fué periodista antes de ser autor de libros, circunstancia cronológica que determina, como es natural, la formación del escritor, y con esto el examen crítico.

Las cualidades y defectos más prominentes de aquél, son rasgos de periodista. Las peculiaridades que producían en su prosa la impresión del estilo, siempre inconcluso en él, repiten los detalles morales y hasta físicos de su formación ya estudiada, con esa desnudez exigida por la prematura del "editorial" (1) :escrito en el cual quien "compone" es el cajista. Sabido es que en la prosa periodística, lo literario está substituído por lo pintoresco.

El escrito de Sarmiento, es siempre urgente. La gala literaria, resultante de un temperamento nativo de escritor, le viene al correr de la pluma. Por esto es siempre fragmentaria y comunmente de tosco engarce. El positivismo es también su cualidad dominante, y de aquí la escasez de metáforas. El periodista debe decir las cosas directamente, interesando á su lector con el valor intrínseco de las mismas. Esto excluye también el sistema filosófico y literario. Las ideas, tanto como la literatura del periodista, dependen de la impresión de su día. Son fugaces por naturaleza, como la hoja en que

(1) Nosotros llamamos así al «artículo de fondo».

las edita. Su lógica es la de los acontecimientos, no la de las ideas.

Sarmiento subordinó sus dotes de escritor á estos rasgos de periodista. En otro ambiente y con otra misión, habría hecho novela. Su memoria fidelísima del colorido y de los detalles, su imaginación constructora, su nativo arte de contar, formaban el don característico de reproducir el paisaje y el hombre. La determinación de éste por el medio, hízole adelantarse con su literatura, á la biología y á la filosofía de idéntico procedimiento. Lo que constituye su unidad, es la propaganda de la civilización, proveniente de su amor á la patria. Porque en Sarmiento, las letras fueron un medio y no un fin. Si tomó el procedimiento más natural y eficaz de expresar las ideas, es porque éstas constituyen la civilización, ó por mejor decir la libertad sinónima.

El periodismo es un instrumento de la Revolución, y entre nosotros, para hablar como aquellos hombres, un hijo de Mayo. Nace aquí con *La Gaceta* de Moreno; pulula, torpe aún, pero activísimo, durante la época rivadaviana, libertado de toda censura por el Gran Presidente, y degenera á perro de la tiranía con los pasquines federales, á gato maligno de la oposición con los pasquines unitarios. Es hidra multiforme y grotesca del arroyo con el padre Castañeda; cínico imperturbable con Love, aquel divertido inglés del *British Packet,* cuyo humorismo de pirata le imprime un rasgo tan peculiar entre los gringos alquilones de la tiranía; cortesano de raza con el otro que tal de Angelis; pingajo sangriento con Mariño. En la otra banda, está enfermo de maldad histérica con Rivera Indarte, aquella bolsa de linfa legañosa y acérrima, cuya fecundidad para la diatriba unitaria, no era sino el reverso de la anterior verba adulatriz, rechinada como una dentera de odios á frío en los torpes himnos federales; ó aburre con la campanada gerundiana de Varela en perpetua divagación de preámbulo; ó se deshoja en los florones de papel de la versería unitaria, que tiene por gárrulo cuclillo á Mármol, el lloroso Peregrino simpático y baladí; por discorde guacamayo al cordobés de *El Nacional,* que se roía

las uñas y se sacaba callos de rascarse, en el aborto de la métrica indócil (1).

La evolución superior correspondió á los hombres del *Dogma,* con *La Abeja Argentina* y *La Moda,* si bien el verso continuó lamentable. Esta era la opinión de Agüero, el ministro de Rivadavia, cuyo gobierno había instituído concursos literarios por solemne decreto. "Muy malos versos", decía el inteligente personaje.

Sarmiento debía creer lo mismo, bien que á ello contribuyese una completa incapacidad; pues todo escritor que desdeña los famosos "cajoncitos para ideas", como él decía, es porque no sabe encontrarles la cerradura.

Hay al respecto un pequeño problema que conviene dilucidar.

En 1838, Alberdi había recibido en consulta unos desvencijados octosílabos de cierto maestro sanjuanino que firmaba con el seudónimo de *García Román.* El publicista atribuíalos á Sarmiento; pero esta suposición es inadmisible. La "poesía" en cuestión es tan torpe, que denuncia un analfabeto; mientras por aquella época Sarmiento sabe ya francés é inglés y estudia italiano. Forma parte, además, del grupo que luego fué la *Sociedad Literaria,* y cuyas conversaciones son comentarios de los libros leídos en la biblioteca de uno de los contertulios, Quiroga Rosas, que ha llegado de Buenos Aires con ella. Tenía, pues, dónde hacer de preferencia su consulta. Pocos meses después, en el número 2 de *El Zonda,* que acaba de fundar con aquel amigo, comenta una letrilla contra ambos, con acertadas notas reveladoras de suficiente espíritu crítico en la materia (2).

(1) La tortura es antigua, y está mencionada por el «colega» Horacio:

*............ in verso faciendo*
*Saepe caput scaberet, vivos et roderet ungues.*

(2) Titulábase la letrilla *Poesías de un Gurdo á sus contemporáneos los eruditos á la violeta E. E. de «El Zonda»,* y comenzaba:

Que un Quiroga y un Sarmiento
Sean hombres de talento,
Ya lo veo.
Pero que como editores,
Ellos sean los mejores,
No lo creo.

El adelanto que aquella prensa ocasiona es de conjunto y esparce por toda la América sus beneficios.

Frías, don Félix, propaga en Bolivia y en Chile; López, don Vicente, batalla junto con Sarmiento en este último país, escribe un manual de su historia é inicia la argentina, explicando esta situación, así como su estado político, el apasionamiento que la perturba. Sus trabajos de arqueología americana comienzan también entonces. Tejedor y Demetrio Peña hacen á su vez periodismo. Alberdi entrégase á la misma labor y publica trabajos jurídicos de trascendencia. Mitre es también de la honrosa falange y templa á buen fuego de patriotismo los gavilanes de su espada y de su pluma. Gutiérrez redacta un periódico antológico, hace versos, compone un tratado de matemáticas, dirige la Escuela Náutica de Valparaíso; Enrique Rodríguez abre el bufete más acreditado de Copiapó; Manuel y Martín Zapata, Juan E. Pérez, J. Dolores Bustos, Saturnino Narváez, José A. Ortiz, José Alvarez Gómez, Pedro Díaz, Juan Godoy, Hilarión M. Moreno, Domingo Vico, profesan en la cátedra ó dirijen colegios. Vale la pena este panteón histórico, titulado por el nombre ilustre que encabeza su lápida venerable.

Sarmiento transformó efectivamente la prensa americana. Sus artículos, que conservaban el aspecto denso y la longitud, ahora excesiva, de los desarrollos doctrinarios, compónense de hechos y de ideas. La vanilocuencia del teorismo y de la injuria ha pasado. Queda sólo el casco repleto en el tempestuoso desarbolo del buque, producido por los huracanes políticos. Aquellos artículos macizos como vigas son la andamiada de la nacionalidad futura; y en ellos aletea ó canta al pasar la genuina poesía del recuerdo ó de la esperanza, como una golondrina fugaz en el mechinal de la pared inconclusa.

De ahí también que no sea "sueltista". Su concepto tiene demasiada amplitud y demasiada trascendencia, para resignarse á ese epigrama en prosa. Es el caso de Hugo con el soneto.

El estilo galopeado del editorial dilata un frémito

de tormenta preñada de agua, desasosiégase relumbrando como las olas del mar tórrido con su ardentía tempestuosa; ó lanza chispas de sátira y de ingenio con la escabrosidad de la pluma que raspea furiosa, devolviendo en epigramas candentes las injurias polémicas del alquilón soez, así ruidosas de su propio escándalo, como chilla el escupitajo sobre la suela de la plancha.

Todo esto necesitaba un idioma propio que el árido purismo no podía dar, y que fué el comienzo de la reforma, en polémica famosa contra los académicos de Chile.

Don Andrés Bello, aquel solemne literato venezolano, más meritorio ante la posteridad por sus trabajos de publicista que por sus odas, pesadas y trabajosas como carretas, capitaneaba la purista falange. El argentino la derrotó sin trabajo, con artículos admirables que deberían ser trozos selectos para nuestras clases de literatura. Su doctrina tenía por fundamento esta gran conquista romántica: la personalidad del autor en el estilo; mientras la regla académica de escribir conforme á canon, engendra la parálisis espiritual y el comunismo descaracterizado del rebaño.

Su literatura neológica y pintoresca, mal pergeñada también á veces, poseía una cosa superior al concepto rígidamente constructor de la academia: la vida, que es irregular, pero fecunda. Añadía á esto el prestigio de su gran virtud comunicativa: la jovialidad, que era el reflejo dichoso de una salud moral inquebrantable. El estilo de Sarmiento introdujo el escándalo bienhechor de la risa, agostada por el insulso epigrama purista y por la solemnidad retórica. Rió sin bonete preceptista "haciendo la guerra alegremente" según la fórmula de los guerreros romanos que daba su adjetivo específico á la espada desnuda: *alacris ensis*. Y tanto se adelantaba á su tiempo aquella campaña por el verbo libre del ideal, que sus frutos son todavía escasos. Tardía siempre, ay de mí, la prole del olivo de Atena (1).

(1) .... *prolem tarde crescentis olivae.*

Virgilio. *Georg.*

Tras los laboriosos espejuelos de aquel desordenado redactor, brillaba, sin embargo, la luz futura. Allá en su ostugo del *Portal* santiaguino, incubábase solitario el huevo del águila. "Educar el idioma", decía Sarmiento. "Emancipar la lengua", sostenía *Figarillo* (Alberdi). Todo era uno, puesto que se trataba de adaptarlo á la expresión de la libertad, libertándolo á su vez de la retórica, esa sucursal del convento y del fisco. Y la renovación del castellano, ha acabado por invadir la misma España cuya juventud intelectual escribe ahora como nosotros. Sarmiento es un precursor de Rubén Darío.

*El Zonda,* primer periódico de Sarmiento, inicia aquella evolución del periodismo. No hay en sus seis números, una sola disertación teórica. Todo él se compone de iniciativas inmediatas, señalando ya un progreso sensible sobre la misma prensa de los hombres del *Dogma.*

Sarmiento funda luego, en la capital chilena, el primer diario (1). Da pocos años después, en *La Crónica,* el tipo definitivo de esta clase de publicación, que entonces se asemejaba todavía al folleto; pues destinada á la lucha contra Rosas, su redacción quedaba subordinada á la lentitud de comunicaciones entre el nuestro y aquel país. Mientras llega el momento de activar la evolución moderna, funda la prensa escolar con el *Monitor de las Escuelas.* La caída de Rosas iba á suministrarle aquella coyuntura que aprovechó para transformar *El Nacional,* redactado antes por Mitre en Buenos Aires. Por último, *El Censor,* su postrera empresa, colócale entre los iniciadores de la más adelantada época del periodismo argentino. Median cincuenta años de tarea entre la primera y la última de esas hojas. Tarea no interrumpida, puesto que ni el desempeño de la presidencia la cortó. Tarea de fe y de esperanza. En 1861, durante la

(1) El primer periódico de oposición que vió la luz en Chile, desde que la reacción conservadora se apoderó del gobierno (Mayo de 1830) fué el *Filopolita* (1836) curioso nombre, pasado luego á los conservadores disidentes: los *filopolitas.* La publicación y el partido no duraron sino dos meses.

guerra con las montoneras del Chacho, sus cartas al presidente Mitre contienen siempre esta doble solicitud: armas para asegurar el orden y con él la industria y el comercio, víctimas perpetuas del saqueo gaucho; imprenta, "una imprentita", según su diminutivo premioso y confidencial, para la necesaria propaganda del bien público. Y luego, el consabido rasgo jovial: "No me deje usted sin mi trompa de elefante".

La libertad indispensable á ese órgano de volar que es el periódico, quiérela ilimitada.

"*Un sabio error* de nuestra constitución, ha puesto la prensa fuera de la jurisdicción federal. No tiene juez competente, aun para sus delitos." (1)

Pero deséala también mesurada para que sea provechosa. "Sólo Sarmiento, añade, ha trabajado en vano para imprimirle un poco de mesura."

Siendo presidente, los ministros pídenle que no escriba, porque exacerba las pasiones. Y acata la indicación. Liberal convencido, reprime las procacidades de *El Mosquito* contra el arzobispo Aneiros, porque éste es una alta autoridad de la iglesia; mientras lo deja ensañarse con él mismo en despiadadas caricaturas que colecciona, filósofo risueño, en su rancho de Carapachay. "La licencia, dice, se cura, educándose el editor, para no suministrar licores fuertes á los borrachos."

"La prensa no son tipos de plomo. Es una virtud que se exhala en palabras."

"Es preciso ser honrado el que habla, y las demás virtudes le vienen por añadidura, si tiene dilatable el corazón."

De aquel estilo fragmentario, proviene su caracterís-

(1) La honra más alta de la legislación argentina, consiste, sin duda, en esto: conforme á la constitución federal, no existe aquí el delito de imprenta. O en términos filosóficos: la libertad del pensamiento jamás puede constituir delito. Lo único que se castiga es el delito común, cometido *por medio* de la prensa. Esto equivale, sencillamente, á inaugurar una nueva civilización, puesto que es lo contrario de la antigua. La nación debe al liberalismo porteño esta garantía que basta por sí sola para constituir su grandeza histórica. La libertad ilimitada del pensamiento, es el signo característico de la dignidad humana.

# EL ZONDA

[*PERIÓDICO SEMANAL.*] O NO LEER EL ZONDA O COMPRARLO. [*PRECIO, UN REAL*]

NUM. 4º] SAN JUAN, SABADO 10 DE AGOSTO DE 1839. [*Año 1º de su publicacion.*]

San Lorenzo Martir. y Santa Asteria—Virgen y Martir.

## LAS TAPIAS

TIENEN OREJAS.

[illegible]

PRIMER PERIÓDICO DE SARMIENTO

tica más saliente como autor de libros. Es el escritor de los trozos selectos. Imposible encontrar en su vasta obra una pieza completa. Esta peculiaridad, unida á su vocación de novelista, que no puede satisfacer porque necesita todas sus letras para la grande obra de hacer país, determina su predilección biográfica. Las "vidas" constituyen una especialidad de su literatura. "Gusto, dice, de la biografía. Es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas."

En aquellos trozos, resalta su idiosincrasia. Lo que más encarecen, es el valor representativo del hombre como producto del medio, ó sea la lección viviente de lo que es menester transformar. Algunas, como la del capitán Gauna, la de Sandes y la de Baigorria, son verdaderamente notables. Poseen el interés pintoresco de la novela de aventuras, al par que una sorprendente penetración histórica. Y en su genérica brevedad, me atrevo á considerarlas superiores al *Facundo*.

La falta de proporción, constituye el defecto correspondiente. La premura es digresiva por necesidad, y ahí está la falla de esas páginas. Hay veces que una digresión, con frecuencia destinada á lapidar un insignificante, ocupa dos terceras partes del trozo.

Su positivismo da con frecuencia en excesos materialistas, apenas atenuados por el interés novelesco, siempre poderoso en él. Por esto, atribuía gran importancia civilizadora á la lectura de novelas. "Las novelas han educado á la mayoría de las naciones."

Sus numerosas traducciones de libros útiles, desde el texto escolar á la biografía predilecta, robustecen su concepto de la literatura: órgano de civilización, más que de recreo. Aquellos actos de humildad, en escritor tan personal y fecundo, son pruebas de alta abnegación patriótica. De ahí provino su idea de la convención latino-americana para la traducción de obras, que le llevó á Chile en 1884, enviado por Roca como plenipotenciario intelectual.

El exceso de positivismo, torna á veces antipática y estéril su prosa, convertida en plática de cura laico, ó en lección de economía doméstica. Sus carillas aprove-

chadas hasta el fin, sin ningún margen, son quizá expresivas de aquella tendencia.

Cuando se mantiene en las regiones superiores de la moral práctica, que es la organización positiva de la bondad, su pensamiento está lleno de nobleza. "Toda la historia de los progresos humanos, es la simple imitación del genio". Aunque hubiese leído á Carlyle, lo que es probable, su vida entera ratifica esa verdad.

Su originalidad proviene en gran parte de su improvisación de periodista. Es de ocurrencias, más que de expresión, excepto cuando describe el medio natal que la lleva de por sí. Inicia los temas sin meditación previa, y por esto mismo es inesperado. "Mis ideas se arrastran al comenzar el escrito, que no adquiere vigor sino á medida que avanza como aquellos generales á quienes la batalla misma ilumina". A veces, el escritor nato, produce tal cual párrafo de veintitrés líneas, sin una sola vacilación, sin enumerar, sin intercalar, de corrido hasta el fin como una fundición en bronce. Pero con frecuencia liga mal, salta á pies juntos sobre el verbo, no porque ignore la construcción, sino porque su estilo impulsivo no sabe "apresurarse lentamente". Por esto, no por ignorancia del recurso prosódico ó del vocablo preciso. Como todo escritor honrado, Sarmiento empezaba por saber el idioma para atacar al purismo. Entre los autores de su época, es el más abundante en vocabulario castizo. Muchas de sus páginas revelan una constante dedicación á este punto. El neologismo pintoresco y el barbarismo poderoso en su rusticidad, como un garañón cerril introducido en la cabaña decadente, son intencionados por lo regular; pero, muchas veces, los adopta ignorante. Con todo, pretendía la corrección que es la decencia exterior del idioma: su traje de caballero. La lucha para "educarlo", consistía solamente en modernizar esa indumentaria.

La imaginación creadora que levanta palacios con una sola piedra, cuya vinculación trascendental en la estética, confiere el dominio de elementos dispares ó contradictorios para cualquier otro, constitúyele el don inventivo. Siete años después de haber descrito la pam-

pa en el *Facundo,* viene recién á verla con sus propios ojos. Y la descripción es fidelísima. Alguna vez ha llegado á escribir dormido.

He mencionado ya sus ideas liberales en materia de religión. Su propaganda contra el clericalismo fué activa y elocuente. Tratábase del grande instrumento de tiranía, que los contemporáneos de Rosas vieron funcionar con éxito espantoso en tales manos, á favor de significativos privilegios para la malicia negra de los jesuítas.

Esta predilección reveladora, coincidente con la campaña atroz promovida contra Rivadavia por el clero bajo la fúnebre bandera de Facundo, abrió los ojos á Sarmiento, muy devoto cuando muchacho. La influencia de su tío el padre Oro habíale llevado á grabar en un madero de San Francisco del Monte, que se encontró después, "las tres unidades de la intolerancia: *Unus deus, una ecclesia, unum baptismo*". Otro sacerdote debía desengañarle.

Los *Recuerdos de Provincia* mencionan aquel episodio decisivo, que hubo de producirse por reacción natural de su honradez, ante los sermones del canónigo Castro Barros, compatriota por cierto y partidario de Facundo. La mezcla de fanático y de farsante que son todos esos energúmenos sagrados, revelóse á su espíritu en la forma benéfica de la duda. Y de aquellas vociferaciones á tornavoz contra el infierno teológico cuya rabia exhibía el furibundo clérigo—tan ardoroso unitario en Córdoba pocos años después bajo el gobierno del general Paz, (1) como había sido federal candente con el Tigre de los Llanos, que al fin todo era para ellos leña fiscal de Inquisición—pasó á la lectura de una obra sólidamente liberal, *La Vida de Cicerón*, de Conyers Middle-

(1) El avisado escepticismo del general cordobés, que conocía la eficacia de las pistolas de Macdonald para efectuar en Nápoles el milagro de San Genaro, obtuvo del obispo Castro Barros un expediente de exclaustramiento contra el fraile Aldao, entonces caudillo prepotente de Cuyo. Pero el fraile era tan listo como su antiguo compinche federal, y no se dejó envolver por aquella política teológica. El general Paz era también bachiller en teología...

ton, precursor del moderno romanismo histórico y del método racionalista de la historia, que Voltaire y David Hume aplicarían por la misma época con certeza tan eficaz. La *Vida de Franklin* fué su segundo libro revelador; y de aquí provienen seguramente sus inclinaciones anglo-americanas, su racionalismo, iniciado por aquellas lecturas protestantes, y su predilección literaria por las biografías. Hemos dado á no dudarlo con el nacimiento del manantial. Lígase á esto también su resentimiento con el clérigo Maradona, ministro de Benavídez, al cual imputa la desaparición de *El Zonda*.

Nunca se llevó bien con la clerecía, vinculada para su eterno baldón á la historia negra de Rosas y al martirologio liberal de Rivadavia (1). Cincuenta y ocho años después de haber grabado aquella cifra en San Francisco, remataba un artículo vibrante de patriotismo y de indignación, con estas palabras:

"La cuestión religiosa os lleva á renegar de la Independencia. Son gemelos el *altar y la corona. Un roy, une loy, une foy" (sic)*.

No era él de los que creen fórmula cursi al pensamiento libre. "Los libres pensadores, dice, tienen el primer rango en la creación". Y en el mismo año (1883) al visitar la Escuela Normal de Preceptoras, de Montevideo, insistió sobre el asunto con su habitual valentía. Fué siempre masón, afiliado aquí á la logia *Obediencia á la Ley*, junto con Mitre y con Urquiza; si bien al recibirse de la presidencia de la República, desligóse de la orden para recobrar plena su libertad de acción. Lo cual demuestra que tomaba á lo serio las prescripciones masónicas.

Su espíritu crítico, pronto da con la raíz del mal: es una supervivencia de la colonia; la España inquisitorial que sigue viviendo. Encuéntrala representada en el clero intolerante, en el montonero, hasta en el ganado improductivo y cerril; y por de contado, en la ignorancia causal de todos esos fenómenos. Halla con agudeza la imagen comprensiva del defecto que analiza. La poesía

(1) El [illegible] de Facundo era la Biblia.

CAPITULO IV.

# ENSAYOS.

—··•◉•··—

> Cuanto cabalga el [illegible] dia [illegible]. Pero mañana qiero galopar a escuadras sobre un campo sembrado de cadáveres.
>
> (*Sheackpeare.*)

Tal como emos pintado la fisonomía política de la Rpúbilca era en 1825 cuando el Gobierno de Buenos Aires invitó a las provincias a reunirse en un Congreso para darse una forma de Gobierno Jeneral. De todas partes fuo acojida esta idea con aprobacion, ya fuese qe cada un caudillo contase con *constituirse* caudillo lejítimo do su provincia, ya qe el brillo de Buenos Aires ofuscase todas las miradas, i no fuese posible negarse sin escándalo a una pretension tan racional. Se a imputado al Gobierno de Buenos Aires como una falta aber promovido esta cuestion, cuya solucion debia ser tan funesta para él mismo i para la civilizacion; pero toda civilizacion, como las relijiones mismas, es jeneralizadora, propagandista, i mal creeria un ombre qe no deseara qe todos creyesen cnmo él.

Facundo recibió en la Rioja la invitacion, i acojió la idea con entusiasmo, qizá por aqellas simpatías qe los espíritus altamente dotados tienen por las cosas esencialmente buenas.

A esta sazon la República se preparaba para la guerra del Brasil, i a cada las provincia se abia encomendado

(UNA PÁGINA DE LA 1.ª EDICION DE FACUNDO)

hueca le sugiere este símil: "hay caminos que no conducen á ninguna parte; los de los jardines, por ejemplo". El traje exageradamente llamativo de un militar sugiérele esta ocurrencia profunda:

"Se ha necesitado el transcurso de dos mil años, el Renacimiento y acaso la extraña influencia de Felipe II, para que los colores vivos se eclipsen ante el negro que es hoy para el ojo del hombre lo que el verde en las plantas; lo que no estorba que guste de las flores que son tan variadas".

Porque se trata de un artista, derramado acá y allá en páginas como *Mis Pajaritos,* que habrían firmado Audubon, Ruskin ó Michelet; ó como ciertos cuadros de *Recuerdos de Provincia* y de *Facundo,* en los cuales la ausencia de color material realza todavía el colorido luminoso.

Y sobre todo, el arte insuperable de narrar: su vivacidad pintoresca que hace de la página una conversación divertida, como si él mismo hubiese visto lo que cuenta, y por esto lo reprodujera en tiempo presente. La incisiva brevedad peculiar á ese género que dominaba con maestría; la simpatía confidencial inherente, lo propio que en los cuentos vulgares cuyo sabor es como la sal, simple pero indispensable; el calor comunicativo, la jovialidad viril, infunden á ese estilo, como habitual cualidad, el temple heroico, el tono épico, que á rigor etimológico significa el esfuerzo bello: *tonos*. Por esto su nobleza y su enérgica gallardía.

De esa tensión insostenible para método, dimana también que sea fragmentario como el específico laconismo dórico. La sencillez poderosa, es también una cualidad de su "orden"; pues como todos los grandes estilos, el carácter del suyo es arquitectónico. Y de la mejor línea: de aquella que determina la severa gracia de los Partenones, en adecuación profunda á tan soberbio constructor.

Sus mismas enumeraciones de catálogo cuando enuncia los progresos ejemplares ó hace historia, están llenas de chispazos genuinos, que arranca al azar, como el trote del corcel.

Nadie ignora que el *Facundo* fué su primera producción de gran aliento.

Tratábase al principio de un panfleto, redactado con la habitual premura, á hondo fuego de inspiración tan urgente, que no permitió esperar ni los datos pedidos á este país. Forzado por el calor febril, como una planta excesiva, aquel libro resultó una creación extraña, que participa de la historia, de la novela, de la política, del poema y del sermón. La leyenda de civilización y barbarie que informa nuestro criterio histórico con credulidad servil, proviene de esas páginas inflamadas; vale decir, sospechosas en su exactitud científica. Fundábase, además, en una venganza. Quiroga debía á Sarmiento los estudios abortados de Córdoba y Buenos Aires, y el primer destierro á Chile. En la literatura polémica de entonces, las diatribas de sir Philip Francis contra Warren Hastings, á quien proponíase perseguir en el mismo seno de la eternidad, daban el prototipo literario de los odios implacables. Fué aquello una de las tantas exageraciones precursoras del romanticismo, literatura sensacional (1) si las hay. Sarmiento recordará en parecidos términos una de esas deudas con Benavídez y el clérigo Maradona. "Débenme, dice, de mancomún *et insolidum*, veintiséis pesos todos los días que amanece (refiérese al precio de tiraje del último número de *El Zonda)* y me los pagarán ¡vive Dios! uno ú otro, ahora ó más tarde".

Es exactamente lo que se propone hacer con su "tigre", de quien ha dicho aludiendo á la fuga de Rosas: "nos queda (de este último) su execrable nombre, que como el de Quiroga llevaremos á la posteridad para que lo maldiga eternamente". (2) Pero había concluído por

(1) Galicismo necesario, puesto que el castellano carece de derivados correspondientes á *sensación*, *impresión* y *emoción*. Dicha palabra tiene entre nosotros la misma acepción específica de interés desusado é intenso, que le asignan en francés. Y luego, hay que decirlo con franqueza: los galicismos civilizan el idioma, sin que ello reporte un perjuicio esencial para éste, en cuanto ambos provienen de una rama latina tan semejante.

(2) Hugo debía situar al tirano en el infierno liberal de *Los Castigos*. Así el verso de la poesía *Éblouissements*, donde, por cierto, [illegible] en buena compañía:

*Iturbide, Rosas, Mazarin, Richelieu.*

apegarse á su Facundo, rasgo típico de novelista con su héroe, aun cuando sea ridículo ó atroz; como Cervantes á Don Quijote, y los románticos á sus "monstruos" precisamente. En aquel temperamento de dominador, debía sentir, por otra parte, analogías recónditas. El también era de esos "hombres nacidos para mandar".

Sin Sarmiento, Quiroga fuera uno de tantos caudillos valerosos y obscuros. Por él es un protagonista shakesperiano. ¡Sublimes paradojas estas venganzas geniales! La irrevocable divinidad de su procedencia, es todavía estrella fatal sobre la maldita frente de sus Luciferes. He aquí tu gloria, bribón pequeño ó grande: búscate el odio de un genio, y muérete después sin ser perdonado.

Ningún personaje tan interesante para el romanticismo, como el bandido y el aventurero, azote de los tímidos vecindarios, jefe de pandillas ó de hordas, terror y á la vez encanto trágico de las doncellas. Ahí está Facundo con sus depredaciones, su melenuda belleza varonil, y hasta el episodio de la Severa á quien no falta ni el estado monjil para completar el melodrama.

El aventurero había de ser también exótico. Facundo tiene su arenal riojano por Calabria gauchesca, y por desenlace los trabucazos característicos, el consabido asalto de la calesa. Si es un poco moro, mejor. Sarmiento se encargará de acentuarle el rasgo beduino.

Aquel paisano que decía de él al general Paz: "Nadie le gana en la guerra, en el juego y en el amor", describía, sin saberlo, al protagonista romántico. La verdad es que el personaje daba de sí.

Montado en su moro brujo, especie de *totem* bélico, que le predice al oído la suerte de las batallas, es un jefe de guerra santa, con su bandera negra blasonada por los emblemas de la muerte, y su gauchaje fanatizado de superstición y de terrorismo. Hay de todo en aquellas tropas, puesto que son los desechos de la antigua sociedad en disolución: prófugos de presidio, como el mismo jefe, bandoleros chilenos, mozos decentes rebajados en la crápula ó en el atavismo inferior; hasta có-

micos tronados (1) y gringos de tenebrosa procedencia. Milicias coloradas ó montoneras andrajosas, con sus ponchos de picote, sus sombrerones agujereados que empenacha la escapada greña, sus jamelgos y mulos de tremendo aguante y pelambre ruin, que el doble delantal del guardamonte amplifica con quimérica bestialidad: su alarido de saqueo y de matanza, sus pasiones, su violencia, repiten los rasgos de la guerra feudal con una fidelidad sorprendente. Es que están en su elemento: nuestro período exactamente medioeval.

Aquel moro de Quiroga, recuerda al *Xanthus* de Aquiles: habla y augura. Su amo, después de la Tablada, hace como los paladines del siglo XI: no se cortará la barba hasta no haberse vengado. Su divisa es un grito del Islam: *Religión ó Muerte.*

La introducción vocativa del *Facundo*, es también romántica. Echeverría había empezado así la suya del *Dogma:* ¡Mártires sublimes! Sus epígrafes son igualmente los habituales de la escuela, y ofrecen una preciosa contribución al estudio de Sarmiento. Es indudable que viene nutrido por las lecturas de la biblioteca que le facilitó Quiroga Rosas, así como que ellas son desordenadas y arbitrarias.

Cita á Shakespeare, por ejemplo, en castellano y en francés; Hugo encabeza un capítulo, otro Malte Brun, otro Humboldt, otro Chateaubriand. La gala romántica consiste en poner epígrafes, cuanto más diversos, mejor.

Algunos, como el de Colden, indican que la obra está citada de memoria. *History of the six nations*, dice. Es de las cinco naciones. Pocos resultan pertinentes sin esfuerzo, como los de Head, aquel inglés capitán de ingenieros militares, que vino traído por Rivadavia á dirigir la explotación de minas decretada en 1823 con tan grandes como falaces esperanzas. De ahí salieron las *Notas de un viaje á través de las Pampas*, que es el libro citado

(1) Nada menos que el segundo de Quiroga, general Ruiz Huidobro: un aventurero español, que, con igual entono de farsante, hacía la comedia en la caballería gaucha, y en la indumentaria fachendosa. Hombre del «género», como se ve, hasta lo más íntimo de su hilván.

por Sarmiento. También recuerda al Volney de *Les Ruines* la introducción de *Civilización y Barbarie*: ¡Sombra de Facundo! El mismo Sarmiento hizo en 1887 una comparación sugerente: "La Pampa, El Rastreador, etc., que han quedado como la introducción de Volney á las Ruinas de Palmira" (1).

Y luego, el epígrafe liminar: *On ne tue pas les idées.*

Habíalo escrito, ya se sabe, como despedida de su segundo destierro, en francés, para mayor gala "civilizada" y romántica.

No merecía, por cierto, el subalterno y acomodaticio Fortoul tamaña honra. Pero el libro donde Sarmiento había visto aquella frase, era la información fresquita que halagaba su vanidad de autodidacta: *Grandeur de la vie Privée* (1838). La forma lapidaria del vulgarísimo apotegma debía también interesar su incipiente cultura. Y después era la frase "de actualidad", valorizada por aquella situación.

Discípulo de Leroux, cuyo liberalismo propagaba, Fortoul antecedía con aquellos conceptos, si tal nombre merecen, la literatura política del *Imperio Liberal*, cuyo adicto sería luego. Diputado á la constituyente de 1849, ministro de marina bajo la presidencia de Luis Napoleón, confióle éste la cartera de instrucción pública del Imperio. Representó allá la reacción napoleónica, restaurando la enseñanza literaria; pero Sarmiento no podía prever en 1840 esta transformación del diácono de

(1) Algunos de aquellos autores, como Alix, no lo fueron sino de textos hoy olvidados: así esa *Histoire de l'Empire Otoman*, un manual en tres tomos (1822-25) muy difícil de encontrar ahora. Otros como Roussel, cuya descripción había leído Sarmiento traducida al inglés, puesto que en inglés la cita, figuran en los repertorios con escasísimo haber bibliográfico (la *Palestina* recordada en el *Facundo*, no está en Brunet) y para mejor, sus mismos nombres suelen hallarse mal escritos en los libros de nuestro autor. Así el mencionado abate Roussel, escrito *Rousse* en la edición definitiva de 1874.

Leroux, á quien admiraba justamente la juventud liberal de nuestro país (1).

El *Facundo* constituye todo el programa de Sarmiento. Sus ideas literarias, su propaganda política, sus planes de educador, su concepto histórico, están ahí. Es aquella nuestra gran novela política y nuestro gran estudio constitucional: una obra cíclica. El primer escritor argentino verdaderamente digno de este nombre había nacido.

Los *Recuerdos de Provincia*, libro más sobrio y maduro, el mejor de Sarmiento literariamente hablando, son de aquella simiente. Representan con *Facundo* la tentativa lograda de hacer literatura argentina, que es decir patria; puesto que la patria consiste ante todo en la formación de un espíritu nacional, cuya exterioridad sensible es el idioma. Sarmiento ha dejado ya de ser un escritor romántico. Perdida toda reminiscencia de escuela, es esta cosa eterna y enorme: el padre de una literatura, el representante de un pueblo. Aquel doble poema queda incorporado á la nacionalidad de una manera irrevocable. Desapareciera ésta, y todavía el espíritu argentino quedaría vivo en él. Sarmiento y Hernández con su *Martín Fierro*, son los únicos autores que hayan empleado elementos exclusivamente argentinos, y de aquí su indestructible originalidad. El país ha empezado *á ser espiritualmente*, con esos dos hombres. Ellos representan el proceso fundamental de las civilizaciones, que semejantes á la Tebas de Anfión, están cimentadas en cantos épicos. Así, es una verdad histórica que los poemas homéricos formaron el núcleo de la nacionalidad helénica. Saber decirlos bien era el rasgo característico del griego. Bárbaro significaba revesado, tartamudo: nuestro *gringo*. Por aquellos hombres registramos nuestro natalicio como la Grecia de los héroes

(1) El sonoro vengador de *Les Chatiments* encargóse de condenarle con profusión. Fortoul es, efectivamente, uno de los personajes más citados en aquel libro.

y la España de los paladines. *Facundo* y *Recuerdos de Provincia,* son nuestra Iliada y nuestra Odisea. *Martín Fierro,* nuestro Romancero. Eso no puede ser sino de aquí; sería inconcebible en cualquier otra parte; y á la vez comprende al hombre eterno que resulta inteligible para todo el mundo. He ahí la estructura de los poemas cíclicos cuya misma naturaleza excluye la repetición. Agotado así el hombre para nuestra épica, queda sólo la naturaleza que inspirará nuestras futuras *Geórgicas.* Entretanto, aquellas obras prueban nuestra capacidad para la más alta civilización, al constituir la hermosura del día primordial que todos los Génesis alaban, dando por fundamento al universo la creación de la luz. Sarmiento nos había certificado ya con su tipo la aptitud para la vida superior como hombres. Sus obras constituyen nuestra entidad espiritual de nación. Aquel homérida, educado como los antiguos en el destierro, por largos viajes y largas penas—pues ni este detalle típico le faltó—no hablaba en vano de la civilización: él iba á fundarla. Que fatigas de héroe son también las Iliadas y las Odiseas.

¿Qué eran, por lo demás, el *Facundo* y los *Recuerdos,* sino frutos de la libertad conservada aun á costa del destierro, y programas de libertad á su vez? Es que la libertad constituye la condición esencial del artista: y por esto en la luminosa Grecia de los dioses y de los héroes, prohibíase al esclavo el ejercicio de las artes.

Repito que de allá proceden todos los otros libros de Sarmiento.

*Argirópolis,* aquella nueva Isla de Utopía, sueña las confederaciones imposibles. Pero si los pueblos del antiguo virreinato no han de unirse materialmente, instituyendo en Martín García su capital quimérica (tal es el objeto de ese libro singular que demuestra una vez más la inclinación novelesca de Sarmiento) pueden hacerlo en el espíritu. Para eso están la educación y el arbitraje permanente de cuya doctrina él será iniciador en el

derecho sudamericano, donde quiere verla figurar como cláusula estable: "arbitración y no guerra", dice ya en 1850.

Su *Educación Popular*, el libro que más apreciaba (1) tendrá su comentario en el capítulo siguiente. Sus *Conflictos y Armonías de las Razas*, (2) son un desarrollo del *Facundo* sociológico. Sus *Viajes*, contienen la propaganda de la civilización europea que aquel libro pregona como dechado, incesantemente.

Los *Comentarios* á la Constitución y la *Campaña del Ejército Grande*, tienen su respectiva oportunidad en los capítulos pertinentes. Ambos están dedicados, por lo demás, á la enseñanza de la libertad y de la civilización europea que Sarmiento debía imponer á nuestras instituciones militares de un modo definitivo. Si el primero es el estudio de la libertad organizada, ó sea la civilización legal, el segundo resulta una crítica indirecta, pero eficaz, de las armas del caudillaje, y la consiguiente propaganda del progreso en la materia.

Su último libro, la *Vida de Dominguito*, no es menos característico. Necrología llena de nobles páginas, de poética intimidad doméstica al modo de Lamartine, es también un tratado de pedagogía. Y precisamente cuando mezcla estos elementos, tan discordes al parecer, es cuando el libro resulta más hermoso y original. La descripción de aquella infancia, es una obra maestra. Así profesaría un Fenelón que hubiese llorado...

Y por último, mejor entre todas, al representar en el más alto concepto humano la estética de la energía, esa vida de escritor que se extingue numeroso de días útiles, como el viejo Laertes en su finca griega, sintiendo venir la patria grande y gloriosa, creada por su esfuerzo, con

(1) La primera edición de los *Recuerdos de Provincia*, substituye así su nombre: «Por el autor de Civilización y Barbarie, Viajes por Europa, Africa y América, y Educación Popular».

(2) Autorizado también en tercera persona, como se ve en la nota anterior.

la poética fe que inspira al contento agrario la preñez del racimo. Vida toda espíritu, que fué volcán para labrarse cumbre, y luego amansada, comunicar su fuego al mosto valeroso, su vigor al cereal, su índole á la populosa arboleda. Vida ejemplar que demuestra cómo la superioridad del espíritu es realmente el máximo valor humano, y enseña á la "generación de sibaritas y especieros enriquecidos", según tal apóstrofe suyo que dijérase evangélico, cómo la hoja de papel animada por la palabra, puede transformarse en hoja de acero laborioso y vengador, para ejecutar tiranos, hacer civilización, fundar naciones.

Todo acaba en tumba sobre la tierra, menos la palabra hermosa. Grecia ha muerto. Homero vive.

## CAPITULO VI

### El educador

La compasión á la ignorancia y el amor á la verdad, hicieron de Sarmiento un educador.

De ver á los montoneros fanatizados por el mismo caudillaje que explotaba su lamentable condición, y á ciertos mocetones de San Francisco del Monte, lozanos y analfabetos, vínole la idea de enseñarles á leer. Poseía el arte, ya por entonces, pues cuando era chiquillo, solían llamarle las relaciones para verle desempeñarse, premiando su habilidad con agasajos y chucherías. Así llegó á formarse solo el futuro inventor—es la palabra—del gran programa de enseñanza popular, novedoso hasta ahora en gran parte. Su concepto experimental de este ramo, basábase, pues, en el ejercicio de la vida y de la sociedad donde se desarrolló, proviniendo de aquí su importancia singular como educador sudamericano.

El *Dogma Socialista* y sus comentadores, habían formulado el principio que derivaba, á su vez, del liberalismo contemporáneo: educar al pueblo para que pueda ser libre. Así Echeverría en diversos escritos; así Alberdi, propagandista de la enseñanza industrial, por contraposición á la literatura y á la teología de las cátedras coloniales que criticara con su habitual agudeza: "La industria es el calmante por excelencia. En

vano llenaréis la inteligencia de la juventud de ideas abstractas sobre religión, si la dejáis ociosa y pobre. La industria es el gran medio de moralización. Recordemos á nuestro pueblo que la patria no es el suelo. Tenemos suelo hace tres siglos, y sólo tenemos patria desde 1810. La libertad, como la civilización de que hace parte, es esencialmente artificial, en el sentido que *(sic)* es la naturaleza cultivada y educada''.

Pero nadie había formulado el programa, que es lo esencial, ni había dado con la práctica, que es el todo. El *Manual de Enseñanza* encargado á Echeverría por el gobierno de Montevideo, es un breviario insustancial de liberalismo catequista. La enseñanza escolar de los emigrados en Chile, fué lancasteriana, ó se limitó á la dirección de institutos especiales. La educación popular, ó sea el fundamento de la democracia, sólo Sarmiento la concibe debidamente.

He dicho que esto provino también del amor á la verdad.

Sus nociones falsas de la escuela primaria, donde todavía la enseñaron ''que la tierra está inmóvil en medio del firmamento''; los librotes dogmáticos de sus primeras lecturas; la exhibición odiosa del preceptismo clerical que argumenta sus postulados con el infierno, reveláronle que no hay libertad posible sin el ejercicio de la razón.

De aquí parte su apostolado, que iba á realizar por primera vez en el *Colegio de Santa Rosa*, después de aquellas obscuras empresas en Los Andes, Pocuro y Copiapó, donde enseñaba á los mineros de Punta Brava por medio del silabario y del dibujo. Pues conviene advertir que el intrépido fundador, tenía ya una ilustración muy vasta. Su autodidáctica comprendía el francés, el inglés, bastantes matemáticas, no poca literatura al montón, y dicho queda el dibujo, cuya importancia pedagógica percibía en toda su amplitud: como un lenguaje directo.

No fué irreflexivo ó forzoso el proyecto de fundar en San Juan un colegio de niñas, aprovechando la reconciliación con Benavídez y las tendencias favorables de

este caudillo. Sarmiento daba una importancia capital á la educación de la mujer. De ella, decía, depende la suerte de las naciones. Por esto, una de sus primeras medidas en la materia, cuando gobernó, fué crear las escuelas normales de maestras. La vinculación de la escuela con la maternidad, constituyó uno de sus temas favoritos. Quería fundar salas de asilo para los niños de las obreras, mientras éstas se hallaran trabajando: institución benéfica que no tenemos aún. Estos asuntos, eran correlativos para él á la buena instalación de las escuelas, ó sea á la primera lección de cosas que debe suministrar el estado al ciudadano futuro: el ejemplo de la comodidad y del aseo convertidos en deberes. Asimismo, veía en la educación de la mujer la mejor propaganda de la libertad espiritual. Por esto eligió para pronunciar su famoso discurso contra el clericalismo, en 1883, la escuela normal de maestras de Montevideo. Sus artículos *La Escuela sin la Religión de mi mujer*, resultaron de la polémica motivada por aquella pieza oratoria, é iniciaron la campaña liberal que produjo al año siguiente la ley de enseñanza laica.

Su célebre conflicto con la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires tuvo el mismo origen. El grande hombre quería incorporar las escuelas de mujeres al plan de enseñanza común, y al fin consiguió su intento.

El Colegio de Santa Rosa hubo de instalarse, sin embargo, en los claustros concluídos de un monasterio para monjas de esa advocación, que fray Justo de Oro, tío de Sarmiento, proyectara años atrás, destinando á la educación la comunidad habitante; y su origen fué una recomendación del mencionado sacerdote á su hermana doña Tránsito, para que pusiera la educación de su hija en manos del sobrino, cuando este último regresó de Chile. Así se explican, tanto el nombre de la casa, como la enseñanza de la religión que abundaba en su plan de estudios: concesión indispensable, por otra parte, á las ideas de aquella sociedad y de su gobierno: pues ya se sabe que los caudillos federales eran fervorosamente católicos.

Comprendía el plan de aquel internado, porque se

trataba de una pensión escolar, (1) las primeras letras, el francés, el italiano, el dibujo natural, la música, el baile y la economía doméstica: el ideal de la enseñanza para mujeres, hoy como ayer. Entre sus textos de lectura no figuraba ninguna obra mística, lo que ya era un paso. Fué su directora doña Tránsito de Oro y su prefecta doña Bienvenida Sarmiento, consagrada desde entonces á la enseñanza, con tal desinterés, que al cumplir los noventa y seis años, con sesenta de magisterio, el gobierno de San Juan no supo cómo asignarle jubilación, pues nunca había tenido sueldo (2).

Consérvase la constitución de aquel internado, escrita por Sarmiento. La disciplina era rigurosa en lo concerniente á horario de trabajo y diversiones. Estas comprendían, fuera de los habituales recreos y salidas hebdomadarias, visitas en corporación á las familias respetables, para que las alumnas aprendiesen urbanidad: ingeniosa vinculación del hogar con la escuela, por medio de la cortesía y de las buenas costumbres. Iban asimismo aquellas señoritas á la iglesia, para las fiestas patronales y de precepto; y es de figurarse la cándida fresca bandada de virginales palomas que alegraba la pequeña ciudad vetusta con su juventud y su sencillo uniforme: bata blanca con manga y media manga, para que no transparentara pecaminoso cambray, so pretexto de verano, las tiernas frescuras rosas; falda blanca también, á media pierna; y como prolongado su estrecho ruedo, calzón del mismo color, que caía en vuelo de randas sobre el pulido escarpín de tafilete ó de prunela.

Conciliaba el adorno—un cinto escarlata de largas puntas caídas por delante—la estética federal del gobierno protector (3) con la advocación literal de la pa-

(1) *Internado y pensión* no figuran ó tienen acepciones distintas en el diccionario académico. Advierto que estas observaciones sólo se refieren á las diferencias de más bulto. Con tal motivo, eludo muchas, y no de las menos interesantes. Nuestro castellano es, con todos sus defectos, mucho más rico y eficaz que el de la Academia.

(2) Ya se recordará que doña Tránsito de Oro era tía de Sarmiento. Doña Bienvenida era su hermana.

(3) En uno de los números de *El Zonda* hay un escrito encabezado por el rigoroso *¡Viva la Federación!*

trona; repitiéndose aquel color en el doble moño de cinta dispuesto muy bajo á ambos lados de la cabeza, para aderezar el peinado juvenil: liso "á la virgen", naturalmente, y rematado por dos trenzas que pasaban como asas por debajo de las orejas, desde la nuca á la sien.

El traje diario componíase de dos vestidos de quimón ó de zaraza azul con delantal de nanquín; y en invierno llevaban para dormir los cucos gorritos con vuelos.

Las pruebas consistían en un examen semanal, uno mensual, uno trimestral y uno anual muy solemne, pues era fiesta pública á la cual asistía el gobernador. Los premios consistían en anillos, collares y dijes. Sarmiento amó con toda su alma aquella institución, cuyo fracaso lamentaba muchos años después.

Examinemos su vasta obra docente en los artículos y periódicos que le dedicó, en los institutos fundados por él, y sobre todo, en su gran libro de la *Educación Popular,* que detalla, como él decía, su invención pedagógica.

Había fundado en Chile, en 1852, apenas regresado de Caseros, *El Monitor de las Escuelas,* publicación oficial. En 1855 publicó en el mismo país la *Educación Común en el Estado de Buenos Aires*, y en esta última ciudad, al año siguiente, los *Anales de la Educación Común,* que había entrado á dirigir como jefe del departamento de escuelas. Estos son los orígenes de la prensa docente en Sud América.

Otras instituciones debían completar ese plan.

Figuran entre las primeras, las conferencias ó cursos de vacaciones para maestros que instituyó en Chile en 1854, siendo su primer director. Adviértase que entonces, ya caído Rosas, las preocupaciones políticas del "futuro presidente de la República", debían ser urgentes hasta la angustia. Su disgusto con Urquiza era el naufragio á la entrada del puerto; pero nada conseguía distraerle de su misión educadora, que no conocía, como se ve, límites ni patria. Así, fomenta la vocación del notable educador uruguayo Varela, como luego encendería en su fuego apostólico al general venezolano Terreros.

La edificación escolar, es otra de sus preocupaciones.

Quiere la escuela hermosa y capaz, asignándole una población de trescientos niños, que efectivamente comporta su máxima eficacia.

Sus instrucciones á los inspectores de enseñanza, son modelos permanentes en la materia.

Las cajas de ahorro escolar, las escuelas para irregulares y atrasados, figuran ya en su programa. Y luego, el vasto concepto del educador que quiere hacer de la instrucción el bien humano por excelencia, sin excepción hasta para los más míseros: el sol de todos.

"El Estado no debiera ocupar peón alguno en las obras públicas, sin darle dos horas de descanso al día para aprender á leer". He ahí una excelente manera de plantear, con ventaja, para todos, la humanitaria jornada de ocho horas: dos para instruirse en la escuela ambulante que el Estado pondría cerca de la obra pública, especialmente la ferroviaria con sus grandes masas de jornaleros; y dos para comer y descansar, forman el resto del día útil.

"Las cárceles deben ser escuelas. Los presos son enfermos" que necesitan hospital adecuado. Las cárceles "sanas" que la Constitución prescribe, parecen llevar inherente la idea de la cura. "Para esto necesitamos hacer de toda la República una escuela".

Durante su desempeño diplomático en los Estados Unidos, es esa su gran preocupación. Allá, en el *Instituto Americano de Educación,* que Emerson preside, pronuncia su notable discurso *El Maestro de Escuela;* publica luego su obra *Las Escuelas de los Estados Unidos,* que es el informe sobre esa materia, dirigido á su gobierno; inicia la publicación de la revista *Ambas Américas,* de pedagogía, bibliografía y agricultura; traduce la *Vida de Lincoln,* el presidente leñador...

No hay para qué decir que en hombre tan honrado y ejecutivo, estas ideas obtuvieron todas las realizaciones inmediatas compatibles con su poder.

Dos años después de fundada en los Estados Unidos la primera escuela normal, él hace lo mismo en Chile (1842). Debo añadir, para asignar á cada cual su mérito, que la iniciativa teórica provino de don Andrés

Bello; si bien la primera fundación de este género en América, corresponde á Rivadavia, quien nombró director á don Pablo Baladía (1826) cuyo nombre precursor interesa ciertamente conservar; mientras el mismo año, el gobierno entrerriano del general Urquiza, requería de la legislatura una ley para crear dos de esos institutos, aunque no llegó á establecerlos.

El viaje de Sarmiento á Europa y á los Estados Unidos, fué fecundísimo bajo este concepto.

Conferenció con Guizot, visitó la escuela normal de Versalles, estudió el método Morin y practicó en el colegio de Leví Alvarez. En España investigó el desarrollo de la ortografía por consulta directa de antiguos manuscritos, y se inscribió miembro de la *Sociedad de Profesores de Madrid*. Holanda le reveló el sistema simultáneo que permite duplicar la población de las escuelas, si bien es poco recomendable para nosotros. En Italia visitó algunos institutos de ciegos y sordomudos. Los seminarios prusianos, ó establecimientos de profesorado secundario, enseñáronle el alto normalismo; y en los Estados Unidos, ratificó sus mejores intuiciones sobre la enseñanza democrática.

Intuiciones, es la palabra exacta. Había llegado á formular el sistema, antes de conocerlo por la lectura ó de vista. La *Educación Popular*, fué el producto literario de esos viajes.

Aquel libro fija el concepto cualitativo y cuantitativo de la instrucción, proclamándola integral, muchos años antes de que ésta constituyera el sistema así llamado. Proclama por lo mismo, que la instrucción es una, y no admite clasificación ordinal. El sistema debe ser uno sólo, debidamente relacionado, puesto que la escuela se propone formar al ciudadano completo. Por primera vez formulábase en América esta ley fundamental de la enseñanza democrática, así convertida en deber de estado, sin ninguna limitación. El estado debe al ciudadano el máximum de instrucción posible. Porque su interés primordial consiste en formar ciudadanos con el mayor número de aptitudes. Los medios de hacerlo, social y pedagógicamente hablando, son la gratuidad

(1) en toda la extensión de la enseñanza, y la correlación de los estudios.

Para esto es indispensable la formación de un tesoro escolar, que precisa sustraer al dominio directo del estado, con el fin de impedir que la política lo explote indebidamente. De aquí los Consejos autónomos, objeto permanente de su propaganda. La renta escolar debe ser especial, tanto en la ley contributiva como en la administración.

No hay para qué decir que su método de enseñanza era el racionalista. Su posesión del asunto es tal, que á veces un solo párrafo suyo equivale á un libro. El sistema queda formulado en doce líneas. Primero, el fundamento racional: de lo conocido á lo desconocido. Luego, la progresión de las dificultades; la oportunidad de los conocimientos, conforme á las ideas que el alumno tiene; la abolición del mecanismo, que es rutina; el interés de la enseñanza.

Integralista, quiere que la educación intelectual esté fundada sobre la educación física. La lección de cosas, ha de constituir á su vez el fundamento de aquélla. Para esto pide el museo escolar, todavía rudimentario en nuestras aulas. Su lección sobre un trozo de pedernal, elemento tan abundante en Chile, que es para donde fué escrita, constituye un modelo al respecto.

El plan de aquella primera escuela normal, adoleció, sin embargo, de grandes defectos. No contenía ciencias naturales, lo cual es indispensable para la enseñanza objetiva y carecía de escuela de aplicación, convirtiendo en teoría la pedagogía que es esencialmente práctica. Verdad es que, por entonces, en ninguna parte se enseñaba mejor.

Debe mencionarse también entre las deficiencias de aquella pedagogía, el uso de castigos corporales, penitencias y premios, cuya abolición difería, sin embargo, el educador, para cuando "el arte de enseñar haya

(1) Palabra insurgente pero necesaria. Gracia significaría aquí lo contrario: porque la enseñanza en concepto democrático, es un derecho del ciudadano.

hecho más progresos''. Lo cual quiere decir que consideraba fundamentalmente malos esos procedimientos. En cambio, deseaba suprimir el examen cuya utilidad apreciaba para los estudios superiores solamente, y sustituirlo por la acción constante de la enseñanza que es, en suma, la verdadera disciplina.

Pero la lectura y la escritura, ó sean los dos medios indispensables para la adquisición y comunicación permanente de los conocimientos, alcanzaron un adelanto notable. Nadie ignora que Sarmiento era especialista en la materia. Hasta el día de su muerte, conceptuó que el deber por excelencia del hombre para con sus semejantes, es enseñarles á leer. Todos sus criados fueron también sus discípulos. Tenía horror á la mala letra, que es el espejo, afirmaba, de la mala educación y del egoísmo. Por el contrario, la buena, designaba para él franqueza y amor al bien. ''Su forma está en el alma''. Quería que se inculcara á los niños esta especie de grafología moral, por otra parte exacta y científica. Para esto, las escuelas debían intercambiar sus cuadernos, mapas y dibujos. Cuando era presidente de la República, solía meterse en ellas de rondón para ver las planas.

Conocida es su famosa reforma de la ortografía, basada en las terminaciones y las radicales solamente, es decir, con exclusión del rudimento etimológico que las letras mudas representan. Todo ello tendía á la simplificación del escrito, por el uso exclusivo de los elementos estrictamente necesarios. Pero olvidaba que la ortografía es la fisonomía del idioma, y que el canon es impotente para reproducir la vida manifiesta en aquel conjunto. La apariencia científica de ese proyecto literalista, era la negación de la ciencia. Su pretendida racionalidad, inaplicable. Las letras son elementos convencionales empíricos, no formaciones racionales. Proceden de la primitiva reproducción jeroglífica, que comporta una sensación y no una idea. Las convicciones de Sarmiento eran tan comunicativas, que la Facultad de Filosofía y Humanidades de Santiago, presidida por el purista Bello, aprobó la reforma cuyo éxito duró siete años en Chile (1844-51).

Con esto, modificó los nombres de las consonantes, que formaron la famosa retahila inicial de su *Método Gradual de Lectura*:

*Ve peneque que merece te se de leche beyerreñe qsjfe.*

Son, como he dicho, los nombres de las consonantes que todas deben terminar en *e* para mayor facilidad de aprendizaje. Los niños aprendían de memoria la retahila, y por ahí empezaba el sistema. Era el artificio correspondiente á la reforma ortográfica, y como él erróneo en su esencia. El aprendizaje racional comienza por sílabas significativas: *ma-ma, pa-pa,* y por imitación directa. Es el sistema actual, antecedido sin duda por aquel de Sarmiento, que comportaba ya un progreso sobre el deletreo. El método científico, aplicable á toda la enseñanza, consiste en que la regla, la fórmula aprendida, venga después de la experiencia.

En cambio, la importancia asignada á la lectura por el educador traía consigo la verdadera reforma. ''De la perfección de la lectura depende la civilización de un país''. La constitución de la unidad americana para leer, fué una de sus preocupaciones constantes.

Al mismo tiempo reformaba la enseñanza del idioma. Formuló antes que Bello la nomenclatura racional de las partes de la oración y de los tiempos del verbo.

La aritmética pasó á ser enteramente práctica en la pizarra y el cuaderno. Introdujo en esta materia el uso del ábaco, el sistema decimal, el método objetivo que la vincula al positivismo general de las ciencias y el cálculo mental.

Del propio modo la geografía, una de sus predilecciones, tuvo por campo experimental y por fundamento el mapa. La cosmografía quedó, asimismo, sistematizada.

Sarmiento había percibido también la dificultad de los textos escritos con ideas y estilo adultos, ó sea el gran escollo de la enseñanza, que todavía no hemos conseguido evitar. El autor de textos debe escribir como si él mismo fuera niño. Así, su método de lectura fundábase *en las dificultades de la infancia.*

Por último, el dibujo que poseía bastante bien—nadie

enseña sino lo que sabe—merecía su predilección inteligente. No era para él un arte de adorno. Constituía *uno de los fines* de la educación popular; lo cual quiere decir que atribuía á la estética un papel primordial en la enseñanza. Es, como se ve, todo el integralismo: educación física, estética é intelectual. La constitución del Colegio de Santa Rosa comprendía ya la música y el baile.

Electo presidente, su obra de estadista tuvo la instrucción pública por fundamento.

Creó en las provincias la instrucción primaria superior, ó graduada, y asignó premios á aquellas que educaron mayor número de niños, para fomentar así la enseñanza. Dicha ley estuvo vigente durante toda su presidencia, y los premios alcanzaron á diez.

Las subvenciones escolares con igual objeto ascendieron de 15.000 pesos que se gastaba regularmente desde 1864, á 64.000 pesos en 1869. Un decreto fijó las condiciones requeridas para percibir esas subvenciones, y una ley, en 1871, su proporción por provincia. La gratuidad de la enseñanza comenzó por los textos escolares en los cuales se invirtió 12.000 pesos; pero la compra y la distribución no correspondieron, desgraciadamente, á la buena idea.

Como según los principios de Sarmiento, los ciudadanos eran acreedores al máximum de enseñanza fiscal, su acción no se limitó á la instrucción primaria.

Los colegios nacionales merecieron toda su atención. Modificóse el plan de estudios, si bien con carácter enteramente literario. Sólo en dos años de los seis que lo constituían figuraban la física, la química y las matemáticas. El resto concernía al latín, francés, inglés é historia. En San Juan y Catamarca funcionaron á título regional cursos de mineralogía. En Buenos Aires, otros libres y nocturnos de geometría y mecánica, química y estenografía.

En la segunda de las provincias citadas se anexó al colegio una escuela primaria, detalle que revestía una importancia trascendental. Así la nación intervenía con su ayuda en este ramo, reservado por la constitu-

ción á las provincias, bajo un concepto, favorable en el fondo, para las entidades autonómicas, puesto que fomentaba su elemento más necesario; al paso que iba iniciando la federalización de la enseñanza común, ó sea el único sistema realmente eficaz de suprimir aquí el analfabeto (1). Sarmiento es, así, el primero que lleva á las provincias la escuela primaria de la nación.

Mientras tanto, la innovación en los institutos secundarios, continuaba activísima.

Conservóse la doble calidad de alumnos oyentes y libres, por un erróneo interés de fomentar la cultura, ó sea, propiamente, por falta de concepto sobre el destino de la enseñanza media. La urgencia del planteo, perjudicaba; pero también esto era lo indispensable. La organización vendría después. En algunos colegios, funcionaron, á título de ensayo, máquinas agrícolas. Suprimióse en los mismos, el internado; creóse la inspección técnica; hízose venir de Europa gabinetes de ciencias, laboratorios y colecciones de historia natural: los primeros después de Rivadavia. Eran los elementos constitutivos del régimen actual, que el doctor Joaquín V. González transformó científicamente en el integralismo consecutivo y necesario, dando concepto orgánico á aquellas acertadas, si bien todavía confusas iniciativas.

En 1869, empezó á desarrollarse la enseñanza normal, con la creación de cursos anexos en los colegios nacionales de Corrientes y del Uruguay, á los cuales se agregó las escuelas de aplicación correspondientes. El gobierno costeaba en ellos diez becas. (2) Una ley del

(1) La reserva de la enseñanza primaria como parte de la soberanía no delegada por las provincias, fué una desgraciada copia de la constitución de los Estados Unidos, donde tuvo por objeto conciliar las diversas religiones de aquellos. Aquí no ha servido sino para mantener el atraso, facilitando el consabido negocio de los gobiernos impúdicos con las subvenciones escolares de la nación, ó la intolerancia clerical que en Córdoba, por ejemplo, ha suprimido de hecho la enseñanza laica.

(2) El primer servicio de este género durante el período constitucional, corresponde á la presidencia del general Urquiza. La ley que federalizó el colegio de Montserrat, de Córdoba, creó 65 becas, á razón de 5 por provincia.

mismo año, autorizó la fundación de dos escuelas normales. Al siguiente, se fundó la de profesores del Paraná, con setenta becas. Su plan fué excesivo y desequilibrado. Las matemáticas comprendían siete materias, inclusive la agrimensura; pero faltaba la historia natural. Desarrollábase en cuatro años, como ahora. La edad mínima para ingresar á los cursos, era de dieciseis años: requisito previsor, pues evitaba el egreso de maestros demasiado jóvenes.

Las ideas liberales de Sarmiento, comprendían también al clero. Entre los institutos docentes que fundó ú organizó, figuran los seminarios conciliares. La circunstancia de ser sacerdote un ciudadano, nada la quita de su derecho á la educación. Todo lo contrario. La suya requiere el mayor interés, puesto que es un director de espíritus.

El colegio militar y la escuela naval, son fundaciones de aquella presidencia. El último de dichos institutos, empezó á funcionar á bordo del vapor "Brown".

Siendo director de la guerra contra la montonera en 1862, y poco después gobernador de San Juan, Sarmiento había fundado en esta provincia y en Mendoza, dos quintas normales para la enseñanza de la agronomía y la arboricultura: instituciones iniciadas á su paso por San Juan en 1855.

Presidente, creó dos cursos análogos en Salta y en Tucumán, con su correspondiente plan de estudios. Ordenó las primeras investigaciones oficiales sobre entomología agrícola, y estableció el primer curso de veterinaria. Corresponde también á su gobierno el plan de enseñanza de la minería, y la institución de un premio para el descubrimiento de la hulla.

Preocupóle la educación de los sordomudos y de los ciegos que había experimentado en los conocidos cartones de relieve. Levantó por último el primer censo escolar, fundamento de todo plan orgánico de instrucción pública, y organizó la estadística de la enseñanza primaria, que es el complemento de aquella medida. Pudo señalar en ella una de las cifras significativas de su gloria. La población escolar, alcanzó bajo su gobierno, á cien mil niños.

En la enseñanza superior, fundó el Museo de Historia Natural, para cuya dirección trajo á Burmeister, el ilustre contradictor de Darwin, quien era, sin embargo, una de las grandes admiraciones de Sarmiento. Así lo manifestó años más tarde, en la conmemoración del sabio inglés, con uno de sus más célebres, si bien no mejores discursos; pues era, á decir verdad, escaso de ciencias naturales. Burmeister, asaz autoritario (1) y de escabroso trato por lo demás, estimaba mucho sus prendas de varón docto; y hubo de dedicarlo, con un prólogo de desagravio contra los excesos de la prensa, una descripción de *"La Ortiga de Mar (Physalia Arethusa) Animal Notable del Océano"*. Lo cual constituía un insigne honor, dado lo perrengue de semejante maestro.

Pero éste tuvo para con su insigne amigo, un rasgo de humorismo científico más elocuente aún: dedicóle una mariposa hesperia del género *discophus,* bajo el nombre de *Discophus Faustinus* que constituía la intencionada alusión, al ser *discophos,* en griego, sordo de ambos oídos.

Algunos años después, Berg descubrió que el *Faustinus* de Burmeister, no era precisamente un *discophus;* con lo cual hubo de crear á su vez un género, el *Sarmientoia Faustinus,* que cuenta cinco especies, respetando, así, la designación original. Esta familiaridad con los sabios, era en Sarmiento un rasgo más de grandeza.

Fundó la Facultad de Ciencias de Córdoba, á cuyo efecto hubo de contratar en Europa un plantel de profesores extranjeros, que iniciaron el estudio científico de nuestra naturaleza con notables trabajos. Lorentz empezó la clasificación botánica, dedicando á Sarmiento, con oportuna intención poética, cual es de uso entre los sucesores de Linneo, iniciador de ese bello latín floral cuyas denominaciones parecen versos geórgicos, la más

(1) De ahí alguna equivocación que previene eficazmente contra el despotismo científico. Burmeister declaró que las pampas santafecinas eran inservibles para la agricultura; aunque ya su colonización iba demostrando lo contrario.

noble de nuestras cigofíleas: el palo santo, de madera olorosa y rudo aspecto, como su patronímico genial: *Bulnesia Sarmienti* (1). Kayser estudió los fósiles silúricos de la sierra sanjuanina, denominando igualmente á un antiguo caracol, *Maclurea Sarmienti* (2). Bodenbender y Brackebusch constituyeron nuestra geología, iniciada por Bravard, también amigo de Sarmiento.

La fundación del observatorio de Córdoba, fué el complemento de aquella iniciativa y vinculó su nombre á una de las más importantes contribuciones científicas ofrecidas por nuestro país: la formación del mapa celeste del hemisferio austral, ó *Uranometría Argentina* de Gould, á quien trajo de los Estados Unidos con ese doble objeto. Comprendía que este ingreso en la ciencia universal, á bulto con su tierra y con su cielo, realzaba más que nada la dignidad del país entre las naciones. Y así su genio tiene por gigantesca constelación, todas las estrellas del firmamento de su patria. Ese pobre, sin otro bien humano que su larga pena genial, es el millonario de los diamantes eternos. Su nombre está en el fósil, piedra fundamental del planeta, y corre con la longevidad de las especies, en los anales científicos que hablan la lengua universal. He ahí la definición de su gloria.

El mapa general del país, también es iniciativa suya. Sarmiento, siempre Sarmiento. Ubicuidad como divina, porque el genio es la emanación de una divinidad.

Concluída la presidencia de la República, acepta con

(1) En la reciente publicación oficial *El Jardín Botánico de Buenos Aires*, por Carlos Thays, la clasificación está atribuída á Grisebach. Esta confusión debe provenir de que dicho autor la cita en su obra *Simbolae ad Floram argentinam*, bien que como de Lorentz. En el otro trabajo suyo, *Plantae Lorentzianae*, precisamente, no figura la *bulnesia* en cuestión. Verdad es que entre ambas publicaciones, mediaron cinco años (1874-79). En el tercer tomo del censo agropecuario (1909) la monografía del señor F. Mauduit sobre arboricultura argentina, contiene el mismo error. La del señor F. Latzina, sobre gea, flora y fauna, menciona el árbol, pero sin denominación técnica.

(2) Propiamente un cefalidio del orden de los terópodos (clase III, ord. I de los moluscos).

ejemplar modestia democrática, el puesto de director general de escuelas de la provincia de Buenos Aires, que iba á desempeñar por segunda vez; y el siguiente año 1875, produce ya la ley de educación común de la misma. El Consejo General, institución de su incesante propaganda, queda fundado por esa ley. El año 76, reglamenta las escuelas de su dirección, y funda el periódico quincenal *La Educación Común en la Provincia de Buenos Aires.*

En 1881, el gobierno nacional nómbrale Superintendente de Educación, lo cual le daba la presidencia del Consejo Nacional, creado en reemplazo de la comisión del mismo nombre. La primera medida de Sarmiento, fué un rasgo peculiar de su carácter emprendedor. Convocó á los maestros, para darles en persona una lección de lectura. Un año escaso duraron aquella institución y aquel desempeño, esterilizados por desavenencias intestinas que provenían de su viciosa constitución. Sarmiento no podía estar bien, bajo la tutela de comisiones por respetables que fueren. Tenía, por otra parte, suficientes méritos para entregarle á discreción la enseñanza. Un decreto injusto y mañoso, en el cual no es difícil percibir la animadversión clerical del ministro de instrucción pública doctor Pizarro, barrió con todo; mas, para instituir casi al mismo tiempo, una nueva Comisión Nacional cuya presidencia confió al doctor Benjamín Zorrilla.

Sarmiento sufrió con esta medida, uno de sus grandes desengaños; si bien su alma generosa, supo perdonar después injuria tan grave al presidente y al ministro malaventurados que habíansela inferido.

Llega, por último, el momento de referir su otra gran labor docente: la fundación de bibliotecas populares.

La escuela inmóvil, la enseñanza de la lectura, no bastan.

Hay que enviarlas á los lugares difíciles donde no existe la civilización. Enviarlas como el pan de la caridad suprema, remedando las sublimes andanzas de la predicación evangélica. El espíritu debe portarse como el sol, que alumbra para todos, sin ser llamado.

La escuela ambulante toma la ruda carrera de bueyes á la antigua comparsa que llevaba al rústico el bien de la alegría. Va por los campos, conduciendo la noción agronómica, la semilla fina, el texto elemental. Y junto con ella, el civilizador arroja á boleo sobre la villa lejana la pequeña biblioteca que ha de dar por interlocutores al pobre paisano, los grandes hombres con su bella palabra. El sabe por experiencia que también estos gloriosos trabajan para aquel desconocido, y no quiere disfrutar solo la cosa buena que ha recreado su alma. Patriota en el sentido sublime de este vocablo de amor y de heroísmo, reserva á los míseros, á los olvidados, á los desconocidos, sus mejores ternuras; y les lleva semilla de libertad, como se lleva grano á los pájaros cautivos.

No hay educación popular posible sin bibliotecas. Lo sabe por experiencia amarga el antiguo lector de librotes casuales. "Los libros piden escuelas; las escuelas piden libros. Las escuelas lanzan un contingente de hombres preparados para leer; pero que no leen por falta de libros". Por esto quiere que todas esas instituciones sean públicas, inclusive las técnicas de los colegios. Todo lo sacrifica á este afán. El gobierno de Chile había escuchado esta verdad, y fundó en 1856 bibliotecas públicas en todas las capitales de departamento.

La iniciativa fué aquí un fracaso. Sarmiento no tuvo colaboradores, y el mismo carecía de las dotes esenciales de administrador. La contabilidad y la distribución de la renta fueron malas. Esta última hubo de quedar suprimida por la crisis económica de 1876. El reparto no obedeció á método alguno. La elección de las obras fué generalmente inadecuada. La *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, organizada por Sarmiento con facultades autónomas, lo cual demuestra la importancia que atribuía al ramo, no estuvo á la altura de su misión.

Fuera erróneo suponer, sin embargo, que toda esa simiente desparramada al azar se malogró en tacos de escopeta, envoltorios de almacén ó cigarrillos de campaña. Que de todo hubo, según parece.

Citaré un caso que me concierne, para demostrar lo contrario.

En 1882 vivía con mis padres en el Ojo de Agua, villorrio casi fronterizo, entonces, de Santiago del Estero. La escuela local conservaba restos de una de aquellas bibliotecas: los consabidos tomos en tela verde, con el escudo argentino, dorado sobre la cubierta. Prestóme cierta vez el maestro uno de esos libros: *Las Metamórfosis de los Insectos*. Aquello fué la primera luz de mi espíritu, la surgencia de la honda fuente que venía á revelarme el amor de la naturaleza por medio de la contemplación científica. Y *yo sé* que esto ha constituído la determinación profunda de mi vida intelectual. Mi predilección por las ciencias naturales que contribuí á instituir como fundamento de la enseñanza, débolas á ese estudio infantil. De ahí partieron mis observaciones sobre el nido sepulcral del necróforo, el panal de la avispa airada, la coraza azul del escarabajo que conforme al símbolo de los antiguos panteones lleva como el mundo una bóveda cerúlea sobre su vientre negro. Así llegué á comprender la vida del agua ante cuyo cristal tiembla la libélula como una brújula loca. Y la industria de la hormiga acérrima, y la ocupación del abejorro que lleva los mensajes de las flores atareado como un cartero rural.

Durante la noche, mientras andaba sumisa y hábil la costura materna, el padre leía otro libro de la descabalada biblioteca: *La Jerusalem Libertada* del insigne Torcuato. Y recuerdo que me conmovió hondamente la leyenda de la selva encantada, con sus árboles sangrantes y sus láminas de pavoroso dibujo. Así conocí la poesía y vino á mi alma la Italia melodiosa, en aquella aldea serrana, bajo el silencio fecundo de la noche campestre, junto á los pequeños Ramón y Santiago que dormían en sus cunas, rubio el uno como un pollito, morenillo el otro como un perdigón.

A cuántos otros espíritus no habrán revelado cosas semejantes los libros dispersos de aquella empresa prematura. ¿Y no es, acaso, una justificación, que el grande hombre despertara con ella en el niño desconocido la noción de belleza y de verdad, puesta ahora por el biógrafo á la tarea de narrar su vida heroica?...

## CAPITULO VII

### El legislador

La vida legislativa de Sarmiento empieza en 1857 con la senaturía por San Nicolás en las cámaras de Buenos Aires.

Dos años antes había renunciado la diputación nacional por Tucumán, provincia donde tenía muchos afectos, á causa de la preocupación incesante que le inspiró su progreso, y de las vinculaciones que mantenía con sus hombres notables: entre otros don José Posse, su íntimo amigo, ministro y gobernador. Pero no quiso incorporarse á un congreso que representaba la nación sin Buenos Aires, ó sea el país acéfalo, el cuerpo sin alma del caudillaje combatido.

No tenía, en cambio, por qué negar su concurso á la provincia separada, mucho más cuando este aislamiento provenía de no haber ella querido sacrificar los principios liberales para cuyo logro exigía la revisión de la carta fundamental. Este propósito, ratificado por la futura convención revisora cuyas enmiendas integraron el concepto de la república bajo fórmulas del más elevado liberalismo, funda la gloria histórica de Mitre.

Ante su trascendencia patriótica, que es ahora evidente, desvanécense todas las imputaciones de predominio localista, de ambición personal en la cueva de ratón de la provincia separada: calumnias que, necesario es

decirlo, parecían autorizadas por la misma exageración de la polémica porteña, con sus jactancias sobre la capacidad de Buenos Aires para bastarse como estado independiente.

Pero no sólo la vida ejemplar del patricio, sus ochenta años de pobreza limpia y de ideal, demuestran lo contrario, sino que su mismo talento excluye la suposición. Mitre no podía querer y no quiso hacer de Buenos Aires otro Estado Oriental, histórica y geográficamente absurdo. El propósito porteño que encarnaba en compañía de provincianos ilustres, lo cual es una nueva comprobación, provenía de principios inalienables, al ser los únicos fundamentos perennes de la nacionalidad. No es de creer que Sarmiento, después de renunciar la diputación tucumana, para no representar un cuerpo sin cabeza, prefiriese, halagado por desempeños inferiores á aquél, la comensalía de la cabeza sin cuerpo. Al contrario; si prefirió estar con Buenos Aires, es porque vió en su política el medio más seguro de integrar la nacionalidad. Y tuvo razón.

Las provincias seguían creyendo más en el patriotismo materialista, resultante de su situación y condiciones. El liberalismo porteño, encarnado en Mitre, no concebía la organización progresiva y estable, sino por la adopción previa de las libertades que constituyen la entidad espiritual de la civilización (1).

Así, de las veinticinco enmiendas y sustituciones que la convención reformadora propuso, veinte referíanse á las libertades mencionadas: derechos de exportación y diferenciales; mayor autonomía de las provincias; esclavitud; penas infamantes; imprenta; justicia; residencia de los legisladores; impuestos; limitación del poder ejecutivo.

Pero como no se trataba de principios abstractos, sus-

(1) En la convención revisora de la constitución federal, Mitre dijo al respecto significativas palabras. Tratábase de la igualdad de contribuciones: «No participo de las ideas de los materialistas, que creen que la base de todo gobierno político son los intereses económicos». Ello sin perjuicio de demostrar una sólida preparación en la materia.

ceptibles de una dilucidación académica, hubo que transigir con ciertas peculiaridades políticas de la opinión, pues al fin los hombres de Buenos Aires eran los representantes de un pueblo libre.

Figuraba entre aquéllas la federalización de esta ciudad, tan imposible entonces, que veinte años después hubo necesidad todavía de imponerla á sangre y fuego. Sarmiento fué quien sostuvo en la convención revisora, el aplazamiento del asunto para otra oportunidad, sosteniendo que la sede del gobierno federal no debía ser Buenos Aires. Estas ideas de tan fervoroso nacionalista demuestran lo difícil de la cuestión.

Mitre, á su vez, electo presidente de la República, intentará declarar á Buenos Aires capital federal. Este propósito le enemista con el localismo porteño, que se separa del partido liberal, denominándose autonomista bajo la dirección de Alsina; mientras la fracción que permanece fiel á Mitre se llamará nacionalista, con honrosa exactitud.

Pero el localismo de Buenos Aires obedece á una poderosa razón histórica, que dimanaba á su vez de otra más poderosa razón geográfica. La situación hacía de Buenos Aires el órgano imprescindible de las relaciones exteriores, asignándole así, inevitablemente, la representación de la nacionalidad. Este rango eminente era innegable.

La excesiva importancia que la provincia de Buenos Aires adquirió después de 1820, bajo la administración Rodríguez-Rivadavia, y que costó después la presidencia á este último estadista, así como su "imperialismo" bajo el dominio de Rosas, contribuyeron también á formarle un espíritu de autonomía orgullosa, que la opinión local sustentaba con entusiasmo, hasta apreciar como una desventaja que la capital provinciana se convirtiera en capital de la nación. Y los gobiernos porteños fuéronlo de opinión, ante todo (1).

(1) Sarmiento en la convención revisora de 1860: «Creo que desde 1852 se ha formado el hábito de mirar este estado como un país diferente de los otros».

Hubo que ir efectuando poco á poco la evolución, con la coexistencia de las autoridades nacionales y provinciales, hasta crear los intereses y la necesidad histórica que facilitaron el desenlace del 80. Pero, en todo caso, aquellas pretensiones excesivas representaron el triunfo de la política provinciana, que produjo la crisis federal del año 20 y la dictadura de Rosas.

Ello explica que Sarmiento estuviera del lado de Buenos Aires. La última separación de esta provincia, que trajo el desenlace de Pavón, fué evidentemente aconsejada por él, por el campeón de la unidad nacional; pero es que hallándose comprometidas otra vez las libertades fundamentales por la bárbara ejecución de Aberastain, la situación original se reproducía. Nada importaba la unidad física de la República, si estaba rota la unidad moral. El mismo Urquiza, que era un grande hombre á no dudarlo, acabó por comprenderlo así, facilitando en Pavón el triunfo de Mitre, cuya presidencia inició efectivamente la unidad nacional al representarla en el dominio de las ideas.

Sarmiento tuvo como legislador de Buenos Aires, una contradicción más significativa todavía con el liberalismo porteño. Llegó un momento en que arrebatado por su anhelo de unidad nacional, propuso la incorporación de la provincia á la Confederación, sin reformas ni revisiones. Aquella inciativa no prosperó; y debe creerse que el grande hombre fué derrotado en buena ley, puesto que continuó en su banca. No era él de los que capitulan, ni siquiera con el silencio. El liberalismo había tenido razón contra él.

Concejal en la municipalidad de Buenos Aires y jefe del departamento de escuelas, Sarmiento inicia acto continuo las reformas útiles: el ensanche de las aceras y el reglamento municipal; la distribución de las tierras de Chivilcoy, conforme á los principios expuestos en *Argirópolis* y adoptados al presente con tanto éxito en nuestros remates fraccionarios: dividir el latifundio, ínsula del caudillaje, para acrecentar la producción en la propiedad multiplicada, que es decir constreñida á compensar con el rendimiento del trabajo la disminu-

ción de su magnitud. Ahí está ya propuesta la solución de nuestro problema agrario, que es, en suma y como en todas partes, el gran problema social.

Senador por San Nicolás, inicia la adopción del sistema métrico decimal, que sólo sería ley de la nación veintiséis años después. Presenta tres proyectos para constituir el tesoro escolar de la provincia, fundar escuelas en Buenos Aires y jubilar á los maestros. Sostuvo como miembro de la comisión de negocios constitucionales, la inamovilidad de la cosa juzgada, ó sea la garantía por excelencia en materia de derecho, aun cuando aquella proviniese de la tiranía. En la ley de juicio político á Rosas, demostró la validez legislativa del acto; vale decir, el principio moralizador de que la responsabilidad de los gobernantes, no se prescribe nunca ante el país. Puesto que sus actos producen consecuencias permanentes en el orden general, una responsabilidad permanente les incumbe: severo principio de toda su vida pública.

En la convención revisora, tiene siempre la palabra oportuna. Es él quien encamina los debates, hasta con sus mociones rechazadas, como la que determinó el procedimiento de las deliberaciones. Forma con Mitre, Vélez Sarsfield, Mármol y Obligado, la comisión encargada de proponer las reformas cuyo espíritu nacional demuéstralo la misma composición de aquélla: tres porteños y dos provincianos, los más eminentes de la notable asamblea.

Son también los campeones de los debates más notables.

Vélez hace una crítica verdaderamente admirable de la Constitución que va á revisar la asamblea; representa la alta doctrina económica; informa sobre el artículo relativo á la libertad de imprenta, con la eficacia autoritaria de su saber. Sarmiento discute con Frías la libertad de cultos, que el tratado de 1826, concertado por Canning y Rivadavia, ha constituído en fundamento de nuestra civilización. Es éste el gran debate y la honra más alta de aquella asamblea.

Poco tiempo atrás, Sarmiento, Mitre y Urquiza habíanse ligado al liberalismo militante por medio de un solemne juramento masónico.

La logia *Obediencia á la Ley,* de la cual era venerable el ilustre ciudadano don Roque Pérez, afilió é inició en una tenida, seguramente la más solemne de su historia, á Mitre, á Sarmiento y á Urquiza. El venerable pronunció un discurso de bienvenida tan elevado como patriótico, exhortando á aquellos tres eminentes ciudadanos para que realizaran la unión de la República; y confundidos en el abrazo fraternal de las ceremonias, así lo juraron los tres. Hubiérase dicho que la vieja *Logia Lautaro,* renovaba sus noches históricas.

Así como había iniciado la convención con una oportunidad, Sarmiento la clausura con un apóstrofe soberbio.

La minoría opositora, habíase abstenido de deliberar, porque compuesta de federales, quería la incorporación de Buenos Aires sin reforma alguna. Sarmiento pide como final del último debate, que la designación oficial de la República integrada, sea aquella del Congreso de 1816: *Provincias Unidas del Río de la Plata.* Pero este acto, que es una ratificación histórica de la unidad nacional, requiere la aclamación.

"¡Que se levanten, pues, prorrumpe dirigiéndose á la oposición y poniéndose de pie; que exclamen con nosotros: Queremos unirnos, queremos volver á ser las Provincias Unidas del Río de la Plata!"

El acta describe así aquel espectáculo grandioso:

"La Convención se pone de pie en masa; las tribunas de la barra, sofocadas por un inmenso concurso, se conmueven; el presidente y secretarios se levantan de sus asientos, y todos los concurrentes, y los convencionales, dándose las manos, prorrumpen en gritos de ¡Vivan las Provincias Unidas del Río de la Plata! ¡Viva la Convención de Buenos Aires! ¡Viva Sarmiento! disolviéndose la sala después de declarada por aclamación sancionada la reforma, en medio de la emoción pública".

Eran aquellas las grandes horas de la libertad argentina.

Victorica debía reproducir esa actitud en la convención nacional de Santa Fe, donde quedaron aprobadas las reformas, también con el voto de Sarmiento, diputado por Buenos Aires.

Su erudición de publicista era vasta y sólida. Así habíalo demostrado en 1853 con su libro *Comentarios á la Constitución Argentina*, que fué el resultado de la polémica sostenida ese año con Alberdi. Si las famosas *Cartas Quillotanas* (1) de este último tuvieron más eficacia circunstancial, los comentarios de Sarmiento han adquirido la sanción histórica. Es aquello el programa liberal, que impuesto por Buenos Aires, forma hoy el timbre más honroso de la constitución argentina. Su sentido político era más agudo que el del crítico especulativo. Su otra polémica con Rawson en 1863 produjo el folleto titulado: *El estado de sitio según el doctor Rawson*, brillante y á mi entender irrefutable defensa de las autonomías provinciales cuya decadencia actual previó; (2) porque la responsabilidad del orden que como á estados autónomos les incumbe, queda reducida á vana fórmula, si no tienen la capacidad de garantirlo por medio de la fuerza. El desorden las hará entregarse inermes al gobierno federal, en busca de la suprema salvación. Y es lo que pasa.

Sociólogo, para usar la palabra de moda, su legislación va encaminada á la creación de intereses que solidifiquen la democracia y funden la utilidad de la vida en los rendimientos del trabajo. Para esto quiere la riqueza y la paz, sin desatender el más mínimo detalle.

Así, sostiene la libertad de comercio del buhonero que contribuye á circular la riqueza en la campaña. Amplía las fronteras dominadas por las tribus salvajes; y como sabe que las comarcas pobres son amenazas constantes, pues la montonera, el malón y las guerras de conquista tienen el mismo origen, procura extender la civilización argentina más allá de sus fronteras, por medio del comercio y del pacifismo que comportan las más sólidas alianzas naturales. Es este el ideal argentino: la pro

(1) Porque las escribió en la ciudad chilena de Quillota.

(2) Sarmiento, como gobernador de San Juan, sostuvo que las provincias podían declarar el estado de sitio y movilizar fuerzas cuando lo exigiera sin dilación posible el mantenimiento del orden; y Rawson, ministro del interior, le negó la facultad. De aquí la polémica.

pagación internacional de la civilización y de la justicia.

He dicho ya que intentó ligar á Chile por medio de una vía férrea y un camino carretero. Añadiré que concedió también la explotación de una línea telegráfica al mismo país. La paz con el Paraguay, que examinaré después, tuvo también ese origen. El conflicto de la Cordillera encontró en el senador Sarmiento, allá por los agitados días del 78, la fórmula salvadora que decidió aquella cuestión veinte años después. Fué el primer estadista que quiso incorporar al derecho americano el arbitraje permanente. Por último, las comunicaciones con Bolivia motivaron una ley que autorizaba á negociar una vía férrea entre el río Paraguay y el centro de aquel país.

Las leyes que promovió como representante del pueblo ó como presidente de la República, forman un capítulo admirable al respecto.

Su síntesis comporta el programa civil de la emancipación materialmente efectuada por la guerra y democratizada por los disturbios intestinos: la revolución profunda contra el coloniaje, cuya raigambre tenaz es la enfermedad parásita de nuestro espíritu.

Había que extirpar el egoísmo de la moral católica, enderezada exclusivamente á la conquista de la salvación individual que convierte al hombre, así aislado entre el cielo y el infierno, en tributario sin tasa de la iglesia; pues conforme á la máxima clerical, "¿de qué le aprovecha ganar todo el mundo si pierde su alma?" Y con esto, suprimir la iniquidad de amos y súbditos, puesto que de cosa de la iglesia, el individuo tenía por destino natural pasar á ser cosa del fisco; el ocio místico, que en el menosprecio de los bienes propios, lleva implícito el atentado á los ajenos; la vida nómada resultante de esa inseguridad y de esa injusticia: el patriotismo soldadesco, vale decir el odio al extranjero que interrumpe el aislamiento salvador, no el amor á la casa que engendra la hospitalidad, por extensión de simpatía; el carácter de *maffia* que asume aquella virtud, en sociedades donde el huésped es con frecuencia un perseguido de la autoridad siempre inicua; pues todo, hasta los conceptos de la

virtud y de la dicha, eran principios antisociales en ese aislamiento sistematizado por el egoísmo del miedo, para asegurar á los amos del espíritu y del cuerpo, la perpetua dominación.

Era menester organizar, entonces, la solidaridad por medio de la justicia; las comunicaciones que aumentan y distribuyen la riqueza; la felicidad humana que ésta asegura, sin perjuicio de la virtud: condición de la gloria eterna para los que en ella creen; el hogar estable, piedra fundamental de la patria, esa "gran amistad" según el concepto liberal de Michelet: en una palabra, la democracia, que es esencialmente el derecho de todos al bienestar. Sobre la *Ciudad Divina* de la fe, alzada en un espejismo de luz, había que levantar en la realidad del vivir, la ciudad humana de la justicia. Y por esto esas leyes.

Figura en primer término la de ciudadanía con su decreto reglamentario para facilitar la naturalización. Sarmiento era versadísimo en esta materia, y casi, podría decirse, especialista en derecho internacional privado, cuyos desarrollos efectuaba con su habitual liberalismo.

Esto no excluye, sin embargo, la conservación del respeto propio, condición de toda amistad sólida. Así, aquel gobierno suprimió la ingerencia que los cónsules británico y francés tenían en la correspondencia postal, y negó á la legación de Italia la autorización para levantar un censo de sus nacionales. Prohibió á los particulares el uso de banderas extranjeras, que sólo podrían enarbolar los representantes diplomáticos.

Pero como á este concepto de la nacionalidad respetable, uníase el más noble anhelo de su vinculación internacional, la misma administración celebró, entre otros, cinco tratados de importancia. Uno de extradición con Italia. Otro general con Austria, que dió motivo á Mitre para sostener y hacer triunfar la humanitaria doctrina en cuya virtud nuestro país niega la extradición de los desertores; idea muy honrosa, por cierto, para un militar. Otro de paz, comercio y navegación con Bolivia, ligado á un vasto programa de expansión vial. Otro con Chile, para extradición y correos.

Modificó el carácter permanente de la diplomacia argentina, que conforme á las ideas expuestas en *Argirópolis* dieciocho años antes, debía ser ante todo consular, hasta convertir nuestras embajadas en oficinas públicas de información, vinculadas á los intereses laboriosos y á la prensa; no á los rumbosos halagos de la haraganería cortesana.

Los códigos civil, comercial y militar, quedaron aprobados, redactados ó reformados bajo el gobierno de Sarmiento.

Proyectóse el juicio por jurados y se suprimió la prisión por deudas, dos fundamentos de progreso y de justicia. La vida nómada y el vandalismo, es decir, las causas de la montonera, provienen de la iniquidad social, que les da el primer ejemplo de menosprecio á los intereses solidarios.

Inicióse el arreglo de los límites interprovinciales y la jurisdicción de las aguas interiores, sendas causas á su vez de separatismo egoísta.

Los ferrocarriles y demás vías de comunicación, merecieron sus preferencias por medio de numerosas leyes; puesto que, para él, todo atraso provenía de la falta de comunicaciones. La opinión de los gobiernos contemporáneos era tan distinta á este respecto, que el de la Confederación había autorizado á los maestros de posta para que aumentaran la estima de leguas; lo cual sobrecargaba los pasajes con una verdadera cuota de barbarie y de falsedad, concedida á título de indemnización por deudas (1). Eran los expedientes medioevales del antiguo fisco español.

Merecen condigno recuerdo en aquella legislación vial: la ley orgánica de ferrocarriles; la que eximió de derechos de aduana al material de construcción para los mismos; la que aprobó el contrato de la línea entre

(1) El pasaje costaba veinte centavos oro por legua, lo cual es carísimo como se ve, y no comprendía las comidas ni las camas en las postas. Los telégrafos nacionales y particulares, cobraban tres veces más que hoy. El franqueo postal, costaba doble. Ninguna capital de provincia estaba comunicada por ferrocarril con Buenos Aires ni con las otras.

Villa María y Río Cuarto; la que ordenó su prolongación desde este punto á Cuyo; la que autorizó el estudio de otra desde Córdoba á Jujuy, planteando así el programa de la red de trocha angosta; la que subscribió al gobierno nacional con 40.000 pesos al Primer Entrerriano; la que concedió la línea de Buenos Aires á Campana, con garantía del 7 o|o durante veinte años; la que autorizó á garantir bajo el mismo tipo, los ferrocarriles de Buenos Aires al Rosario y ramales de Santiago al Chaco y de Concordia á Gualeguaychú; y la que concedió el Trasandino. El estado subvencionó las mensajerías; mandó construir sillas de posta, notables por su solidez; concedió la apertura de un camino carretero á través de los Andes; el estudio de otros entre San Luis y La Rioja, entre Tucumán y Andalgalá: antecedentes, algunos, de futuros ferrocarriles; federalizó los correos provinciales; creó la inspección postal; emprendió la costrucción de faros en las costas; disminuyó el impuesto á los vapores con privilegio de paquetes; promulgó un nuevo reglamento de policía fluvial; ordenó los estudios del puerto de Buenos Aires, la limpieza y el estudio de la rada; habilitó los de San Pedro y Zárate; inició las obras del de Santa Fe, realizado tan sólo treinta años después; canalizó los ríos Gualeguaychú, Victoria, Goya y Esquina; mandó explorar y estudiar el Bermejo, el Negro, el Neuquén y el Limay; creó la oficina de ingenieros. Por fin, el lanzamiento del primer cable telegráfico á Europa, puso digno remate á ese colosal programa de vialidad, que sistematizaba la circulación de la riqueza. Esto en medio de las más graves vicisitudes políticas, diplomáticas, económicas; en plena lucha con la rebelión, la peste y una doble amenaza de guerra internacional.

Autorizóse los estudios de una línea telegráfica entre Villa María y Valparaíso; la construcción de otras entre Rosario y Córdoba, Buenos Aires y el Arroyo del Medio; la creación de oficinas telegráficas entre Catamarca y La Rioja; y la prolongación general de las líneas que aumentaron en 2.500 kilómetros.

La dotación de aguas potables, obras de salubridad y

mejoras urbanas, comprenden también leyes importantes.

Ayudóse á La Rioja y á San Luis para que construyeran represas. Proyectóse en Corrientes, obras de salubridad. Declaróse libres de derechos los materiales para la instalación del alumbrado á gas en toda la República, los adoquines de empedrar calles, las placas de numeración de los edificios, la maquinaria de saladeros. El gobierno nacional tomó cien acciones de una fábrica de cristales ensayada en Mendoza.

Fomentóse la sericicultura, la piscicultura, la conservación de carnes (1), la exploración de minas de carbón y de hierro por medio de premios y subvenciones. Una ley, famosa entonces por lo quimérica—"cosa de Sarmiento", llena, sin embargo, de patriótica clarovidencia —autorizó la exposición de Córdoba, votándole 200.000 pesos. Era necesario llevar al interior, la civilización industrial que había engendrado las libertades porteñas: completar la acción universitaria con el desarrollo científico de la riqueza.

La ley de administración del Chaco, fué el origen de la general que se sancionó después para los territorios nacionales. Implantóse en aquél la colonización agrícola, y emprendióse por concesión legal la de las costas patagónicas. La de Santa Fe, cuyo adelanto prodigioso no escapó á la sagacidad del estadista, indújole á subvencionar allá una escuela de agricultura.

Corresponde también á la legislación de Sarmiento, la traducción, impresión ó adquisición de diversas obras jurídicas y docentes; entre otras, los clásicos del derecho americano: *El Federalista* y la *Historia de los Estados Unidos*, por Curtis; la subvención á las bibliotecas populares y la creación del *Boletín Oficial*. Por último, la institución del cuerpo de taquígrafos parlamentarios, y la instalación de la biblioteca del congreso.

Sancionóse una nueva ley militar; otras autorizaron

(1) Durante el gobierno de Sarmiento, expidió el estado nueve patentes de invención en este ramo. Número excedido tan sólo desde los años 1893 98.

la construcción de arsenales y depósitos de marina, la compra de acorazados y la inversión de 2.000.000 de pesos para establecer la línea de fronteras sobre el Río Negro.

La legislación política fué también de trascendencia, pues comprendió una nueva ley electoral; el proyecto de otra para la elección de los diputados por distritos, ó sea la supresión de la lista, más susceptible á la corrupción y al oficialismo; y la aprobación del primer censo nacional cuya ley corresponde al último año de la presidencia de Mitre, si bien las operaciones efectuáronse durante la de Sarmiento.

Memorables debates sobre legislación política empeñó aquella presidencia en el congreso; quedando clásico por su labor, así como por las consecuencias de su doctrina, el famoso de la intervención á San Juan, donde el gobernador había dirimido sus diferencias con la legislatura, metiéndosela á la cárcel. La teoría del poder ejecutivo, triunfante entonces, perteneció á Sarmiento, aunque la defendiera ante el congreso Vélez Sarsfield, su ministro del interior.

Sarmiento había debido convencerle previamente. La anécdota es conocida, pero conviene mencionarla una vez más como ejemplo de lo que fueron aquellos tiempos y aquellos hombres.

Discútese la cuestión en acuerdo de ministros. El presidente opina que se debe intervenir, y el ministro del interior que no. La discusión se prolonga sin éxito, hasta que este último funcionario ofrece su renuncia, para que un ministro conforme con la doctrina presidencial, pueda sostenerla ante el Congreso.

*El Sarmiento Anecdótico* va á contarnos el resto:

—"Se me ocurre otro remedio, doctor Vélez, y es que el uno convenza al otro. Piénselo bien; tenemos tiempo."

"A la noche, cuando el doctor Vélez terminaba de comer, se le apareció el presidente, seguido de un lacayo con una valija."

—"Qué está de viaje, Sarmiento?"

—"Traigo dos mudas de ropa, y vengo á instalarme

aquí para discutir la cuestión de San Juan; y no me voy hasta que usted me haya convencido, ó yo á usted.''

''Estudiaron esa noche y parte del día siguiente, hasta que el doctor Vélez se dió por convencido y fué el más sólido sostenedor del gobierno en el gran debate.''

Tal respeto por las ideas y por el concepto institucional de los hombres ó las entidades jurídicas, es característico en aquella legislación.

Así, la ley de intervención á Entre Ríos cuando la rebelión de López Jordán, estableció que quince días antes de las elecciones provinciales, la guardia nacional entrerriana quedaría licenciada; y que el día de la elección, no habría fuerzas nacionales á menor distancia de una legua de las mesas. Todo, hasta el orden amenazado por tan grave alzamiento, se arriesgaba para asegurar la autonomía provincial en la fuente originaria de los comicios. Ahora los escoltan en plena paz, y el voto se halla absolutamente oficializado.

Nadie entendió mejor que Sarmiento este gran principio del cual depende todo progreso democrático: que la libertad comprende el derecho de equivocarse y de hacerse daño con la libertad misma; porque se trata de un aprendizaje experimental, á cuyo adelanto es útil el error que enseña á deponer el error, como dice el viejo aforismo. Y de aquí que las malas elecciones de una provincia, no autorizan la intervención federal. Para eso sus instituciones autónomas, les dan recursos contra aquella deficiencia. La libertad defectuosa es siempre mejor que la subordinación perfecta...

Y esto hay que aprenderlo, porque es el gran bien humano y nada nos vuelve ineptos para tan útil lección: ''No hay principios norteamericanos, como no los hay franceses. Hay los derechos del hombre, y los progresos de la inteligencia humana universal, que piden su aplicación en todos los puntos de la tierra.''

Por último, la legislación económica del gobierno de Sarmiento, comprendió también instituciones y asuntos fundamentales: la ley de contabilidad y organización de la contaduría, y la fundación del Banco Nacional, figuran entre ellos.

Esto último comportaba la libertad económica de la nación, supeditada hasta entonces á Buenos Aires con su poderoso banco (1). Iba á repetir con éxito la tentativa nacionalista de Rivadavia en una de sus instituciones más eficaces.

Constituyóse, como es de buena política financiera, pues el fracaso de la creación rivadaviana había demostrado los peligros de la excesiva oficialización, una sociedad anónima de veintiséis firmas; formándose un capital de 20.000.000 de pesos, al cual el gobierno de la nación subscribía 2.000.000 en fondos públicos del 5 por ciento de renta y 2 o/o de amortización, creados especialmente para tal fin. Apenas en 1907 alcanzamos ese tipo de interés, con la paz interna y exterior aseguradas, la población triplicada y la producción elevada al décuplo.

Los proponentes subscribían 5.000.000. Los trece restantes reservábanse para la subscripción pública. El gobierno tenía derecho al 5 o/o de las utilidades, en compensación de los privilegios que concedía, debiendo destinarlo á la amortización de los fondos públicos mencionados. El banco podía emitir hasta el doble del capital realizado, sobre una reserva metálica mínima equivalente á la cuarta parte de los billetes en circulación. En dos años debía dotar de sucursales á todas las provincias.

Al año siguiente de terminado su período presidencial, Sarmiento fué electo senador por San Juan; cargo que desempeñó hasta 1879, cuando el gobierno de Avellaneda le ofreció el ministerio del interior.

Su elocuencia singular, que no era sino una prolongación de las conversaciones habituales, llenas de jovialidad, de ocurrencias pintorescas, sobre un fondo de sólida doctrina y de límpida austeridad, gozaba en el parlamento de un prestigio incomparable. La voz de la historia misma hablaba en él; y siendo familiar hasta el desarreglo, aquel varón infundía el respeto silencioso y

(1) El empréstito de 1870 estuvo destinado en parte á cancelar la deuda nacional con aquella institución.

estremecido de las presencias augustas. Va á hablar Sarmiento. Está hablando Sarmiento: eran las grandes emociones del congreso y del país.

Sin método alguno para el exordio que, desde luego, suprimía, como en el combate campal el saludo de armas, entraba al debate, para usar su misma expresión, del propio modo que el nadador se tira al agua. Aquel chapuzón inicial solía producir, si era de réplica, salpicaduras flagelantes. Luego, iba viniendo el reposo doctrinario, la exposición se ordenaba, el concepto original se definía con la habitual eficacia de argumentación por los hechos. Era esto tan peculiar en él, que ilustraba con objetos sus famosas parábolas. Así, los telegramas de la liga de gobernadores, que levanta ante la honorable sala, por cierto sabedora y farisea—*senatus perpetuo mala bestia*—en tempestuoso montón: "¡Traigo los puños llenos de verdades!" Así el vaso de agua con que formula ante la juventud de la oposición su famoso dilema entre la pureza inútil y la fecundidad manchada de vida (1). Así el estandarte rosista desplegado en el voto patriótico de su discurso de la bandera. Era la lección de cosas del pedagogo, agregada al positivismo del descriptivo: la eterna urgencia de utilidad, que necesita meterse por los ojos.

Cuando la discusión se acalora y el adversario le hostiga, pretendiendo, colega ó pueblo, convertirle la banca en cadalso, como tantas veces aconteció, su contrataque inicial es siempre un desbaratamiento. Luego, *ex post fracto,* por decirlo así, la sentencia de claridad profunda y sólida sencillez, ó sea categórica como un auto de última instancia. Casi todas son, en efecto, inapelables ante la historia.

Con esa peculiaridad pintoresca, claro es que no aburría aunque hablase largo. No era esto, sin embargo,

(1) Catón tuvo en su vida pública cuarenta y cuatro procesos, de todos los cuales salió absuelto; lo que no le impedía beber su vino, dice Séneca en el tratado pertinente, para tranquilizar su alma, asendereada por la política:

...*Cato vino laxabat animum, curis publicis fatigatum.*



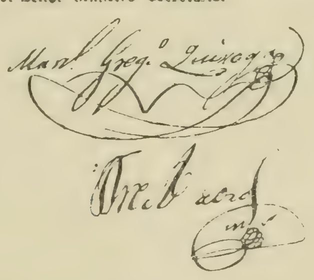

OCTAVA CLASE NUEVE PESOS.

VALGA PARA LOS AÑOS DE MIL OCHOCIENTOS VEINTE Y OCHO Y MIL OCHOCIENTOS VEINTE Y NUEVE—DIEZ Y OCHO Y DIEZ Y NUEVE DE LA LIBERTAD.

EL Gobierno Supremo de la provincia de San Juan &c.

HAllandose vacante en el Batallon de infanteria provincial la plaza de *Subteniente de la 2ª Compañía*

El Gobierno en uzo de las facultades que le concede la Ley; ha tenido á bien nombrarle *al Ciudadano Don Domingo Sarmiento* ——————— concediendole todas las gracias, prerrogativas y exepciones que por este titulo le corresponden, del que se tomará razon en la oficina de Aduana.——Es dado en la Sala del despacho á diez de Junio de mil ochocientos veinte y ocho: firmado de S. E. signado con el sello de la Provincia y refrendado por el Señor Ministro Secretario.




S. E. confiere titulo de *Subteniente de la 2ª Compañía del Batallon de Infª Provinl. a D. Domingo Sarm.*

EL PRIMER DESPACHO MILITAR DE SARMIENTO

un defecto suyo. Sus discursos son habitualmente breves. Aplicaba con maestría la receta que según dijo en su discurso de la candidatura, el 80, Cobden le dió en Inglaterra, como resorte heroico del mitin popular: cuando el auditorio se distrae, contarle un cuento. Es también un precepto del aula, y los primeros grandes legisladores se han valido del cuento con moraleja para enseñar á sus pueblos los mandamientos de la primitiva civilización.

Ah, pero no le provocaran la iniquidad ó la hipocresía, porque entonces armábase en guerra su oratoria y ya el enemigo no podía esperar cuartel. Era de ver aquella altiva cabeza de toro, con su tábano clavado en el tozuelo; aquella rebramante inquietud de cólera. Era de oir aquella voz que clarineaba la guerra con su metal fácilmente estallado en el grito bélico. Y sobre todo, era de sentir el áspero nervio heroico montado por la flecha satírica que partía veloz en un refucilo de ojos. Aquella luz interior era la hermosura de su fiereza.

La recopilación de las leyes de Sarmiento, con sus mensajes, reglamentaciones y debates, es uno de los monumentos que el país debe á tan ilustre memoria. Reportaría una lección eminente de gobierno, de democracia, de sabiduría constitucional y jurídica.

En el gigantesco poliedro histórico de su vida, verdadera base monumental, aquella legislación es la "tabla" marmórea consagrada por las denominaciones del derecho antiguo; y así la posteridad, como un resumen simbólico de la grandeza que inició y de la promoción ubérrima que comporta, podría ilustrar su edicto conmemorativo, grabando sobre ella en las grandes y claras unciales de la época de Augusto, el quíntuple *¡Triumphe!* del *Carmen Arval* con que Roma contaba sus fiestas cereales (1) en el templo de la Concordia.

---

(1) Ceres fué también diosa de la legislación.

## CAPITULO VIII

### El militar

Como todos los militares argentinos que no se formaron en los ejércitos de la independencia, Sarmiento hizo sus primeras armas en las milicias y combates de la guerra civil.

En 1828, es alférez de la fuerza urbana de San Juan, y en 1829 ayudante mayor. Después capitán en los dragones del ejército unitario que mandaría Paz, aunque nunca se halló á sus órdenes, y segundo jefe de academia de caballería en los granaderos organizados por Chenaut y disueltos por Quiroga en 1831. Conviene no olvidar que la adquisición de estos grados hacíase bien ó mal, pero con las armas en la mano; y dada la táctica sencilla de la época, en la cual los ejércitos maniobraban como batallones grandes, con todas sus combinaciones á la vista del jefe, cualquier hombre instruído y de talento, podía adquirir bien pronto una excelente preparación militar.

Salvo los guerreros de vocación superior, como Paz, Urquiza y Mitre, los otros fueron oficiales de somera preparación y calidad mediocre; si bien es cierto que la táctica de bloque y de penetración directa, con que los ejércitos imitaban todo lo posible la estructura y la acción del proyectil, no daba para mucho más. El elemen-

to progresivo, pertenecía, aunque esto semeje una paradoja, desde luego, á la montonera, cuyo ímpetu genuino representaba la energía evolutiva en el ambiente peculiar; y así, es ella la que inicia el orden disperso, el actual individualismo del soldado; la que, combinando el recurso local con la retirada mañosa, sabe elegir su terreno; la que tiene también un sentido político más exacto del método y del fin de la guerra (1).

Pero la tropa regular llevaba en su organización la ventaja que superaría al fin los obstáculos, según lo demostró Paz. Todo consistía en que aquella cualidad diera con el espíritu de jefe, bastante superior para sobreponerse á los prejuicios del coraje caudillesco, prefiriendo la victoria, resultado colectivo, al pintoresco egoísmo de la jactancia personal.

Sarmiento fué, como militar, un organizador precisamente: lo que era más necesario para la evolución del ejército, que no podía retrasarse sin comprometer de un modo grave el progreso general. El ejército le debe, ante todo, su organización escolar; es decir, lo que le ha dado en el país compatibilidad profunda con el adelanto común. En el Paraguay, había readquirido peleando, su unidad de espíritu, perdida desde Ituzaingó. De allá salió nacionalizado, y esta es la obra de Mitre, agente eficaz de la unidad nacional bajo todo aspecto. Vencedor, había que civilizarlo para que no hiciera militarismo como en 1828.

Las dotes organizadoras de Sarmiento, habíanse revelado desde su famosa improvisación de socorros para el ejército unitario que pasó derrotado á Chile en 1841.

Al conocer el pronunciamiento de Urquiza, preséntase á éste, con Mitre y Aquino; y el general les reconoce el grado de tenientes coroneles que habíanse adjudicado ellos mismos, pues ninguno tenía graduación argentina, salvo aquellos despachos ya mencionados de Sarmiento.

(1) Sarmiento ha apreciado en estos términos la táctica montonera: «Aquella espontaneidad del impulso, dió origen á la táctica de cazadores (orden disperso) enriqueciendo la estrategia moderna, con un auxiliar poderoso». Es también el secreto de las victorias espontáneas de la Revolución Francesa.



COMANDANTE EN CASEROS

El europeísmo que éste alardeaba, así como su exagerada altivez, enajenáronle simpatías desde luego; y el general en jefe, que á una visión genial de la guerra unía los prejuicios de la incultura militar, todavía exagerada por jactancia de caudillo, encomendóle con recóndita ironía hacia el literato, el cargo de "boletinero" del ejército. Sarmiento se resignó. Figurar en la campaña contra Rosas, era un deber ineludible para él.

De aquello salió una cosa que Urquiza no podía esperar: la historia crítica de la guerra, en uno de los más notables libros de Sarmiento, la *Campaña del Ejército Grande*. He ahí al militar surgiendo de entre la papelería subalterna del redactor; el militar, porque en ningún libro argentino sobre la materia, salvo las *Memorias* de Paz, campean más típicos el estilo y la observación del soldado.

Pero el resultado fué todavía más trascendente. El "boletinero" será algunos años después, con su táctica europea, quien débele para siempre las valerosas milicias entrerrianas.

Su presencia en aquel ejército fué un modelo de corrección y disciplina. Subordinado al deber antipático, publicaba sus boletines sin atraso alguno, haciendo milagros con sus improvisados impresores y su inadecuada prensa. Equipado á la europea, con rigor de uniforme y enseres, ofrecía como Paz aquella lección ventajosa á la oficialidad, llena todavía de prejuicios gauchos. La montura inglesa era una de sus manías: ¿Anda en silla inglesa? es lo primero que averigua para saber si se trata de un hombre culto. Comprendía que era menester civilizar el caballo, elemento indispensable de movilidad en aquel tiempo, para quitar á la montonera una de sus ventajas efectivas, cuando aquél, amansado á usanza gaucha, tenía al gaucho por complemento superior. Adiestrado y enjaezado á la europea, rendiría más utilidad que el otro, entrando á ser un motivo de adelanto en poder del hombre culto. De esta civilización del caballo, dependía en el fondo el problema montonero.

El caballo ensillado á la criolla es la casa ambulante del nómade, ó sea lo contrario del bien raíz, en el cual

se funda la estabilidad de la civilización, al constituir la primera garantía del progreso. Con sus "pilchas" de ensillar, su lazo y su china á las ancas, el gaucho constituía su hogar completo sobre el lomo del caballo. Allá van su mujer, su lecho y su industria, naturalmente adversa á la propiedad territorial, sobre la cual se ejercitaba con las mañas específicas del cuatrero. Así, cuando la justicia le persigue, se "alza á los indios"; es decir, busca el ambiente más favorable entre aquellos jinetes sin rival, cuyo "trabajo" es el robo. El supremo regalo para él consiste en "comer ajeno". Robar caballos ó vacas al "rico" es "armarse" de lo necesario. Existe en toda la campaña una verdadera *maffia* para no dar noticias del animal extraviado con el cual puede "armarse algún pobre"; disimular un arreo clandestino, ú hospedar al prófugo que "se desgració" pegando una puñalada. Y todo eso tiene al caballo gaucho por la máquina proverbial del *deus* de la tramoya.

Las prendas militares del redactor constituían otra lección eficaz. Empezaron por burlarse de aquellas "cosas de gringo", y acabaron por recurrir á ellas, no bien la experiencia demostró su utilidad. "Esto, que parece una pequeñez, era una parte de mi plan de campaña contra Rosas y los caudillos. Mientras haya chiripá, no habrá ciudadanos".

No eran pequeñeces, sino por relación á la magnitud visible; pero revestían una importancia profunda de puntos críticos ó vitales en el atrasado organismo. Esta penetración, por decirlo así, clínica de Sarmiento, constituía el secreto de su eficacia. No erraba jamás, ni aun á obscuras de la noción ó del estudio, como los pianistas en el teclado que no ven. Por otra parte, en un país pequeño y pobre, todo era cuestión de nimios detalles; si es que pueda haber nimiedad en estas cosas. Así, para no salir del tema, recordaré que la generalización del estribo en el siglo X (los griegos y romanos no usaban estribos) cambió por completo las condiciones del arma de caballería.

Sarmiento introdujo, entonces, otro elemento de importancia: el mapa, en substitución del baqueano cuyas

hazañas había contado en *Facundo*. Aquel personaje era utilísimo á la verdad en la inédita topografía pampeana; pero también de una distracción suya, de un exceso en la bebida á que solía ser inclinado, como todo profesional campestre engreído con su fama, podía depender la suerte de un ejército. Nuestra historia militar está, á ese respecto, llena de trágicas peripecias. Sarmiento, en la *Vida de Aberastain*, ha narrado una, con la pluma interesante y concisa de sus mejores páginas del *Facundo*. Diré al paso, que esa misma brevedad penetrante de su estilo en un rasgo militar.

La idiosincrasia de Sarmiento, confírmalo con notable vigor. El hombre es, desde luego, jovial y bravo. En Caseros, sin mando de tropas, aprovecha la oportunidad de una orden que el general le encomienda, para cargar sobre el enemigo y tomar por su propia mano el estandarte del cuartel general de Rosas (1).

Posee esta principal condición de mando: la conciliación de la política con la guerra. Y esta otra que es, como si dijéramos, el cimiento del soldado: la perseverancia. Sus temeridades son vivo amor á la gloria. La fe en su estrella, denota una predestinación al mando. Su misma fealdad, transformada en fiereza por la altivez, constituye un tipo militar: es un relieve de jefe.

A estas condiciones primordiales del hombre de guerra, señaladas como típicas, en significativa demostración de su constancia, por la Iliada del aeda y el Memorial del emperador, reunía otras más explícitas aún de su temperamento militar y de su situación ante el sentir contemporáneo. Estas últimas constituían un tipo tan singular en aquella época, que su discordancia con el medio, aparejábale, conforme á la conocida definición de la vis cómica, una intrínseca ridiculez. Sarmiento era el oficial de estado mayor á la moderna, es decir, el redactor de la guerra, que después *lee* el ejército sobre el campo de batalla. Sus mapas, su catalejo, su imprenta, hasta su levita correcta y su silla inglesa, son, entonces, verdaderos cachivaches de reir: trastería de

(1) El mismo que desplegó cuando su discurso de la bandera.

gringo "maturrango" (1) y embrollón. Recuérdese el menosprecio de Quiroga contra su vencedor de Oncativo, maturrango también: "El manco me ha vencido con figuras de contradanza". Precisamente, el general Paz constituía el dechado militar de Sarmiento. Urquiza, otro vencido por el manco, no alcanza á desprenderse del alarde atávico, á pesar de sus grandes dotes guerreras. En Cepeda, observa desde una altura, con su estado mayor, el desarrollo de la batalla. Las balas empiezan á llover. De repente, una más próxima, provoca el instintivo é inevitable movimiento de cabeza en el comandante Montiel, bravo oficial de caballería. Y he aquí al general que exclama con incorregible sorna gaucha:

—Ahí mosqueó el comandante Montiel.

Es de imaginar la impresión del nombrado ante la salida.

Pasa un minuto.

Ahora es el general quien da la cabezada inevitable.

Y entonces, la insolencia correspondiente de Montiel:

—Ahí mosqueó el general.

Este se vuelve furioso, clavando en el oficial sus turbadores ojos amarillos. Pero se contiene. "Le han dado el vuelto". El retruque es de ley, y luego, el general ha provocado. Esta indisciplina inaudita en un ejército moderno, revela, más que todo, el estado del país. Urquiza era, sin embargo, un general cuadrado; severo con la ordenanza hasta la crueldad.

Reinaba en el ejército una espantosa corrupción, pues los soldados eran habitualmente presidiarios que redimían sus condenas á trabajos forzados, con el servicio militar gratuito; ó condenados por la justicia á tantos y cuántos años de fila: los famosos "destinados" que fueron núcleo también de las tropas de Quiroga; y la oficialidad considerábase desobligada de toda otra virtud que el valor. Hay un capitán borracho, que es hijo de don Bernardino Rivadavia. Otros que se despluman por la noche, al monte, con sus propios soldados. Otros

(1) Que no sabe montar á caballo; aunque Sarmiento era buen jinete.




*Estandarte tomado por Sarmiento en Caseros*

que se desprenden de la columna en marcha, á toda la furia del caballo, para bolear un avestruz...

Ahí de las dotes educadoras de Sarmiento: de la pedagogía militar que demanda ese ejército primitivo. A la verdad, ninguna le falta.

Posee la vasta ilustración sociológica que forma el concepto de ese complejo organismo: resumen armado del país, ó "nación en armas". Tiene adquirida por medio de sus viajes y sus estudios, la apreciación de la potencia y del carácter militar de las naciones vecinas. Ha hecho la guerra á la montonera cuya táctica instintiva define con luminosa precisión. Su idea docente sobre el valor del hombre como elemento de acción propia, y su decisión autoritaria, componen un afortunado equilibrio entre el método individualista de la educación militar, que requiere el soldado moderno, y la necesaria centralización del comando. Así concibe como nadie este principio: que el soldado es el elemento principal de la guerra, no el dinero ni las armas. Y que su formación depende del buen oficial. La fundación del colegio militar, inicia una era para el ejército argentino. Su otro gran proyecto ya mencionado, la educación del caballo, empieza á realizarlo prácticamente como acostumbra, con la formación del acaballadero militar ó *haras,* según la corriente voz francesa, que convendría substituir por cabaña, para evitar el vocablo extranjero y la palabra desusada de nuestro idioma.

Es también una cualidad notable en él, la penetración psicológica, ó sea el don excelente para manejar hombres: el conocimiento experimental del corazón humano. Su ingeniosa rapidez para soltar las dificultades, lo cual es una habilidad de maestro; su facilidad de improvisación brillante y oportuna; su potencia de trabajo y su sistema práctico del mismo; la unidad de doctrina, resultante de su orientación científica; el concepto propio de la realidad, fundado en la observación intensa y personal que informa su mente: todas estas dotes constitutivas del juicio táctico, poseíalas, como se ha visto, en grado eminente. Además, su energía se ha formado en la más ruda lucha por la existencia, entre las miserias

y privaciones que constituyen, al decir de Napoleón, "la escuela del buen soldado". Nadie tan aguerrido por la vida como él.

La educación militar era aquí el gran problema.

Había que formar la voluntad, ese instrumento de guerra tan necesario como la espada, por medio del único método eficaz: la moral práctica, ó sea el arte primordial de saber mandarse y vencerse; la sistematización personal de la victoria. Precisaba, para ello, desvanecer desde luego la idea pedantesca que asimila la guerra á la parada; introducir el método, vale decir, la energía tranquila y constante cuya ausencia imponía una disciplina feroz, que formaba la unidad del batallón por medio del castigo inmediato, pero no la del ejército, que es un estado espiritual; infundir con el método, el hábito del trabajo fortificante y moralizador.

Por esto la doble creación escolar del ya citado colegio para el ejército, de la escuela naval para la marina, y del arsenal de Zárate. La formación de la escuadra acorazada, con sus primeros monitores y bombarderas (1), exigía también una oficialidad competente, y con tanta mayor razón, cuanto que constituía el desarrollo del mejor plan naval concebido entre nosotros con relación á su objeto: la defensa del río de la Plata. Para el armamento de tierra, introdujo el *remington*, elemento de combate que iba á suprimir, con la superioridad incuestionable del ejército de línea, los alzamientos campales de la guerra civil y las invasiones de los indios.

Este último terrible problema, que constituía una preocupación nacional y fomentaba las peores costumbres del ejército en la vida semisalvaje del fortín, mereció la atención previsora de Sarmiento. En *Argirópolis*, allá por 1850, había ya formulado el concepto fundamental de esa cuestión, al indicar la traza de una

(1) Esta adquisición de elementos, motivó un acto de probidad. La casa constructora regaló al general Sarmiento un minúsculo vaporcito de paseo, bautizado con el nombre de *El Talita* en recuerdo del combate de este nombre contra López Jordán. El presidente Sarmiento mandó agregarlo á la escuadra como bien nacional, y no contestó la nota con que se lo remitieron.

línea de fortines, tendida desde Bahía Blanca hasta la Cordillera, con la margen del río Colorado como punto de apoyo. Dichos fortines, situados á diez leguas uno de otro, serían núcleos de futuras ciudades, empezando por constituir una colonización militar, que tendría como órgano de relación y de seguridad, la navegación del mencionado río. El plan de colonias militares es completo, y sirve de base á la ocupación de todas las tierras de indios, "hasta llegar al Estrecho de Magallanes". Aquí está, como se ve, el sistema practicado por Alsina, hasta con la "zanja" famosa que el río Colorado anticipa. La misma campaña de Roca, con su ofensiva á fondo que constituyó el éxito y la originalidad del plan, está ya entrevista en aquella fórmula de Sarmiento: "hasta el Estrecho". Era, en efecto, lo racional y definitivo; pero sólo Roca lo concibió de una vez, y lo que vale más todavía, lo ejecutó como desenlace táctico. Era absurda y vergonzosa esa frontera con las tribus salvajes; pero desde Rosas con su asombroso esfuerzo de la expedición al Colorado, nadie pensó en suprimirla. Todos los planes consistían en avanzarla sobre el desierto. Roca suprimió en el país esa frontera de la civilización.

Sarmiento había visto algo en el entonces joven coronel, cuando le eligió para la campaña contra López Jordán en Entre Ríos, y contra los revolucionarios de 1874.

En cuanto á la guerra de frontera, cuyo plan había concebido en el destierro, hubo de regularizarla como gobernante, bajo la forma entonces indicada. Reformó su servicio y ordenó á los jefes de fortines que sembraran maíz en estos. Así aseguraba la alimentación reducida de la tropa, y el caballo fuerte cuya carencia daba superioridad al indio, que iba siempre mejor montado. Con eso y con el *remington,* se aseguró el triunfo sobre la horda. El ejército le debe, además, la liquidación de los sueldos impagos desde la guerra de la independencia, y la fundación del cuerpo de inválidos.

Un solo rasgo le faltó entre los que constituyen al

guerrero según el tipo homérico y napoleónico: la rapacidad del conquistador. Pero es porque era un soldado republicano; el agente armado de la ley. Esto formaba parte de la educación militar que propagaba y hacía. De aquí su respuesta al oficial que le consultaba el procedimiento, si recibía del presidente de la República la orden de disolver el congreso:

—Hágasela dar por escrito, y después péguese un tiro. Al fin, su oficio es morir...

Convendría tener presente ese concepto militar en nuestro ejército de educación alemana, que produce muchos oficiales viciados de imperialismo y de ideas germánicas de casta, por cierto repugnantes al principio republicano. El ejemplo de Sarmiento es una confirmación de la doctrina: el estado militar no excluye los derechos del hombre. La educación del ejército, no es técnica tan sólo. Es también cívica. El ejército de la República es una garantía de la libertad.

Sarmiento era contrario á la abundancia de tropas, que pueden constituir un peligro para la democracia. Los grandes ejércitos, afirmaba, son "una manía montonera". Resultan, en efecto, la expresión del patriotismo soldadesco y del caciquismo mandón tan peculiares al caudillaje.

El mismo ascenso, por justo que sea, jamás suprime las incompatibilidades que puede presentar con el deber ciudadano. Así, Sarmiento, teniente coronel desde 1851, recibe sus despachos de coronel en 1862, cuando era gobernador de San Juan; y no obstante su antigüedad de once años, los rehusa, porque siendo jefe del poder ejecutivo considérase capitán general en su jurisdicción, y porque no juzga decoroso que el gobierno nacional ascienda al mandatario de una provincia, declarándole implícitamente subalterno; á pesar de que, como director de la guerra contra la montonera, había ejercido funciones de general. No obstante la puerilidad guerrera que le imputan, consérvase treinta años en su grado de teniente coronel. Y esto, dice, cuando hasta el Chacho era general de la nación.

Su ascenso á esta categoría, es una fineza de Avella-

neda. Al dejar el gobierno, Sarmiento no tenía de qué vivir... (1)

Había ejercido en 1857, las funciones de jefe del estado mayor de la reserva en el sitio de Buenos Aires. En Pavón, es auditor de guerra. En la campaña de Cuyo (1860-61) director de la que se lleva contra el Chacho. La táctica que introduce en aquellas operaciones difíciles y obscuras, es decididamente triunfal. La montonera queda deshecha para siempre. El conocía bien sus gauchos, y había visto operar á las tropas francesas contra las kábilas congéneres bajo las órdenes del mariscal Bugeaud, con quien se amistó en Argelia. Conservaba de esa guerra un archivo completo, que demuestra su preocupación estudiosa ante aquel problema, entonces capital para nosotros.

Desde su despacho presidencial, dirigió la guerra contra López Jordán, cuando este caudillo hubo de rebelarse en 1871; aplicando, entonces, la táctica que fué el secreto infalible de Napoleón y que por el mismo tiempo daba á Alemania sus triunfos: la concurrencia, inesperada para el enemigo, de tropas superiores que lo envolvían en un momento dado. En 1873, al repetir aquél su intentona, el plan eficaz se reproduce. El presidente desembarca en el Rosario con dos ametralladoras, arma nueva que acaba de introducir junto con una dotación de artillería de sitio; y so pretexto de probarlas, acribilla de proyectiles el edificio del colegio nacional en construcción. Vuelve á hacer lo mismo en el Paraná, mientras la prensa de oposición clama contra aquella locura. Es el mensaje que manda á los rebeldes. La montonera, acostumbrada á llevarse por delante las piezas de tiro lento, queda notificada. Después, arregla en una conferencia la campaña. Pica el amor propio de sus generales, atribuyendo á calumnias de la oposición las razones políticas que se descubre en la lentitud de

(1) El mismo gobierno habíale ofrecido la plenipotencia en el Brasil, que no aceptó, entendiendo que su sordera comportaba una incompatibilidad diplomática. Decididamente no estaba constituído para la pensión oficial.

las operaciones (1). Concentra en Nogoyá doce mil caballos á pesebre, y como lo había prometido al salir de Buenos Aires, concluye en un mes la guerra.

Igual eficacia en 1874. Está en cama cuando le llevan la noticia de la revolución. Tírase de aquélla, y sin vacilar un instante empieza á redactar órdenes telegráficas. Hecho esto, en media hora de labor febril, dice al empleado que llevó el parte: "Ahora, vámonos á dormir, que la cosa ya está arreglada". Así fué, en efecto.

Echó mano en esta ocasión de uno de esos arbitrios que constituían su "diplomacia de la guerra". El mismo lo ha contado en la introducción á sus memorias militares, que no llegó á publicar:

"He aquí la campaña de Mendoza. Ivanowsky (2) llegó de San Luis con excelentes caballos á Mendoza, un día antes que Segovia (3) de San Rafael, igualmente bien montado. La casualidad hizo, dicen, que un jefe del 1.° de caballería (seiscientas plazas) perdiese el caballo ensillado una noche y se atrasase otro tanto la división en su marcha; pero la casualidad hizo también que el gobierno de Mendoza y el coronel Ivanowsky le propusiesen ofrecer una amnistía al ejército sublevado, si reconocía y acataba la autoridad nacional, lo que dió ocasión al presidente consultado, de declarar que no habría jamás perdón ni amnistía para el comandante Segovia, O'Conell y demás criminales. Al primer disparo del *cañoncito* de Ivanowsky, el general en jefe insurrecto con su estado mayor puso pies en polvorosa, no de miedo del impotente cañón, pues sus fuerzas eran

(1) El *Sarmiento Anecdótico* refiere así la conferencia con el ministro de la guerra: «Se dice en Buenos Aires que el general Vedia opera con toda lentitud del lado del Uruguay, sin arriesgar ninguna operación decisiva, para conservar un ejército mitrista en vista de las próximas elecciones presidenciales; y asimismo se asegura en Buenos Aires, que el ministro Gainza hace otro tanto del lado del Paraná, para conservar un ejército autonomista que contrabalancee al otro... No me diga nada; yo no creo una palabra de todo eso; pero necesito que usted me derrote á Jordán dentro de quince días para que nadie crea semejante patraña.»

(2) Jefe leal.

(3) Jefe sublevado.

superiores, sino de la horca, que le presentaban en perspectiva las reservas del presidente''. Este acto moral, añade, decidió la batalla. ''La guerra científica mató la guerra instintiva''.

No obstante, el rigor de que para ello se echó mano, fué muchas veces excesivo. Sarmiento profesaba, abiertamente, eso sí, el principio de que las represalias terroristas son lícitas contra la rebelión. Cohonestaba sus procedimientos con el ejemplo del general Paz, y pudo hacerlo con algunos de Mitre. Era el espíritu de la época, robustecido por la vigencia de la bárbara ordenanza española; pero esto no disculpa, de ningún modo, aquellas crueldades. El fin no justifica los medios; y esta fué la máxima con que el liberalismo autorizó su política ante la historia, de una manera irrevocable.

El Chacho, ejecutado sin formación de causa, era un general de la nación. López Jordán, cuya cabeza quiso Sarmiento poner á precio, si bien el congreso rechazó con honrada independencia la monstruosa ley, era un ciudadano argentino amparado en su mismo extravío por la constitución que prohibe la pena de muerte para el delito político. Las aldeas de La Rioja, arrasadas á sangre y fuego, representan iniquidades que la historia no puede atenuar, y que el mismo afianzamiento de la nacionalidad no justifica. Fué este el grande error de Sarmiento, al comportar la negación de su propia doctrina. No se civiliza ni se constituye á sangre y fuego. La prueba es que esas provincias no se han levantado de su postración. Son las ánimas en pena de la montonera exterminada.

Aquella herencia de miseria y de dolor que nos dejaron los próceres fundadores, cimenta, sin embargo, la honra del patriotismo argentino. Al aceptarla fué un sacrificio lo que se impusieron los hombres de la época constitucional, cuya pobreza laboriosa es la austera lección cívica del presente. El amor á la patria fué para ellos un acto de abnegación.

He aquí el espíritu que anima esa foja militar de Sarmiento, abierta en su segunda época por el parte de Caseros, cuya redacción hubo de efectuar, para mayor

gallardía, con la misma pluma del tirano y en la propia residencia de Palermo.

La posteridad no puede continuar en su engaño sobre aquel general de la caricatura y del epigrama, que satisfacían en él los rencores del ejército gaucho. Débele en la vida de la gloria la reparación de aquella injusticia que tanto le amargó. El general Sarmiento es un hecho. Ganó batallas sin verlas, por telégrafo, anticipándose hasta en eso á los resultados de la guerra moderna. Inició el ejército científico, desde en la escuela hasta en el armamento terrestre y naval. Y además, fué un héroe; el hombre representativo de la existencia superior. La gran página de la bandera es suya. San Martín, que le debió en hora aciaga su pan militar de desterrado (1), confíale el secreto histórico de Guayaquil como á un camarada. El pueblo que se proponía silbarle si concurría en traje militar, cuando el regimiento 11.° le confirió el padrinazgo de su bandera, cambia de repente al verle aparecer con todos los galones del rango. Sorpréndese y enmudece con un estremecimiento de veneración. Luego, prorrumpe en aplausos. Es que ha visto y sentido en aquel aplomo de viejo león que se presenta, lo que no esperaba: un general.

(1) En 1841, cuando el artículo sobre la batalla de Chacabuco, recordó á Chile los deberes olvidados para con el Libertador, que empeñaba en Boulogne-sur-Mer, uno á uno, los botones de la antigua casaca, y apuntaba en su libreta de pobre los remiendos de sus botas.

CAPITULO IX

## El estadista

"Hacer las cosas: hacerlas mal, pero hacerlas". Esta máxima de Sarmiento, que explica á la vez sus aciertos y sus errores, formulaba el estado del país, ante un atraso de veinte años. Para suprimir el déficit de la tiranía en materia de civilización y acabar con la miseria pesimista que había sobrevenido en consecuencia, era necesario obrar. La curación de la República paralizada, requería á toda costa un ensayo de vitalidad. Para colmo de penas, la guerra del Paraguay acababa de consumir todas las energías nacientes, en un esfuerzo excesivo. La unidad nacional no era, hasta entonces, más que un resultado político. Había que darle la impulsión progresiva, sin la cual nunca pasaría de allí.

Sarmiento asume la responsabilidad del país, prueba fehaciente de su misión genial. El es el hombre necesario, y se pone á la obra. Va á hacer las cosas bien ó mal; pero va á hacerlas. Entre el lago que refleja eternamente, con perfecta tersura, el mismo trozo de firmamento, ó sea entre la doctrina lógica é inmóvil, y la acción comparable al río que marcha, arrastrando fango y cielo á través de los paisajes, prefiere esto último. Más de una vez, los obstáculos le obligarán á volver sobre sí mismo. No importa. Aquella emanación de su montaña

cuenta con el mismo desnivel del país, para conservar su trayectoria provechosa. El remanso le dará, de cuando en cuando, su hondo reposo azul, que refleje en forma de poesía natural la belleza de las nubes vagabundas; más allá, convertiráse en torrente preñado de limo; más lejos aún, en sonora presa cantada con sordo rumor de maderos en el borbollante cárcavo. Su energía necesita transformarse en luz y en trabajo, espumar en la harina del molino, más que en las rocas del espontáneo cauce, ser rotación útil en la vertiginosa turbina, fatigarse en la acción muscular de las correas, sudar en el acero el rancio calor de la máquina.

Aquello es, como siempre, una cuestión de ideas. Y lo que demuestra la eficacia propulsora de este elemento, integrado en el bien de la libertad, es que las ideas han hecho de la colonia española más atrasada y pobre, el país más progresista de Sud-América. Educar el ciudadano, el ejército, la legislación, la industria, la política: he aquí el medio.

Chile había enseñado á Sarmiento el sistema de la estabilidad institucional y de la adaptación política. Afiliado allá al partido conservador, que era el más culto, hemos visto ya su acción docente. A semejanza de los nuestros, aquellos partidos no representaban ideas irremediablemente diversas. He dicho ya que la configuración del país, facilitó pronto á la clase gobernante, los blancos hijos de europeos, un acuerdo tácito para explotar sus ventajas étnicas y sociales, sin comprometer esa situación con los sangrientos extremos de sus congéneres argentinos. Aquello cimentó muy luego el concepto del gobierno fuerte, y las peculiaridades, por decirlo así, centrípetas de su estructura: en dos palabras, el egoísmo, que es en la sociedad, mogigatería conservadora y tendencia agresiva hacia los países vecinos. La solidificación prematura, impide el progreso interno, que mejorando la vida, produce el amor civil de la patria: específicamente la *civil*-ización. Esa afección, transfórmase en entusiasmo guerrero, que impide las exigencias de la democracia en nombre de la seguridad nacional y de las riquezas por conquistar al ve-

cino. Es la industria política de la agresión, fundada en el concepto negativo de la libertad. Pero también, esto robustece desde luego la específica misión de conservar el orden, ó sea el objeto capital del gobierno. El mérito de Chile está aquí, como lo demuestra el hecho de que tuviera antes de nosotros, instituciones regulares, instrucción pública organizada, ferrocarriles y prensa doctrinaria.

Conforme á su invariable destino, Sarmiento gobernó allá, como lo habría hecho, después de todo, en cualquier parte. Su obra de fraternidad americana, llevó á aquel país la lección del desinterés. La nación hospitalaria le dió el concepto del gobierno estable, que los Estados Unidos debían amplificar con la enseñanza de instituciones más perfectas. Allá, en efecto, la tradición y la unidad étnica, robustecen la idea restrictiva del estado, que viene á ser, propiamente, una delegación del pueblo soberano para realizar determinado objeto, como resultante de la división del trabajo: el orden, de que los ciudadanos no pueden encargarse porque están ocupados en constituirse una posición independiente, pero que necesitan para este mismo objeto. Allá, el gobierno es un encargado del pueblo, no un sustituto, puesto que en el pueblo reside la soberanía. Acá, no obstante la adopción de ese principio, el gobierno representa, además, la dominación de una clase por otra, y si quiere suprimir esta desventaja nociva á la libertad, debe agregar á su específica misión de orden, la de educador. "Educar al soberano", es una fórmula de Sarmiento. En la democracia norteamericana, es, por el contrario, el pueblo quien educa al gobierno. Esto comporta la relación natural entre soberano y delegado; de tal manera, que mientras no sucede así, la democracia es imposible. De aquí que el programa de Sarmiento continúe en vigencia, y que sea más urgente cada vez. Nuestro atraso político se agrava día á día por la doble acción divergente del tiempo y del incesante progreso material. Las ideas son ahora más necesarias que nunca.

La adhesión del grande hombre á los conservadores chilenos, tuvo, asimismo, una razón circunstancial. Era

necesario desvanecer el cargo de "eternos enemigos del orden" que Rosas lanzaba contra los unitarios, conforme á la conocida fórmula del despotismo. Luego, esta vinculación continuaba las relaciones oficiales consumadas en 1830 por aquellos políticos chilenos, con el gobierno que los triunfos unitarios de Paz instituyeron en el interior bajo la hegemonía militar y política de Córdoba. Por lo demás, el presidente chileno era un estadista digno de interesar á Sarmiento cuya amistad compartía. Su política no fué óbice á la ayuda de aquella poderosa y turbulenta personalidad, porque no cuestionaba de nacionalidad ni credos en el dominio de la inteligencia. (1) Sarmiento tuvo en aquella amistad, su primer lección de gobierno. Su ejercicio de esa habilidad superior que se llama la política, y que radicalmente significa dirección de las costumbres, urbanidad, como que es un producto de la civilización constituída en ciudades, un arte griego (2), proviene de aquella figuración partidaria. El arma ha ganado con el temple, la flexibilidad que asegura su penetración.

Su primera actitud en el país natal, después de Caseros, es un conflicto doctrinario cuya razón le pertenece. Urquiza quería constituir el país, tomando por base aquellos mismos gobiernos agentes de la tiranía durante largos años; y su primer acto fué la ratificación de la liga de gobernadores, subsistente desde el fusilamiento de Dorrego. Sarmiento, adelantándose al separatismo liberal de Buenos Aires, lo cual demuestra una vez más que esta actitud no fué una maniobra localista (3) toma

(1) Ello no excluía, sin embargo, la presión despótica permanente que caracterizó el largo dominio de los conservadores chilenos. Bajo las apariencias de una estricta legalidad, dominaban la burocracia electoral y el clericalismo. Las facultades extraordinarias y la pena de muerte por delitos políticos, fueron recurso permanente de gobierno hasta la conciliación de 1860, que produjo indirectamente la presidencia de don José Joaquín Pérez.

(2) La civilización de la Grecia empieza con las primeras agregaciones urbanas. La ciudad es todo en ella. Así también en nuestro país, la fundación de ciudades es el primer trabajo de la conquista. Civilización y ciudad eran la misma cosa para el griego.

(3) Argentinismo de formación castiza y de importante significación histórica.

como pretexto la imposición de la divisa roja, para desligarse de Urquiza y volver á Chile. Su empirismo previsor, concibe la verdadera lógica de los acontecimientos. El caudillaje no puede servir de fundamento á la unidad nacional, porque ese origen vicioso reaccionará sobre ésta. La Constitución es un medio y no un fin: un instrumento para la obra que los caudillos no realizarán, porque su servilismo á la tiranía es una palmaria demostración de impotencia. Alberdi debía equivocarse en esto con todas sus teorías, porque en el fondo era materialista como el propio vencedor de Caseros. Este, á su vez, al ser militar, no podía pensar de otro modo, y es evidente que se equivocó de buena fe, así como que la imputación de querer substituir á Rosas, fué un injusto aserto porteño.

Sarmiento había reconocido en él "la gloria más alta de la Confederación"; pero sus principios no concebían esa política cuyo éxito comportó una prórroga de la desunión durante ocho años. Prácticamente hablando, esta situación resultaba inferior al *statu quo* de la tiranía, que fué, al fin, el país inconstituído, pero con Buenos Aires. Y Buenos Aires bien valía una constitución. La prueba es que los mismos confederados hubieron de sacrificársela.

Tan peligrosos eran los caudillos para la libertad, que cuando Sarmiento regresó á su país en 1854, el gobierno de Mendoza desterróle otra vez, aprisionándole acto continuo de su llegada. Igual cosa hubo de sucederle al año siguiente en San Juan, donde le salvó del ostracismo la mediación de Rawson ante Benavídez. Y eso que estaba ya vigente la constitución nacional con todas sus garantías. Sarmiento era el único argentino liberal con quien parecían encarnizarse el pasado y el destino para vedarle el acceso de la patria. Estos obstáculos son obvios en la vía de la predestinación. Y es que Sarmiento veía bien. Las oligarquías son inadecuadas al ingerto. Con ellas y con las testas coronadas, no existe más medio que ponerles hacha á la raíz. Lo que sucedió aquí por entonces, y luego con Maximiliano en México, así lo prueba. Pero el militar, á consecuencia de su pro-

pia misión específica, es terrero por lo común. La patria representa, para él, una entidad material, en la que habitualmente atribuye una importancia secundaria al derecho. Era ese el error de Urquiza, natural sin duda, pero que Sarmiento no podía aceptar, después de haber preferido con un doble destierro de diez y siete años, la libertad á la patria, ó mejor dicho, á la querencia territorial, puesto que sin libertad la patria no existe.

He mencionado ya su obra como legislador de Buenos Aires. Ministro del general Mitre, en esta misma provincia, desempeña pocos meses la cartera.

Una revolución contra el gobernador de San Juan, Virasoro, criatura del presidente Derqui, había depuesto y ejecutado á ese mandatario, colocando en su lugar á Aberastain, el amigo de Sarmiento.

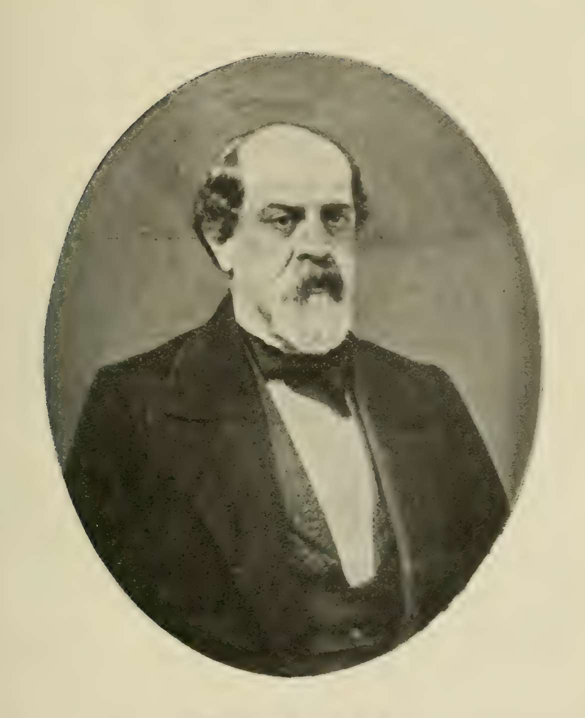
Virasoro representaba en San Juan un verdadero proconsulado de la Confederación, impuesto militarmente y sin vinculación alguna, pues dicho personaje era correntino; mas ello obedecía al propósito de impedir que el liberalismo porteño prosperase en la tierra de Sarmiento, donde su influencia era, naturalmente, respetable; al paso que el menguado presidente cordobés afianzaba la suya con elementos de su provincia de adopción (1).

Acostumbrado á los excesos de un militarismo atroz, Virasoro creyó asegurar su gobierno de cuartel por medio de la violencia; pero sus excesos llegaron á tal extremo, que el pueblo se amotinó con el resultado ya dicho. El caudillaje seguía imperando, á despecho de la constitución, que, naturalmente, nada valía en sus manos.

El gobernador Aberastain procedía, por el contrario, de San Juan, y era, á la vez, uno de sus hombres más eminentes. Representaba el liberalismo en toda su austeridad y nobleza, hasta constituir dentro de él un tipo selecto.

La provincia fué intervenida por el gobierno federal,

(1) Los representantes de San Juan en el congreso nacional tampoco eran sanjuaninos. Algunos, ni siquiera conocían la provincia.



GOBERNADOR DE SAN JUAN

quien comisionó para ello al gobernador de San Luis, coronel Saá, también perteneciente al antiguo caudillaje. Este sistema de intervenir en unas provincias por medio de los gobernadores de otras, consolidaba la liga. Saá llevaba una misión conciliadora; pero cambió de parecer en Mendoza, cuyo gobernador, Nazar, también caudillo, era á la vez pariente suyo. El cercano foco liberal comportaba para aquél una amenaza que debía suprimirse á sangre y fuego. Saá decidió entonces ocupar á San Juan en son de guerra, y asumir su gobierno; pero el de Aberastain, legalmente electo ya, y desde luego aceptable ante el hecho sin remedio de la muerte de Virasoro, contestó desconociéndole aquella pretensión, "porque intervenir, no es substituir"; (1) resistió, fué vencido, ó mejor dicho, aniquilado en una carnicería feroz, y Aberastain ejecutado como rebelde, después de atroces martirios, á los que siguieron cuarenta días de saqueo y de matanza.

Al conocerse en Buenos Aires esta noticia, Sarmiento renunció su ministerio para entregarse con eficacia á la propaganda contra el gobierno federal, verdadero autor de aquel horrendo episodio; y es seguro que con ella, encabezada por la *Vida de Aberastain*, verdadero panfleto necrológico, precipitó la segunda separación de Buenos Aires que ocasionó luego el decisivo triunfo liberal de Pavón.

Enviado por el gobierno nacional interino que recayó en Buenos Aires á consecuencia de la caducidad de los poderes federales motivada por el triunfo de Pavón, para dirigir la guerra contra el caudillaje de Cuyo que

(1) La doctrina justa de la constitución, aunque por ley de fuerza impere la contraria. El objeto de toda intervención es asegurar á las provincias el ejercicio de sus instituciones; siendo el gobierno autónomo, la primera de todas ellas. Además, la autonomía, ó sea la entidad fundamental de la provincia, preexiste y subsiste ante cualquier trastorno. Jamás puede ser la provincia una dependencia federal, como sucede cuando asume su gobierno un comisionado del presidente de la República. El liberalismo tenía razón otra vez contra el espíritu provinciano; si bien éste vencíalo por la fuerza, para ser la primera víctima de su propia victoria antiliberal.

se resistía á aceptar el nuevo orden de cosas, dilatándose con cierto éxito en la montonera riojana, fué electo gobernador de San Juan, después de haber desalojado, con la sola presencia de las tropas nacionales, al despotismo superviviente en las tres provincias de aquella región, donde todavía prolongaban los lazos dinásticos del parentesco, influencias por demás significativas: en San Luis, la de los Saá, montoneros y caudillos de indios; en San Juan, la de Benavídez; en Mendoza, la del siniestro fraile Aldao. Pavón había sido, en realidad, nuestra segunda Caseros. (1)

Desde 1848, tenía prevista esa gobernación provincial como antecedente de la presidencia. Púsose, pues, á desempeñarla con la mayor aplicación, tan dedicado á ella, que no quiso aceptar la vicepresidencia de la República. Verdad es que esto habría contrariado otro de sus pronósticos, dada la pohibición constitucional de reelegir, aun con alternativa, al presidente y á su vice. En 1852, al volverse para Chile, había enderezado á Mitre esta despedida, que adelantaba en su absurdidad actual, diez años de realidad histórica:

—Mitre, suya será la primera presidencia; pero no se olvide que me reservo la segunda.

Gobernó su provincia con un ímpetu extraordinario de progreso. Todo lo reformó con su prodigiosa ubicuidad, puesto que, en efecto, faltaba todo. Pavimentó de piedra las calles; ordenó el blanqueo general de las casas, iniciándolo por mano propia en la suya, para dar ejemplo; decretó la nomenclatura de las calles y la numeración de los edificios; fundó varios, como la escuela, entonces monumental, que después llevó su nombre, y otras en los departamentos, donde sólo existía una cuando él entró á gobernar; levantó un hospital; organizó la justicia, y proyectó al respecto una cámara de apelaciones para las tres provincias de Cuyo, análoga

(1) Lo cual prueba que cuando los liberales precedidos por Sarmiento, exigieron todas las consecuencias de esta batalla, los asistió la razón. Costó diez años de guerra civil extirpar el caudillaje erróneamente consolidado por Urquiza.

á las actuales de circuito, creadas por ley nacional cuarenta años después (1); mandó levantar el primer catastro y el primer mapa de la provincia; organizó la policía; creó baños públicos, jardines, alumbrado, alcantarillas, matadero y cementerio. Promovió la legislación de imprenta, refiriendo sus juicios al jurado popular. Inauguró una quinta normal, fundó el departamento topográfico, instituyó la diputación de minas y organizó compañías mineras en Europa. Al mismo tiempo, desarrollaba la sociabilidad por medio de fiestas públicas, procesiones cívicas, aparatosas inauguraciones. Y todo aquello fué, dice, "concebido en días de amargura, construído con el arma al brazo, cuando se divisaba desde las torres las polvaredas del Chacho en Caucete". (2) Según el *Sarmiento Anecdótico,* los albañiles trabajaban con los fusiles á la mano.

Esta guerra con la montonera, y los costos de tantas obras, produjeron á los dos años de gobierno un déficit considerable, que las escasas rentas provinciales no alcanzaban á cubrir. La resistencia clerical y los resabios gauchos de la campaña, donde era decididamente impopular un gobernador que odiaba el "chiripá" y el "recado", crearon á Sarmiento una situación insostenible. Carecía, como he dicho ya, de dotes administrativas. Tanto en la vida privada como en la pública, no sabía reparar en gastos cuando se trataba de hacer el bien. Pero el gobernante debe contar dos veces cada día el dinero de los pueblos. Porque esas monedas son gotas de sudor ajeno, muchas veces angustioso hasta la sangre.

Aquello coincidió, además, para Sarmiento, con el grave dolor conyugal de la separación consumada. Llegó á considerarse positivamente hundido, y escribió á su amigo don José Posse una carta desolada en la cual se daba ya por muerto para la vida pública.

Conocida por el gobierno de Mitre esta situación,

(1) La primera idea de esta institución tan federal, perteneció al gobierno unitario del general Paz en Córdoba. La unidad de los códigos penal y civil, á los constituyentes federales de 1853...

(2) Suburbios de la capital.

ofrecióse á Sarmiento el ministerio diplomático en los Estados Unidos. Así se reconocía sus méritos, y se evitaba que su renuncia ya segura de la gobernación sanjuanina, trajese á Buenos Aires aquel turbulento soñador de presidencias, aquel publicista duro de boca y de argumentación, que la polémica con el ministro Rawson acababa de presentar formidable.

Sarmiento aceptó, si bien dándose cuenta de todo, y con la fe inquebrantable en su predestinación: "Más que nunca seré presidente".

Los acontecimientos iban á combinarse en favor suyo con asombrosa singularidad.

¿Qué fué, en efecto, lo que produjo su presidencia? Todo y nada.

Sus deseos que nadie ignoraba, suelen constituir un obstáculo en las democracias, envidiosas de por sí. La fórmula del éxito, es en ellas la natación entre dos aguas. Si lo advierten, quedarse quieto, y no seguir hasta que vuelvan á distraerse. Candidatura anticipada, es fracaso seguro, porque todo el mundo se divierte en tirarle su pedrada al camino. La de Sarmiento llevaba veinte años de probabilidad, y él mismo habíala proclamado. Luego, el aspirante debe presentar alguna conveniencia egoísta. Sarmiento era contrario á todas. Algún partido. No lo tenía. Algún interés del gobierno. No fué candidato oficial.

El caso es que el partido gobernante, ó liberal, habíase disgregado con la ausencia del general Mitre, retenido por la guerra en los campos paraguayos; pues el vicepresidente que le substituía, inclinóse visiblemente hacia la oposición, como era, por otra parte, de esperar en un provinciano. (1) Aquella, bajo la dirección del doctor Adolfo Alsina, representaba la tendencia extremadamente localista de Buenos Aires, la autonomía radical con cuyo adjetivo se denominaba; y suponía por aquí un contacto del liberalismo en el cual era fracción disidente, con la vieja política provinciana federal, basada, como es sabido, en la conservación de las autono-

(1) El señor Paz era de Tucumán.

mías feudales (1). Por uno de esos contrasentidos de posición, tan frecuentes en política, el doctor Alsina, jefe de los autonomistas (2) era de procedencia genuinamente unitaria. Pero ya establecí que unitarios y federales, coincidieron por sus distintos caminos en el aislamiento de Buenos Aires, ó localismo para mayor exactitud. Alsina era, además, gobernador de la provincia, y compartía de mala gana, como todo buen porteño, su capital histórica con el presidente de la República, aunque éste lo fuera también. Su vice gobernador y sucesor próximo en el Poder Ejecutivo, pertenecía al antiguo partido federal, acentuando con esta procedencia el localismo del gobierno.

Aquella disidencia entre las autoridades de la nación y las provinciales, había empezado con una medida trascendental: la legislatura de Buenos Aires rechazó en 1863 la ley del Congreso Nacional que federalizaba dicha ciudad, declarándola capital de la República; y el partido porteño, vencedor en aquel acto legislativo, fué el mismo que eligió á Alsina gobernador dieciocho meses después.

Dos fracciones dividían á su vez el liberalismo presidencial, bajo las sendas candidaturas de los ministros Elizalde y Rawson; pues con la ausencia del presidente, el ministerio había tomado una importancia excepcional. Compuesto por hombres de Mitre, gobernaba prescindiendo del vicepresidente cuando le era posible; lo cual explica una vez más las inclinaciones de éste hacia la oposición, tanto como las aspiraciones de aquéllos.

Así las cosas, el general Urquiza, aprovechando la desunión liberal, levantó también su candidatura, ciertamente poderosa en elementos provincianos, y desde luego simpática al antiguo partido federal del interior. El liberalismo nacionalista que dirigía el general Mitre,

(1) De las tres provincias que votaron por Urquiza en la elección presidencial, dos, Entre Ríos y Salta, lo hicieron por Alsina para vicepresidente. El voto entrerriano, es sobre todo significativo.

(2) Modificación argentina de «autonómico», así conformado á la habitual desinencia política.

resultaba, pues, considerablemente debilitado. Si este mandatario prescindía en la lucha electoral, como lo hizo para honra suya, y con franqueza tanto mayor, cuanto que no ocultaba sus simpatías por el doctor Elizalde, ni los nacionalistas, ni los autonomistas, obtenían el triunfo. Era un hecho la presidencia de Urquiza, ó sea la amenaza más grave para el liberalismo.

Entonces un oficial que guerreaba en los bosques paraguayos, el hoy general Mansilla, tuvo la idea de conciliar las cosas en sentido favorable á los autonomistas, conjurando aquella amenaza y venciendo á los candidatos ministeriales con una presidencia distinta, si bien de origen liberal. Dió la fórmula y el nombre: Sarmiento. Mansilla pertenecía de tradición al partido federal porteño que aceptó el cambio efectuado por la batalla de Caseros y adhirió al liberalismo separatista. De aquí que se inclinara á la fracción más porteña de este último, acercado al antiguo rosismo por esta inclinación local, y que, en consecuencia, estuviera igualmente alejado de Urquiza, la grande influencia antiporteña, y de Mitre, jefe del nacionalismo, á la vez que presidente de la República: razón opositora de importancia por sí misma, y porque siendo Alsina, el jefe de los autonomistas, gobernador de Buenos Aires también, esta posición tornábale naturalmente contrario al gobierno federal, con motivo de la corresidencia cuyas dificultades iban á agravarse en la administración de Sarmiento y á declararse en crisis sangrienta bajo la de Avellaneda.

Además, Sarmiento acababa de ser ruidosamente expulsado del liberalismo nacionalista, por Mitre, con motivo de cierta apreciación de aquél, contraria á los procedimientos del gobierno federal; lo que daba al ausente la necesaria coloración opositora dentro del mismo partido.

Para que fuera políticamente aceptable, el candidato debía reunir además estas circunstancias: ser liberal, aunque no figurara en las fracciones militantes del liberalismo, pues así se evitaba á Urquiza; gozar de una reputación eminente, es decir, digna de parangón con la de sus competidores ministeriales; y carecer de partido

propio, para que adoptara por suyo al que le eligiera. Sarmiento no era el único personaje en tales condiciones, y hasta le faltaba la más requerida para maniobras semejantes: la ancianidad inútil y solemne, abonada por una alta figuración social. Pero esto entra en la parte inexplicable de su elección. Por más esfuerzos que se haga para encontrarle una determinación estrictamente lógica, ello resulta imposible. Debe añadirse, sin embargo, con el objeto de agotar el análisis, tan interesante como ninguno, al constituir aquella presidencia un fenómeno absolutamente singular, que la circunstancia de ser Sarmiento provinciano, atrájole algunos elementos de la misma procedencia, para los cuales era inaceptable Urquiza.

La misma proclamación de la candidatura por el partido autonomista fué insegura hasta el último instante. Aquella colectividad dividía sus afecciones entre el doctor Alsina y el candidato ocasional, cuyo órgano espontáneo era la fogosa *Tribuna* de los Varela, metidos en la campaña con clarovidente penetración.

El *Club Libertad*, órgano dirigente de los autonomistas, proclamó reunido en la plaza de Monserrat, el 2 de Febrero de 1868, bajo un terrible sol de verano; y quiso la leyenda política que el triunfo de Sarmiento se debiera á haber señalado el presidente de la asamblea el costado de la sombra y del sol, respectivamente, á los que estuvieran por Sarmiento y por Alsina; suposición verosímil, dado que el presidente en cuestión era partidario del primer candidato. La sombra habría dado mayoría á Sarmiento...

Pero tal explicación sólo demuestra lo inexplicable de la candidatura. Una resolana cívica no era cosa de espantar por entonces. La fórmula proclamada fué, como es sabido, Sarmiento-Alsina.

A todo esto, el candidato nada sabía. Aprovechando una licencia anterior, habíase trasladado de su legación de Wáshington á la exposición de París; de suerte que su correspondencia de Buenos Aires, iba depositándose en los Estados Unidos, pues la falta de comunica-

ción telegráfica y la lentitud de los correos, retardaban durante semanas las noticias entre éste y aquel país.

Enterado de las cosas á su regreso, aceptó acto continuo la candidatura, á la cual daban programa sus treinta años de lucha y su docena de libros fundamentales. Conocida era, además, su fórmula nacionalista: "porteño en las provincias y provinciano en Buenos Aires". El partido que le proclamaba era localista; pero Sarmiento no le sacrificó un solo principio.

Los liberales del gobierno se alarmaron. La adhesión de Buenos Aires aseguraba á las candidaturas autonomistas veintiocho votos sobre los ciento cincuenta y seis que componían la totalidad del colegio electoral cuya reunión íntegra preveíase difícil; como que el posterior escrutinio del congreso registró nada más que ciento treinta y un votos por todo. Hubieron, entonces, de unir sus fuerzas, refundiéndose la candidatura de Rawson en la de Elizalde; pero como la de Sarmiento prosperaba por la adhesión de algunas provincias, antiurquicistas y anti-porteñas á la vez, el gobierno del general Mitre, adverso á ella sin duda, ofreció á Sarmiento el ministerio del interior. Así le obligaría á renunciar, pues aquella cartera es incompatible con una candidatura semejante. Fundándose en su anterior expulsión del partido liberal, resuelta por Mitre, Sarmiento no aceptó. Era lo decoroso y lo político.

Ahora, obsérvese esta lección de civismo: el gobierno de Mitre, oponíase á la candidatura de Sarmiento con todos sus recursos legales; pero no abusó del poder contra ella. De haberlo hecho, la malogra á no dudarlo; pues era incontrastable su poderío en la República. La candidatura de Mitre había obtenido en 1862 la unanimidad de votos, porque era la única garantía de realizar la unidad, tantas veces fracasada, al representar aquel patricio la coincidencia singular del prestigio porteño con el ideal nacionalista. Fué en ese momento el hombre del destino, puesto que aunaba las esperanzas de toda la República; robustecida todavía esta situación con el anhelo casi desesperado que sentía ella de constituirse. Por esto, su desenlace es tan natural como su

principio: la elección presidencial más libre que hayamos presenciado. El escrutinio del congreso dió á Sarmiento setenta y nueve votos; á Urquiza veintiséis; á Elizalde veintidós; á Rawson tres y á Vélez Sársfield uno: estos cuatro últimos, de electores bonaerenses.

Anoto la circunstancia, porque el hecho de reconocer como libre aquella elección, no significa que la considere democrática. El propio escrutinio lo demuestra. Salvo esos cuatro votos de Buenos Aires, los demás colegios sufragaron todos por unanimidad. Es que quienes elegían, realmente, eran los gobiernos; y esto explica por qué en el estudio político del caso he debido atenerme únicamente á las conveniencias y evoluciones oficiales.

La libertad en que el presidente Mitre los dejó, fué tan completa, que el candidato de sus simpatías tuvo diez votos menos en el escrutinio: los de Tucumán, donde fué electo el doctor Elizalde, si bien el acta pertinente no llegó jamás al congreso. En vano este poder esperó hasta los tres días anteriores al vencimiento del plazo constitucional; en vano el senado nombró una comisión investigadora con ese objeto. El escrutinio hubo de efectuarse sin los votos de Tucumán y sin los de Corrientes, que estaba en revolución, con cuyo motivo su colegio electoral no llegó á reunirse, si bien la elección de electores habíase realizado. El gobierno derrocado por aquel movimiento respondía á la influencia de Urquiza, mientras los revolucionarios eran mitristas, es decir, partidarios de Elizalde; de manera que el alzamiento tendía, entre otras razones, á anular de hecho la elección. Urquiza perdió, pues, doce votos con tal motivo.

El congreso, como he dicho, esperó hasta el último momento el acta de Tucumán, cuya ocultación pudo tener el objeto de procurar la anulación total de las elecciones por falta de los votos requeridos, ó sea la mitad más uno de los que correspondían á los electores de toda la República.

Así se vió en el debate de la ley reglamentaria del escrutinio, largo instrumento sancionado tan sólo el 9 de Octubre.

La elección unánime del general Mitre, primer presi-

dente constitucional de toda la nación, no había requerido previsiones legales. La de Sarmiento produjo, por el contrario, un complicado debate, en el cual consideróse ante todo si era legal, faltando los votos de Tucumán y de Corrientes. Tomaron parte en él los dos senadores de aquella provincia, doctores Fernando Zavalía y Uladislao Frías, suegro y yerno, respectivamente, á la vez que jefes respectivos también de los partidos sarmientista y elizaldista. El buen sentido y la rectitud constitucional triunfaron al fin, datando de entonces la consabida ley reglamentaria. La presidencia tuvo, pues, obstáculos para Sarmiento, hasta en los últimos trámites, como si el propio destino adverso se hubiera encargado de robustecer la índole del luchador; y así, es aquél el único presidente argentino que haya triunfado por la estricta mayoría de la ley, con setenta y nueve votos, ó sea exactamente la mitad más uno del total de los electores.

Aquella victoria tuvo una ratificación aun más significativa: Mitre pasó acto continuo á ser jefe de la oposición contra Sarmiento. Urquiza, igualmente patriota, acató la sanción de los comicios. Temíase que no lo hiciera, y que aprovechando su prestigio militar, iniciara una guerra civil cuyas consecuencias habrían sido gravísimas. Suministrábale motivos inmediatos de agravio cierto parangón que el vencedor del comicio había hecho poco antes de las elecciones, entre su candidatura y la del general entrerriano: escrito de violenta elocuencia, en la cual el despiadado análisis del contrario adquiría una rotundidad de sentencia histórica por la crudeza implacable de los cargos y la elevación heroica del estilo. Pocas veces ha escrito Sarmiento una página más sincera y más terrible.

Con el mismo espíritu de justicia, apresuróse á reconocer en toda su importancia aquel acatamiento ejemplar en una carta famosa, seguida luego por una visita que el vencedor de Caseros merecía ciertamente, y que dadas las ideas presidenciales de Sarmiento, comportaba un homenaje singular. En aquella carta, el flamante mandatario quejábase amargamente de Mitre.

No podía extrañarle, sin embargo, esta oposición tan franca como leal; pero es que el gobierno presentábasele sobremanera difícil. El partido autonomista, desengañado desde luego en sus pretensiones de gobernar, que la lógica banderiza autorizaba á no dudarlo, declaróse opositor, con el mismo vicepresidente Alsina á la cabeza. Ella fué tan enconada, que Sarmiento no volvió á cambiar una palabra con aquél, durante todo el tiempo de su gobierno. Así coincidían contra la política presidencial las dos influencias más poderosas de Buenos Aires.

El partido federal provinciano, aguardaba paciente, calculando que el porteño, su antagonista, le entregaría por acción expulsiva al presidente desesperado. Equivocóse también. Sarmiento iba á tomar entre los dos caminos extremos, la ardua cuesta medianera de la Constitución. Ni las provincias sobre Buenos Aires, ni Buenos Aires sobre las provincias. La nación sobre todas. Entonces todas volviéronse contra él.

Lo admirable de esta lucha, con la cual Sarmiento realizó la política presidencial emanada de la Constitución, es que hasta en su extravío deplorable—el presidencialismo—(1) conservó integérrimo el respeto á la democracia.

"Un jefe de estado, decía, debe ser como Melchisedec, sin padre, sin madre, sin genealogía": todo para el bien público. La prensa tuvo con él crueldades horribles. El presidente, son palabras suyas, "dejó á sus enemigos el derecho de serlo con toda libertad, con más libertad de la que gozan los adversarios en parte alguna: la libertad de abusar de la libertad". Nunca se sintió mandatario para reprimirla; pero sí periodista para contestar. Imposible demostrar de una manera más alta el respeto á la institución.

Un día sabe que Mitre está necesitado. Por la dignidad del cargo que ocupó, tanto como por su mérito, hay que socorrerle en forma decorosa. Le encargará la redacción de las ordenanzas militares. Pero cuando el mi-

(1) Vocablo que en nuestra política tiene una significación importante, aunque no figura en el diccionario académico.

nistro de la guerra va con el decreto pertinente, niégase á firmarlo. *La Nación Argentina,* que acaba de leer, ataca al gobierno con desusada violencia. Ni éste ni Mitre pueden aparecer ante la opinión como comprador y como vendido. "¡Qué se muera de hambre!" ¡Cuánto respeto á la mutua dignidad en esa aparente venganza!

Conocida es su respuesta á la insolente carta del gobernador de Santiago, Taboada, que calificaba á Sarmiento de "presidente del Sud", invocando á título de autonomía el viejo feudalismo con sus ligas regionales (1): resabio tanto más intolerable, cuanto que se trataba de hombres hábiles y cultos. (2)

Modelo de dignidad y de elevación política, la carta de Sarmiento era una amenaza al insolente mandatario, pero no á la provincia cuya autonomía respetó, á pesar de todo. No intervino en ella, como habría sido tan fácil por medio de un desorden fraguado, ó de una situación de tropas, conforme á la facultad presidencial. A su gobierno concierne, por el contrario, una ley que autoriza un empréstito de la nación á Santiago por ciento

(1) Santiago pretendía ser el núcleo de una liga del Norte, análoga á la que encabezó La Rioja en 1831. Sarmiento situó fuerzas en Tucumán, para desbaratar aquello, y tal fué el motivo de la carta de Taboada. En la elección presidencial, Tucumán y Santiago habían votado por Elizalde.

(2) Los Taboada, herederos políticos del gobernador Ibarra, habían sido unitarios, hasta que la posesión del feudo, los federalizó. El director de la política familiar, don Manuel, era un hombre sagaz é inteligente. El general, don Antonino, fué oficial de Lavalle en el Quebracho Herrado y después emigrado con la juventud del *Dogma*, en Montevideo y en el Brasil. Era discreto militar y dominaba el inglés. La política de Ibarra, continuada por ellos, consistió en hacer valer la provincia por medio del misterio que la presentaba temible. Para esto, necesitaban aislarse, haciendo del pegujal un «Paraguay Miní» (chico, en guaraní) como decía Sarmiento; á lo cual contribuyó un gobierno manso y casero, que no provocaba reacciones violentas. El éxito de esa política fué tal, que en la representación al Congreso, fijada por la Constitución de 1860, Santiago obtuvo más diputados que Entre Ríos, Santa Fe, Tucumán y Mendoza, ocupando el tercer lugar junto con Corrientes, después de Buenos Aires y de Córdoba. Esto explica su papel director en la proyectada liga del Norte contra «el presidente del Sud», que debía desbaratarla. Por otra parte, la provincia tenía contra el Sud la defensa natural de los desiertos intermedios: el de las Salinas y el de la pampa sin agua, que era, además, travesía de indios.

veinte mil pesos. Su ministro de hacienda, el doctor Gorostiaga, era santiagueño y políticamente afecto al gobierno de los Taboada. El de instrucción pública fué de Tucumán, provincia que en la elección presidencial había votado, como he dicho, por Elizalde.

Los vecinos de Calamuchita y de Río IV, solicitan del presidente un generalato para el jefe de la frontera, coronel Mansilla, á quien están agradecidos. Aunque se trata de humildes paisanos fronterizos, Sarmiento les dirige una carta pública, en la cual, con todo respeto democrático, da las razones políticas y legales que tiene para no acceder. Ya se recordará que Mansilla fué quien tuvo la ocurrencia de su candidatura presidencial.

Al recibirse del gobierno, cierto joven politiquero y desocupado, escríbele una retahila de consejos. No obstante su enorme labor inicial, lo delicado de la situación política, halla tiempo para contestar al "loco repúblico", como decía Quevedo de esos estadistas por afición, una carta reservada á él solo, con la más severa y hermosa lección de civismo, fundada en el respeto de la autoridad y en la consideración que merece la experiencia de su vida pública.

Aquella epístola de su joven desconocido, anunciaba el primer grave conflicto que iba á soportar la presidencia.

Faltaba á la nacionalidad el último miembro que debía integrarla, ó sea su capital necesaria y evidente: Buenos Aires; pero el largo desempeño de hecho que esta ciudad había asumido sin perder su situación de tal en la provincia, teníala acostumbrada á una importancia anómala que naturalmente no quería perder.

La prolongada hegemonía que desempeñó con Rosas, el reciente separatismo de ocho años y la vinculación territorial, conspiraban para que Buenos Aires se sintiera más capital de la provincia que de la nación, sin desconocer el beneficio que esto último le reportaba; por donde la tendencia de los gobiernos provinciales, consistió en mantener cautivas de una recelosa hospitalidad, á las autoridades de la nación. Semejante estado de violencia, era insostenible para ellas.

Mitre, con su elevado patriotismo, intentó resolver el problema, apenas recibido del gobierno, y el congreso nacional votó la ley de federalización; pero ya he dicho que fué rechazada por la legislatura. Esto acentuó hasta el encono la rivalidad de autonomistas y nacionales, ó *crudos* y *cocidos* conforme á la designación popular; y aquella cuadra de la calle Perú donde funcionaba la legislatura, presenció famosas tempestades políticas, alternativamente provocadas por los *crudos* que ocupaban una mitad hasta Potosí (hoy Alsina) y los *cocidos*, que acampaban en la otra hasta Moreno. Los partidos tenían las plazas como áreas deliberativas, á la griega; y su libertad turbulenta era hermosa como toda manifestación de salud viril.

Pero Mitre había sido porteño al fin. Con Sarmiento fué otra cosa. Además, el gobierno provincial, que era autonomista, consideraba una traición á su partido la independencia presidencial de aquél.

El discurso inaugural de la presidencia ante el congreso, había formulado en su concisa claridad (1) un programa de administración, no de política; y los ministros nombrados en seguida ó sea el otro de los dos primeros actos significativos, tampoco representaban partido alguno.

El gabinete nacional, carecía, en efecto, de filiación partidaria. Sarmiento lo organizó bajo un concepto nacionalista, ó sea de equilibrio entre Buenos Aires y las provincias, conforme á una equitativa distribución: tres provincianos y dos porteños. De éstos, uno desempeñaba la cartera de relaciones exteriores, conforme al cometido tradicional de Buenos Aires; el otro la de guerra, y la de marina que es un órgano litoral. El del interior, era de Córdoba, centro político geográfico del país; mientras su actuación representaba, además,

(1) Hé ahí una cualidad digna de restauración. La lectura de un mensaje, al estrenarse la presidencia, es pedantesca y absurda. El recordade discurso de Sarmiento, consistió en un saludo al congreso y una ratificación del juramento constitucional: un modelo en el género. Sus mensajes presentaron la misma meritoria brevedad: fueron resúmenes, no balances.

las tendencias del liberalismo porteño. El de hacienda, había sido una de las personalidades más eminentes de la Confederación. Ministro general del gobierno provisorio de Buenos Aires en 1852, desempeñó luego la cartera de hacienda en dicha provincia, hasta que la revolución del 11 de Septiembre, la segregó del resto de la República. Bajo la presidencia de Urquiza, fué ministro del interior.

Representaba el vínculo con el federalismo provinciano, y quizá una tentativa de acercamiento á la poderosa heredad santiagueña, pues seguramente no fué extraño á la crisis que la cartera de hacienda sufrió poco después, el rompimiento con Taboada. Por último, el ministro de instrucción pública, llevaba en su juvenil talento el ímpetu de la reforma y la confianza más honrosa del presidente; al paso que su nombramiento demostraba la elevación de la política nacional. Elegir, en efecto, á un tucumano, cuando Tucumán había votado contra Sarmiento, era borrar el pasado, é intentar para el porvenir el desbaratamiento de la liga del Norte, cuyos directores no podían ya achacar al presidente mala voluntad hacia sus provincias, ante esos dos ministerios de Gorostiaga y Avellaneda.

El equilibrio político no excluía, naturalmente, la satisfacción honrada de ciertas predilecciones. Así, es indudable que Sarmiento premió en Varela á los redactores de la *Tribuna*, órgano espontáneo de su candidatura presidencial. Pero también es verdad que el talentoso porteño no desmereció la cartera. Por eso creyó verse, y se ha repetido sin mayor análisis, un origen exclusivamente personalista al gabinete. Lo único cierto es que no fué banderizo; pero no ha existido otro de mayor ponderación nacional, según acaba de verse. Su misma combinación personal era admirablemente complementaria.

Vélez Sársfield tipificaba al viejo liberal cordobés, injerto sin violencia en el escéptico de confesonario, que del perpetuo estar bien con Dios ha aprendido á no estar mal con ningún gobierno. Tratándose de un hombre de talento, esta situación conduce á la impertinencia

sarcástica cuyo cinismo embrolla como un delusivo cascabel, y compensa con la respetabilidad del saber, la bajeza del acomodo perpetuo. Sólidamente erudito; pesimista en política hasta carecer de partido; lúcido de inteligencia como pocos; impasible y socarrón á la inglesa, pues que de sangre lo tenía; y á la vez, patriota sin arrebato, cabeza fría de contramaestre, acostumbrado á mascar en plena borrasca y á escupirlo sobre el mar su sardónico tabaco: el alma de los deanes cordubenses animaba en adulterio anómalo aquella fisonomía acuñada á la Voltaire, así como el enfadoso acento de Calamuchita, era provocación del orgullo lugareño, en jactancia dual con el latín genitivo (1). Llevaba al gabinete la más larga experiencia de los negocios públicos y la erudición jurídica más respetable de aquella época.

Gorostiaga era la segunda personalidad madura del gabinete. Especialista en derecho constitucional y en finanzas, fué el redactor "de fondo" de la constitución sancionada en 1853, cuyo informe le correspondió en las deliberaciones. De educación porteña y condición angloamericana, su tipo vascuence, acentuado por un macizo bigote, parecía encarnar un político español en su solidez de cincuentón asaz fresco.

Gainza, largo y delgado, con su perilla y su entono de fidalgo quijotesco, era el prototipo del oficial decente, que Sarmiento necesitaba para su obra de civilización militar. Formado en la legalidad, sin aventuras ni mañas sediciosas, pues empezó su carrera en el ejército de Buenos Aires, adicto á la buena escuela de Mitre, poseía las dotes de organizador que el presidente estimaba so-

(1) Conocida es su respuesta á Sarmiento, cuando le ofreció el ministerio:—¿Viene en busca del latín?...

Su traducción de los seis primeros libros de la Eneida revela un latinista concienzudo y perspicaz, si bien falto de espíritu poético. Percíbese sin esfuerzo que, para él, la poesía es la fábula del poema; ó sea precisamente lo más pobre, al constituir, como nadie ignora, una ajustada rapsodia homérica. La misma prosa de la versión, en vez de facilitar la exactitud expresiva, limítase á la corrección literal, produciendo un efecto inverso: el de «prosaizar» el poema, convertido así en uno de esos ejercicios eruditos que se parecen al original como la pasa á la fruta.

bre todo en un ministro de la guerra, y no había de aminorar el rango de comandante en jefe de los ejércitos, que aquél, sin duda, se proponía desempeñar.

Las barbas del gabinete correspondían á los jóvenes. La de Varela, enteriza y suave, circundada con la cabellera undosa, un rostro iluminado de simpática benevolencia, en el cual era espiritualidad inteligente la hermosura de su raza. El sostendría luego, con su voz delgada, la fórmula histórica que el gobierno de Sarmiento incorporó á nuestro derecho internacional para honra de la civilización y de la justicia.

Avellaneda sombreaba con la pera renegrida, dilatada en collarejo sub-maxilar, su melancolía interesante de orador floribundo, que bajo el trémolo preceptivo de la retórica, y la menudencia de la talla, iba á revelar, como uno de aquellos "flacos" del foro antiguo, la ilustre entereza salvadora de la república (1). Al lado del formidable viejo, que, como siempre, había visto bien, aquella personita morenuzca, era una semilla de presidente (2).

Pero lleguemos al asunto de la capital.

Sarmiento había vacilado mucho en ello; pues tratábase de un problema tan difícil, que todos sus grandes contemporáneos pasaron por el mismo estado de espíritu. Creyó, unas veces, que Buenos Aires debía ser la capital; otras que no; pronuncióse á favor del Rosario y de Villa María, sin contar la fantástica Argirópolis...

(1) Recuérdese el César de Shakespeare:

*Yond Cassius has a lean and hungry look;*
*He thinks too much: such men are dangerous.*

Con los Valerios y los Horacios, aquella condición de flacura, tipifica la por las orejas macilentas, vinculábase á la poesía.

(2) El gabinete sufrió diversas modificaciones en los seis años del período. El primer ministro que dimitió fué Varela, reemplazado por Tejedor, hombre de duro carácter y vasta erudición jurídica. El último, Avellaneda, al aceptar su candidatura presidencial. Gainza fué el único que permaneció hasta el fin. El gabinete con que Sarmiento concluyó su presidencia estaba así formado: Interior, Uladislao Frías; Relaciones Exteriores, Carlos Tejedor; Hacienda, Santiago Cortínez; Instrucción Pública y Justicia, Juan C. Albarracín; y Guerra, Gainza.

Precisamente el congreso votó dos leyes para declarar capitales aquellas poblaciones, á pesar de que Mitre havía vetado la que concernía al Rosario, el último año de su gobierno. Sarmiento comprendió á su vez como presidente, y á pesar de aquellas sus opiniones circunstanciales, que la capital en Buenos Aires era indispensable al país. De otro modo, no había unidad segura. Vetó esas leyes, como debía hacerlo poco después con la que declaró capital á Córdoba.

Las pretensiones de los gobiernos bonaerenses, eran intolerables en su orgullo localista. Tratábase, por otra parte, de eminentes mandatarios, alguno de los cuales era, como tal, un pequeño Sarmiento. Así, entre los dos últimos, don Mariano Saavedra que había entregado el poder á Alsina, también personaje eminente, como no lo era menos el vice gobernador don Emilio Castro. en ejercicio del poder.

Complicábanse las rivalidades de etiqueta entre el gobierno federal "residente *sub conditione*" en Buenos Aires (1) y el provincial, dueño de casa, con exigencias graves, como la del regreso perentorio de la guardia nacional, enviada al Paraguay en servicio de guerra. El pueblo, adicto á sus mandatarios locales, consideraba como enemigo al presidente, escarneciendo siempre que podía, la autoridad nacional. Tal era la lección que desde arriba se le daba, en nombre de una autonomía absurda.

La Buenos Aires de entonces, estrechada por un suburbio inmenso, donde pululaban las pulperías, verdaderas agencias de la gente cruda, era temible por su coraje popular y su insolencia levantisca. El populacho constituíase en agresivo paladín de la calle, para arrebatar al gendarme el preso que conducía, sin averiguar ni admitir razones. El pintoresco cerco de *cina-cina;* el higueral nemoroso; el "hueco" sórdido, que era á la vez vaciadero de basuras y posta y cementerio clandestino del amor vagabundo; el bache con latitud de

(1) Ley provincial del 25 de Septiembre de 1862, y nacional del 1.° de Octubre del mismo año.

pantano: la plebe cómplice de aquella topografía sospechosa que por el sauzal de la ribera confundíase ya con las tierras vírgenes del prófugo y del bandolero, habían engendrado una montonera de suburbio, con su tipo específico, el compadre, híbrido triple de gaucho, de gringo y de negro, y doble fronterizo del delito y de la política que lo derramaba pródiga por el pequeño núcleo urbano, aprovechando su fácil proximidad. Por otro lado, el barrio galante de cuyo gremio es parásito, aumentaba esa inmediación. Constituíalo, en efecto, la calle de Temple (hoy Viamonte entre Suipacha y Pellegrini), donde estaba el alusivo y famoso Puente de los Suspiros; pues la vía en cuestión, era uno de los arroyos llamados *Terceros* que formaban los desagües naturales de la ciudad. Sarmiento vivió precisamente á la vuelta, en Artes, al fin de su presidencia. Típico entre los comercios suburbanos de la época, por su clientela y por su nombre, fué el "Almacén de la Milonga", sito en la esquina de las calles Charcas y Andes (actuales). Entre los payadores y pesaos más famosos de su concurrencia, figuraban el gaucho Pajarito, el pardo Flores, el tigre Rodríguez y el negro Villarino, todos elementos políticos de importancia en su mundo semi-prófugo, aunque asaz distintos del compadre actual con sus tangos estúpidos, sus restalladas *eses* genovesas y sus hombros tísicos de tabla mal escuadrada. Eran regularmente hombres vigorosos, en cuyo mismo aspecto camorrista y borrachón, gallardeaba cierta genuina elegancia campestre; y sus "conciertos" ó milongas, conservaban aún el eco de los "tristes" gauchos (engendrados como los de Ovidio por la persecución y el amor) en los floreados pasacalles de la guitarra familiar, ó en las mazurkas dormilonas del acordeón, plegadizo y acompasado como una hembra de parranda. Así como el lujo político de los decentes consistía en violar la ley, el de ellos estribaba en pelear con la policía. Y lo curioso es que ellos se hayan civilizado antes de sus directores. La juventud dorada calavereaba en el famoso *Alcázar*, cuyas estupendas griterías y tiroteos á botellazos, constituyeron más de una vez, mani-

festaciones políticas. Sabido es que aquella juventud denominábase con el significativo título de la "indiada"...

Hacíase gala de desprecio al provinciano. El gobernador disputaba al presidente el asiento de honor en las fiestas públicas. El pueblo silbaba al jefe de la nación porque éste hacía despejar el camino de su coche. Semejante mueble, por cierto bastante feo con sus adornos de carroza monárquica, así como la escolta presidencial que Sarmiento organizó, para no distraer fuerzas de línea ocupadas en la guerra exterior y en la lucha contra los indios, eran los excitantes más poderosos de la inquina popular. Sarmiento atribuía mucha eficacia á los símbolos materiales del poder, y era severísimo en la etiqueta correspondiente. Los tiempos exigíanlo también, dada la inclinación á confundir democracia con llaneza grosera, y altivez con mala crianza. "Jamás tendrá república este pueblo, mientras no se respete en quienes lo representan".

La pompa insolente y el despotismo que se le achacaban, eran cosa tan distinta en realidad, como la pasión soldadesca ridiculizada por la caricatura y el pasquín.

Todo el personal de tan aparatosa presidencia, componíase de un secretario privado, un escribiente, un portero y un ordenanza. Para etiqueta y tabla, tenía doscientos cincuenta pesos mensuales; y veinte tan sólo para gastos de oficina. La rapidez del enorme despacho que exigía aquella activísima administración, fecunda como ninguna hasta hoy en creaciones útiles y en peripecias, tiene una explicación ejemplar: el presidente se escribía y copiaba los mensajes y los discursos (1).

(1) El sueldo presidencial de Rivadavia, fué de 20.000 pesos anuales; pero como las oscilaciones del cambio alcanzaron el año 26 los términos extremos de 18 y 50 pesos en la onza de oro, que era el patrón metálico, puede estimarse el monto real de aquella asignación, entre diez y trece mil fuertes. Calculada la onza al término medio de 34, serían 9.536. El sueldo de Urquiza, fué el más bajo de todos: 600 fuertes mensuales. El de Sarmiento, 20.000 al año.

Aquel autoritario que no perdonaba el excelencia en su tratamiento, dejábase representar por las máscaras (1) de las comparsas é insultar en los diarios con una violencia sin ejemplo (2). Al clericalismo, blanda mu-

(1) La prohibición de disfraces alusivos á los miembros del gobierno, milicia y clero, proviene del gobierno de Avellaneda. Durante el de Rosas, rigió una prescripción idéntica, que contenía, además, dos excelentes disposiciones: No permitía el uso de la careta, ni disfraces que ridiculizaran la ancianidad. (Véase página 57).

(2) Entre la producción del periodismo adverso á Sarmiento, adquirió notoriedad el famoso *Anton Perulero*, redactado por el festivo literato español Don Juan Martínez Villergas, uno de esos mercenarios del retruécano y de la letrilla, que las lacerías peninsulares echaban por el mundo ultramarino, en demanda de refacción. La foja del personaje, era nutrida en la materia. Con Ayguals de Izco, también de la infantería ligera del Parnaso, y otros cultores del chascarrillo que ya por entonces aumentaba la sabandija de Madrid, había redactado en España, algunos años atrás, el periódico *La Risa*, de sátira social, caricaturas, y sobre todo versos: los consabidos versos graciosos, de lapidante aridez, como las congéneres peladillas del Manzanares. Era un preceptista acérrimo, el progenitor de nuestro contemporáneo Valbuena en el género magistralmente descripto por Giusti al final de su soneto *L Arruffa-Popoli*, vedado á la cita por desgracia: *fecondità del mulo...*

Para muestra de aquello, basta recordar el título de su diatriba más famosa: *Sarmenticidio, ó á mal sarmiento, buena podadera. Refutación, comentarios, réplica, ó como mejor quiera llamarse, que escribió en sus ratos desocupados, un tal Juan Martínez Villergas.* Naturalmente, ello engendró un *Villerguicidio* de retruque, mucho más ocurrente á la verdad, y escrito también en desocupados ratos estudiantiles, por Lucio Vicente López y otros mozos de buen humor.

Encuadernaba en el pergamino de su flacura, acentuada por el brochazo de una perilla temblorosa con la proximidad del diente famélico, esa mezcla de dómine y de fidalgo, que adscrita á la corrección de pruebas y otros regojos de imprenta, reconstituyó una especie de inquisición purista; pues forzoso es confesar que la incipiencia criolla reía á mandíbula batiente con aquellos primores ingeniosos del *Perulero:*

Es más rabioso que un gringo,
Domingo.
Es el loco más divino,
Faustino...

*El Mosquito*, periódico de caricaturas que no eran sino grupos de figurones chatos en que la cargazón de tinta suplía al rasgo incisivo, ó para decirlo en dos palabras, á la sobriedad propiamente artística, representa-

leta de capitular que tienen los gobiernos muy azarados, desdeñólo con altiva rectitud, poniéndolo en contra suya como un nuevo obstáculo. Manda arriar la bandera pontificia enarbolada en la Catedral un 25 de Mayo, porque siendo aquel un edificio fiscal, no puede hallarse bajo pabellón extranjero. Rechaza el padrinazgo de la iglesia del Salvador que los jesuítas le ofrecen, porque ello comportaría el reconocimiento legal de una orden religiosa, y esto corresponde al Congreso. En éste, opondríase como senador á la subvención que los mismos sacerdotes solicitaron para reconstruir su convento incendiado por el pueblo; pues el objeto oculto era el mismo.

Entretanto, da ejemplos memorables de acatamiento á la justicia.

Una viuda, vecina de su isla de Carapachay, invade parte de la propiedad—único bien raíz de Sarmiento entonces—so pretexto de no haberla él cultivado. Demanda ante el juez de paz, un antiguo corsario francés, que falla contra el presidente. Inútil decir que éste acató la sentencia sin chistar...

A esos obstáculos en Buenos Aires agregóse la hostilidad de ciertas provincias, apoyada por mayorías adversas en el congreso; pues Sarmiento ha sido el único presidente que no tuvo cámaras adictas ni se ocupó de formarlas.

¡Y qué cámaras!

Durante aquel período fueron senadores y diputados

ba el ingenio criollo: colección de orejas asnales, jetas de mono, y demás factura, cuya ridícula monstruosidad nos resulta algo así como la paleontología de lo grotesco.

Los diarios mordían grueso y hondo, no sin amostazar á trechos la magra presidencial con sabroso condimento de travesura criolla, en la cual sobresalía aquel ingenioso Eduardo Gutiérrez, especie de Ponson du Terrail de nuestro folletín, mordiente como una chaira para sacar filo de epigrama á lo ridículo, concertador de lindas décimas, cuentista militar, cronista amenísimo, siempre en desastre fiduciario con los vales de la administración, aunque á crédito ilimitado con la jovialidad, musa, entonces, de las gacetas porteñas; y en medio de todo, el único novelista nato que haya producido el país, si bien malogrado por nuestra eterna dilapidación de talento.

cuatro futuros presidentes: Sáenz Peña (D. Luis), Pellegrini, Uriburu y Quintana.

Este último fué *leader* de la oposición en ambas cámaras. Mitre llevó al senado su palabra elocuente y distraída, de repercusión lejana, como si fuera ya histórica. Oroño, á quien llamaban en su provincia (Santa Fe) el Rivadavia chico, su oposición calurosa y encarnizada, que luego había de empeñarse en memorables duelos parlamentarios con el senador Sarmiento. Rawson, la palidez metódica del edicto procesal, en el acicalamiento cruel de un verdugo que fuese barbero. Alem prelucía en la cámara joven su radicalismo romántico, que expresaba en los dulces ojos obscuros las grandes melancolías de la libertad. Pellegrini su simpatía imperiosa, ratificada por la habitual manotada leonina. Del Valle su grandiosa elocuencia tribunicia. Achával Rodríguez la complicada habilidad de la oratoria católica. Gallo el prestigio generoso de la oratoria liberal. Cáceres la precisión mordiente de un seco *whig* cordobés...

La doble rebelión de Entre Ríos complicó aquel gobierno con toda suerte de riesgos y penurias económicas; y no bien dominada, recurrió al asesinato político, que dos mercenarios hubieron de ejecutar disparando un trabucazo al presidente. Para mayor eficacia, los proyectiles iban bañados en sublimado corrosivo. Pero el arma reventó. Arduas autonomías aquellas: *asperiores provinciae,* según la palabra justiniana de las *Novelas*.

Apenas concluída la primera de esas dos rebeliones, la fiebre amarilla inició el año 1871 con el más trágico de los azotes que haya sufrido Buenos Aires. En cinco meses sucumbieron á la peste más de trece mil personas. El año económico y administrativo quedó casi inutilizado, según está visible en el registro nacional y en el presupuesto del ejercicio siguiente.

Su más grave tribulación interna, la revolución de 1874, coincidió con una crisis económica que era el desenlace de quince años adversos á nuestra balanza comercial; pues tanto como su candidatura, su presiden-

cia sufrió la predilección encarnizada de los obstáculos. Todo se le vino encima, y con todo hubo de ajobar hacia arriba y hacia adelante.

Las relaciones exteriores pasaron también por duras pruebas.

El avance permanente y cauteloso de Chile en los territorios patagónicos y sobre el Estrecho de Magallanes, requirió que el gobierno argentino plantease aquella cuestión relegada con imprudencia desde las reclamaciones de Rosas. Conocida es la actitud de Sarmiento cuando estuvo emigrado en Chile. El presidente rectificó aquellos errores con abnegado patriotismo, sin vacilar ante la dura confesión que ello implicaba. Y la opinión pública le acompañó esta vez; pero no obstante su afición á la gloria, al grande y difícil amor del pueblo, á la justicia con tanta acrimonia negada, no asumió las actitudes violentas que le hubiesen asegurado todo eso, y que su carácter presumía desde luego. Inició la política de prudencia y de concordia que Roca consumaría después. Hasta pensó en la neutralización del Estrecho para resolver el delicado negocio.

La paz con el Paraguay ofreció complicaciones más graves.

El general Mitre, con la triple alianza, había asestado el golpe decisivo al imperialismo fluvial que esa república pretendía, y cuyo verdadero objeto era su dilatación sobre nuestro territorio, por la conquista de Misiones y de Corrientes.

Desde la paz con Belgrano, sucesiva á la derrota de dicho general en Tebicuary, la política paraguaya mostró sus pretensiones al dominio total del río Paraná; y considerando á su país con derechos hereditarios sobre la totalidad de las misiones jesuíticas, ó sea la antigua "provincia espiritual" del Paraguay, entendía ejercer su dominio sobre el río Uruguay hacia el Oriente, y sobre el sistema en que esas dos grandes arterias comprenden por el sud los territorios correntinos. Así, con los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay por suyos, dominaba también el Pilcomayo y el Bermejo, constituyendo un imperialismo fluvial de que el Plata habría sido mero apéndice.

Este proyecto grandioso (1) debía concluir lógicamente en la posesión del río Uruguay como límite con el Brasil, pues nada autoriza á suponer en el Paraguay pretensiones de expansión indefinida, y por otra parte, absurdas, hacia el Oriente, si no tenían en vista la salida al Océano. Lo cual es, con toda evidencia, quimérico. En cambio, la expansión paraguaya hacia el norte, y á costa del Brasil, era necesaria para asegurar el dominio del río Paraná, eje del imperialismo proyectado, en la mayor extensión posible.

Así las cosas, la triple alianza tuvo ante todo por objeto mantener al Paraguay dentro de sus límites; puesto que la amenaza, para la Argentina y el Brasil, consistía en la mencionada expansión conquistadora. Por esto, la guerra fué contra el gobierno paraguayo y no contra el Paraguay. Ella excluía la conquista.

Victoriosa la alianza, y con esto la trascendental política de Mitre, que aseguraba á nuestro país la hegemonía fluvial, naturalmente determinada á su favor por el Plata, (2) ó sea desvanecida la amenaza más grave que haya sufrido nunca nuestra integridad territorial, el grande objeto de la guerra estaba alcanzado.

Pero el entonces Imperio del Brasil, militarista y conquistador como toda monarquía, decidió explotar su victoria, violentando el propósito de la guerra. Prevalióse con tal fin del regreso del general Mitre, á quien reclamaba el gobierno de su país; y como esto dejaba en manos de los jefes brasileños el comando directo, domi-

(1) Era, como se recordará, lo que habían propiciado los unitarios de Montevideo para perjudicar á Rosas, echándole encima al Paraguay así robustecido.

(2) Vale la pena insistir un poco sobre el asunto. La pretensión del Paraguay era tanto más inadmisible, cuanto que la circunstancia determinante de las hegemonías fluviales es la posesión de la boca por donde los estuarios desaguan en el Océano; pues la ventaja de aquéllas consiste en el gran comercio marítimo. Esta vinculación con el mundo requiere la libre navegación de los ríos interiores, ó sea la doctrina de nuestro liberalismo; mientras la pretensión anti-natural del gobierno paraguayo tenía que adoptar el principio de aislamiento sostenido por Rosas, y anticipado por el doctor Francia con su éxito separatista. La guerra del Paraguay fué un triunfo más del liberalismo.

nó en su exclusivo provecho al gobierno paraguayo, con el cual entró así á tratar directamente. Era menester esta ruptura efectiva de la alianza, al objeto de exigir compensaciones territoriales.

La República Argentina no podía adoptar la misma conducta, sin desnaturalizar el objeto de la guerra, cuyo éxito le correspondía en el concepto trascendental y en la ejecución; sin cometer un abuso desleal con el vencido, puesto que la guerra fué "contra el gobierno del Paraguay", no contra la nación paraguaya, y para libertar á ésta de su propio tirano, lo cual excluía toda pretensión de despojo territorial; sin abdicar sus tradiciones de país libertador, y sin comprometerse, por último, en una segunda guerra, esta vez con el Imperio que entendía reservarse toda la presa para sí.

Entonces el gobierno de Sarmiento, resumiendo la vieja sublime doctrina de la independencia, sostuvo ante el país dignificado por ella, ante la humanidad civilizada, y también ante la crueldad voraz del ex aliado que abusaba del esfuerzo común, el apotegma lapidario de la equidad: *la victoria no da derechos.*

Aquello era la negación oficial de las guerras de conquista, la declaración solemne de que el país sólo había de pelear por la justicia suya ó ajena, como en los tiempos heroicos cuya enseñanza y cuyo espíritu deben ser permanentes, al constituir la honra nacional. Pues el honor es virtud desinteresada, de tal modo que lo pierden quienes lo posponen á un interés, llámense esos menguados el cobarde ó la ramera.

Por otra parte, el fundamento de la doctrina era una realidad innegable. La victoria produce consecuencias, da ventajas, pero no derechos. Todo el proceso de la civilización jurídica ha consistido en profundizar el concepto diferencial entre derecho y fuerza. Esta constituye el accidente regresivo; aquél la civilización permanente. De aquí que su eficacia consista ante todo en su integridad, como el poder de la virtud, que en el dominio privado del derecho se confunde prácticamente con él. La independencia de estos países americanos, que son, principalmente, entidades de derecho, constitúyeles por

esto mismo, el caso fundamental de la más elevada civilización, y su garantía más sólida también contra las victorias que conquistan.

¿Que el Brasil lo hacía? ¡Y qué vale como ejemplo la mala acción! Pero no, tampoco. Lo hacía el imperio, la monarquía ladrona por atavismo original. La república que lo sucedió, hubo de justificar aquella doctrina, prohibiendo la conquista en la página liminar de su constitución. He ahí al Brasil liberal ratificando á Sarmiento.

También Mitre pudo desaprobar ese acto, entre otras razones porque estaba en la oposición; pero la doctrina era digna de él, y si bien se mira, contribuía á la pureza de su gloria. Son esas las guerras que inmortalizan sin mancha.

Jamás equivaldrían las ricas leguas que hubiéramos obtenido por derecho de conquista, á la educación espiritual que ese principio heroico de la victoria sin derechos nos ha dado, á la simpatía humanitaria que por ello ha extendido la influencia de la patria en el mundo, y el buen nombre de su justicia ante la civilización. De esto viven las patrias y son grandes, no de tierra ajena. Su pan, como en las eucaristías misteriosas, es más espíritu que materia.

Aquello produjo, sin embargo, delicadas complicaciones. Hubo un momento en que la guerra pareció inevitable. El gobierno necesitó gastar fuertes sumas en armamento, y de ahí procede nuestra escuadra acorazada. Sarmiento, primer doctrinario del arbitraje permanente en el derecho americano, fué al arbitraje con el vencido de cuya debilidad no quiso abusar. Perdímoslo, y eso es nuestra gloria, mucho más útil que el territorio en cuestión, porque es mejora del espíritu. Y la civilización, con todas sus utilidades, consiste esencialmente en el progreso espiritual. Con eso realizó el helenismo la vieja Atenas, y así ha de constituir el argentinismo á su vez, la joven *Atenas del Plata.*

La elevación patriótica con que se trató aquellos negocios, está probada por estos dos hechos: los ministros argentinos en el Brasil y en el Paraguay, fueron sendos opositores, y de los más notables: Mitre y Quintana.

Cuando uno piensa en la magnitud de aquellos problemas y de aquellas tribulaciones, que no ahorraron al gobernante ni el atentado criminal ni el dolor físico, pues su sordera sobrevino en la presidencia por exceso de trabajo; en la débil nación de tres millones de habitantes, amenazada por una doble guerra, azotada por la peste horrorosa y por la rebelión, agobiada por la ignorancia y por la permanente crisis económica que luego mencionaré, la obra de Sarmiento educador, legislador, militar, civilizador, que estas páginas refieren sin agotarla, presenta los caracteres de un fenómeno estupendo y colosal. Aquel hombre fué verdaderamente un predestinado.

Ahora bien, esa situación en la capital hostil, ante las provincias en estado de insurrección inminente, engendra el presidencialismo como un resultado natural. Sarmiento había aprendido en Chile el gobierno fuerte, y debió robustecer su doctrina en los Estados Unidos que hubieron de aplicarlo como una consecuencia de la guerra de secesión: aquella esperanza de la Europa retrógrada, cuyo auxilio á los rebeldes sudistas no dejó de perturbar hondamente la democracia. De ahí dimana la crisis hoy visible de ésta, como forma de gobierno; puesto que como estado humano, es incontenible, al constituir una evolución histórica: lo que habían visto setenta y tres años ha, los hombres del *Dogma Socialista,* para honra suya y del país.

¡Pero qué gobierno, á pesar de todo!

Al tener noticia de su proclamación, en la nave que le traía de regreso, Sarmiento había escrito una página de iluminado, en la cual el recuerdo de sus muertos queridos inauguraba con su bello dolor la nueva existencia. Aquella borrascosa figura de mandatario, estaba rodeada por la tragedia, como un numen de la antigüedad por su nube tempestuosa. Quince muertes violentas, por causa política, habían devastado su familia en San Juan. Los dos hijos adoptivos en quienes puso lo mejor de su amor paterno, Domingo Soriano y Domingo Castro, habían caído respectivamente muertos por la bala del suicidio y el azote de la guerra. La madre

inmensamente querida, estaba en la tumba. La esposa completaba con una irremediable separación aquella encarnizada violencia del destino. El caso es que se iba quedando solo en sus cincuenta y siete años azarosos y duros, sin más amor que el país de sus grandes ensueños. El constituirá su familia, para la obra nunca abandonada del bien: "Tengo la convicción íntima de que puedo hacer el bien, porque sé en qué consiste. Si tengo sueños de gloria, es la gloria á largo plazo, sin mucho cuidado por la popularidad momentánea". ¡Pobres grandes hombres con su carga de genio que sólo depositarán á la orilla del sepulcro, confiando á la sentencia irreparable de la muerte la justificación difícil de su vida! ¡Terrible lote de la predestinación, avara sólo para ellos de la luz que llevan, y cuyo alcance futuro rinde todavía á los ingratos el consuelo de la inmortalidad!

Seamos justos contra el mismo grande hombre, ya que sus propios errores son lecciones históricas sujetas al contraste de la implacable verdad. Sarmiento exageró sus ideas del gobierno fuerte. Su concepto realista de la política, su carácter ejecutivo, arrastráronle al abuso de la maquinaria oficial, para resolver el doble gran problema de la capital y del orden estables.

Ya en el debate de la intervención á San Juan, en 1869, el Poder Ejecutivo había conseguido imponer la perniciosa doctrina de que el gobierno federal puede ser juez de los conflictos provinciales, ó sea sustituto de los poderes autónomos. Era exactamente lo contrario del principio que había costado la vida al gobernador Aberastain, y que el gobernador Sarmiento sostuvo en su polémica con Rawson. Pero estudiemos el hecho más significativo de esa política absorbente.

La candidatura presidencial de Avellaneda obtuvo el apoyo presidencial más allá de lo debido. Tratábase, á no dudarlo, de un estadista, y el problema de la capital quedó resuelto con su presidencia. Pero la lección funesta, abonada por tan grande ejemplo, autorizó luego los peores abusos de mandatarios inconscientes ó perversos. Conseguido aquel propósito, grande sin du-

da, puesto que su importancia era vital, el mal camino quedó abierto. La política del caudillaje, siempre sagaz, como que se basaba en el conocimiento experimental del medio, había columbrado con certeza una esperanza en aquella evolución autonomista que engendró la candidatura de Sarmiento. La exposición de Córdoba, sirvió de convocatoria ocasional para reconstituir la vieja liga de gobernadores que impondría como una solución los presidentes provincianos y como una garantía de estabilidad la conservación de los gobiernos comprometidos. Sarmiento mismo ha confesado á medias ese proyecto: "Dícese que ahí (en Córdoba) se fraguó la candidatura Avellaneda, *lo que bien pudo suceder,* sin ser milagro, *fuera de aquellas recepciones oficiales*". El complemento subrayado, es una disculpa mediocre.

Ahí, renació, efectivamente, el oficialismo, y se inició la reacción del espíritu provinciano, con su concepto estrechamente territorial de la patria, su militarismo, sus tendencias coloniales tipificadas por el proteccionismo y el latifundio: el predominio alcanzado al fin sobre el liberalismo porteño (1). Treinta y cuatro años se ha necesitado para consumar esa restauración, lo que demuestra el éxito profundo de la buena obra liberal. La liga está ahí, y lo que reclama el país, es otra Pavón sin sangre...

La revolución de 1874 fué una consecuencia de aquel abuso, y un fracaso del gobierno de Sarmiento, por la paralización que en el progreso general sobrevino. La victoria de la legalidad, resultó útil al orden, y demostró que, en adelante, serían imposibles las insurrecciones campales; pero aquello fué, al fin de cuentas, un fruto del presidencialismo, que si bien comportaba la efectividad de la doctrina justa: la nación sobre Buenos Aires y las provincias, constituía un exceso de gobierno degenerado en fraude electoral, y autorizaba por aquí el recurso ilícito de las revoluciones, al crear el estado revolucionario con su inherente subversión. El triunfo gu-

(1) La primera tarifa proteccionista, perteneció al gobierno de Avellaneda.

bernativo fué benéfico; pero la revolución había sido una consecuencia de la política oficial. Así, el predominio absoluto del orden sobre la libertad, ó sea el gubernismo, iba á engendrar todas las decepciones que suprimen la lucha cívica.

La depresión del espíritu público, aplastado por los rebaños electorales de mestizos, el eterno elemento servil que constituye la fuerza del caudillaje, suprimió también los gobiernos de partido y con ellos la responsabilidad inherente. Avellaneda hubo de recurrir, para salvar el suyo, á los oligárquicos cabildeos de notables y á la famosa conciliación de 1878 (1) que Sarmiento condenaría, porque "las conciliaciones alrededor del poder público, no tienen más resultado que suprimir la voluntad del pueblo para substituirla por la voluntad de los que mandan". Profundo concepto, que no fué sino el diagnóstico estéril del país oficializado, es decir, del gobierno y de la oposición transformados en gubernismo.

En vano fué que el mismo Sarmiento aceptara el ministerio del interior ofrecido por Avellaneda, con el intento de desbaratar la liga ya pronunciada por la candidatura presidencial de Roca. La liga resultó más fuerte que él y que el propio Avellaneda, su vacilante cautivo. Urgía resolver el problema de la capital, y tras esta necesidad del país, que no acababa jamás de constituirse, prosperaba la candidatura oficial, á la cual Avellaneda traspasó el legado que Sarmiento le dejó á su vez: la consumación de la unidad nacional con Buenos Aires federalizada.

La presidencia de Avellaneda había dado el paso de-

(1) Entre los partidos autonomista y nacionalista, gobernante aquél con Avellaneda y presidido por Alsina, y opositor el otro bajo la dirección del general Mitre. Tratábase, como se recordará, de las dos antiguas fracciones del partido liberal, lo que explica en parte la conciliación. Sólo que ahora eran los autonomistas quienes querían la federalización de Buenos Aires, al haberse transformado con el ejercicio del gobierno, en el partido nacional que Roca dirigiría después bajo este nombre; al paso que los nacionalistas harían luego causa común con el localismo bajo el concepto, erróneo esta vez, del viejo programa liberal: el principio de libertad, antes que el hecho de la Constitución.

cisivo, y dejaba constituída efectivamente una política nacional, por la refundición del autonomismo porteño con los intereses provincianos, que exigían presidentes de esta procedencia para resolver el problema de la capital. Si aquellos hombres erraron, fué, pues, con un propósito superior que los disculpa, empezando por el iniciador de su política; pero tal es la inclinación de todo gobierno: abusar de sus medios para conseguir éxitos, sean ellos desinteresados ó egoístas. Cuando el pueblo es inconsciente y el personalismo constituye la propensión dominante de un país, aquel resultado es inevitable.

Mitre y Sarmiento adoptaron con la oposición la causa localista que como presidentes habían combatido. Podemos decir francamente que se equivocaron. La candidatura de Roca, fuerte por lo demás en las provincias que habríanle bastado para triunfar, era factor secundario en el gran problema. Pero todos los errores políticos dimanan siempre de una defectuosa apreciación actual, en cuya virtud se toma como esencial lo accesorio y pasajero. Roca pasó, pero queda Buenos Aires federalizada: setenta años de lucha concluían con esto. Tratábase de una cuestión de hechos, no de principios con ellos en conflicto; ó mejor dicho, de un asunto en que coincidían hechos y principios hasta ser la misma cosa, puesto que la primera interesada en el asunto era la democracia argentina, al representar Buenos Aires el liberalismo que la constituye esencialmente. La civilización y la ciudad son, ya lo he dicho, políticamente sinónimas. La democracia argentina tiene por fórmula material á Buenos Aires, como la francesa á París, como en la antigüedad la griega á Atenas y la romana á Roma. Esto es característico en el mundo greco-latino al cual pertenecemos como entidad espiritual. El gobierno de la República por Buenos Aires, es indispensable á la civilización argentina. Lo nocivo de su predominio actual está en que sirve de instrumento á gobernantes usurpadores y desprovistos de concepto superior; pero todavía así, civiliza. ¡Qué sería de nosotros si el oficialismo tuviera por guarida una subalterna población mediterránea!

Pero Sarmiento obedeció, además, á otro móvil en aquella campaña contradictoria.

Un grupo de jóvenes había levantado á título de transacción su candidatura presidencial ante la de Roca y la de Tejedor, gobernador de Buenos Aires. Estos manifestáronse dispuestos á retirar las suyas; pero el partido gobernante exigió al primero que no lo hiciese, en nombre de los compromisos contraídos y del interés nacional que representaba su candidatura.

No atribuyo á Sarmiento el consiguiente disgusto por mero cálculo. Al narrar las peripecias de su fugaz ministerio en una carta á su amigo chileno Montt, asegura que lo aceptó "la vanidad obrando". Noble vanidad, sin duda, de continuar su obra para bien del país, y exenta, no hay que decirlo, de toda intención mezquina; pero causa también de que los fracasos ofendiéranle profundamente. El genio y la virtud no excluyen las flaquezas del hombre...

Examinemos, por último, las finanzas de su gobierno.

He dicho ya que no fué administrador. A esta deficiencia añadióse desde el primer momento la liquidación premiosa de la guerra del Paraguay. El gobierno antecesor dejábale una pesada herencia.

La última sesión del congreso correspondiente á aquel período había terminado con una votación de créditos suplementarios para los ministerios del interior, justicia y culto por 104.323 pesos. La primera del nuevo período (14 de Octubre) se inició con una solicitud para prorrogar los efectos de la ley de 1866, que destinaba al servicio de los gastos de guerra el producto del adicional del 2 o|o á la exportación: verdadero arbitrio de calamidad. Tan urgente era este asunto, que el congreso hubo de tratarlo y resolverlo en la misma sesión, con un despacho expedido en cuarto intermedio. Al día siguiente, con la misma urgencia, votóse en diputados una autorización para obtener por empréstito 6.000.000 destinados á cubrir los gastos ya efectuados en la guerra, y este proyecto quedó convertido el mismo día en ley, con 4.000.000. El 6 del citado mes habíase votado al gobierno anterior 2.000.000 con igual objeto; y el 9 un cré-

dito suplementario al ministerio de la guerra por 352.695 pesos, para cubrir gastos efectuados desde 1862.

El 6 de Octubre de 1869, se autorizó un empréstito por 4.000.000, también para guerra. El 11, una emisión de 6.000.000 en fondos públicos para gastos militares extraordinarios.

La rebelión de Entre Ríos, exigió el 1.° de Septiembre de 1870 un crédito suplementario de 2.000.000. El 4 de Octubre del mismo año, nuevo crédito de 2.000.000 para gastos de guerra. Los armamentos autorizados ante la amenaza de guerra con el Brasil, importaron 2.600.000 pesos.

Por último, hay que contar un empréstito de 30.000.000 para obras públicas y cancelación de la deuda con el banco provincial de Buenos Aires, autorizado el 2 de Agosto de 1870; si bien la guerra civil lo malogró en parte. (1)

Menester es añadir que el país atravesaba entonces aquella larga crisis de quince años (1861-75) en la cual la exportación fué constantemente superior á la importación; bien que al gobierno de Sarmiento corresponda una mejora notable, sólo superada por la primera administración de Roca. Asimismo, inicióse bajo aquél, el período de mayor crecimiento demográfico que recuerde nuestra historia, especialmente en la zona agrícola: resultado de la inmigración, tan bien estimulada, que en un solo año llegaron al país 48.000 inmigrantes (2); aumentó considerablemente la población escolar; y en el dominio de los negocios, puede mencionarse dos hechos de trascendencia para la prosperidad pública: la exportación de lanas en 1870, había excedido con

(1) Una ley secreta del Congreso, autorizó después á cubrir con fondos de este empréstito, los gastos causados por la revolución de 1874.

(2) El año 1873. La cifra no fué superada sino diez años después, en uno de nuestros más grandes períodos de prosperidad. La inmigración que tuvimos durante la presidencia de Sarmiento, excedió en 70.000 individuos el rendimiento de los doce años anteriores; y en 60.000 el de los seis sucesivos. En aquella época, no había pasajes subsidiarios ni emigración. Los inmigrantes venían por cuenta propia y todos quedaban en el país.

48.000.000 de kilogramos la cifra inicial del decenio, y la industria vitivinícola reiniciaba bajo la protección del gobierno, su vasto desarrollo actual.

El país marchaba, sin embargo, á una crisis cuya gravedad se precisó el último año del gobierno de Sarmiento. Los presupuestos sucesivos lo revelan.

De 9.600.000 pesos en números redondos, con que empieza la administración, duplícase á los tres años; y en 1873, excede los 25.000.000. En 1874 desciende á 23, como una indicación de la crisis que comienza. El desempeño de la cartera de hacienda, demuestra mejor que nada las augustias del gobierno. Sarmiento tuvo cuatro ministros del ramo: Gorostiaga en 1868; Aguirre en 1870; Domínguez (don Luis) en 1871; Cortínez en 1873...

Con todo, eso ha pasado; mientras el progreso que se inició, reditúa incesantemente en su multitud de grandes obras. Aquella presidencia fué la imagen de Sarmiento. Sus peripecias, sus impulsos, sus beneficios, sus errores, presentan el consabido carácter de enormidad. Ha gobernado en grande, conforme, más que á la realidad de la nación incipiente, al ideas de un poderoso país. Ha enseñado á su pueblo la audacia del progreso y el coraje de la vida. Ha planteado en el territorio de las viejas Provincias Unidas del Río de la Plata, los Estados Unidos del Sud. Y si no ha contado el dinero para tan enorme empresa, el último centavo de las arcas públicas puede cantar con timbre de metal lícito la limpieza de su honradez.

---

## CAPITULO X

### El innovador

La moral católica del desprecio á los bienes de este mundo, cuyo mejor destino es donarlos á la iglesia para asegurar por este medio la eterna salvación, había reducido la vida colonial á su mínima actividad productiva en la clase gobernante: algún comercio de menudeo automático, limitado á la vara de coco, el real de azúcar y yerba, la cuarta de vino; un poco de contrabando, si daba por las audacias mayoristas; escaso cultivo de chacra "para el gasto" y vacas abandonadas en campos abiertos al fecundo azar de la primavera: que en cuanto á la plebe mestiza, ó pueblo propiamente dicho, la falta de trabajo y la esclavitud de los negros, dejábanle por únicos destinos la agregación á alguna estancia donde vivía para comer miserablemente, sin la más mínima idea de mejorar, ó la vagancia del cuatrero más ó menos definido en salteador, y también exclusivamente atento á la precaria subsistencia que se agenciaba hasta con peligro de la vida, en la vaca robada ó la alimaña campestre. Lo que se llamaba "trabajo de estancia" era propiamente un malón cristiano, pues la campaña indefinidamente abierta, permitía engrosar los rodeos con todo lo ajeno que caía al recoger, consistiendo toda la operación rural en proezas de fuerza bruta.

Esta vida rudimentaria, producía una mortalidad atroz, entregada á todas las epidemias por los diablos de España y de sus colonias: el hambre y la superstición, ó sea el dominio por el miedo que constituye la política fundamental del absolutismo y de la iglesia. Por esto no hay adelanto de higiene que no sea sospechoso de satanismo. La salud da coraje y estimula al bienestar, exigiendo el aseo, su elemento indispensable. Pero todas estas cosas son, como es sabido, revolucionarias y heréticas; desde que la higiene, la asistencia hospitalaria, la instrucción, fueron declaradas servicios públicos, que es decir, deberes de estado, por la Convención Francesa.

Ahora bien, como las costumbres persisten mucho tiempo después de haber desaparecido las causas que las engendraron, aquella moral egoísta de la salvación personal por medio del servilismo á la iglesia y al rey, dueños respectivamente de las almas y de los cuerpos, nos dejó conformados al personalismo causante de la ruina de España, en cuanto no representa sino disgregación ó tiranía: los dos principios opuestos á la solidaridad social, que constituye la fuerza de las naciones; pues no bien falta el amo, único sabedor y capaz, los súbditos que no conocen situación superior á la de aquél, dedican todo su esfuerzo á ser amos unos de otros. El resultado es que se matan y expolian sin resultado alguno, hasta recaer en el nuevo servilismo resultante de esa misma condición.

La idea de honradez, ó sea el respeto al fruto del trabajo ajeno por la experiencia propia de lo que cuesta obtenerlo, es incompatible con ese estado moral. La lógica de la violencia, ó sea del dominio por el miedo, da un carácter coercitivo á aquella virtud: no robar por temor á Dios, que castiga el robo con el infierno; pero como al mismo tiempo hay sacerdotes para perdonar el robo, y como el desprecio de los bienes propios, predicado por esos mismos sacerdotes, inclina tan naturalmente á abusar de los ajenos, la honradez deja de ser virtud social, para convertirse en caso personal, sin importancia colectiva, y el saqueo, el peculado, la

expoliación fiscal, tórnanse recursos lícitos de gobierno. La inquisición, que representaba la armonía perfecta entre la iglesia y el fisco, es el modelo en la materia.

De ahí dimana también que las industrias coloniales por excelencia, fueran extractivas: el metal precioso y los ganados cerriles que no demandaban sino el trabajo de recoger. Todo ello asumía, en el fondo, un carácter de conquista y de personalismo bravío: matarifes y mineros, son casi siempre gente cruda.

La moral de la libertad considera que el trabajo es el fundamento de la virtud y la primera de las educaciones. Virtud que tiene su gloria en la tierra: la riqueza bien adquirida; y educación que enseña á asegurarla como ventaja común, por el respeto del esfuerzo ajeno.

Tal fué lo que Sarmiento se propuso, y lo que nos ha asegurado la democracia del porvenir, en la misma crisis de egoísmo actual suscitada por la exageración de aquel impulso. De ahí su constante afán para implantar las industrias pacientes que cimentan el hogar y engendran la previsión del porvenir: especie de espiritualización del trabajo en la solidaridad que desinteresa y ennoblece; las industrias ingeniosas que vinculan con la ciencia y valoran, junto con el trabajo personal, la dignidad del obrero. Por eso quiere multiplicar el árbol, columna primaria de la propiedad y lección amistosa de vida estable; aumentar las comunicaciones que constituyen la urdimbre del progreso, levantan para todos el nivel de la riqueza al sistematizar su circulación, y dilatan la patria dentro de sí misma. Este último fenómeno es, si bien se mira, la salud, que consiste á su vez en una dilatación de vida, y que Sarmiento quiere ver asegurada por el disfrute de la riqueza personal y del bienestar colectivo. En esto estriba la adquisición de la libertad, que es un estado de espíritu; pues la salud aleja el miedo á la muerte, y de este miedo proviene la superstición (1).

(1) Comentando la extraordinaria virulencia del cólera en Tucumán, Sarmiento decía: Mueren tantos, porque no saben leer. La instrucción prolonga la vida. Nada cuesta más caro que ser ignorante.

Así, una de las industrias que más desea aclimatar es la sericicultura. Ella ha creado en el Oriente una civilización culta y pacífica, la civilización de la seda: quizá el más admirable y antiguo experimento de conciliación entre la domesticidad, el comercio, la agricultura, la estética, la ciencia, la meditación y la urbanidad. Todas las grandes civilizaciones son resultados poéticos: la de la seda en Oriente, la del mármol en Grecia...

Precisaba llevar la propaganda del trabajo civilizador á la sede misma de la intolerancia y de la teología, para demostrar á la vez con ello el respeto por las cosas del espíritu y la posibilidad de conciliarlas con la ciencia y el bienestar. Tal es el concepto filosófico de la exposición de Córdoba. El político tiende á multiplicar los centros de producción, para que la autonomía de las provincias interiores pueda mantenerse así, equilibre con la del litoral, y no perpetuamente subordinada á ésta, ó viviendo de ella, como sucede aún; pues lo cierto es que sólo ahora se alcanza en toda su trascendencia aquel propósito. Las "presidencias de obras públicas" iniciadas por Roca en su segunda administración, realizarán ese pensamiento; y con ello la libertad completa del país, contrariada hasta hoy por estos tres recursos de la miseria provinciana: el proteccionismo, el latifundio y las recuas electorales.

Aquella exposición sería también un balance, aunque resultara negativo. Ya era algo hacer ver al país que carecía de industria, y con ello, la necesidad de formarla: la habitual lección de cosas del educador. Las ricas materias primas y la falta de industrias constituirían el diagnóstico seguro de la miseria reinante. La exhibición de progresos en una ciudad atrasada era un estímulo de civilización y un acto de justicia distributiva para concluir con los recelos provincianos. La espectación de una zona inmensa de tierras aprovechables, que el mero viaje de Buenos Aires á Córdoba implicaba, haría al extranjero concurrente la propaganda del país.

Y después, la sacudida despertadora á aquel organismo paralizado por el orgullo de las cosas muertas y por

los dogmas, esas cristalizaciones del absurdo: *credo, quia absurdum*. Exhibición de las superioridades ajenas que mejoran la vida y materializan en bienestar común la justicia, superior á todos los privilegios; telescopios y matemáticas, (1) para desfondar en estrellas del infinito el pequeño cielo de los santos, tapa del cofre teológico. "Si los cordobeses son reacios, materia de exposición. Si corresponden á la idea que tenemos de su cultura, materia de exposición".

Por último, si resulta miserable el espectáculo de la ciudad conventual, fosilizada por la petrificación de sus iglesias, sepultada en la fosa de sus barrancas estériles: ignorante y bachillera; cazurra y fatua; rezadora y egoísta—beata, en fin—"¡que se avergüence la España!" Es, en efecto, el genuino fruto colonial; pero en medio de todo, ha conservado esta nobleza que merece el más alto respeto del país: la universidad abierta sin excepción por tres siglos. Aunque no sea sino humanidades rancias, lleva trescientos años de leer recostada al muro de sus monasterios, ante la enorme secular extensión de las comarcas analfabetas. Es ese un antecedente de esperanza y un timbre de honor á la vez. "¿Qué, cree Vd. que Córdoba es cosa así, no más? Es la verdadera joya de la República".

El éxito de la exposición fué grande como enseñanza presente y futura. Aquella demostró al país que era capaz de muchas cosas consideradas por él mismo imposibles: la fe de Sarmiento; ésta tiene por comentario la Córdoba industrial del presente, única ciudad del país que mueve todas sus fábricas con electricidad producida por las aguas de su dominio. Tuvo, pues, razón Sarmiento, al inaugurar allá el primer grande esfuerzo de nuestra industria. (2)

(1) El observatorio astronómico y la facultad de ciencias que Sarmiento fundó entonces en Córdoba.

(2) En la inauguración del ferrocarril de Córdoba á la Calera que se efectuó durante su residencia en Córdoba, había dicho en términos precisos, al mencionar los minerales humildes:

«Estas son las verdaderas riquezas de las naciones. El oro y la plata son

Buenos Aires carecía de paseos relacionados con su extensión y su importancia futura.

La creación del parque é instituto zoológico y botánico de Palermo, que ambas cosas comprendía el plan de Sarmiento, iba á dotar asimismo á la ciudad con los primeros jardines paisajistas igualmente ideados aquí por él. No dejó de aprovechar la cosa para lección de civismo, abriendo aquel paseo en la antigua posesión de Rosas, el representante del atraso colonial, y denominándolo con la data de Caseros. Quería que el famoso Palermo de San Benito, residencia del tirano, y por ello temible ú odiosa para tantos argentinos, redimiera su mala fama, ofreciendo á todos el recreo gratuito de las bellas arboledas.

Cuando se aprecia ahora el cariño popular hacia este paseo, que según la previsión de Sarmiento es "el favorito de Buenos Aires", cuesta concebir el disfavor unánime con que la ciudad acogió su idea, las injurias y sarcasmo que por ello le suscitó. La distancia y los malos caminos, eran los dos grandes argumentos. Nadie sino él concebía entonces la grandeza futura de Buenos Aires; nadie apreciaba su profundo argumento de que el paseo transformaría los malos caminos en vías magníficas: las actuales calles Las Heras y Santa Fe. Dirigió personalmente los trabajos. Allá, por entre los matorrales y los pantanos, iba á caballo con su sombrero de paja, á trabajar por la belleza y la salud, mientras la ciudad, con significativa rebelión de niño, lloraba su cara sucia. Análogas resistencias había despertado otra de sus más características comodidades presentes: el tranvía, inaugurado al segundo año de la presidencia de Sarmiento. Duran hasta hoy los sarcasmos imbéciles contra la sociedad protectora de animales, otra de sus

como las viejas aristocracias. La especie humana no puede ser toda ella aristocrática.»

«Pero el carbón, el mármol, el hierro, la cal, son riquezas plebeyas é ilimitadas, destinadas á producir el bienestar de todos.»

«Luego, al descender de las montañas las aguas de las alturas vienen creando el poder motor que irá á ser pronto convertido en agitador en el seno de las máquinas.»

fundaciones: resabio gaucho, decía, del mal trato al caballo en la doma brutal, y de la barbarie pampeana con las reses.

Pero nada igualó su afecto por el árbol. En lo más rudo de la lucha contra Rosas, la arboricultura resume sus preocupaciones de desterrado. La montonera es como las dunas movedizas y estériles: requiere árboles para fijarse y producir.

Apenas regresado al país, funda las quintas agronómicas de Mendoza y de San Juan; y sobre este plantel, inicia una propaganda para la institución en todo su ámbito, de sociedades de arboricultura que intercambien los productos de las diversas regiones: idea utilísima, que aseguraría en veinte años la civilización arbórea del país, pues ya se sabe cuánto aumenta y acelera el cultivo la utilidad de las plantas salvajes.

Sus cartas á Posse, desde Chile y desde Cuyo, contienen siempre pedidos de semillas. Su correspondencia con Aberastain, exhibe la misma preocupación: "Deje encargo á su familia que le reuna los carozos de duraznos de Mayo. Recibí las semillas. No tengo visco". En esta misma carta, le ha hablado profundamente de la constitución y de las escuelas.

Propende á que se funde en Tucumán una sociedad para la explotación de maderas destinadas á la ebanistería artística, y para la talabartería militar, aprovechándose, así, los famosos taninos vegetales. Al efecto, envía desde Chile presupuestos y cálculo de fletes; esboza el plan de una escuela de dibujo para artesanos; ofrécese para contratar oficiales competentes; indica los estilos más aceptados en mueblería; manda juntar en Cuyo sillones viejos de nogal tucumano y los tapiza y pone en uso para valorar la noble materia prima. Todo ello, no hay para qué decirlo, sin la más remota idea de negocio. En 1864, mientras va á hacerse cargo de su legación en los Estados Unidos, pide á Venezuela y á Guatemala, semilla de añil para Tucumán. Anciano ya, escribe un tratado práctico de *selvicultura*.

De un solo golpe inicia los envíos de uva cuyana á Buenos Aires. Compra el fruto de un parral en Men-

doza y lo manda en cien canastos del mimbre que había introducido á las islas del Paraná, relacionando así las diversas comarcas por medio de las industrias distintas, ó sea realizando con ello el plan primario de la civilización. Ahora este negocio cuenta por decenas de miles de toneladas (1). Sólo la mala salud, impídele fundar en Junín la lechería modelo en grande escala. Pues esta es otra de sus preocupaciones de civilizador: el aprovechamiento científico de la vaca. El ganado orejano y el campo abierto, constituyen, con el caballo gaucho, el medio específico de la montonera. Y de aquí su eterna amonestación á los estancieros del latifundio y de los millares de cabezas—puro cuerno: "¡Alambren, no sean bárbaros!" Esto permitirá también el desarrollo de la gran colonización agrícola cuya grandeza preveía desde 1855, enviando al ministro general de Mendoza, para la quinta normal, cincuenta variedades de trigo, ó sea casi todas las que por entonces se cultivaban en el mundo entero. De ahí arrancará la expansión ferroviaria, en que la vida productiva tiene su organismo de relación. Nadie poseyó una idea más clara de la grandeza del país, ni combatió con mayor gallardía el pesimismo quietista que le embarazaba.

En 1859, discútese en la legislatura de Buenos Aires una garantía del 7 o/o al capital de 800.000 pesos que se propone invertir cierta compañía ferroviaria en una línea á San Fernando, cuasi suburbio de la capital. Los representantes encuentran excesiva la suma. Sarmiento considérala exigua hasta lo ridículo, afirmando que los ferrocarriles argentinos, llegarán pronto á valer, no ochocientos mil pesos, sino ocho millones. Risas de incredulidad. El orador se exalta y exclama con provocadora convicción: ¡Ochenta millones! Nuevas risas estruendosas. ¡¡Ochocientos millones!! Carcajada homérica. Y entonces, Sarmiento enfurecido:

—Pido á los taquígrafos que hagan constar esta hila-

(1) No he podido obtener datos precisos respecto á esos dos artículos, pues la Dirección General de Estadística de la Nación, no los tiene. Sería interesante, sin embargo, establecer el alcance de esas iniciativas tan peculiares de Sarmiento.

ridad en el acta. Quiero que las generaciones venideras aprecien mi inquebrantable confianza en el progreso de mi país. Y al mismo tiempo *(abarcando con ademán despreciativo las bancas)* ¡con qué clase de hombres he tenido que lidiar!

Los ferrocarriles argentinos representan ya un capital de mil millones.

Aquella noble quimera necesitaba la ínsula proverbial, y Sarmiento hubo de adquirirla pronto, allá por 1855, en el delta frondoso que se proponía "descubrir" para la civilización, entregando al provecho la inculta feracidad. Tal fué el origen de su Carapachay (1) húmeda y querida.

El delta representaba, en efecto, una verdadera tierra virgen á las puertas de Buenos Aires, y Sarmiento pretendía ser su Robinson, para lo cual predisponíanle, en efecto, el espíritu novelesco y el positivismo experimental. Allá había riqueza para una población de cien mil habitantes según sus cálculos.

Semejante plan, requería como elemento principal el árbol: primer "civilizador" de las comarcas palustres. Carapachay debía ser el parque forestal, donde empezaría la plantación progresiva de un millón de individuos para ejecutar su propósito. Data precisamente de entonces la introducción del eucalipto y del mimbre, pues profundizando estas cosas hasta la entraña del país, como era menester, aquel creador pretendía, en simultáneo impulso, plantear sus leyes y constituir su bosque. La eminencia de su remonte, dábale en conjunto el dominio de la vasta heredad argentina; y porque esos grandes vuelos son específicamente de condición divina, ahí estaba el secreto de aquella ubicuidad para el bien, que fuera monstruosa, sino constituyera un elemento vital como el sol y como la lluvia.

Pero el árbol insular le interesa también en su exuberancia desdeñada. Ama sus álamos y sus sauces, ahora mineralizados por la tosca incrustante, en sílices ama-

(1) Carapachay era el nombre de la antigua nación indígena que habitaba las islas del delta. Sarmiento solía llamar *carapachayos* á los isleños.

rillos que jaspea la veta original, como dedicando al viejo cultivador un monumento geológico en roca imperecedera (1). Manda ensayar á Europa, entiendo que con éxito, la corteza del ceibo para fabricar papel; pues de algo ha de servir, afirma, ese árbol que no da leña, fruto ni sombra.

Aquella difusión del papel es una de las glorias que menciona en su último mensaje al congreso. La importación ha aumentado durante su gobierno, de doce mil á doscientas mil resmas. Se escribe más, sobre todo contra él mismo. ¿Qué importa, si ha nacido para el hacha de leñar como sus árboles valerosos?

Carapachay fué el área pintoresca de Sarmiento. Tres ranchos de tabla rústica, sustituídos luego por una construcción más capaz, también de madera isleña, sin lujo alguno; una hortaliza, un corral donde figuraban como plantel predilecto varios avestruces blancos que mandó capturar por las guarniciones de los fortines, para ver de fijar en especie de albinismo esporádico; algunos liños de eucaliptos y un rudimento de quinta normal para uso propio, constituían la modesta posesión. Allá educaba sus pájaros, esos otros niños alados, predilectos de su ternura (2). Allá pasaba días felices, brindando

(1) Para aprovechar aquella excelente arcilla, fundóse en Zárate, bajo el patrocinio de Sarmiento, una fábrica de tejas, denominada por él *Tullerías de Zárate*.

(2) Fragmento de carta á su nieta Elena, desde Rosario de la Frontera en 1886:

«Te incluyo el glorioso telegrama que anuncia la venida de un tordo de Santa Cruz de la Sierra, destinado á embellecer y alegrar con sus cantos el *Aviarium*, de que me das cuenta, sin novedad.»

«Imagínate á una prima donna negra, cantando una aria con la acción de la Sarah Bernardt, tendiendo el cuello para dejar escapar los sonidos, haciendo trémolos con las alas desplegadas, como el tejedor, aunque sin ostentar el manto dorado que cubre sus alas, como una capa pluvial.»

«Padilla tiene uno desde 1872. Conocílo á la apertura del ferrocarril (1876) y vive aún, y da la bienvenida al visitante con sus cantos. Tendré, pues, en reemplazo del de Santa Fe (boyero), uno de luengas tierras, que me ahorre el inútil trabajo de ir al teatro, pues si no es el bombo, poco oigo. Su procedencia también es un nuevo encanto y el recuerdo será imperecedero.»

«En Alemania enseñan á cantar trozos ó aires de ópera populares á los pajaritos de la familia.»

la cerveza convival con sus amigos, remando en su canoa inglesa, estudiando, y hasta explorando un poco la mórbida vegetación pantanosa, en su viejo *poney* zaino, á cuyos lomos se ahorcajaba con sus botas de granjero, su bata de cachemira con alamares, regalo de Urquiza, su sombrero de paja y su machete desbrozador, como un general rusticano de aquel pequeño Far-West. Pero el encanto principal constituíalo la contemplación de la naturaleza profundamente amada por su dichosa fatiga de creador y sus instintos de artista. "¡Cuántas veces hemos ido á las islas de Delta del Paraná, por ver una iluminación de luna llena sobre los silenciosos canales!"

Sentía con honda quietud de bienestar el otoño amado de los poetas; y era su encanto gozar en belleza solitaria, desde una glorieta aérea instalada en la copa de los árboles domésticos, las tardes del río inmenso cuya mansedumbre profundizaba el oleoso muaré del agua turbia, mientras en los bancos bullían, plata y oro vivaces, los cardúmenes que la bajante sorprendió, y allá á lo lejos el crepúsculo iba transparentando sobre su abanico rosa los sauzales evaporados á la Fragonard en flotantes herborizaciones de hinojo.

Abajo, yacía la piragua; la corriente del canalizo, chasqueaba como en confidencia infantil, su lengua cristalina; de las chozas invisibles llegaba, entre confusos rumores, algún ladrido; la estrella pastoril repetía su chispa en la luciérnaga del matorral y su viso azul en la flor natátil del camalote. Mientras allá arriba, la gran cabeza de perfil simiesco soñaba su ensueño de patria colosal, ante la inmensidad del agua que transcurría hacia los mares lejanos...

## El monumento

La iconografía de Sarmiento es profusa, pero generalmente inferior al tipo. En algunas partes falta, como en el congreso. En otras, sólo conmemora un detalle de la vasta personalidad. Así la estatua de San Juan: Sarmiento maestro de escuela; ó sea una efigie negativa, al no constituir, para decirlo en primario, sino algunos avos residuales del entero restado. Ciertos bustos erigidos por ahí, no valen mucho tampoco. Son artículos estimables en los sendos oficios clásicos del *mármaros aglauro* (1) y del *aere perennis.*

Afortunadamente, en pintura hay una obra de mérito: el retrato ejecutado por la señorita Eugenia Belin Sarmiento, nieta del prócer, y recién adquirido por el presidente de la República. La mencionada artista había pintado otros, por cierto interesantes; pero demasiado superficiales todavía. En este último, ha dado al fin con la vida de la mirada y de la piel, que es el abismo de luz limítrofe entre la fotografía y el arte: lo que diferencia la cosa viva que debe ser el retrato manual, de la reproducción mecánica de una cosa viva. Y en cuanto á la ejecución, el mejor elogio que puede hacerse de ese pincel femenino es afirmar que, en ciertos rasgos, causa

(1) Gr. mármol resplandeciente.

la impresión de un pincel varonil. Es ese el mejor retrato de Sarmiento que conozco.

En cuanto al monumento de Rodin, cuya hermosura expresiva es innegable en el conjunto, el público tiene señalado con justicia su defecto doblemente *capital*: esa no es la cabeza de Sarmiento. He esbozado en una nota la explicación de este fenómeno, que no puede imputarse á descuido del autor, ni á desdén por la propia pacotilla exportada; puesto que el trabajo del Apolo marmóreo revela todo lo contrario. Además, la cabeza de Sarmiento era digna de interesar á Rodin.

Lo probable es que éste cometiera el error de atenerse demasiado al perfil, en el cual escultores y frenólogos suelen ver la línea primordial del carácter; pues la escultura expresiva, ó más aún, psicológica, del simbolismo, produce su característico vigor dinámico, conservando netas é intactas las líneas fundamentales del boceto. Si en ello se comete error, éste es siempre grave, como se ve, dados los pocos rasgos en que el éxito estriba. El procedimiento es justo, sin embargo, cuando se trata de escultura personal; pues lo que nos impresiona y se nos queda de una fisonomía de bulto, no es su estructura analítica, sino las tres ó cuatro líneas especiales que constituyen precisamente su boceto. Esta escultura, más vigorosa y más natural que el retrato de bulto, al ser también una reproducción más exacta de la vida fisonómica, requiere asimismo un conocimiento más profundo del tipo que va á reproducir, para adquirir la posesión exacta de sus rasgos fundamentales. Y esto, aunque parezca inaceptable, no puede darlo la fotografía. Después, una estatua no está hecha para ser vista como un cuadro colgado de la pared; sino como un transeunte cuyo conocimiento depende para nosotros del conjunto sintético y expresivo de la silueta, no de la espectación analítica. El escultor hace arquitectura facial; el pintor, descripción facial. La energía vital que debe animar las obras de uno y otro, es también distinta: en el

pintor, movilidad fisionómica; en el escultor, movilidad corporal. Por ello el busto es una creación subalterna.

Ahora bien, el conjunto del monumento en cuestión expresa la vida de Sarmiento con bella fuerza. Aquel bronce elemental, que parece aun caliente de tormento plutónico; aquel movimiento tan humano de la marcha en batalla; aquel Apolo tan divino en su heroica hermosura de combatiente de la luz (1) constituyen, efectivamente, la síntesis de ese acontecimiento humano. Hay que suprimir, entonces, su defecto, cambiando la cabeza de la estatua como se hacía habitualmente en Grecia y en Roma; obra á cuyo efecto serviría el trabajo de la señorita Belin Sarmiento, dando al escultor la necesaria impresión de vida. Requiérese solamente imprimir á la nueva cabeza la norma frontal característica, suprimiendo el erróneo predominio del perfil que la deprime.

La tumba de Sarmiento, es otro tema monumental.

Paréceme que dado el personaje, debiera ser una pirámide de granito ocupada por un féretro de bronce. La regularidad de los bloques labrados, simbolizaría el esfuerzo inteligente del civilizador; la naturaleza de la roca, aquella vida, piedra angular de la patria; la expresión geométrica del conjunto, su poderosa unidad; la llama ascendente que significa, su actividad luminosa.

Deberíamos orientarla, como aquellas otras de los faraones, por medio de la astronomía estelar cuyo primer observatorio argentino fué una creación de Sarmiento. Quizás conviniera formarla con cincuenta bloques, grabando en cada uno de ellos el título de un libro suyo. El mérito de la obra consistiría solamente en su perfección geométrica y en la calidad del material que representa la nobleza humilde de la utilidad duradera. El monumento de piedra, es la base de la civilización esté-

(1) El contraste entre la expansión luminosa del inmortal, y la atormentada obscura marcha del caminante humano, cobra mayor prestigio cuando se sabe que era condición de los dioses, no caminar como nosotros: á pasos. Deslizábanse flotando como las nubes.

tica que necesitamos fundar; y nada más justo que iniciarla con la tumba gloriosa del gran civilizador.

La invención de la pirámide, constituye también una gloria de la ciencia y de la filosofía. Ella es el sólido ascensional por excelencia, la expresión sintética de todos los polígonos, ó sea del divino artificio con que la mente humana circunscribe á su lógica la fuerza y la materia: el más elevado símbolo concreto del poderío de la mente sobre los elementos que sus reglas organizan. Para los filósofos antiguos, significaba el fuego (del griego *pyr* que así lo denomina) ó sea la cristalización en piedra, de la llama, elemento fugaz y luminoso: un nuevo triunfo de la mente humana. Por esto, la pirámide fué en todo el mundo antiguo el monumento sepulcral de los héroes y de los reyes. Su cúspide gloriosa, desvaneciéndose en la inmaterialidad del mero concepto que es el punto matemático, señalaba como sugerente aspiración, el meridiano de una estrella.

Pero si esto resultara excesivo, queda todavía otra obra que realizar.

Sarmiento había pensado en un sepulcro digno de él por la expresión y la grandeza: un peñón bruto de los Andes, puesto tal cual sobre su tumba.

Trátase, efectivamente, de un hombre andino, y cuadra á su perfil histórico de gigante, ese dolmen de héroe primordial.

Habría que ir á desmoronar entre las cumbres solemnes un tormo entero, con sus erosiones glaciales, sus ronchas de fuego antiguo, sus llagas de liquen, su punta truncada de proa donde ha piafado el huracán de los siglos: toda su grandeza atormentada, en fin, con los mismos rudos brezos, entre cuyo ramage revienta por primavera, pequeño lirio angélico, delicada corporización de candor y de perfume, la flor del aire, con su elegancia de tenue doncellez, y su acidulada frescura que dijérase un olor de nieve florida.

Así, aquella tumba sería un cimiento á la vez. El sue-

ño del peñasco, más profundo aún que el sonoro "sueño de bronce" de los héroes homéricos, anticiparía la eternidad irrevocable de esa gloria. Culminaría sobre todos los mármoles funerarios aquel escabroso altar—*ara sepulcri,* decían los antiguos—reconstituída con los venerables huesos la genuina substancia de la montaña materna. El peñasco vendría á constituir perpetuamente una evocación simultánea de Sarmiento y de los Andes; y encima, perchado como el ave heráldica del correspondiente blasón, un enorme cóndor de bronce, único tributo del arte humano, estaría ofreciendo al gran viaje de la inmortalidad, aquellas alas rebramantes de huracán con que rema la inmensa ola azul del cielo.

# ÍNDICE